ENSAYOS
SOBRE
LA BUSQUEDA

EDITORIAL
KIER S.A.
Avda. Santa Fe 1260 -1059 Buenos Aires

Del mismo autor:

La India Secreta
El Sendero Secreto
El Egipto Secreto
Un Mensaje de Arunachala
Una Ermita en los Himalayas
La Búsqueda del Yo Superior
La Realidad Interior
Más Allá del Yoga
La Sabiduría del Yo Superior
La Crisis Espiritual del Hombre

PAUL BRUNTON

Traducción castellana:.
HÉCTOR V. MOREL
PRIMERA EDICIÓN

Kenneth Thurston Hurst

Título original inglés: Essays on the Quest
Primera edición inglesa:
© Kenneth Thurston Hurst, 1984. Rider and Company (Hutchinson Publishing Group, 17-21 Conway Street, LondonW 1 P6JD). I.S.B.-N.-009-155-340-7
Ediciones en español
Editorial Kier, S.A. Buenos Aires años: 1987
Tapa:
Cecilia Massimino
Libro de edición argentina
I.S.B.N.-950-17-0138-7
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723 ©1987 by Editorial Kier, S.A. Buenos Aires Impreso en la Argentina Printed in Argentina

Hay una vida que es superior a la que en la humanidad es norma: los hombres no la vivirán en virtud de su humanidad sino en virtud de algo que hay en ellos y es divino. No debemos escuchar a quienes exhortan a adherir estrictamente a lo que se piensa, sino vivir de acuerdo con lo más elevado que en el hombre existe, pues por pequeño que esto sea, está por encima del resto en fuerza y excelencia.
Aristóteles

INTRODUCCIÓN

Estos ensayos fueron extraídos de los archivos del extinto doctor Paúl Brunton. Conservan hoy su frescura tal como cuando él los escribió, llegan a nosotros con la brillante inspiración de la fuente divina que tan a menudo puso en movimiento a su pluma. Paúl Brunton murió el 27 de julio de 1981, en Vevey, Suiza. Nacido en Londres, en 1898, escribió trece libros, desde *La India Secreta,* publicado en 1935, hasta *La Crisis Espiritual del Hombre,* en 1952. Por lo general, se le reconoce como quien introdujo el yoga y la meditación en Occidente y presentó los antecedentes filosóficos de aquéllos en un lenguaje carente de tecnicismos.

Su modo de escribir consistía en anotar párrafos a medida que se sentía inspirado. Con frecuencia, los asentaba en los reversos de sobres o en los márgenes de diarios mientras paseaba por los floridos jardines que orillan el Lago Lemán. Más tarde, ya mecanografiados y clasificados, él solía revisarlos y unirlos en una narración coherente.

Paúl Brunton había vivido en Suiza durante veinte años; le agradaba el clima apacible y el majestuoso panorama de montaña. Llegaban hasta él visitantes y correspondencia de todo el mundo, y representaba un papel importante en las vidas de muchas personas.

"P.B.", como le conocían sus seguidores, era un hombre afable del que emanaba una aureola de benevolencia. Su erudición se había forjado en el crisol de la vida, y su espiritualidad refulgía como un faro. Pero, desanimando los intentos de formar un culto alrededor de su persona, solía decir: -Deben encontrar a su propio P.B. dentro de ustedes mismos.

Kenneth Thurston Hurst

CAPITULO

EL MISTERIO DEL MAL

No acostumbramos criticar a los críticos ni responderles porque rechacen nuestra obra. Las opiniones humanas son tan variadas, los puntos de vista intelectuales tan vastamente divergentes, y los temperamentos emocionales tan distintos que, sólo basándose en esto, en una época u otra, un autor puede esperar recibir noticias que abarquen toda la gama desde la alabanza inmerecida hasta el inmerecido vilipendio. Además, no tenemos el especial deseo de defender nuestra obra. Tan pronto se publica un libro, somos cada vez más conscientes de sus defectos y errores, de sus deficiencias y limitaciones. En realidad, somos emocionalmente tan conscientes de aquéllos, que adrede nos abstenemos de pensar en nuestra labor literaria pasada, debido al pesar que invariablemente acompaña a ese pensamiento. Sólo cuando otras personas presentan el tema y tenemos que tratarlo a fin de responderles o ayudarlas, nos sometemos a esa dura prueba.

Esta actitud se debe, en parte, al cambio de punto de vista y al avance del conocimiento que, de algún modo, el destino nos aporta poco después de cada publicación. Lo que subsiste es el hecho

de que nuestros libros no nos contentan y sus imperfecciones nos deprimen. De modo que, a semejanza de Emerson, temblamos siempre que alguien escribe con aprecio sobre nuestros libros y ¡suspiramos aliviados cuando alguien no lo hace! ¡Todo lo cual es tan sólo un preámbulo de declaración de que nosotros mismos somos nuestros peores críticos!

El importante periódico literario de Inglaterra, *The Times Literary Supplement,* habitualmente toma nota de los libros nuestros, y favorablemente también. Pero *La Sabiduría del Yo* Superior cayó probablemente en manos de un critico nuevo, si nos es dable juzgar por la prueba interna del enfoque y la prueba externa del estilo. Ocupa la mayor parte de su espacio criticando unas pocas expresiones sin importancia del capítulo introductorio, y el resto con una cita de la mitad del libro, que trata sobre el problema del mal, junto con una expresión de la opinión del crítico en el sentido de que esta cita (que según él asegura es el resumen del autor acerca del problema) carece de "finalidad" y trata al problema "indiferentemente". Queda sin debatir la mayor parte de la enseñanza del libro y sus ideas principales.

Agradecemos al crítico de *The Times* que nos llame la atención sobre lo que humildemente coincidimos en que es un tratamiento insatisfactorio de un tema importante, aunque deploramos lo inútil de las otras observaciones dirigidas a lectores que quieren saber qué es lo que el libro contiene. El tratamiento es insatisfactorio no porque le hubiéramos quitado alguna parte, sino únicamente porque tal como está es desparejo e incompleto, y no abarca más que una parte de lo suyo. Es menester asociarlo con los párrafos del capítulo titulado "La guerra y el mundo", que se ocupa de la existencia de las invisibles fuerzas del mal, y con los párrafos del libro preliminar. *Más Allá del Yoga,* que se ocupa de la necesidad de un doble punto de vista filosófico y práctico. Semejante combinación representaría más correctamente la enseñanza superior sobre este problema, pero ni siquiera entonces la representaría plenamente. Por tanto, en las páginas siguientes, por la autoría de ambos libros, hemos procurado ofrecer lo que allí se descuidara y recalcar más lo que allí se declarara demasiado suscintamente.

En realidad, vamos todavía más allá y afirmamos que no sólo existen los instrumentos visibles y corrientes del mal —tan evidentes todos ellos alrededor de nosotros— sino también los invisibles: concretamente, los espíritus malignos. Caer en la magia negra o en el perverso ocultismo de las malas prácticas místicas es tratar de controlar o perjudicar a los demás por medios psíquicos o mentales.

Los dos puntos de vista

¿Cuál es el verdadero lugar del mal en un universo cuya alma que lo formo es benévola? No podemos llegar a la verdad acerca de esto si nuestra consideración lo aisla artificialmente, sino sólo si lo consideramos como parte del orden divino del universo. Cuanto ocurre hoy en el mundo, o cuanto ocurrirá mañana, no ocurrirá fuera del conocimiento divino y, por tanto, no escapará al poder de las leyes divinas.

Aunque para la fe ciega, la presencia del alma se justificaba tradicionalmente como la voluntad de Dios, la persona religiosa moderna está desarrollando su facultad pensante. Está dispuesta a aceptar la voluntad de Dios, pero, al menos, quiere una respuesta más racional respecto de por qué existe esto. Se le ofrecen dos puntos de vista: el popular y el profundo. Este problema desafía la solución racional si sólo se lo trata desde el primer punto de vista, pero empieza a rendirse si se lo trata desde ambos puntos de vista combinados. En realidad, no hay una explicación popular del mal que pueda librarse de que un intelecto bastante agudo lo acribille con su crítica. La persona religiosa moderna no deberá contentarse con lo que la experiencia y el sentido común le digan; también deberá oír lo que la reflexión metafísica y la revelación mística tengan que decirle. Para los fines prácticos, podrá seguir andando con lo primero, pero para los fines filosóficos es necesario que añada lo segundo. En una mentalidad equilibrada y amplia, los dos criterios no se excluyen mutuamente sino que pueden unirse con facilidad; en una mentalidad estrecha, ni siquiera pueden encontrarse.

Cuando al materialista, al egoísta y al de mentalidad superficial se los enfrenta con estos dos modos de ver al mundo, los encuentran contrarios e incompatibles, marcadamente conflictivos y desesperadamente inconciliables. Semejan un coche cuyas ruedas giran simultáneamente en direcciones contrarias. Pero el investigador filosófico, que cultiva su psiquis con más plenitud y mejor equilibrio, puede permitirles que existan uno junto al otro sin que él se separe en dos personalidades inconexas. Le es enteramente posible sintetizarlos sin revelar esquizofrenia. De esta manera, su comprensión racional del mundo se une perfectamente, en la acabada personalidad, con su experiencia sensoria de aquél; su aprehensión mística de la vida se equilibra agradablemente con sus reacciones emocionales hacia ella. Nada se quita y nada se niega.

La comprensión de este asunto se oscurece para nuestra mente al no tomarnos la molestia de definir cómo usamos esta palabra "mal". Deberíamos rehusamos a negar o admitir la existencia del mal antes de que hayamos debatido esta cuestión: "¿Qué quieres decir con el término ‘mal'?" Una vez logrado esto, descubriremos que el mal de que hemos de salvarnos está en gran medida (pero no íntegramente) dentro de nosotros mismos. ¿Qué significamos cuando decimos que un acontecimiento, una cosa o una persona son "malos"? En *Más Allá del Yoga,* explicamos cómo las palabras se entretejen fuertemente con la sustancia misma del entendimiento humano. Cuando investigamos el lenguaje en el que toman forma nuestros conceptos, estamos investigando los conceptos mismos. Entonces tal vez descubramos, azoradísimos, cuan importantes son las

influencias psicológicas ejercidas por palabras y frases que se convirtieron en estandarizados clisés despojados de significado claro. Tal vez notemos cómo se ilumina el carácter total de problemas oscuros. Será más fácil deducir el origen del mal después de deducir su naturaleza.

En los trópicos nos es dable observar a las ranas "malas" que cazan a las luciérnagas "buenas", y a las víboras "malas" que cazan, a su vez, a las ranas "buenas". Todo lo que cree un estado conflictivo dentro o fuera de una criatura viva, y de esa manera, perturbe o destruya su felicidad, es "malo" para esa criatura. Puede originarse en que algún animal obedezca a sus apetitos, en que algún humano se comporte malvadamente, o en alguna violencia por parte de la naturaleza. Puede resultar de un acontecimiento, de una acción o de la relación entre éstos. Aunque esto es muy cierto, solamente lo es en un sentido limitado y relativo. El hecho es que cada criatura "piensa" lo malo de una situación.

Cuando preguntamos por qué deben existir bestias salvajes en el universo, pensamos en los efectos de aquéllas sobre las demás criaturas, incluidos nosotros mismos. Jamás cesamos de pensar por qué estas bestias no deberían existir por su bien y el de sus propias individualidades. Lo que llegaron a ser como resultado de la acción y de la interacción, del desarrollo y de la degeneración del lado brillante de las cosas, justamente tuvo que ser. Una no tenía por propósito exclusivo servir a cualquier especie, como la otra no lo tenía exclusivamente de perjudicar a aquella especie.

En el caso de los hombres, a todo lo desagradable para un punto de vista humano, incómodo para su egoísmo humano contrario a sus deseos humanos y doloroso para sus cuerpos humanos, se lo considera habitualmente como malo. El mal del mundo es sólo relativa y parcialmente malo, nunca lo es absoluta y eternamente. Es malo en una época particular, o en un lugar particular, o en relación con una criatura particular. Este principio de la relatividad de las ideas conduce a extraños resultados. Uno de los primeros es que algo puede ser malo desde el punto de vista de un individuo puesto en particulares circunstancias en una época particular, pero no puede ser malo desde un punto de vista universal. Carlomagno se abrió camino a través de la entenebrecida Europa con su espada puesta al servicio de la cultura católica. Pero cuando esa misma cultura se volvió demasiado estrecha y demasiado intolerante, las hordas turca; que irrumpieron en Constantinopla dispersaron los textos clásicos tanto tiempo amontonados en las bibliotecas de Bizancio, condujeron a Italia a sus custodios, y de esta manera, liberaron sobre Europa nuevas fuerzas que estimularon grandemente el movimiento renacentista ya en existencia. En estos dos casos, la guerra "mala" produjo resultados culturales "buenos". En nuestra propia vida, hemos visto al ateo malo lanzando su obra de destrucción de la religión decadente. Pero en las manos de una Providencia superior, también vemos, finalmente, que se la usó indirectamente para purificar, y de esta manera, promover verdaderamente la religión.

La Idea Divina se elabora tanto a través de las fragilidades humanas como de las virtudes humanas. En este sentido, el mal es, a veces, nuestro maestro. Sería valioso contar los numerosos casos en los que la dificultad indujo nuestro propio bien, y la aflicción demostró ser paz embozada. Luego de experimentar el lado más tenebroso de la vida, estamos en mejores condiciones de ascender hacia el lado más brillante hacia el cual ella nos dirige. Antes de la guerra, algunos de nosotros hacía tiempo que buscábamos un Mesías, pero lo queríamos en nuestros propios términos egoístas. Queríamos que fuera blando y afable: incluso, que sentimentalmente nos halagara. Jamás soñamos que, en lugar de él, podría venir un precursor como Hitler, cabalmente duro e inmisericordemente cruel, para castigarnos por nuestro materialismo personal y nuestro egoísmo nacional. Buscábamos redención, pero jamás soñamos que podríamos haber sido redimidos por el poder terrible del sufrimiento que nacería del mal. Una compensación por los sufrimientos de guerra causados por otros hombres es que aquéllos despiertan las mentes de numerosas personas y las ponen en el sendero para que averigüen el significado del sufrimiento y de la vida misma. Pero mientras persistan en ignorar la relatividad de las ideas y alcen sus opiniones personales o sus preferencias individuales como la verdad, continuarán descarriándose y descarriando a los demás; prolongarán innecesariamente sus aflicciones. El mal que aparece cuando se ven los acontecimientos por primera vez, tal vez desaparezca cuando se los vea por segunda vez. Esto se debe a que, en el ordenamiento de la vida universal, hay una exactitud última.

¿Quién es Satán?

"El mal es efímero. Al final, él mismo se derrota. Sólo tiene vida negativa. Representa el hecho de no ver lo que es, de no obrar en armonía, de no entender la verdad. En suma, el mal es la falta de comprensión apropiada, es apartarse demasiado lejos del verdadero ser, es una captación inadecuada de la vida. Cuando se logra la intuición y se corrigen estas deficiencias, el mal cesa en sus actividades y desaparece. El místico que penetra en la esencia profunda del ser, allí no encuentra al mal".

Esta cita de *La Sabiduría del Yo Superior,* que el crítico de *The Times* afirma que es el "resumen" que el autor hace del mal, y lo critica como tal, jamás tuve el propósito, siquiera entonces, de ser un "resumen". Pero, entender adecuadamente la enseñanza exige que se conozca el hecho de que la actitud de esa enseñanza hacia el mal no se agota con esta cita sino que, en realidad, es de carácter doble. La creencia (que el crítico parece sostener) en una oposición satánica está también incluida, pero de modo diferente, en nuestra propia actitud. No negamos sino que, por lo contrario,

admitimos plenamente la existencia de fuerzas individuales adversas a la evolución espiritual. No cuestionamos la presencia de entes malignos y poderes satánicos.

Hay fuerzas del mal tanto fuera como dentro del hombre. Estos agentes superfisicos trabajan en el mundo invisible y, bajo ciertas condiciones anormales, se entremezclan con personajes humanos vivos para influir sobre los pensamientos y acciones de éstos u oponerse a su progreso espiritual. El aspirante espiritual se topa inevitablemente con la oposición de estos elementos adversos, y las fuerzas del mal se mueven contra él de modo astuto. Por buenas que sean al comienzo las intenciones y por nobles que sean los ideales del aspirante espiritual, sin embargo es posible que, involuntaria y sutilmente, el poder maligno de aquellos elementos y fuerzas del mal influyan sobre él. Si sucumbe ante ellos, algunos de aquéllos en los cuales confía le traicionan, sus juicios resultan ser equivocados, sus acciones se confunden, y las circunstancias trabajan contra él. Le conducen de una acción a otra, primero mediante tentación interna, pero luego mediante compulsión extema, envolviéndole cada uno cada vez más en sus redes, y amenazándole con consecuencias cada vez peores. Para huir de cada consecuencia a medida que ésta surja, él tiene que cometer nuevos actos que le arrastran cada vez más hacia abajo. Al final, la tragedia le atrapa y el desastre le abruma. Si pudiéramos rastrear los efectos aparentes hasta sus causas ocultas, rastrearíamos muchos problemas hasta semejantes fuerzas psíquicas adversas, pertenecientes al mundo invisible.

La segunda guerra mundial fue un ejemplo destacado. Tenía un contenido psíquico incluso antes de que se pusiera en marcha física y visiblemente. Además de lo que fue política y militarmente, fue también una lucha dramática entre las fuerzas del bien y los poderes de las tinieblas. Podemos estar seguros de que quienquiera que trate de despertar el odio de los buenos e inflame la ira contra lo Verdadero se ha prestado a las oscuras fuerzas de la naturaleza. A los jerarcas nazis los poseían sucios demonios, animados por poderes malignos de las regiones ocultas. Aquéllos intentaron cubrir su culpa con la vieja treta de la mentira maliciosa. Los que estaban trabajando detrás de Hitler no eran entes humanos. Procuraban convertir a los hombres en las más peligrosas de todas las bestias, tratando de transformarlos en animales arteros, carentes de discernimiento moral y privados de reflexión superior. Al movimiento nazi lo inspiraban mediaciones perversas, humanas pero desencamadas. Todas eran demoníacas: todos eran poderes de los infiernos más bajos. De allí las mentiras, la opresión, la crueldad, el materialismo, la codicia y la degradación que dispersaron por doquier. Los nazis no procuraron tanto crucificar a la humanidad mediante su arrogante agresividad y su brutalidad violenta. Fue más bien mediante su negación de la justicia, su oposición a la espiritualidad y su desprecio hacia la verdad que trataron de clavar a la raza humana en la cruz de sufrimientos de los que no había ejemplos. En lo más recóndito del nazismo había una suciedad indescriptiblemente negra e inconmensurablemente peor que cualquier plaga que haya acosado alguna vez a la humanidad, pues brotó de regiones diabólicas infernales, de un gigantesco ataque masivo de siniestras fuerzas invisibles que confiaban en destruir el alma y esclavizar al cuerpo del hombre. Nunca había ocurrido esta peligrosa incursión de espíritus del mal, en los asuntos de nuestro mundo, en tan vasta escala. Puede decirse que la humanidad escapó apenas del más terrible revés de su historia. Si los nazis hubieran ganado, hubiera sido estrangulado todo ideal espiritual, hubiera sido ahogado todo valor espiritual. La justicia interior de las cosas los anuló, y la humanidad (dolorida y herida, pero salva y viva) emergió de su gran peligro, tan sólo para encontrarse frente a otro intento de las mismas fuerzas oscuras para dominar nuevamente al mundo, pero usando un canal diferente.

Pero todo esto no coloca a estos poderes opuestos en un nivel de igualdad con la fuerza del bien en la lucha universal; representan sus papeles necesarios y no es menester que los consideremos como errores imprevistos o malignos accidentes en el pensamiento divino. Las fuerzas del mal son siempre agresivas porque siempre deben tratar de destruir lo que, al final, las destruirá. Solamente el bien perdurará. Corresponde a la naturaleza misma de los seres malos, como de los pensamientos malos, atacarse entre sí, y, al final, destruirse recíprocamente. Entretanto, sus poderes son estrictamente limitados, y la oposición de ellos, cuando es vencida, ayuda realmente a desarrollar en nosotros al bien. No necesitamos vacilar en creer que el bien triunfará siempre en última instancia y *sobrevivirá siempre al mal,* que ningún género de mal tiene existencia independiente sino que todos los géneros del mal son sólo aspectos relativos de la existencia. Pero esta lucha y este triunfo sólo podrán existir en cada ente individual. No existen ni pueden existir en el cosmos en conjunto, porque éste es una manifestación de Dios. Aquí sólo prevalece la voluntad de Dios.

Existen los hombres malos y los espíritus malos, pero si hay un principio independiente del mal, eso es otra cuestión. Quien crea en la existencia eterna de Dios y admita la realidad eterna del mal, tendrá que rastrear esta última hasta su origen. Si ese origen es una personalidad o un principio coetáneo y coperdurable con el universo, entonces maneja su voluntad diabólica a pesar de Dios; entonces, hay realmente dos seres supremos. Las lógicas exigencias de unidad no permiten semejante conclusión imposible. Eso priva a Dios de su muy blasonada omnipotencia y representa un dualismo que pone a sus solícitos creyentes en un profundo dilema. Por otro lado, si se rastrea el origen del mal hasta un principio inferior o una personalidad inferior, nuevamente se los pone en un dilema, pues semejante conclusión deja sin explicar la cuestión de por qué Dios tolera la existencia de esta terrible entidad en vez de extinguir de Su Universo todo vestigio de mal. Si esto fuera cierto, entonces Dios ¡debería compartir la culpa de Satán! Finalmente, si se rastrea al mal hasta el hombre mismo, entonces Dios, al permitirle que caiga y se condene, o

ignora las malas acciones de Sus Criaturas o es indiferente a ellas.

Tal como la filosofía dice que el concepto de Dios a semejanza del hombre es conveniente solamente para las inteligencias inmaduras, de igual modo dice que el concepto del mal a semejanza del hombre, personificado bajo la figura de Satán, es también sólo para inteligencias inmaduras. Hay influencias individuales malignas, incluso espíritus individuales malignos, y ellos constituyen, en ocasiones, una oposición para el aspirante. Pero la máxima oposición no proviene de una criatura llamada Satán; deriva del propio corazón del aspirante, de sus propias debilidades, de sus propios pensamientos malos. No deberá permitirse que el reconocimiento de esas fuerzas invisibles tape el reconocimiento de la propia responsabilidad primaria del aspirante.

No es pertinente que aquí nos ocupemos de la cuestión de la naturaleza de la existencia de Dios, salvo para señalar que la filosofía combina los criterios tanto de trascendencia como de inmanencia. Pero todo pensamiento dualista que admita al bien y al mal como fuerzas separadas, reales y eternas del universo, se envolverá siempre en estas contradicciones. Y es dualista toda doctrina que enseñe que las fuerzas prístinas del mundo son dos, no una sola. El criterio ortodoxo y popular, que sostiene que el poder divino lucha eterna y desesperadamente contra un poder satánico, y que este último es enteramente independiente de él y eternamente opuesto a él, es dualista. Por tanto, también está atrapado en estas contradicciones, pero representa el punto de vista inmediato más sostenible. Sin embargo, la filosofía va más allá y más profundamente que las meras apariencias: de allí que represente el punto de vista último.

A quienes de su visión del mundo proscribieron los valores espirituales tenemos derecho a preguntarles qué han ganado. Ninguna respuesta podrá ocultar el fiero hecho de un mundo en las garras del mal y del infortunio. El fracaso de aquéllos en integrar la realidad espiritual en nuestra visión de la vida ha producido las consecuencias internas y extemas más desgraciadas. Ha producido un decenio en el que los crímenes inauditos de tiranos carentes de principios y las desdichas de masas desvalidas desanimaron y afligieron a todas las personas reflexivas y de buen corazón. Este lúgubre menoscabo de la dignidad humana es la finalidad lógica del materialismo y es por tales razones que quienes puedan comprender las importantes consecuencias que el destino de la raza humana hoy afronta deberán entablar la dura lucha contra el materialismo como si fuera una guerra santa. La guerra y la crisis constituyen un juicio trágico sobre una sociedad que estaba cayendo de cabeza en el abismo de esa equivocada visión del mundo. Su angustia actual y su estado de aturdimiento demuestran, para su vergüenza, cuan poca sabiduría y cuánta fragilidad hay todavía en los seres humanos. También demuestra que el materialismo no tiene futuro, pues no puede proporcionar una sana base moral de vida ni una esperanzada base metafísica para pensar en la humanidad.

Debido a que nuestra generación fue violentamente confrontada y sacudida por oscuros aspectos de la vida, como lo son la muerte y el sufrimiento, que la mayoría de las generaciones habitualmente ignoran, tienen que considerarlos o huir de ellos. El primer rumbo la lleva hacia un sentimiento religioso vital o un sentimiento ateo refractario. El segundo rumbo la hunde en la sensualidad. Este es el siglo del desafío. La humanidad deberá escoger entre continuar en el viejo modo materialista de vida o poner en marcha un modo más espiritual. Y a menos que el sufrimiento de la guerra y la crisis despierten espiritualmente a una cantidad suficiente de personas, la perspectiva será oscura.

La situación es grave todavía. Dentro de poco sabremos con exactitud hasta dónde ha llegado este despertar. Los acontecimientos no dejarán en paz a la humanidad; la están acorralando de modo tal que no hay escape. Deberá hallar un modo nuevo y mejor de vida, o hundirse y perecer. En *La Sabiduría del Yo Superior* escribimos que la humanidad estaba caminando por el borde de un precipicio. Esa advertencia debe reiterarse aquí en el sentido de que si no responde al nuevo llamado mientras todavía hay tiempo, sus días de seguridad están contados. Las opciones son claras. La humanidad deberá ampliar penosamente su perspectiva para incluir la base espiritual de la vida o continuar restringiéndose a un materialismo en ocasiones patente, a veces encubierto. En el primer caso, se salvará y salvará a' su civilización; en el segundo, sucumbirá ante los males que semejante materialismo engendra.

Cuando interpretamos estos hechos a la luz de la filosofía, observamos que mientras los hombres buscaron solamente un triunfo personal partidista o grupal sobre otros hombres, en vez de buscar el triunfo del bien sobre el mal, y de la verdad sobre la falsedad sus asuntos siguieron pasando de un yerro a otro y de una aflicción a otra. Tales personas, de modo natural pero muy equivocadamente, distribuyen su crítica sobre otros hombres, o sobre acontecimientos o cosas. Los problemas políticos y sociales encubrían un problema más profundo aún. Quienes formulaban un juicio rápido sobre datos limitados o quienes creían que la mente es un mero derivado de la materia, no podían percibir esta verdad. En medio de todo este clamor de lenguas y sistemas, individuos e intereses, los problemas fundamentales se oscurecieron y su carácter esencialmente mental y ético permaneció invisible. El fracaso espiritual y la crisis política de esta época se ahondó antes de la guerra; ni su mente ni su corazón fueron capaces de recuperar a uno o resolver a la otra. Su alardeado progreso se descubrió que era superficial.

La filosofía rechaza las opiniones esotéricas hindúes de que el universo no es más que ilusión, que sus luchas son un juguetón pasatiempo de Dios, o su nacimiento un craso error de Dios.

Pero es erróneo decir que el Supremo crea el mal. El hombre lo crea; el Supremo meramente lo permite. Si esto no fuera así, el hombre podría reclamar que se lo liberara de su responsabilidad personal de obrar mal. Si la voluntad individual del hombre está incluida en la más poderosa

voluntad de la Naturaleza (Dios), y está sujeta a ella, empero tiene la independencia para elegir, la fuerza para crear y la libertad para actuar dentro de límites fijos.

No es incoherente conceder que, en su carácter inmediato, el mal existe y tiene vasto alcance y poder formidable, mientras en su carácter último es preferentemente la ausencia del bien. La experiencia atestigua eso. Pero existe como nuestra *idea* humana y en un sentido relativo. No tiene más ni menos realidad que cualquiera de nuestras otras ideas. Aquí la filosofía no enuncia doctrinas nuevas. En la Edad Media, Tomás de Aquino argumentaba que el pecado es estar privado del bien. En época anterior, Plotino argumentaba que la infinitud misma de Dios debe, en consecuencia, implicar imperfecciones como males morales y físicos y que, en vez de infringir la omnipotencia de Dios, estas imperfecciones realmente indican Su infinitud. En la era precristiana, Platón transmitió una tradición que explicaba al mal como la negación de la actividad positiva y benéfica de Dios.

Trátase de un largo y fatigoso camino, pero es un hecho que hasta que los hombres lleguen a una etapa avanzada de evolución, no aprenderán, excepto que se entreguen a la enseñanza del sufrimiento y a las lecciones de la congoja advirtiendo las aflicciones que se suceden tras una acción equivocada y malas obras. Tarde o temprano, los hombres afrontan los resultados de las pasadas acciones malas o insensatas.

El mero espectáculo terrible del odio organizado bastaría para que alguien se volviera cínicamente pesimista acerca de la naturaleza humana. Pero cuando esa persona advierte cuan monstrusamente se extiende el mal en el carácter humano por todo el mundo, y especialmente cuando descubre cuan hondamente penetra en los denominados círculos espirituales, deberá retroceder espantada y aterrorizada en lo que a ella respecta, sin esperanzas ni confianza en lo que concierne a la humanidad. Deberá percibir que el dogma católico romano del pecado original no dista de la verdad práctica, por lejano que esté de la verdad última. Semejante situación, como la actual situación de la humanidad está llena de los más graves peligros y no puede continuar mucho más que un decenio más o menos. Si no se le pone fin pronto, serán las fuerzas evolutivas las que pondrán fin a nuestra presuntuosa civilización humana.

A un hombre poseído por *los* demonios (hitler) lo consideraron un nuevo Mesías, un profeta de Dios. El hecho de que Hitler, en menos tiempo, hiciera más para modelar el pensamiento y la vida de millones de seres favorables al mal que cualquier otro hombre capaz alguna vez de favorecer al bien, es una triste prueba de que la moralidad experimentará más rápidamente una caída que un surgimiento, y de que la espiritualidad es más difícil que llegue que la materialidad. Los alemanes siguieron a este Anti-Cristo con una devoción y una fe mayores que la que habían demostrado hacia Cristo.

El Anti-Cristo ocupa siempre el campo antes, durante o después de la hora destinada a la aparición del Cristo verdadero. Pero en nuestro tiempo esto no sólo es cierto respecto de los problemas espirituales (o sea, religiosos, místicos, morales y metafísicos), también lo es respecto de las imágenes sociales que aquéllos reflejan. Porque el veloz movimiento de la técnica moderna impulsa un movimiento paralelo de las naciones modernas rumbo a una asociación mundial supranacional, el nazismo ofreció, por adelantado, su propia versión egoísta y caricaturizada de lo que semejante asociación debería ser, y procuró materializarla por la fuerza. El buen éxito habría impedido que se fundara una verdadera asociación mundial. La versión nazi era muy sencilla. Consistía en ¡el pitón alemán que se-tragaba a todos los demás animales y, de esta manera, creaba, con todos ellos, una unión! Los nazis tenían inteligencia y ganas suficientes para apropiarse de algunos valores espirituales, ofreciendo sus falsificaciones materialistas. El hecho asombroso es que creaban una parodia horrible de ideas capitales que eran oportunas para incorporarlas a la actitud del hombre moderno respecto de la vida. De esta manera esperaban aprovecharse del espíritu de los tiempos para engañar a aquél.

Tal vez se formule esta pregunta: si el mal es una cosa relativa y no absoluta, ¿por qué a las fuerzas que inspiraron a los nazis las llamamos fuerzas del "mal"? La primera respuesta es que, en la etapa de cultura ética que las masas alemanas habían generalmente alcanzado, lo que debía haber sido bueno para ellas los nazis lo representaban como malo, mientras que lo que debía haber sido malo para ellas, se lo representaban como bueno. La segunda respuesta es que espíritus malignos mentirosos dirigían al movimiento nazi desde dentro... ¿Por qué no trabajar en favor del mero autoengrandecimiento si el individuo es nada más que la persona física y egoísta? ¿Por qué no dejar que la guerra destruya a un millón de hombres, mujeres y niños cuando éstos obstruyen la senda hacia semejante triunfo personal, si, tarde o temprano, están condenados a perecer, de todos modos, para siempre? ¿Por qué no establecer la adquisición de cada vez más y más bienes todavía, por los medios más terribles, si la afortunada adquisición de cosas materiales es la única aspiración razonable en la vida de un hombre? ¿Por qué no intimidar a todos los clérigos, a todos los estudiantes de literatura, a todos los predicadores de ética, a todos los filósofos del espíritu, a todos los artistas de elevado genio cuya influencia da a sus seguidores la debilitante idea que los despierte ante el hecho de que puede exisitir una realidad más allá de este montón de carne y de su medio ambiente terreno? Estas eran preguntas razonables para la mente nazi porque estaba llena de hostilidad hacia lo divino en sí y de odio hacia lo divino en los demás. De allí que su peor legado de posguerra para el mundo sea el prejuicio, el rencor, el recelo, la intolerancia, la envidia, la ira, el desequilibrio, la codicia, la crueldad, la violencia y el odio, males éstos que corroen los corazones de millones de personas con intensidad terrible. Esta es la peligrosa situación emocional que el nazismo dejó a la humanidad. Jamás hubo, en la historia

del mundo, tanto odio y tanto rencor. Jamás hubo, en la historia, tanta necesidad de benevolencia y solidaridad entre los seres humanos. Esta situación conmueve y desanima a todos los que, de verdad, desean el bien de la humanidad. Por tanto, ¿cuál es la lección que la humanidad más necesita aprender en la actualidad? La lección de la piedad, de la compasión. La necesidad de más amor y menos odio en el mundo es evidente. Empero, los hechos extemos y los movimientos emocionales de nuestra época muestran más odio y menos amor. ¿Dónde está nuestro alardeado progreso? La última consecuencia de toda esta tendencia del mundo de antes de 1939 fue la desolación y la violencia de la guerra. La última consecuencia de ella en el mundo de la época de paz puede ser desastrosa a su modo. La generación más joven creció en una atmósfera explosiva, egoísta y materialista. Si la tragedia pública y el vacío privado, pertenecientes a nuestra época, no pueden convertir a esa generación y a muchos de sus mayores hacia un modo espiritual de vivir, nada podrá hacerse con bastante rapidez. En ese caso, antes de que pase mucho tiempo, la destrucción total pondrá fin a nuestra civilización decadente.

Quienes tenían ojos para ver percibían claramente, incluso cuando el nazismo estaba en su cénit, que una de las principales tareas históricas de aquél sería la de acelerar este proceso en la Alemania misma en la que las formas nazis se derrumbaron por completo, incluso después de una existencia más breve. Y esto porque aquellas formas eran, en esencia, demasiado retrógradas en ese tiempo. A sus adherentes les proporcionaban toda la ilusión, pero poca realidad de progreso. De este modo, fueron envenenando los renuevos desde la verdadera línea de progreso. Parte de la misión semiconsciente de Hitler era liquidar el viejo orden de cosas y destruir las perspectivas del mundo que habían perdido su oportunidad y su capacidad de servicio. Pero, aunque en este sentido Hitler estaba muy adelantado a su época, en otros sentidos estaba, por supuesto, muy detrás de ella. No entendía que la era de los dinosaurios morales y de los pterodáctilos mentales había pasado hacía tiempo.

El prevaleciente estado materialista del mundo y su consiguiente influencia sobre el carácter humano pueden llevar a algo incluso más devastador que la guerra. La naturaleza también podría participar del juego. En un par de meses, precisamente después de la primera guerra mundial, la epidemia de gripe mató muchas veces más personas que las que perecieron durante los cuatro años de esa misma guerra. La ciencia y la civilización, la cultura y las ciudades de la Atlántida fueron borradas de la superficie de la Tierra, las devoró una vasta masa de agua que, desde entonces, durante miles de años de moverse incesantemente, dejó limpio de la suciead antigua el asiento de aquéllas. A través de semejantes cataclismos, la naturaleza se libera de la molesta presencia de los malvados, purifica su cuerpo de nidos de corrupción, y se defiende contra los vicios que su propia prole procura establecer. De esta manera, la naturaleza le devuelve a la humanidad los castigos por las iniquidades de ésta . Cuando la violencia de la naturaleza, como en los terremotos y ciclones, es tan grande, o cuando los golpes del destino son tan recios como para hacerles sentir a los hombres su pequeñez y su impotencia, el instinto de volverse hacia algún poder superior con resignación o súplica, surge espontáneamente. En nuestra época, fueron muchos los que, tan aturdidos por un duro materialismo, llegaron a negar la realidad de este instinto, pero sólo lo han encubierto. No pueden destruirlo.

Pero al desafío lo volvió final, urgente y agudo una fuerza nueva a la que se dejó suelta en el mundo: ¡las bombas atómicas y de hidrógeno! La energía liberada por la desintegración atómica está ahora en nuestras manos. Lo que otrora fuera el sueño fantástico de unos pocos científicos se convirtió en la horrible realidad de la historia contemporánea. El nuevo tipo de bomba tiene efectos sin paralelo. Puede destruir e incendiar una vasta región de un modo total, antes desconocido; puede, en un solo ataque, hacer desaparecer ciudades enteras con su tremenda concentración de potencia incendiaria y explosiva. Hizo que fueran anticuadas todas las armas militares conocidas y relegó como obsoletos muchos problemas de seguridad. Sus posibilidades de matanza masiva constituyen la mayor revelación de nuestros tiempos. Es significativo que la bomba atómica no apareciera hasta el final de la guerra contra el Japón, y no apareciera en la guerra contra Alemania. Esto señala el hecho de que, si se desarrolla otra guerra, este nuevo género de conflicto bélico ha estado reservado para él solo en los designios del destino y los anales de la historia. La guerra deberá ahora matar por completo a la mayor parte de la raza humana o matarse a sí misma mediante su propia perfección. Ella es tal vez la forma más dramática y más visible del mal en toda la historia de la humanidad.

El orden que la humanidad construye es, después de todo, la expresión de su percepción espiritual o de su ceguera espiritual. El orden nuevo no será mejor si no es mejor el entendimiento. Caerán en falsas esperanzas todos los que no logren percibir la directa relación causal entre la vida interior y la vida exterior, y quienes ignoren el accionar exacto e infalible de la ley moral. Las vastas crisis y calamidades que golpearon al mundo despertaron, en millones de personas, vivas expectativas de cambio social y renovación universal inminentes en las formas espirituales y materiales de la sociedad. Estas tensiones terribles hicieron que numerosos sufrientes se dedicaran a buscar su propia redención. Nadie puede determinar todavía, con exactitud, cuan grande debe ser la cantidad de aquéllos, pero cualquiera puede percibir cuan pequeña debe ser en proporción con el total de población.

Podemos estar seguros de que existe una razón tremenda para que el destino permitiera las consecuencias tremendas de que la energía nuclear se pusiera a disposición de la humanidad en esta precisa coyuntura de la historia. Por tanto, no es un accidente que, en esta generación, todo haya entrado en un estado de crisis. Una voluntad superior está guiando los asuntos mundiales.

Este estado no podría haberse desarrollado con antelación, pues entonces habría sido muy prematuro. Está sincronizado kármicamente y conectado anteriormente con el gran punto crucial de la evolución del ente humano, con el apartamiento de la desequilibrada inmersión en las apariencias físicas y del apego excesivo a la personalidad. ¡Cuánto mal humano desaparecería si los hombres ampliaran sus perspectivas y achicaran su egocentrismo! Los efectos externos de este movimiento evolutivo interior se están sintiendo grandemente por todas partes pero en ninguna parte se los está entendiendo claramente. Lo que en Mas *Allá del Yoga* afirmamos en el sentido de que la humanidad se está acercando al umbral de la adultez significa que, desde el instante en el que comenzó el nuevo sesgo evolutivo, la evolución ignorante e infantiloide del ente humano también empezó a tocar a su fin. Hasta aquí, había andado entre tropiezos, medio a ciegas, en su adolescencia y su juventud. De aquí en adelante, recibirá conocimiento y podrá desplazarse más conscientemente; también tendrá que asumir, cada vez más, las responsabilidades de la madurez espiritual. Cuando a su tiempo la crisis actual llegue a su fin, interiormente se liberará un influjo divino y exteriormente se manifestarán varios maestros espiritualmente de altos grados. El siglo XX será, realmente, el "siglo de la iluminación". De esta manera, al principio involuntariamente y más tarde voluntariamente, el hombre obedece al propósito superior que el plan divino le tiene asignado. Este propósito no puede dejar de cumplirse, pues, en este universo, cada cosa trabaja en procura de ese fin. Para cumplirlo no depende de su cooperación consciente, ni lo desbaratará su oposición ciega. Puede trabajar con él u oponérsele. Al final, el primer derrotero conducirá hacia el regocijo, el segundo hacia el sufrimiento. Tal como está constituido, no le es fácil tomar el derrotero más sabio. Empero, la evolución le forzará a entrar en él gradualmente, de modo fácil o no, pues el mundo es un mundo correctamente ordenado.

El movimiento de la humanidad es cíclico y en este momento en que la rueda deberá dar una nueva vuelta, las dos fuerzas universales que luchan eternamente entre sí (la fuerza que eleva al hombre y la fuerza que lo degrada, los elementos evolutivos y los elementos adversos de la naturaleza) se encuentra en una lucha tremenda, de tensión inaudita. Quien no logre percibir que éste es el problema fundamental o quien, percibiéndolo procure eludirlo, contribuye a ser responsable de los acontecimientos que se sucedan. Si no entendemos a las fuerzas humanas y sobrehumanas que están trabajando en el mundo, no entenderemos cómo ocuparnos apropiadamente de la crisis mundial misma. Deberemos llegar a ser conscientes de qué dirección inevitable están tomando las fuerzas históricas por debajo de los acontecimientos visibles; y deberemos aprender a interpretar correctamente las diversas corrientes y contracorrientes que el período de posguerra puso en marcha.

Los descubrimientos nucleares fuerzan a la humanidad a elegir entre dos opciones: la aceptación real de la ley moral, o la virtual autodestrucción. Este es el accionar divino. La actual es realmente una época fatal. ¡Hoy vivimos todos con bombas terribles que penden invisibles sobre nuestras cabezas! Sólo un cambio drástico de las actitudes morales podrá afrontar con eficacia su peligroso desafío. ¿Y qué otra cosa es esto sino una elección entre cultivar una autodisciplina mayor o aferrarse a un egoísmo obsoleto; una decisión entre una alianza con la presencia sagrada o una continuación de la indiferencia hacia aquélla? Si fracasamos en efectuar la elección correcta, entonces no pasará mucho tiempo antes de que la vida civilizada de este planeta llegue a su fin.

El curso de los acontecimientos después de la segunda guerra mundial no puede parecerse al curso de los acontecimientos después de la primera guerra mundial. Todo está contra eso, pues esta vez la humanidad afronta un *ultimátum,* un desafío final para que inaugure una época nueva y más noble, o desaparezca de laTierra en general. Las dos opciones se nos han presentado claramente para que escojamos entre ellas. No hay un camino medio.

CAPITULO II

LA AVENTURA DE LA MEDITACIÓN

Eruditos profesores de la metafísica psicológica solían enseñar que la consciencia implica siempre una relación con un objeto porque se dirige siempre hacia algo. Si bien esto es verdad, sólo lo es respecto del nivel de la experiencia corriente. Deja de serlo en el nivel del tipo más elevado de experiencia mística. Aquí, la consciencia puede existir sin relación alguna, pues se la puede dirigir hacia su propio yo. Esta es la experiencia única que ocurre en la mente y que no posee, en absoluto, correlación con (ni determinación por) lo que ocurra, al mismo tiempo, en el cuerpo, al cuerpo o fuera del cuerpo. Por tanto, esto demuestra la falsedad de la actitud materialista del hombre. El mundo de la experiencia corriente no es el último mundo posible. Hay un mundo más profundo y más divino, o, según la acertada frase de Wordsworth, un "desconocido modo de ser", abierto a la aventura del hombre. Este no alcanzó todavía la verdadera consciencia de sí; por eso, vive demasiado completamente en el nivel inferior de su existencia. Realmente, es tiempo de que tome plena posesión de sí.

Pero el encuentro extemo con las expresiones místicas es una cosa, y la experiencia personal de los estados místicos es otra muy distinta. La teoría mística tiene que justificarse en la experiencia mística. Ella es muy capaz de hacerlo. En realidad, semejante experiencia puede comprobar óptimamente su practicidad. Entonces, se descubrirá que no se puede prescindir fácilmente de ella

como si fuera quimérica, pues la experiencia de miles de hombres, a lo largo de la historia, en todas las condiciones sociales de vida, ha confirmado la realidad y la asequibilidad del estado trascendental. Sin embargo, por contraste con el número total de personas en el mundo, son relativamente pocas las que tienen sensibilidad como para haber oído estas armonías místicas de la existencia humana. Empero, no debemos considerar al místico como un tipo altamente especializado de ser humano. El es como nosotros, pero tuvo la visión y la paciencia de perseguir infatigablemente un acto de fe con una larga serie de experimentos activos para comprobar la verdad de esa fe. Si un hombre tomó contacto con esta consciencia superior, todos los hombres pueden tomar contacto con ella. La prerrogativa no es exclusiva sino inclusiva, no es personal sino común.

En nosotros hay algo de lo que no somos normalmente conscientes. Sólo en raros momentos somos conscientes (y ello oscuramente) de un segundo yo, por así decirlo, de un yo más noble y sereno. Podemos haber experimentado tal elevación sólo durante unos pocos minutos pero, de allí en adelante y siempre, nos obsesionará una percepción de su tremenda importancia, pues percibimos que entonces estuvimos en contacto con algo distinto de nuestro yo corriente, más sublime que nuestro yo corriente, pero, a pesar de ello, de algún modo relacionado con él. Quienes experimentamos tal estado inspirado, sentimos su serenidad, degustamos su potencia, y obedecimos a sus advertencias, sabemos bastante bien que sólo entonces estuvimos plenamente vivos. De nada sirven los empuados argumentos del escepticismo de los demás contra el hecho adamantino de nuestra abrumadora experiencia. A ésta nada la reemplaza. Está más allá de toda erudición intelectual, por encima de todos los ritos religiosos.

En realidad, esto es nada más que el reconocimiento del "alma". El alma está muy ciertamente allí, pero si los hombres no se vuelven hacia adentro y le prestan atención, entonces, para ellos, ella no está allí. Pero, en realidad, está allí siempre, y el fracaso en reconocer su existencia es realmente el fracaso en apartar la atención de la interminable multitud de cosas que continuamente la vierten hacia afuera. Es por esto que es tan necesaria la meditación, que es el arte de volver la atención hacia adentro. Podemos descubrir al alma por medio de nuestra propia mente. La consciencia que se vuelve hacia adentro, que se aparta de la actividad de los cinco sentidos para contemplarse, siente primero la presencia y después toma consciencia de la mente divina que está detrás de esa presencia. Por tanto, la práctica de la introversión mental, o la meditación, es muy esencial en esta búsqueda.

No podemos volver a capturar esos gloriosos momentos de reconocimiento, pero no podemos olvidarlos. Esta situación atormentadora impone a nuestros sentimientos desasosiego e inquietud, que jamás se mitigarán a menos (y hasta) que nos dediquemos a la búsqueda. Si el Espíritu nos inspirara en toda hora y en todo lugar, debemos primero dejar que nos inspire en horas fijas y en lugares fijos. Esta es una justificación de la meditación, pues toda inspiración surge de las interiores honduras de nuestra naturaleza. No podemos obligarla, sino que podemos invitarla. No podemos darle órdenes, es ella quien nos ordena. Por tanto, el mejor modo de inspirarse en rastrearla intuitivamente hasta su origen, o sea, hasta el yo divino que está dentro de nosotros. La meditación ayudará a este desarrollo de la intuición latente, pues la meditación es un proceso intuitivo.

La mística es un territorio con el cual el hombre promedio no está plenamente familiarizado. Entra en él, si lo hace, con cierta incomodidad y cierta vacilación. En consecuencia, es un hábito común de los críticos ignorantes burlarse, como si fueran morbosos los místicos que cultivan la facultad introspectiva. Pero el hecho es que si se trata de un místico filosófico, llegará a ser amo victorioso de la instrospección más bien que su víctima morbosa. Quien, mediante práctica continua logró buenos resultados en los procesos de meditación, se convierte en testimonio vivo de su valor indudable. Demuestra en sí mismo que sus resultados prometidos pueden concretarse, que no se trata de un sueño alocado ni de una abstracción fantasiosa. Si antes no hemos practicado jamás el arte de la meditación, con seguridad no podremos usar nuestro tiempo con una finalidad mejor que empezar a hacerlo ahora. De esta manera, introduciremos un nuevo ritmo en nuestra vida, lo cual a su tiempo nos ayudará de todos los modos imaginables, lo cual posibilitará el mejoramiento de nuestro carácter y nuestra capacidad, nuestra ética y nuestra consciencia, nuestro entendimiento y nuestra paz, nuestra intuición y, a veces, incluso nuestra suerte. Practicado con fidelidad y durante bastante tiempo, compensará ampliamente el esfuerzo prestado y conferirá beneficios que muchos anhelan y pocos encuentran. También está el testimonio de la historia, aunque, debido al confuso carácter de ésta, nuestra era iconoclasta lo juzgue de poca monta. El sistema del *yoga* fue enseñado y practicado a la vera del Ganges mucho antes de que Roma hubiera alcanzado su apogeo. El método de los cuáqueros, de "atender" en silencio "al Señor", ha sido practicado durante la era moderna en los villorrios ingleses y en las ciudades norteamericanas. El estudioso que tenga tiempo para hacerlo puede reunir cien formas diferentes de técnica mística. De esta confusa colección de ideas es posible aún extraer alguna praxis, claramente común a todas aquéllas, de un cultivo metódico de la vida interior.

Al novicio occidental le ayudaría mejor una descripción más precisa y menos poética del arte de la meditación que la que habitualmente se da. ¿Por qué no debería haber una ciencia de su aspecto técnico como ya hay ciencias de los aspectos técnicos de tantas otras artes? Las páginas siguientes son una contribución al intento de formular semejante expresión científica.

El primer imperativo es la necesidad de soledad y tiempo para cultivar la vida interior, tanto en su fase metafísica como mística. Se necesita soledad porque la presencia de otros perturba

claramente el proceso de vaciamiento. Se necesita tiempo porque la mente está habitualmente llena de pensamientos del mundo extemo; es totalmente esencial vaciarla de aquéllos por un tiempo: de modo regular, habitual y deliberado. Sin embargo, si no usa decididamente la fuerza de la voluntad, para la mayoría es difícil conseguir soledad o encontrar tiempo.

Si un requisito lo produce, en parte, la necesidad que **el** aspirante tiene de poder concentrar su pensamiento sin interrumpirse, también en parte lo producen los inquietos fluidos mentales que la mayoría lleva consigo. Esa gente rehuye estar sola e introduce naturalmente una influencia adversa en todos los lugares en los que se practica la meditación solitaria. El terror de esa gente respecto de la soledad tal vez surja porque le hace tomar consciencia de la falta de objetivos espirituales y del vacío intelectual de su estada en la Tierra. El temor de estar solo significa sencillamente que un hombre no tiene vida interior. Es materialista y estúpida la escala de valores que enumera a la soledad como un mal horrible que hay que evitar, o considera que desearla es un rasgo excéntrico o incluso antisocial. El místico que aprendió el arte de la soledad creadora puede oír una voz mental en su silencio interior. De esta manera, la soledad que para algunos es enloquecedora, para él es iluminadora.

Respecto del otro requisito, durante cierto tiempo de cada día deberá haber una separación de todos los trabajos físicos y todas las actividades intelectuales habituales, lapso en el cual el aspirante podrá llegar a estar y permanecer corporalmente inmóvil y mentalmente quieto. Una o dos veces por día deberá separar un momentito para meditar, tal como aparta algún tiempo para comer. Esto es indispensable para lograr progreso espiritual. Es absolutamente practicable que la mayor parte de la gente cree una rutina que, mientras satisfaga la necesidad de recogerse para meditar, no obstante no interfiera con las actividades y deberes mundanos.

Periódicamente, es necesario dejar de lado las cosas temporales para buscar lo intemporal, para aislarse del mundo extemo a fin de buscar un mundo interior. La finalidad psicológica de semejante aislamiento es crear un hábito nuevo y una nueva actitud. El hábito es la meditación. La actitud es la introversión. Al aspirante se lo induce a la ardua tarea de reeducar sus facultades perceptivas, intelectivas y de atención. A estas facultades hay que cultivarlas mediante una serie de ejercicios regulares. Esto implica autoinstruirse en un trabajo definido y en un aprendizaje largo y progresivo. La meditación es un arte que hay que aprenderlo mediante práctica repetida, como el arte de tocar el piano. Virtualmente, a nadie le llega de modo natural. Su técnica requiere una destreza que tiene que ser aprendida como la de cualquier otro arte.

Aquí puede ser una excelente ayuda la tendencia de la mente a formar hábitos. El hombre ganara más con los ejercicios que practique regularmente durante unos seis meses que con los mismos ejercicios efectuados intermitentemente durante el mismo lapso. En consecuencia, debe asignársele una hora fija del día. El ritmo ideal sería meditar tres veces por día, en coordinación con el ritmo de los movimientos del sol: al amanecer, al mediodía y al anochecer. Pero ese hombre no podría llegar a esto de repente. Podría ponerse mejor en marcha con un solo período y continuar con eso durante meses, o incluso años, hasta que se sienta dispuesto a avanzar y añadirle un segundo periodo. Tendrá que trabajar en estos dos períodos, que pueden ser el amanecer y el anochecer, o el mediodía y el anochecer, pues, un considerable tiempo antes, el impulso interior es probable que le diga que dé un paso más y añada el tercer período. Tal vez entonces ni siquiera le sea posible adherir siempre, con fidelidad, al programa así proyectado. Por ejemplo, las necesidades sociales pueden obligarle a omitir un período u otro casi todas las semanas. De allí que debe hacer lo mejor de sí dentro de los límites de sus circunstancias personales.

Sin embargo, tal como es la situación habitual del hombre occidental promedio, una sola meditación es cuanto aquél podrá practicar convenientemente cada día. Esto bastará y sobre tal base podrá efectuarse un avance satisfactorio. Si no dispone de las horas del amanecer o del ocaso para la práctica mística, entonces puede ajusfar su tiempo para que se acomode a su propia conveniencia. Aunque la norma general es que la meditación es mucho más fácil y más eficaz inmediatamente antes de una comida, no es menester que a esta regla se la siga siempre rigurosamente. Por ejemplo, si es más conveniente realizar la práctica después de participar de la primera colación del día y si este desayuno es liviano, eso no será un impedimento; o si a cualquier hora del día hay una sensación genuina de hambre, satisfacer primero esta sensación e intentar luego meditar sería preferible a que el hambre moleste durante el período de práctica. La regla sobre elegir una hora que preceda a las comidas para meditar no se aplica a los estudiantes avanzados. En el caso de éstos, si durante la práctica se efectúa un contacto con el elemento superior, y luego se interrumpe la práctica para participar de una comida en la que la conveniencia hogareña, la necesidad social u otras circunstancias pongan a la hora fuera de su control, si lo desean pueden retomar la meditación después de comer, y, habitualmente, descubrirán que el contacto se recupera con rapidez y facilidad.

Pasará algún tiempo antes de que mengüe la agitación mental creada por el hecho de sumirse en negocios mundanos o en asuntos personales. Hasta que ello ocurra, el aspirante no podrá seguir trabajando positivamente en la meditación sino que más bien deberá dedicarse a la tarea meramente negativa de disipar esos recuerdos que lo distraen. Esta es una razón de por qué, en Oriente, para tal práctica se recomienda el período matutino. Al comenzar el día, los pensamientos y emociones del aspirante están todavía tranquilos y es por ello que, recogerse en el centro de aquéllos, es, a la sazón, más fácil. Sin embargo, quizás algunos descubran que la mañana (con su anticipación de actividades que aún han de ponerse en marcha) no es atrayente

para esta actividad y consideran que la fatiga misma de un arduo día de trabajo induce a relajarse al anochecer y buscar la paz interior El propio ritmo del autor, que él mismo desarrolló para adecuarlo a sus circunstancias de hombre sumido en muchas ocupaciones y trabajos, es el siguiente: cada mañana recuerda la finalidad superior de su vida con una oración, durante solamente dos o tres minutos. Cada anochecer (si le es posible), se recoge en una meditación que dura una hora.

Si la hora regular para meditar resulta en ocasiones inconveniente, se la puede posponer. Si esto fuera imposible, por ese día puede abandonarse la práctica. Si es posible ajustarse con constancia al período completo previamente proyectado como '--deseable y disponible para tal ejercicio, esto ayudará a crear un hábito ventajoso. Pero, si cualquier día en especial la fatiga resulta intolerable, entonces también será mejor abandonar la práctica por ese día. Independientemente de estas horas fijas, o tal vez en reemplazo de ellas, se volverá a presentar, una y otra vez, el llamado intuitivo a abandonar todo trabajo físico y toda actividad intelectual. El aspirante debe obedecer a ese llamado. En medio de los quehaceres comerciales o del trabajo diario, tal vez tenga caídas repentinas en la abstracción interior. Aquéllas, por lo común, serán muy breves y es preciso que se las mantenga así. Pero vale la pena que se las cultive en todo lugar y siempre que se produzcan. Si esto se realiza con frecuencia y fidelidad, la facultad meditativa se acrecienta.

Aunque no sea prudente fijar una duración universalmente sostenible, pues ésta dependerá siempre de las circunstancias individuales y de las aptitudes personales, no obstante puede decirse que, en la mayoría de los casos, es más que suficiente una concentración plena y perfecta de dos minutos y medio, o una meditación plena y perfecta de cuarenta y dos minutos. En estas cifras no está incluido el lapso preliminar en el que a la mente se la desocupa de todos los pensamientos que la distraen. Al practicante avanzado, capaz de entrar en el tercer grado, que es el de la contemplación, según la tradición de la enseñanza oculta (tanto en beneficio propio como en beneficio de la sociedad) se le aconseja que limite esta experiencia deliciosa a veintiseis minutos. Pero, como ya se expresó, sería imprudente una regla para todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares. Quien en la meditación es un aprendiz se fatiga con facilidad y adelantará mejor fijándose tareas fáciles y períodos breves. Estos podrán aumentarse gradualmente siempre y cuando el impulso interior se lo ordene. Siempre que el aspirante haya avanzado hasta el sitio en el que perciba intuitivamente que un poco más de tiempo dedicado a estos ejercicios le daría grandes resultados, debe seguir esa dirección y buscar modos y medios para añadir un cuarto de hora, veinte minutos, etc. Esto ocurre, habitualmente, sólo en cierta etapa de su avance, y debe vincularse con esa etapa.

"A menudo, pienso en cuan tenue es el hilo que mantiene unidos a nuestros pensamientos. Hambre, sed, calor, frío... un contacto de cualquiera de ellos y toda la estética... desaparece como por el toque de una varita mágica." Así escribe Robert Gibbing en su libro de viajes *Coming Down the Wye.* Precisamente, el hecho de depender de los elementos extemos es el que hace que el aspirante necesite modelarlos en forma de cooperación, antes que dejarlos que permanezcan en una forma obstructiva. El aspirante no deberá ser estorbado por el aparato físico de la meditación, pero tampoco deberá descuidarlo. Por ejemplo, demasiada luz perturba la meditación. En horas del día, las cortinas de las ventanas deberán estar corridas. Al anochecer, quienes vivan en ciudades descubrirán que lo mejor es la iluminación eléctrica indirecta o con pantallas.

La primera cuestión que habrá de atender es el lugar en el que el aspirante se propone realizar la práctica. Debe ser un sitio en el que pueda permanecer tranquilo durante el período que escogió. Dondequiera que esto sea posible,'el lugar también es preferible que sea rural a urbano, pero aquí raras veces se dispone de libertad para elegir. Sólo tenemos que contrastar la apaciguadora tranquilidad de la vida en el campo con el discordante bullicio de la vida en la ciudad para damos cuenta de dónde el místico podrá alcanzar mejor su finalidad. La vida en una gran ciudad, con el tránsito vehicular que pasa constantemente, no es conducente a la meditación. Los bosques son particularmente amigables con el aspirante que busca la atmósfera justa para sus meditaciones hondas y pacíficas; los jardines, para el aspirante que busca felices éxtasis místicos.

La siguiente cuestión concierne al cuerpo. Una columna vertebral derecha, erguida, con la cabeza erecta y alineada con aquélla ayuda a menudo a mantener alerta la atención de quien medita y da más fuerza a la concentración. Debe tratar de cultivar el hábito de estar sentado, durante ese período, tan fijamente como una figura en un cuadro. Al principio, hallará difícil mantenerse incluso físicamente quieto mientras dure la practica, y más difícil todavía mantenerse mentalmente quieto; pero los viejos hábitos de estar nervioso o inquieto ceden, a su tiempo, ante tales esfuerzos. Sin embargo, es absurdo elevar esta sugerencia particular a la categoría de un dogma universal riguroso, como muchos *yogis* lo hacen. Es exagerada la importancia que atribuyen a una particular postura corporal durante la meditación. Ellos insisten en que la columna vertebral perfectamente erguida es el requisito previo de buenos resultados. Pero, los místicos sufíes del Cercano Oriente y de Irán han meditado durante mil años con la cabeza inclinada hacia el pecho o con la columna vertebral tan encorvada como para llevar la cara cerca de las rodillas, o incluso con un rítmico movimiento de vaivén hacia adelante y hacia atrás. No hallaron que esto impidiera buenos resultados, y sus logros fueron plenamente iguales a los de los *yogis.* Ralph Waldo Emerson, que igualó a la mayoría de los místicos y *yogis* orientales en captación mística y alcance moral (y que, incuestionablemente, fue superior a muchos en logros intelectuales y equilibrio psíquico), usaba una mecedora ante su mesa de escribir. Ese rítmico sube y baja le ayudaba en su trabajo. Ahora bien, eso no podía haber sido de ayuda durante el acto

físico de escribir (pues eso lo habría interferido) sino sólo en los intervalos de contemplación entre tales actos. Por tanto, el movimiento de su mecedora le ayudaba, no le estorbaba. Hace treinta años, quien esto escribe no podía obtener personalmente el trance místico sino echado de espaldas en su lecho. ¡Diez años después, esa era la postura que le impedía obtenerlo! En la actualidad, no constituye diferencia el que esté sentado, erguido, acostado de espaldas o con la cabeza caída: el hecho de pensar concentradamente en el Amado basta para poner a la mente libre en rápida unión con Aquél.

¿Cuál es la moraleja de esto? La primera moraleja es que lo que más importa es el *pensamiento,* y que lo que ocurre interiormente en la mente y en el corazón es más importante que la mera actividad externa. ¿Por qué las grandes religiones orientales, como el islamismo, el zoroastrismo y el hinduísmo, prescriben abluciones antes del rezo? La intención real es liberarse con seguridad de la perturbación mental resultante de un cuerpo sucio y, por tanto, incómodo. En la limpieza no hay virtud mística. Algunos famosísimos santos de Occidente y faquires de Oriente han sido físicamente sucios. Muchos tomas del Tibet llegan a no bañarse durante meses. El valor real de la limpieza radica en quitar un obstáculo posible de la concentración mental durante el rezo. Por tanto, todas las normas correspondientes al cuerpo en relación con el rezo o con la meditación, incluidas las relativas a su postura no deben ser sobrevaloradas, idolatradas ni convertidas en coercitivas.

La segunda moraleja es que cada individuo debe elegir la postura corporal que mejor se adapte al momento, o que reciba un impulso interior para adoptarla, y no atormentarse tratando de adecuarse rigurosamente a algún sistema cuando descubre que ese sistema es incómodo o imposible. Cuanto más pueda tranquilizar su cuerpo y evitar que esté nervioso, mejor resultará su concentración y más rápidamente avanzará su evolución. Sentado cómodamente, adecuadamente relajado, con los nervios y los músculos libres de tensiones, su casa de carne deberá mantenerse tan tranquila como, de modo parecido, un día lo estará su inquilino mental, en la etapa suprema. Ha cumplido la tarea que le toca cuando puede sentarse inmóvil durante el período proscripto sin mover un miembro, sin cualquier otra señal de nerviosismo corporal ni distracción mental.

Ahora, es necesario investigar la naturaleza y el objeto de **la** concentración aquí requerida. Quienes equiparan la palabra con lo que corrientemente recibe esa denominación, están, a la vez, equivocados y acertados. Es cierto que muchas personas que jamás oyeron siquiera hablar del *yoga,* como, por ejemplo, empresarios, muestran en su trabajo una bien desarrollada calidad de concentración. Pero esto no los acerca más al conocimiento del yo interior. Por lo contrario, usan su facultad de concentración para ponerse más cerca de la ignorancia espiritual, porque usan aquélla para hundirse más fuertemente en el apego a las cosas externas y, muy a menudo, en la creencia de que la materia es una realidad. El género de concentración que un empresario practica inevitablemente, en algunos sentidos es el mismo, pero vitalmente diferente en otros, del que un místico practica deliberadamente. A uno lo anima, habitualmente, un deseo de retener o acrecentar sus bienes terrenos; a otro un deseo de que su yo superior se apodere de él. Uno se aferra totalmente al accionar del intelecto; el otro se complace, en cierto punto, en dejarlo caer enteramente en la quietud. Uno se concentra en cosas extemas de las que puede formar en su mente imágenes concretas; el otro se concentra en conceptos abstractos que, a su tiempo, surgen hasta el plano carente de imágenes. O sea que uno extrovierte a menudo a su mente, y el otro siempre la introvierte: lo cual es un proceso enteramente opuesto. El esfuerzo del místico debe ser penetrar cada vez más en su propio ser consciente. Durante la primera etapa de esta meditación hay un esfuerzo doble: paradójicamente, uno para olvidar, y el otro para recordar. Por un lado, tiene que esforzarse continuamente para dejarse salir de su yo terreno y olvidarlo. Por el otro, tiene que esforzarse con igual reciedumbre para apoderarse de su yo superior y volver a descubrir su existencia, o sea, recordar su origen.

Toda concentración corriente concierne al aspecto *formal* de la vida no a su *esencia.* El místico tal vez no posea realmente una concentración mayor que la que el otro pueda revelar en lo mejor de sí, pero, dándole una dirección *interior,* la usa para apartarse de los elementos externos, para debilitar su creencia en la realidad de la materia y para llegar a ser espiritualmente consciente de sí. Las antenas de su mente deberán proyectarse hacia lo que él todavía no puede sentir ni ver. Este primer movimiento de la exploración mística de la consciencia humana es el sentido en el que la filosofía usa la palabra concentración. Cuando la mente cesa de trabajar, automáticamente los sentidos entran en inactividad. Cuando la energía mental se aquieta por completo, como en el sueño, no podemos ver, oír, sentir, gustar ni oler. De aquí que el mentalismo diga que la mente es el factor real de la experiencia. La mística aprovecha este hecho científico para desarrollar una técnica por la que a los pensamientos se los puede poner bajo pleno control, o incluso se los puede suspender, oscureciendo los contactos sensorios o incluso proscribiéndolos, pero, no obstante, la energía mental de la consciencia de sí puede mantenerse viva. Mediante un deliberado esfuerzo de la voluntad convócase a las salientes tendencias del yo, concéntrase la atención, y, mediante introversión, inviértese su dirección habitual, de modo que los contactos sensorios se toman algo borrosos. De allí que el primer principio operativo del *yoga* sea desviar la atención y el interés de las cosas extemas hacia una idea, un sentimiento, una serie de pensamientos o una imagen mental que llene el vacío que así se creara. Cuando los pensamientos se sujetan continuamente a los sentidos, mantienen un inquieto ritmo de atracción y rechazo, de goce y dolor, que se impone entre nosotros y la paz estable. Estos minutos de quietud mental deben consagrarse a suprimir la saliente dirección de los pensamientos, a volverlos hacia adentro, y, finalmente, a internarlos en su origen inefable.

En su ser recóndito, usted ya es tan divino como es probable que lo sea siempre. De allí que ninguna instrucción interior podrá darle lo que usted ya posee, pero una instrucción adecuada podrá ayudar a darle la *consciencia* de lo que usted posee. Ningún sistema práctico podrá desarrollar por usted un alma, pues ésta ya está allí; pero un sistema adecuado podrá introducirle en la consciencia de esa alma. Y entre los ejercicios de meditación que deberán necesariamente estar en primerísimo lugar en tal sistema, ninguno es absoluto e indispensable. No hay una fórmula universal para la práctica de una meditación adecuada a todos los hombres de todos los tiempos. Al aspirante no lo beneficia descansar en el lecho de una sola fórmula durante toda su vida. Los ideales filosóficos de una mera evolución nivelada y de una personalidad equilibrada lo prohibirían. Por lo contrario, el aspirante encontrará necesario usar diferentes ejercicios en distintos períodos de su carrera mística.

La marcha mística atraviesa un ritmo ascendente en espiral de modo que si, por ejemplo, el aspirante empezó meditando sobre los defectos del carácter y luego dejó eso en procura de un tópico más abstracto, un día volverá otra vez a su práctica anterior; pero en esta ocasión lo hará desde un punto de vista superior que, correspondientemente, le producirá logros más importantes. Tal vez fije su atención en imágenes mentales o en ideas abstractas, en temas específicos o en sentimientos vagos, en un agudo pensamiento racional o en el rechazo de todo pensamiento, cualquiera sea éste. Todos estos ejercicios tienen un mismo objetivo. Todos son enfoques de un sólo estado psicológico. Si difieren los enfoques, esto se debe solamente a que sus puntos de partida difieren. Debemos sonreír con indulgencia a quienes insisten en que su método particular es el único método eficaz, como debemos sonreír con tolerancia también a quienes limitan la verdad al concepto pequeño que de ella tienen. La filosofía no dice que el aspirante no deba seguir tal método, sino que no debe seguirlo con exclusión de todos los demás. Un método o una técnica que es bueno para una persona, tal vez no lo sea para otra. Y los métodos bien adecuados para la mentalidad antigua puede ser que no lo sean para la mentalidad moderna, mientras las condiciones proyectadas en épocas anteriores tal vez sean inadecuadas para la época actual.

Pero, cualquiera que sea el ejercicio que el aspirante adopte, que recuerde cuatro puntos indispensables. Primero, su empeño debe buscar la eliminación de todos los pensamientos, excepto el pensar en su propio tema. Segundo, cuanto más se interese por lo que piense (efectivamente, incluso cuanto más se anime al respecto), mejor resulta su concentración. También es cierto lo contrario de esto. Tercero, la concentración debe pasar del hecho de pensar de un modo lógico en su objeto escogido al de entrar en el objeto de un modo fijo, establecido. Cuarto, si el primer paso es hacer presa cabal de sus pensamientos y sentimientos, o sea lograr la concentración, entonces el segundo paso es elevarlos por encima de todas las actividades y todos los deseos mundanos, o sea, lograr la meditación. Esa meditación empieza bien lo que empieza con rezo fervoroso y adoración ardiente. El hombre deberá enfocar la interioridad divina de su propio yo con toda la reverencia posible, dejando afuera, en su umbral, los sucios zapatos del cinismo mundano.

La meditación real es un proceso intuitivo. Pero las tensiones que prevalecen en la mente impiden habitualmente que a esta intuición se la sienta, y todavía más, que se la siga, aunque se la sienta. Si el aspirante va a seguir con los mismos pensamientos. las mismas inquietudes y las mismas esperanzas que preocupaban sus horas de actividad, también podría continuar con lo que estaba haciendo antes de la hora de meditación. El primer beneficio (como lo es, la primera necesidad) de la meditación es que todo se interese por algo enteramente diferente. Deberá elevarle de la corriente de la vida personal. Por tanto, deberá empezar a meditar retirando sus pensamientos de sus propios asuntos y de **los** asuntos del mundo, fijándolos, en lugar de ello, en el objeto de su búsqueda: el Yo Superior. Durante estos intervalos debe cultivar la capacidad de poner sus negocios mundanos a distancia y calmar las emociones que se precipitan hacia afuera. Cuando "entra en el silencio", cuando se sienta a meditar, en primer lugar debe librar su mente de todos los negocios u ocupaciones del día. Cuando entra en el aposento de meditación, debe dejar que la puerta se cierre por completo no sólo en el mundo externo sino también en aquel mundo interno en el que sus habitantes autóctonos son las trivialidades, la rutina, los negocios, las iras, los resentimientos, las irritaciones y las pasiones. De igual modo, debe dejar que el pasado se vaya, y desdeñar el futuro. El está allí para dedicarse a una ocupación más santa que aquélla de la que el mundo habitualmente se ocupa, para seguir una ocupación más divina que la ronda fatal de la personalidad, y para elevar sus pensamientos a niveles superiores al habitual.
El renunciamiento que se le exige durante este período es tanto externo como interno: realmente, debe ser total. La madre deberá apartar a sus hijos, como si nunca hubieran nacido. El estudiante deberá olvidar sus libros como si éstos nunca hubieran descansado en sus anaqueles. El fabricante deberá viajar lejos de su fábrica, como si ésta perteneciera a un pasado que murió. El obrero deberá unirse a las filas de los desocupados, como si nunca hubiera estado en otra parte. A menudo ocurre que el fracaso en la meditación es causado por este fracaso en apartar los pensamientos de los asuntos personales y rutinarios de todos los días. El primer remedio es elegir un tema que, en sí mismo, mantenga interés suficiente para conservar sus pensamientos atados a él. El segundo remedio consiste en hacer que, rigurosamente, la atención vuelva a este tema cada vez que tome consciencia de haberse extraviado.

Teóricamente, la atención no debe desviarse un solo segundo del pensamiento al que se la sujeta. En la práctica, ciertamente se desviará pues el hábito antiguo la volvió inquieta, indócil y disipada. Cuan débil se volvió el hombre lo muestra su vasta incapacidad para pasar siquiera

media hora de ininterrumpido retiro de los asuntos de su personalidad individual y de incesante comunión con su individualidad superior. La concentración exige inexorablemente que la mente no piense en veinte cosas y personas diferentes en otros tantos minutos. Empero, tan pronto alguien se sienta a meditar, una abigarrada multitud de pensamientos golpeará las puertas de su consciencia. Nadie, salvo la persona experimentada, que ha practicado durante algunos años y con regularidad, determinación y entendimiento, es probable que esté libre de este fastidio. Estas distracciones son tan persistentes y molestas que a muchos, si no a la mayoría de los principiantes los sume en la desesperación o el tedio cabales, de modo que, en última instancia, los aleja por completo de la meditación. ¡Cuántas personas pasaron, cuando meditaban, por esta experiencia de perder el tiempo: piensan un instante o dos en el tema espiritual que se asignaron, pero éste pronto es abandonado o atestado por una multitud de pensamientos, recuerdos y expectativas impertinentes que, en su mayoría, son de naturaleza mundana! Finalmente, tan pronto concluye el período asignado, esas personas salen con alivio de este esfuerzo fastidioso. ¡Con cuánta frecuencia deben aguardar la sensación de contacto divino sólo para descubrir, al final del período de meditación. que esa sensación nuevamente no logró manifestarse! ¡Con cuánta frecuencia comenzaron esperanzadas sólo para terminar desalentadas cuando este exasperante hecho esquivo ocurre de nuevo! ,Si otros encontraron al yo divino volviéndose hacia su interior, ellas fueron menos afortunadas y sólo hallaron un vacío insensible.

Es deber del aspirante querer atravesar estos tediosos períodos preliminares y soportar la deprimente incomodidad de sus primeros experimentos. En su etapa actual, no puede eludirlos. Durante la meditación, la mayor parte de su tiempo la desperdicia combatiendo su inquietud mental y su distracción emocional. Un pensamiento tras otro usurpan su atención y, cuando aparecen, él deberá apartarlos uno por uno y mantenerse vigilante sobre este asunto. Esto exigirá un género de dominio de sí, una reserva interior que diga: "Hasta aquí llegué, pero no iré más allá". Es un ejercicio arduo mantener a la mente, sin distracciones ni perturbaciones, concentrada en la búsqueda del yo libre. Habitualmente, el aspirante es tan activo, inquieto y extrovertido que su modo de ser contrario afronta, inevitablemente, una resistencia recia y obstinada. Hasta para las muchas personas que, en ese arte, avanzan con resultados moderados, la meditación no es nada fácil. Por desgracia, para ellas también hay épocas en las que el período de meditación está lleno de una aridez como de desierto, que deja pensamientos inquietos y emociones tediosas. Sin embargo, ni siquiera tales períodos son realmente desperdicio, sino que les enseñan humildad y paciencia. Aunque en cada período de práctica ya no tenga que superar la inercia natural de la mentalidad extrovertida, empero, tiene que vencer de nuevo no sólo a la resistencia interior de una mentalidad turbulenta (aunque esto será mucho menos que con la persona inexperta) sino también la resistencia complementaria de extraños estados mentales y tensiones emocionales, "adquiridos" temporariamente durante los contactos y encuentros diarios con los demás. En realidad, esta es una de las razones de por qué quienes en Oriente estudian *yoga* abrazan la soledad y rehuyen la sociedad. Todas estas resistencias suscitan tinieblas depresivas, incluso desesperación, pero se las puede vencer usando la espada de la paciencia para traspasarlas. De modo que, a menos que la fatiga les resulte insoportable, en esa ocasión no deben, con impaciencia, abandonar la práctica, como si ésta fuera inútil, sino que deben persistir, ensayando el efecto de una plegaria dirigida al Yo Superior para que éste acuda en su auxilio. Luego de unos minutos, o quizá luego de un tiempo más prolongado, la resistencia puede disolverse por sí sola.

Son pocos los que, tras sentarse y extender la colorida alfombra de la meditación, realmente logran entrar en el estado de la quietud mental. Ese es un resultado positivo y posterior, mientras que el primer resultado es negativo. Es intensa la lucha por mantener fija la atención durante la parte preliminar de un período de meditación. Su dificultad puede descorazonar a muchos. Empero, cuanto más lo intentan, ciertamente más fácil será cuando llegue el tiempo. El discípulo debe reconocer que, así como con frecuencia insume cierto tiempo abordar satisfactoriamente algún trabajo intelectual, de igual modo insume cierto tiempo ponerse en marcha en este trabajo espiritual. Sólo el adepto de la meditación podrá obtener resultados inmediatos todos los demás necesitan abrirse camino poco a poco hacia esta meta. El aspirante deberá aceptar el hecho de que estas negativas instancias preliminares, que no dan fruto inmediato, deberán necesariamente insumir la mayor parte de su tiempo asignado, y. que no deberá esperar resultados rápidos. Esto no puede remediarse. El aspirante deberá alentarse pensando que la pericia es el premio a la perseverancia, pero hasta entonces deberá aprender a aguardar y trabajar para que la mentalidad agitada se recoja y calme, y detenga el torbellino de temas y pensamientos. Deberá recordarse que si la práctica de la meditación es difícilísima, también es esencialísima; que sin que esta práctica indiferible se incorpore a su vida cotidiana, no es posible que logre apartarse de los deseos terrenales o apegarse al Yo Superior. Aquí la impaciencia es una señal de que el Yo inferior se resiste a que se lo introduzca en la meditación, pues en tal rumbo advierte la pérdida última de su propia soberanía. Si las comunes cualidades de la paciencia y la perseverancia tienen en algún sitio algún valor, es aquí donde lo tienen. Con ayuda de aquéllas y con devoción hacia esa práctica, luego de un dilatado período de ensayos y equivocaciones, puede llegar a poseer una buena técnica. Nada menos que un maestro en ese arte, el famoso sabio indio Shankara, fue quien dijo que si la meditación se cumple con perseverancia y fervor, alcanzará su meta en un lapso no demasiado prolongado.

Todas las tendencias potentes y predominantes que hacen que el movimiento de los pensamientos y la exteriorización de la atención sean los hábitos arraigados que realmente son,

acosan al estudiante y le retrotraen al común estado de esclavitud en el que él y todo el género humano han permanecido hasta ahora. El deber del estudiante es convocar a su fortaleza interior para que resista el regreso de estos pensamientos y rechace la intrusión de objetos en su atención. Deberá sostenerse el esfuerzo para mantener el estado extrovertido, no de modo violento ni cohibido, sino de manera calma y afable. Y esto deberá repetirse un día tras otro, sin que la intensidad disminuya, hasta que los buenos resultados sean completos y permanentes. Muchos principiantes cometen el error de creer que el resultado (si lo hay) de cada meditación individual debe mostrarse necesariamente durante la practica, y cometen el error de suponer que porque el final de una meditación les deja como eran al comienzo, porque parece estéril, árida y sin resultado, por tanto es un fracaso decepcionante. Esto no es así, pues el resultado puede mostrarse poco después y el esfuerzo no se pierde; lo único que ocurrió es que el beneficio no apareció en el umbral de la consciencia. Estos ejercicios pueden hacer que la marcha parezca lenta y trabajosa; los deben considerar como un género de disciplina gimnástica, como un auto-entrenamiento cuyos resultados se mostrarán con seguridad en la auto-evolución, aunque en una fecha inespecificable.

Así como no desechamos un espejo porque la primera vez no podamos ver en él nuestra cara, sino que lo frotamos y bruñimos una y otra vez hasta que nos vemos, de igual modo no debemos desechar la práctica regular de la meditación porque el primer año no veamos a nuestro yo espiritual, sino que debemos perseverar hasta que lo veamos. Aquietar las energías que salen del cuerpo, apartarse del funcionamiento activo de los sentidos y ordenar a las olas del pensamiento que se sosieguen, es una tarea que naturalmente reclama gran concentración de todas nuestras fuerzas. Por ello, no es una tarea fácil; sin embargo, no es imposible. Son centenares los hombres y mujeres que lograron esto positivamente durante los siglos pasados y en distintos países. El secreto de este logro no consiste en renunciar a la búsqueda porque los resultados sigan estando monótonamente ausentes, ni en cesar en los esfuerzos, por impaciencia, irritación o desesperanza. En las primeras etapas, a la meditación se la percibe como ardua y sin provecho. En las etapas intermedias, hay períodos de avance consciente, con intervalos de estancamiento, pues es entonces cuando la mente trabaja sobre el principio del taladro neumático. El esfuerzo perseverante proporcionará pericia, sin duda irregulamente, pero en un ámbito cada vez mayor. Si la consciencia reflexiva se siente afectada por estos ataques diarios contra su carácter inquieto y vagabundo y se aterra tozudamente a sus viejos hábitos, un día su resistencia acabará y, tranquilamente, se rendirá.

Durante meses y tal vez años, el practicante tendrá que cejar enérgicamente en estas divagaciones, pero si persiste, con seguridad llegará el día en el que eso cese por sí solo, y, de buena gana, busque el descanso que la meditación ofrece. A su tiempo, llegará la hora en la que ya no tendrá que tratar de meditar; la meditación le llegará por sí sola, con facilidad y suavidad. Como en todas las demás artes, la pericia en el arte de la meditación llega a través de esta práctica infatigable. La concentración resulta fácil y agradable. En el experto, la tensión interior desaparece, y todo su ser se equilibra, se relaja armoniosamente.

En esta evolución hay tres etapas: la primera, la lucha larga, monótona y cansadora contra las tendencias del intelecto hacia la divagación; la segunda, la lucha más breve y más fácil para mantener y prolongar la facultad de concentración, una vez que ésta se desarrolla; y la tercera, el triunfo sin esfuerzo de la práctica habitual que, finalmente, convierte a la pericia en un fenómeno natural. La" finalización de la primera etapa con cualquier ejercicio la señalará la firmeza con la que el practicante se mantiene en su idea única de hallar en su interior al yo divino y la inmediatez con que él vuelve a su búsqueda cuando advierte que se desvió de ella. Si se alcanza positivamente la primera etapa de atención concentrada, dirigida interiormente sobre la mente misma, entonces, la segunda etapa consistirá en prolongarla. La segunda etapa fue alcanzada satisfactoriamente cuando se retoma la práctica con placer y se la interrumpe con desgano, cuando la mente es capaz de concentrarse y recogerse interiormente al minuto o dos de sentarse. Puede alcanzar una pericia tal que será capaz de ingresar, de inmediato con facilidad, y a voluntad, en la etapa primera, y luego en la etapa segunda de la meditación.

A medida que los efectos de la meditación resultan cada vez más familiares, aumenta con ellos la comprensión de su mecanismo y la facilidad de su práctica. Con el aumento de la facilidad que, de esta manera, el tiempo le procura, la disminución de la distracción le deleitará correspondientemente. Será cada vez más breve el período preliminar, de espera, durante el el cual los pensamientos, recuerdos, expectativas, emociones y agitaciones suscitados por su vida externa se manifiestan e impiden una concentración perfecta o demoran una auto-absorción interior. Todo aquel que ya esté bien adelantado en la búsqueda halla siempre que la hora de meditación es una cita gozosa con lo que se ama, mientras que quien está dando sus primeros paso la considera una molesta sesión con el tedio. El novicio se dirige con renuencia y de mala gana hacia su auto-ordenado deber de meditación diaria sobre su Yo Superior El experto, que conquistó la técnica, se dirige gozosa y anhelantemente hacia ese don con que Dios le bendijo, que es su diaria comunión con su Yo Superior. Eso pasó de la etapa de ser una labor penosa a la de ser un privilegio. En la vida de meditación, desarrollada en plenitud, hay tranquilidad, naturalidad y estabilidad. Pondré de manifiesto estabilidad y mostrará equilibrio. La diferencia entre una mente inquieta y una mente disciplinada se parece a la diferencia existente entre la mera charla y una buena conversación.

La búsqueda interior del yo espiritual deberá proseguir con firmeza, sin interrupciones. Si, al

principio, quien busca no halla nada ni siente nada, no ha de desanimarse. Está cavando un pozo. Algunos tienen que cavar mucho y largo tiempo antes de que aparezca el agua; por tanto, debe pujar por buscar más hacia abajo. El agua de vida está allí; no debe dudarlo. Este hecho lo atestiguan todos los videntes de la antigüedad, todos los santos medievales, todos los místicos contemporáneos. Su avance místico se caracterizará por un creciente recogimiento dentro de sí, por un apartamiento de los sentidos físicos, y por una interiorización y una inmovilización de la atención. Su consciencia se sumirá cada vez más en lo profundo, alejándose del medio ambiente e introduciéndose en sí misma. Durante ese desplazamiento de la mente que vuelve sobre sí misma, él experimentará muy claramente, la sensación de ir hacia adentro. Eso se parecerá a tratar de penetrar a través de un estrato tras otro de la mente. El tiene que cerrarse no sólo respecto de todas las sensaciones de los objetos externos sino también respecto de la existencia de su propio cuerpo.

Sin embargo, una cosa es introvertir la atención en este punto profundo, y otra es poder sostener la introversión misma. El no sólo deberá lograr esto plena y completamente, sino que también deberá permanecer inmerso en ello durante algún tiempo para desarrollar su fuerza y su efectividad, para permitir que las renovaciones diarias resulten casi instantáneas. En ocasiones, resulta abrumadora la molesta tentación de ponerse de pie y cesar en el esfuerzo antes de que concluya todo el tiempo asignado a la meditación. Pero ceder a esa tentación es aceptar la derrota. Resistirla es reducir otro tramo el camino que conduce a la victoria. De lo contrario, también se producirá, con insistencia, la tentación de levantarse y hacer esto o aquello, de pensar en algún otro asunto (incluso algo de interés espiritual). Deberá mantenerse firme y no ceder ante ello. Esto es difícil de hacer, pero sólo porque durante tan largo tiempo (probablemente, durante toda una vida) permitió que su atención fuera absorbida por el mundo exterior es que ahora aquélla tiende naturalmente a evadirse en el instante en que cesa la vigilancia de él. Mediante práctica insistente y cultivo paciente, él podrá hacer claramente que este hecho de volverse hacia el mundo interior, este hecho de silenciar el cuerpo y la mente sean, a su tiempo,
tan fáciles como ahora son difíciles de realizar.

El llegó ahora a la parte más crítica y más importante de su aventura en la meditación. Trátase del límite en el que su propio esfuerzo deberá cesar poco a poco, y deberá comenzar el esfuerzo del alma. El tiene que mantenerse perfectamente tranquilo, en cuerpo y en pensamiento, para permitir que esta otra presencia lo domine en una quietud beatífica. Aquélla no podrá hacer esto mientras él esté físicamente ocupado, mentalmente preocupado, emocionalmente atraído o rechazado por algo o por alguien. El deberá mantenerse tranquilo en todo sentido. De esta manera, no introducirá nada que impida que el movimiento de la santa presencia gane su cuerpo y se apodere de su mente. Todo esto puede sentirse literalmente. Pero la más leve obstrucción causa su instantáneo retiro. De positivo que era, él deberá ser ahora pasivo. Aquí está implícito el profundo misterio de la Gracia.

El estado psicológico de este grado es inducido muy involuntariamente, mientras que los estados de los grados anteriores no podrán suscitarse sin decidido esfuerzo. Si quien medita no lo elimina cuando empieza a insinuarse, o lo obstruye de otro modo, con frecuencia se desarrolla con tanta rapidez hasta convertirse en fuerza fascinante y resulta totalmente irresistible. Aunque se trata de una energía que está fuera de su individualidad corriente, de algún modo es también una energía que no está separada de esa individualidad. El efecto de esta gracia es poderoso. Con cada influjo de ella, él siente que le sobreviene un cambio, aunque este cambio asuma variadas formas. Pero cualquiera que sea la forma, la tensión que acompañaba a sus primeros ensayos de concentración toca a su fin, y las luchas que entonces entablaba no le molestarán más. El aspirante tiene que indagar con cautela en este estado de ánimo superior, en la misma medida que el artista tiene que indagar con cautela en su estado de ánimo creativo. Aquí, la atención deberá moverse tan alerta como un hombre que camina por el angosto parapeto de un terraplén que domina un río. Cuando la consciencia central está fija, sin esfuerzo, en este punto central, cuando su atención se mantiene totalmente, concluye definitivamente el período de noviciado con sus fracasos descorazonadores. Ahora, sus sentimientos vagos empezarán a asumir forma concreta.

Si el estudiante sigue fielmente estas instrucciones y cumple diligentemente estos ejercicios, tarde o temprano tendrá consciencia de esta presencia sutil dentro de su propia atmósfera mental. Será algo elevado, noble, sereno y trascendental, pero también será algo que él no podrá conservar, y lo perderá rápidamente. No obstante, volverá una y otra vez. Tan pronto se siente a meditar, parecerá que le lanzan mágicamente su hechizo, como el fabuloso encantamiento de los cuentos de hadas. Sin vacilaciones, él debe rendirse ante su influencia misteriosa pero deliciosa. El proceso de dar nacimiento a esta nueva vida dentro de sí, que hasta ese momento era naturalmente un proceso doloroso y prolongado, será de allí en adelante, una fuente de gozo creciente. Poco a poco, olvidará sus asuntos mundanos al sentarse a meditar, y recordará cada vez más sus asuntos espirituales. Llegará a amar la calma y el contento que estos períodos de contemplación fructífera le procuran y que son desconocidos para quienes desdeñan tales ejercicios. Siempre será notable la sensación de satisfactorio descanso que en este estado le sobreviene. Entrará en éste, cada vez, con la sensación del fatigado viajero que llegó al final de un largo exilio, la del cansado vagabundo que volvió a su hogar. Durante estos breves períodos, su consciencia se investirá de una madurez intelectiva que no posee fuera de aquéllos.

Lo que más tiene que aprender en esta etapa es, en un sentido, fácil y sencillo. Empero, en la

práctica, resulta difícil y esquivo. Es un "dejarse ir", un cesar de esforzarse, un dejar que su voluntad se relaje, un cesar de pensar que el Yo Superior es algo que él deberá apresar, y un dejarse apresar por Aquél. Además, él no ha de limitar esta actitud solamente al período de meditación, sino que ha de introducirla brevemente, varias veces por día, en su vida corriente. En realidad, él ha de parecerse al nadador que, cada tanto, se da vuelta de espaldas y flota tranquilamente con unos pocos y suaves desplazamientos de sus pies, donde antes acometía ruidosamente hacia adelante con vigorosos golpes de su brazos; o ha de parecerse al arquero cuya tarea consiste en concentrarse en llevar la flecha lo más que pueda ésta llegar hacia atrás pero sin darle la real fuerza propulsora. De igual modo, la tarea del *yogi* consiste en concentrar su atención interiormente lo más que puede, pero el ingreso real en la consciencia mística está, por entero, más allá de lo que él mismo decida. Esta búsqueda interior durante la meditación es algo parecida a la búsqueda externa de un radioescucha que hace girar el dial de sintonía al azar, en un esfuerzo por establecer contacto con una emisora que le satisfaga, pues quien medita y logró volver su atención bien hacia adentro deberá entonces usarla para explorar su ser interior en un esfuerzo por establecer contacto con su punto más profundo, con el centro místico en el que la consciencia cotidiana emerge del Yo Superior. Hasta que se haya adiestrado en este arte misterioso mediante larga práctica, sus primeras exploraciones serán naturalmente lentas, ciegas y a tientas. Pero con naturalidad se transformarán, con el tiempo, en movimientos bien dirigidos que pronto le llevarán hasta el punto buscado. Una vez que entre en contacto con él y en él se afirme fielmente, tendrá que cesar de estar en actividad y, en lugar de ello, tranquilizarse y volverse accesible a la influencia más divina que ahora operará sobre él: tal como el radioescucha, cuando encontró la estación que deseaba, deberá permanecer pasivo y volverse accesible a los sonidos que ahora sonarán en sus oídos. (Estas comparaciones no las ofrecemos porque sean exactas sino porque son instructivas. Sólo son analogías cuya utilidad no debe forzarse; caso contrario nos pondremos en dificultades.) Tal vez ahora resulte clara una razón de por qué insistimos sobre la meditación como una parte de la búsqueda cuádruple. En todos los asuntos mundanos, quien medita usa corrientemente su voluntad personal, mientras que el ideal filosófico le reclama que se someta a una voluntad superior. La fase avanzada de meditación le permite practicar esta sumisión del modo más profundo. De allí que la meditación sea vastamente importante e imperativamente necesaria, por esta sola razón, para quien está en la búsqueda. Lo que éste logra temporalmente al desalojar al ego y aquietar la mente durante su breve práctica, será una raíz de la que la posibilidad de un resultado más durable podrá crecer a través de la tierra de su carácter integral.

Un retorno a la actitud de plegaria es aquí útil para atraer el comienzo del estado de quietud. Este es el método de la humildad cabal, pues meramente plantea una búsqueda y luego aguarda a que la Divinidad que está en él surja y ponga fin a la búsqueda mediante su propia auto-revelación. Es un método que guarda consonancia con las palabras de Cristo, cumpliendo la condición que El planteara cuando dijo: "A no ser que osvolváis como niños, no podréis entrar en el Reino de los Cielos". La nota clave de esta nueva etapa es una sumisión cabal y completa. Quien busca deberá permitir que la corriente divina fluya sin obstáculos ni regulaciones, sin intentar desviarla arbitrariamente para que entre en los canales que el ego elija, o esa corriente desaparecerá. Es crucial el momento en el que se instala en él el "hechizo del Yo Superior". A ese hechizo deberá someterse sin resistencia ni demora. De lo contrario, por ese día es posible que se pierda sin remedio. Todo lo que tiene que hacer es más bien recibir humildemente que empeñarse egoístamente. Su trabajo consiste en someterse; el trabajo del Yo Superior es tomar posesión de él.

Si la primera etapa de esta aventura implica un esfuerzo anheloso y decidido de la mente, la etapa final implica una tranquila y pasiva sumisión de la mente. Si una depende totalmente de los propios esfuerzos del aspirante, la otra depende totalmente de la concesión de la Gracia por parte del Yo Superior. Tanto en la primera como en la segunda etapa, o sea, en la concentración y en la meditación, la voluntad está anhelante y activa, de modo que los resultados son lo que ella misma produce; y todo lo contrario es lo que ocurre en la contemplación, que es la tercera etapa. Quien busca, nada tiene que hacer en absoluto, excepto estar contento y recibir lo que el Yo Superior le concede graciosamente.

El estado de absorción atenta no es un estado pasivo. ¿Cómo podría serlo cuando la mente deberá fortalecerse bastante para soportar el esfuerzo y afirmarse bastante para mantenerse perfectamente en la quietud cuando los pensamientos se detienen? Es un estado definida y enérgicamente positivo respecto del mundo externo, aunque necesariamente dúctil y sensible al influjo de la mente más profunda. En realidad, quien medita debe estar atento para hacer que su meditación sea meramente negativa y nada más. Debe desdeñar esa seguridad voluble y fácil que los místicos inmaduros y los maestros incompetentes fabrican tan a menudo, en el sentido de que todo lo que se necesita es sentarse y aguardar pasivamente a que el "espíritu" entre en quien medita. Sin embargo, *este es* un método que quizá para nada procure el "espíritu" sino que, en lugar de ello, produzca pérdida de tiempo o peligro para la psiquis. Quien medita no debe ser impreciso, confuso ni indeciso cuando se pone a meditar ni debe buscar meramente poner su mente en blanco. Por lo contrario, deberá estar plenamente alerta y totalmente atento, con una actitud positiva, y entendiendo con precisión lo que trata de hacer. Deberá haber un tema preciso para que sus pensamientos empiecen con él, y sólo después un objeto, al dominar esos pensamientos. Sólo entonces puede llegar a ser receptivo y expectante; pero tal relajamiento debe parecerse al de un águila que se cierne vigilante en los aires, sobre una posible presa que

está debajo. Los peligros de la meditación defectuosa, la falta de instrucciones personales y de experiencia común a extraer, que el occidental moderno afronta en su intento, los excesos, las extravagancias, los absurdos y las aberraciones en que pueden caer con facilidad los neuróticos que meditan... todo esto constituye un caso que exige atenta información y sensatos controles, pero no que se prescinda por completo de la meditación.

¿Cuál será el estado físico de quien medita cuando llega a este grado?

Puede decirse, en un sentido real y definido, que durante las etapas avanzadas de este esfuerzo, cuando quien medita empieza a sumergirse en el corazón y a cesar de pensar en el método, literalmente entra en sí mismo. A medida que la atención se ahonda, la meditación entra en la contemplación, y el mundo de los cinco sentidos retrocede. La persona estará sentada como un árbol que echó raíces, pues a medida que esta gran quietud se establece en la mente, una inmovilidad correspondiente se establece en el cuerpo. Todo el sistema muscular se toma irresistiblemente inerte, cada miembro se toma suavemente rígido. Alguna energía distinta a la propia atrapa su cuerpo y sus miembros, su mente y sus pensamientos. No puede agitar a uno o dirigir al otro. El es su víctima impotente. Durante corto tiempo el cuerpo estará imposibilitado de moverse, la boca será incapaz de hablar, y la voluntad incapaz de afirmarse. Naturalmente, la persona temerá lo que no le es familiar; instintivamente, se abstendrá de entrar en esta etapa, con su amenaza aparente de perder la conciencia o de convertirse en la víctima impotente de fuerzas desconocidas. Pero este estado será perfectamente inocuo, la rigidez será puramente fugaz, la cautividad será cabalmente deliciosa. ¡Oh, qué arrobamiento celestial impregna sus sentimientos! ¡Ninguna contraparte terrena podría equipararsele jamás! Incluso, puede deslizarse inconscientemente en el profundísimo estado de autoabsorción, en el que la piel del rostro muy a menudo se pone pálida y muy tirante, produciendo de esa manera la apariencia etérea que se asocia con los santos.

El hecho de que sus ojos se cierren o no, depende en parte de la naturaleza de su ejercico precedente de meditación, y en parte del género especial de Gracia que, a la sazón, le es concedida. Hablando en general, el proceso de abstracción se ayuda con el cierre de los ojos, y el proceso de estabilización se ayuda con el hecho de abrirlos. Sin embargo, este punto no será para que se establezca él, sino el Yo Superior. Si quedan abiertos, los ojos meramente miran sin ver los alrededores o el espacio, pues la atención de quien medita estará en otra parte, olvidando este mundo para recordar uno mejor. Durante esta fijación semiconsciente y automática de la mirada, los párpados pueden abrirse suavemente un poco más que lo normal, de modo que tanto la pupila como el iris están completamente al descubierto, o pueden angostarse hasta convertirse en ranuras de forma almendrada. Si los ojos están cerrados, la forma ambiental del pensamiento puede desaparecer por completo, o puede seguir existiendo en una imagen vaga, borrosa, poco advertida, si están levemente abiertos. Si surge el primer estado, entonces no hay percepciones del mundo como campo de experiencia ni voliciones de los actos. En esta autoabsorción plena, los sentidos detienen toda actividad y son enteramente incapaces de tomar impresión alguna de fuera del cuerpo.

Pero, hoy en día, la persona promedio que medita llega raras veces a retirarse absolutamente de todas las impresiones sensorias del mundo externo. Esto tampoco es realmente necesario. Quien medita no tiene necesidad de perder su consciencia de las cosas que lo rodean ni es preciso que olvide cabalmente su identidad personal, o sea, no necesita caer en un trance de cabal insensibilidad. Tal expectación sólo pertenece a los antiguos métodos del *yoga,* no al sendero filosófico que aquí se expone. Las desventajas de aquellos métodos antiguos es que conducen a la pérdida de todas las percepciones sensorias; por ende, a la inconsciencia respecto del medio circundante exterior. En realidad, impulsados hasta su punto más distante, como en el *yoga* del control del cuerpo, conducen a la inconsciencia total. La ventaja de los métodos por los que aquí se aboga es que la consciencia del mundo, las sensaciones de la vista, del tacto, de, oído, etc., pueden retenerse hasta cierto punto sin que se interrumpa el estado superior. Para este sendero no es indispensable el estado de trance. Es una repercusión física que se manifiesta en algunos individuos, pero no en todos. Si la consciencia es capaz de concentrarse e introvertirse perfectamente, entonces no es importante la presencia o la ausencia del trance. Aquél cuya meditación alcanza la cabal autoabsorción puede experimentar o no una pérdida íntegra de la consciencia externa y de la capacidad para observar lo que está ocurriendo alrededor de él. No es un estado esencial. En realidad, el hombre moderno en un medio occidental, es improbable que lo experimente. Para él, el mundo no se torna cabalmente ausente y mantiene, a lo largo, una nebulosa noción de lo que está ocurriendo alrededor de él. Pero aquélla es débil y muy distante. El entra en una profunda absorción dentro de sí mismo.

En algunos casos, pero no en todos, ocurre que al llegar a lo que se llama el punto "neutro" de su meditación, que es el punto en el que su consciencia de las cosas externas se transforma de repente en su consciencia del yo fundamental, él se deslizará insensiblemente en una total caída de consciencia que se parecerá exactamente a un profundo sueño renovador. Pero no es probable que esto se prolongue más que unos pocos instantes o minutos.

Cualquiera que sea el término físico, resultado de su positiva aventura en la meditación, el aspirante hallará invariablemente que, durante breve lapso, le parecerá estar sin cuerpo, le parecerá ser un ente sin carne, de pensamiento puro, un espíritu invisible, de calma pasiva. Después de semejante experiencia, él puede llegar a sentir que el cuerpo es un yo ajeno.

Si las sensaciones físicas y las imágenes ambientales son proscriptas más o menos de la mente

por esta interiorización de la atención, las sustituyen ideas abstractas, emociones sentidas o formas representadas, presentadas deliberadamente come un objeto de concentración. Ahora bien, aquéllas deberán ser también proscriptas de la mente. Tal como la atención ya se vació de lo que le informaban los sentidos, de igual modo el intelecto se vacía ahora lentamente de pensamientos, y la imaginación se libera de imágenes. Esta es la última señal importante que ocurrirá cuando termine la segunda etapa. El paso hacia el tercer grado se efectúa casi inconsciente e insensiblemente. Se silencia el proceso del razonamiento, se desvanece la memoria cesa de funcionar la facultad creadora de imágenes, a medida que esta quietud mística desciende en el alma. Cuando el estado de ensueño puede inducirse sin que haya ensueño en nada en particular, cuando el estudiante es capaz de detener todos los movimientos de la mente, cuando puede mantener firme su atención sin fijarla en objeto o pensamiento alguno en particular, excepto su propio ser espiritual, cuando aprendió el arte de estar quieto, cuando puede cesar de correr detrás de sus pensamientos, y cuando deja de intentar de llevar el mismo paso que el tiempo, aprendió esta parte del ejercicio. Primero, el hecho de pensar debe desechar sus objetos; debe desechar su propia actividad. Pues en esta etapa final, el intelecto impide la contemplación. El aspirante debe iniciar este proceso, pero no podrá consumarlo; esto lo producirá una fuerza que está fuera de su propia volición. Tal vez trate de reprimir por la fuerza todos los pensamientos, de detener todas las funciones intelectuales y todos los movimientos emocionales, pero los buenos resultados sólo sobrevendrán siempre y cuando el Yo Superior participe del juego. Sin embargo, el aspirante puede ayudar grandemente al proceso comprendiendo, lo que se le pide en las diversas etapas, mediante la luz del conocimiento que aquí se le proveyó, y sin ofrecer resistencia, por miedo o ignorancia, a los cambios no familiares y misteriosos dentro de su psiquis, que el Yo Superior procura aportarle.

La fuerza que aferra a su mente no le permitirá que forme pensamientos o, si logra hacerlo, no permitirá que los retenga. Lo que despeja a todos los pensamientos de su consciencia es nada más que la Gracia. El aspirante llega a un punto de su viaje dirigido hacia el interior en el que está inhibido, y la facultad de razonar cesa de funcionar. Aunque hay un completo silenciamiento de sus pensamientos, todavía queda el pensamiento del concepto o del símbolo que representa para él el poder superior, y que recibe su devoción y su aspiración. Pero es un pensamiento retenido, fijo, inmóvil, que no introduce en un tren de pensamientos sucesivos. Su atención deberá concentrarse tan delicadamente en ese "otro" (ya sea su Yo Superior, su idea de Dios, un personaje escritural reverenciado o un guía espiritual vivo) que al final se absorbe en eso y se aparta del conocimiento de su propia existencia personal. A la sazón, deberá incluso dejar que este último pensamiento se vaya por completo, y, entonces, aferrarse al vacío sagrado, sagrado porque le abruma una sensación indescriptible de beatitud divina. Cuando esta final actividad de] pensamiento toca a su fin suave, casi insensiblemente, con ella cesa también, necesariamente, el hecho de concentrarse su consciencia en la individualidad personal. Pero esto no significa que cese toda la consciencia. En lugar de ello, aquélla se traslada a su individualidad superior, a su alma. La consciencia, en la forma corriente que asume con el hombre de la actualidad, desaparecerá; pero no se perderá.

Este es el estado psicológico de "renuncia al propio yo", al que todos los maestros espirituales señalaron como de importancia culminante. Habrá una abrumadora sensación de liberación, y, entonces, el Yo Superior asumirá y absorberá el ego. El aspirante siente que otro yo emergió de las misteriosas honduras de su propio ser y se apoderó de él. Lo que tiene lugar es que la consciencia superior desplaza verdaderamente a la consciencia inferior, tal como el volumen del agua de un vaso es desplazado por un objeto que se pone dentro de aquél. El aspirante efectuó su paso desde el yo inferior hasta el Yo Superior, desde la voluntad inferior hasta la voluntad superior. Se trata del instante sagrado en el que un hombre efectiviza su potencialidad superior, o sea, cuando se vuelve consciente de su papel divino. "Sin pensar ni desear, el alma llega al silencio místico en el que Dios habla con ella, le señala la sabiduría", explicaba Miguel de Molinos, adepto español que sufrió martirio por sus servicios a los buscadores místicos de toda Europa. Sólo ahora podrá entender por qué, aunque se dice que el Yo Superior está aposentado, a la espera, en el corazón, sería un error considerarlo como un ente meramente pasivo, y considerar que el camino que conduce hacia él es un esfuerzo unilateral. Por el contrario, él guió su búsqueda, y lo atrae hacia adentro, hacia sí, y derrama su Gracia vivificante en varias ocasiones. Sólo ahora podrá él percibir que lo que creía que sería su propio descubrimiento final es, en realidad, un verdadero acto de auto-revelación de su parte, tal como el acto final de unión es una auto-absorción por aquél. Si en la primera etapa, la mente debe dejar afuera a las distracciones externas, y en la segunda debe dejar afuera a las internas, en esta tercera etapa deberá abandonar su propio egoísmo. Ha llegado a su fin su búsqueda de la realidad interior de su propia yoidad, de la quintaesencia de su propia consciencia.

Aunque se siente introducido en otro mundo del ser, también siente en esta experiencia, semejante auto-plenitud dadora de vida, que sabe con absoluta convicción qué es lo que siempre más buscó y más valorizó. En realidad, mientras él se halla en este estado y está totalmente recogido en él, experimenta el sentimiento extraordinario de que él no es un extraño, de que siempre estuvo aquí y que es su condición natural. En este sueño profundo de los sentidos del cuerpo y de los pensamientos de la persona, se halla el modo prístino del ser real del hombre. Sabe que éste es el origen infinito de su existencia finita. Aquí, el fatigado viajero se regocija finalmente al regresar a su verdadero país natal. La convicción de que realmente esto es lo Real será más intensa de lo que sintió jamás con otros géneros de experiencia. Una intuición que relampaguea punzantemente a través de él en que allí, en esta región misteriosa, el Yo Superior le aguardó durante largos siglos y que este encuentro con él es el más trascendental de toda su

vida.

En tales ocasiones, es el alma la que asume el control de su yo cotidiano. Naturalmente, a este estado psicológico lo acompaña una clara sensación de que está ascendiendo a un nivel superior de su ser, una gozosa sensación de liberación respecto de las vibraciones corrientes y las agitaciones habituales del ego. Esto le hace sentirse completo y satisfecho en sí mismo: una sensación maravillosa de que nunca estará mejor. Pues el yo que él ahora percibe es tan superior al ego corriente que siempre está frustrado, como las flores reales son tan superiores a las variedades artificiales. En este momento en el que la disposición contemplativa madura plenamente, el hombre percibe que pasó de una dimensión menor del ser, ingresando en una dimensión del ser nueva y superior, que es un estado cuya realidad y cuya autoridad se certifican, que es mentalmente iluminativa, que deja en suspenso a su voluntad personal, y que nada de lo que anteriormente deseó podrá ser tan satisfactorio como esta consciencia carente de deseos. En la feliz iridiscencia, en el majestuoso silencio y el dinámico despertar de esta experiencia, lo que hasta aquí fue un mero concepto mental, una idea fría y vana, el Alma, ahora se llena de vida y energía. Desaparece el control normal del ego personal, pero su propia consciencia no se suspende mientras la del Yo Superior le penetra. Ambas existen muy juntas, como dos círculos concéntricos uno dentro del otro, pero con esta diferencia: que todo lo malo del ego es enteramente neutralizado durante el lapso de este eclipse, todas las actitudes mundanas y todos los deseos terrenos son cabalmente trascendidos. Toda la naturaleza moral del hombre se eleva sublimemente. La corriente que entró en él actúa como un solvente sobre los últimos restos de su naturaleza inferior. Busca especialmente y aquieta inmediatamente a los deseos animales, a las dudas intelectuales, a la malevolencia, al orgullo, a la inercia y al desasosiego.

Con la desparición de sensaciones, pensamientos, deseos, emociones y voliciones en la etapa más profunda, el ego y sus intereses terrenos se desvanecen por completo. Cuando todas las facultades se reúnen en la quietud mística, cuando la voluntad y el pensamiento quedan pasivos en su silencioso abrazo, cuando ningún pensamiento entra a perturbarla, la mente está naturalmente apacible y serena en extraordinaria medida. La corriente de las ideas toca a su fin. El aspirante se hunde en una beatífica quietud (vasta, profunda y completa), nunca conocida antes. A medida que se aproxima cada vez más al Yo Superior, toma cada vez más consciencia de la quietud que parece rodearle como una aureola. El tránsito de la meditación desde la consciencia corriente hasta la consciencia mística es un tránsito desde la agitación corrosiva hasta la tranquilidad curativa. El aspirante parece entrar en una tierra de descanso y silencio eternos, cuya paz misteriosa hila un encanto increíble alrededor de su alma. Le sobreviene una curiosa sensación de hallarse bajo un benigno hechizo. Es como si un pequeño círculo de impasible quietud hubiese sido dibujado en tomo de su figura sentada.

Existe un silencio de muerte, que es la mera ausencia de palabras, y hay un silencio vivo, que es la real presencia de la divinidad. Acerca de este estado, san Agustín aconsejaba en Europa: "Cuando interiormente oigas la afirmación 'Verdad', permanece allí si puedes". Y acerca de este mismo estado, Gaudapa del Himalaya aconsejaba: "No toques [a la mente] cuando ésta encontró el estado de uniformidad".

Pero si quien medita no debe consentir en apartarse demasiado pronto de esta quietud interior, por el otro lado no deberá permitirse. el hábito de permanecer en ella mucho tiempo para crecer. Ya se mencionó que para esta práctica en el grado contemplativo bastarán veintiséis minutos. Empero, tal consejo sólo se da a los discípulos de la mística filosófica, pues únicamente ellos son los que pueden buscar un logro integral equilibrado. Todos los demás lo rechazarán, de modo que a ellos no les es ofrecido.

A veces, la gracia que atrae a la consciencia hacia el "interior", se derrama con tanta rapidez que forzosamente tiene que vencer la resistencia del ego. Cuando ocurre esto, la emoción se concentra de modo abrupto pero intenso en el corazón, y hay un anhelo repentino pero abrumador en procura del alma que mora dentro de aquél y, por lo general, una tremenda agitación de los pensamientos. Los ojos pueden cerrarse involuntariamente, para concentrarse mejor, mientras los músculos que están alrededor y detrás de ellos se tensan en torno de un centro común: el hueco existente entre las cejas. Un rato después, el nerviosismo se apacigua y lo reemplaza una hermosa calma. Entonces, surgirá la percepción amorosa y jubilosa del alma, que ya fue descripta.

La persona que medita y alcanza este estado —y son pocos quienes lo logran— disfruta de su estado subyugante sólo durante un tiempo limitado. Se reitera la experiencia de ser poseído por el Yo Superior durante un ratito, coincidente con una ocultación del ego, y luego la reaparición del ego coincidente con una ocultación del Yo Superior. Ahora cesa esta sensación de que otro ser lo eclipsa, lo encierra y lo retiene dentro de su influjo divino. Sin prestar atención a lo que él desea, la experiencia toca a su fin. Ni la fuerza de la voluntad ni el pensamiento sutil podrán impedir que esta pérdida ocurra. Tal auto-absorción profunda no puede alcanzarse durante más que un breve lapso. Que este período bendito sea concedido es una cosa; poder sostenerlo es otra cosa muy distinta. No obstante, si la hermosa experiencia pasa, su recuerdo hermoso subsiste. Queda sobre estas horas brillantes una luz sagrada.

Si se preguntara por qué estos estados no subsisten fuera de las horas culminantes de la meditación, la respuesta queda oculta dentro de la pregunta misma. *La mera meditación no basta.* El cumplimiento de todas las condiciones relativas al ejercicio de la meditación le harán avanzar en su vocación como místico, pero no será suficiente por sí mismo. Lo que aún se le exige es que debe ser un místico *filosófico,* debe desarrollar las posibilidades de toda su psiquis y no sólo sus

posibilidades intuitivas. El esfuerzo por alcanzar la consciencia espiritual es no sólo cuestión de adquirir la concentración; también es cuestión que afecta a todos los aspectos de la vida del hombre. Si la búsqueda fuera solamente un proceso técnico y sus problemas sólo problemas de técnica de la meditación, eso sería bastante fácil. Pero se trata de mucho más que eso, pues también abarca las emociones, los deseos, la voluntad, e incluso un factor desconocido, la Gracia del Yo Superior. Debe seguir una búsqueda integral y total. Por ejemplo, si el aspirante encuentra bloqueados sus intentos de entrar en sí mismo en una concentración que presiona hacia el interior, con seguridad algunos de estos bloqueos surgen de apegos terrenos y deseos extrovertidos. De allí que sea necesaria una purificación analítica del corazón, una poda emotiva de éste, junto con sus esfuerzos por lograr una mente unidireccional y aquietada.

Sólo podrá lograr buenos resultados en la meditación si tiene veneración y sensibilidad, sólo si le da el carácter de un acto de tierna devoción, si la orienta hacia la calidad de la reverencia fervorosa. Cuando no se consiguen resultados positivos, ello se debe enteramente, en muchos casos, a que se descuidó esta norma. En esta búsqueda, la condición indispensable de progreso es que el amor del alma divina debe ser ardiente y fervoroso. Sólo el sendero cuádruple completo puede conducir hacia una realización durable. Por tanto, sus ulteriores esfuerzos han de dirigirse hacia este fin. Este esfuerzo conjunto de la voluntad y de la intuición, del pensamiento y del sentimiento, es el que constituye el sendero integral. Mediante firme práctica de la meditación y mediante esfuerzos asiduos, siguiendo estos otros lineamientos, él puede, a su tiempo, trasnferirse hacia este estado más profundo y sostener allí su consciencia. Se dice que el hombre alcanzó la meta suprema de su vida cuando, mediante esfuerzos unidos y elevados del pensamiento, del sentimiento. de la voluntad, de la intuición y de la aspiración, esta meditación sobre el Yo Superior, como si fuera su propio yo, se toma serenamente ininterrumpida y se estabiliza permanentemente.

CAPITULO III
KARMA: LA LEY DE LAS CONSECUENCIAS

El significado literal de *karma es* "hacer" y el significado aplicado denota sencillamente que el *karma de* un hombre es la propia acción de éste. Sus propias acciones hicieron de él lo que él es ahora: el vocablo *karma,* en su referencia original, incluye acciones mentales. El *karma es,* sencillamente, una facultad de la Mente Universal para efectuar un ajuste, para restablecer el equilibrio, y producir un contrapeso compensador. En la esfera de la conducta humana, el resultado es que cuanto un hombre haga de algún modo, en algún sitio o en alguna ocasión, en última instancia se refleja de vuelta en él. Ningún acto se agota en el hecho de realizarlo; a su tiempo, dará su fruto, el cual regresará inexorablemente al causante. El *karma es* una fuerza que se mueve por sí sola. Nadie, humano ni sobrehumano, tiene que hacerla funcionar.

Si nos pusiéramos a escribir de un modo práctico y no académico, como un filósofo, no como un filólogo, diríamos que *karma* significa resultado: el resultado de lo que se piensa y se hace. Tal resultado puede ocurrir instantáneamente o se lo puede diferir; se lo puede lograr parcialmente hasta donde nos sea dable observar, pero se lo logrará por completo más allá de nuestro conocimiento consciente. Es muy exagerada la creencia que lo vincula totalmente con reencamaciones remotas, ya sea del pasado o del futuro. La esfera principal de sus actividades es siempre la misma vida dentro de la cual se originan aquellos pensamientos y acciones.

No es necesario que la palabra *karma* asuste a nadie con su sonido exótico. Significa lo que un hombre recibe como consecuencia de sus propios pensamientos y acciones, y el poder o la ley que le acarrea esas consecuencias. También significa la expiación del pasado de un hombre en su vida actual. Destino significa la manera de tal accionar.

Con esta clave del *karma* en nuestras manos, podremos ver cómo una clara inevitabilidad rige la vida, cómo los efectos de las acciones pasadas se nos prodigan con demasiada frecuencia en el mismo nacimiento, y cuántas cosas que nos ocurren son el eslabonado resultado de lo que hicimos. No tenemos que aguardar siempre una encarnación futura para los efectos del *karma.* Muy a menudo se los puede observar en la vida actual. ¿Cuántas acciones en la vida de un hombre, cuántas de sus tendencias emocionales y de sus hábitos mentales puede verse que conducen directamente hacia los hechos que le ocurrieron en su vida actual?

No llevamos con nosotros los acumulados recuerdos de todos los incidentes de todas las vidas pasadas. Si lo hiciéramos, ¡qué carga serían! Pero lo más valioso de ellos reaparece como nuestra conciencia, lo que es más provechoso reaparece como nuestra sabiduría, y toda nuestra experiencia reaparece como nuestras características y tendencias actuales.

La inteligencia se apacigua en esa doctrina razonable y noble, y la conciencia la acepta.

La existencia del *karma* como principio de la naturaleza sólo puede inferirse; de ningún otro modo puede probarse. Pero la clase de inferencia es del mismo orden que aquél por el cual acepto la existencia de la Antártida. Jamás visité la Antártida, pero me veo obligado a inferir el hecho de su existencia partiendo de muchos otros hechos. De modo parecido, me veo obligado a inferir el

hecho del *karma* partiendo de muchos otros hechos.

Podemos captar mejor la naturaleza del *karma* considerando la analogía de la electricidad cuya transmisión, conducción y movimiento ofrecen bueno,? paralelos con la actividad kármica.

Así como el alud de una montaña no es un proceso mora] sino natural, de igual modo el hecho de que el sufrimiento caiga sobre un hombre que lesionó a otros es sólo una consecuencia causal, no un castigo realmente moral. Es más bien una rectificación del equilibrio que una rectificación deliberada de la injusticia por parte de la deidad.

¿La noción poética de Némesis carece de fundamento o realmente podemos adoptarla como hecho, independiente de la opinión personal o de la experiencia individual pero dependiente, como lo son todos los hechos científicos, de las pruebas de la razón y de la verificación? La respuesta es "sí"; puede afirmarse que el renacimiento es verdad porque, como todas las leyes científicas, concuerda con todas las pruebas que se conocen. Empero, es incorrecto e incientífico hablar de una "ley" de *karma.* El *karma* no es una ley a la que haya que obedecer o desobedecer, ni es un código penal para delincuentes. Sencillamente, es el principio de las consecuencias inevitables.

El karma y el libre albedrío

Quien declare que el *karma* no admite todos los accidentes predica la predestinación, y de ese modo pone en evidencia que no entendió qué es el *karma,* porque la diferencia entre estas dos doctrinas es la diferencia entre una estructura fija y un proceso flexible.

¿La voluntad humana es libre o no lo es? No puede decirse con una verdad total que nuestro destino está en nuestras manos; lo más exacto es decir que está parcialmente en nuestras manos. Tenemos límites fijados, dentro de los cuales tenemos que llevar nuestras vidas. Este no es el mismo estado que aquél en el cual no podemos influir sobre nuestro futuro. No existe un molde plenamente fatalista dentro del cual deban correr nuestras vidas; contamos con cierta cantidad de libertad, aunque no tengamos una libertad total.

Es cierto que mientras el elemento de la libertad interior exista en el hombre, su futuro será imprevisible e incalculable. Pero este elemento no existe aisladamente. Asimismo, hay una cadena causal, ininterrumpida pero oculta, que conecta su vida actual con lo que se arraiga en el pasado remoto de vidas anteriores. Decir que el hombre tiene libre albedrío y contentarse con esa manifestación es expresar una verdad a medias. Su voluntad coexiste siempre con su *karma.*

Toleramos la tiranía del pasado porque somos débiles, porque todavía no ingresamos en el conocimiento de nuestro ser inherente que nos hace fuertes y nos da el dominio. De nuestros padres heredamos el cuerpo con los genes que son los inicios germinales de aquél, pero nuestra mente la heredamos de nosotros mismos. Lo que fuimos mentalmente en vidas anteriores es la herencia que recibimos y desarrollamos en la vida actual. Tanto la herencia como el medio ambiente alimentan a la mente evolutiva del hombre, como si ella hubiera nacido en otra parte, aunque las atracciones y las afinidades la conduzcan hacia tal herencia y tal medio ambiente.

La voluntad humana y el esfuerzo personal pueden ser eficaces dentro del círculo de sus propias limitaciones, en esta lucha contra las condiciones impuestas por el destino.

Podemos preguntar si, en todo nuestro trayecto, existe algún sitio en el que realmente tengamos elección, tengamos realmente una opción entre dos caminos, para hacer lo que concretamente queremos hacer. Nuestra libertad consiste en esto: somos libres para escoger entre un acto y otro, pero no entre las consecuencias que surgen de esos actos. Podemos proclamar nuestra libertad interior, cualquiera que sea nuestro futuro externo. Podemos fijar los objetivos de nuestra vida, elegir nuestras creencias, formar nuestras ideas, albergar deseos y expresar aversiones según lo deseemos. Aquí, en esta esfera del pensamiento y del sentimiento, de la acción y de la reacción, el libre albedrío es, en gran medida, nuestro.

Somos las víctimas de nuestro pasado que nos domina. No es posible borrarlo por entero y ponemos a escribir la crónica de nuestra vida en una pizarra limpia. Tenemos que aguantar las consecuencias de nuestros pensamientos y actos hasta que, de aquéllas, aprendamos sabiduría. Entonces, mediante la modificación de las cuasas actuales, ayudaremos a que se modifiquen estos efectos del pasado. Las lágrimas no los borrarán.

El destino circunscribe nuestra vida, pero no la ordena de antemano por completo. Una visión totalmente fatalista de la vida es una visión semifalsa; peor: también es peligrosa porque proscribe a la esperanza, precisamente cuando más se la necesita.

Someterse a lo inevitable es sabiduría, pero lo primero que se necesita es estar seguro de que es inevitable. Hay ocasiones en las que lo más sabio es luchar contra el destino como un tigre capturado, y otras veces, es más sabio quedarse sentado y quieto en su presencia, como un gato junto a la chimenea.

El rumbo de nuestra experiencia, hasta donde nos proporcione goce o dolor, está previamente determinado, en parte, por nuestras acciones de las existencias pasadas, y en parte, es la consecuencia de los pasos que dimos, durante la actual existencia, dictados por nuestro libre albedrío. En nuestras vidas están siempre en actividad los dos factores de la libertad dinámica y del destino determinista.

Cada hombre es su propio antepasado. Su pensamiento pasado es el padre de sus tendencias actuales y el que contribuye a sus actos actuales.

Ninguna persona de vasta experiencia podría negar el hecho de que el azar, la coincidencia y la suerte parecen representar su papel en la vida del hombre. Pero nada justifica que se asevere que estos sucesos son enteramente ciegos. Aunque no logremos entender las extrañas decisiones del destino, nunca debemos dejar de creer que éste es gobernado por una ley inexorable. Hay un medio extemo que participa en el juego de la vida, y detrás de la existencia humana hay una sabiduría infinita.

El *karma* tiene doble carácter. Está el ka*rma* inalterable ante cuanto el ingenio del hombre pueda idear, y está también el *karma* que el hombre puede alterar mediante pensamientos y acciones en sentido contrario, o mediante arrepentimiento y oración. El *karma* malo no puede extinguirse sin arrepentimiento moral, aunque la astucia pueda modificarlo.

En un capítulo de *Living Philosophies,* Albert Einstein dice: "En el sentido filosófico, no creo que tengamos libertad alguna, pues no sólo actuamos bajo compulsión externa sino también por necesidad interior". Cuando Schopenhauer decía "Seguramente, un hombre podrá hacer lo que quiera hacer, pero no podrá decidir lo que él quiera", me causó impresión en mi juventud y me consoló siempre cuando presencié o sufrí las penalidades de la vida.

Libre Albedrío contra Destino es una controversia antigua e inútil, que es puramente artificial y, por tanto, insoluble como corrientemente se la presenta. No constituyen antinomias sino que se complementan. No están en oposición. El sabio combina a uno y otro. En ausencia de un conocimiento de los factores del *karma* y de la evolución, toda discusión sobre semejante tópico es irreal, superficial e ilusoria. Como seres espirituales, poseemos libre albedrío; como seres humanos, no. Esta es la clave de todo el asunto.

Si analizamos el significado de las palabras en vez de usarlas descuidadamente, descubriremos que, en este caso de "libre albedrío", el término significa a menudo la idea precisamente contraria de lo que se supone que quiere decir. ¿Dónde esta la libertad real de un hombre esclavizado por sus apetitos y cautivo de sus pasiones? Cuando expresa lo que él cree que es su voluntad, en realidad está expresando la voluntad de aquéllos apetitos y pasiones. En la medida en que los deseos, pasiones, medio ambiente, herencia y sugerencias extemas son los orígenes reales de sus acciones, ¿dónde está su libre albedrío real? Sin libertad respecto de los deseos, no hay libre albedrío. A menos que un hombre descubra su verdadero yo, no podrá encontrar su verdadera voluntad. Antes de que se lo pueda resolver, primero deberá entenderse el problema del destino contra el libre albedrío. Y esto no lo podremos entender mientras efectuemos el habitual enfoque superficial en vez del enfoque semántico, que es más fuera de lo común. Nuestra voluntad es libre, pero sólo relativamente.

El libre albedrío es un hecho de la existencia humana, pero el destino es un hecho mayor. Para obtener una imagen exacta de esa existencia, debemos juntar a ambos, aunque no conocemos las proporciones exactas que hemos de asignarles. Pero sabemos que lo que hay que recalcar más es el destino. Sólo tenemos una medida limitada del libre albedrío; sobre nuestras vidas no podemos ejercer completo control.

Al rumbo de la suerte no lo ladea el ciego azar ni lo determina el hado implacable. La voluntad humana es parcialmente libre, el medio ambiente humano es determinado parcialmente. Lo que nunca imaginamos nos sobreviene sacudiéndonos dolorosamente y sorprendiéndonos agradablemente en nuestras vidas. La libertad que nos gustaría poseer, o que creemos tener, se entrecruza siempre con un elemento impredecible.

El tiempo y el lugar, la manera y las condiciones en que cualquier hombre nace o muere son por entero ordenados anticipadamente por una fuerza que está fuera de la voluntad y la libertad de cada ser humano. Tal como los principales acontecimientos y personajes de la pasada vida terrena de un hombre se le aparecerán como una película cinematográfica después de morir, de igual modo los nuevos acontecimientos y personajes de su siguiente reencamación se le aparecerán cuando ocupe su nueva morada terrena. Tal como en la experiencia *postmortem* ve todo el curso de su vida pasada desde el punto de vista más alto de su Yo Superior, y, por tanto, puede ver las razones y causas que condujeron a esas situaciones y acciones —y, de esa manera, reconocer que la sabiduría, el propósito y la justicia gobiernan la vida humana—, de igual modo es capaz de contemplar la vida terrena venidera desde el punto de vista más alto y entender las causas kármicas de los acontecimientos y acciones venideros que sus anteriores tendencias es muy probable que provocarán. Estas imágenes del pasado y del futuro no carecen de valor, aunque su valor sea subconsciente. Como resultado de aquéllas, algo se graba profundamente dentro de la mente y del corazón del ego. Finalmente, la filosofía señala que el destino representa el papel mayor en la vida del hombre. Esto no significa que los acontecimientos estén determinados anticipadamente de modo inalterable, sino que son determinados anticipadamente, pero de manera parcial. La vida contemplada de esta manera fatalista estática es una vida en la que fueron muertas todas las iniciativas y fue aplastado todo progreso. Esta ciega apatía no se basa en una espiritualidad real sino en un modo de pensar falaz. "Puesto que todo el universo es una expresión de la voluntad de Dios, y puesto que todo acontecimiento ocurre dentro del universo, por tanto, toda calamidad debe aceptarse como expresión de la voluntad de Dios": así es como se expresa la lógica.

El mejor modo de poner de relieve la falacia que se esconde en esta aseveración es ubicarla junto a un silogismo contrario. "Puesto que todo el universo es una expresión de la voluntad de Dios, y puesto que toda resistencia individual a la calamidad ocurre .dentro del universo, por tanto, tal resistencia es una expresión de la voluntad de Dios".

No debe suponerse que el hombre esté tan desvalido como parecería. Gran parte de su destino se lo fabricó él mismo en el pasado. El lo fabricó; por tanto, él podrá ayudar a cambiarlo. El destino lo controla, pero el libre albedrío del hombre tiene algún control sobre el destino. Sin embargo, esto sólo será cierto en la medida en que él aprenda las lecciones de la experiencia y ejercite creadoramente ese libre albedrío.

A causa de que el alma divina está presente en el hombre, a éste se le impuso el deber de reflejar cualidades divinas en su pensamiento y en su vida. Si trata de eludir esto, es obligado a sufrir esta misma voluntad, con dolor. El jamás logra librarse realmente de la voluntad.

El karma y el renacimiento

¿Cómo es que el *karma* puede perpetuarse en ausencia de un ego que sobreviva al cuerpo? ¿Cómo es posible que ocurra la continuidad de la existencia kármica cuando en ella hay una interrupción completa? Esta es una pregunta que nunca fue respondida adecuadamente por quienes, como los filósofos budistas, se elevaron por encima de las toscas ideas animistas acerca de la transmigración, sostenidas por el hindú corriente, carente de filosofías. Y tampoco la podrá responder adecuadamente quien no posea la clave racional de tales problemas mayores: la clave del Mentalismo, pues esto solo puede explicar las contradicciones implícitas en la aseveración de que el *karma* puede continuar en ausencia de un ente egoico al que pueda aferrarse. Y realiza esto planteando primero la doctrina de que todas las cosas son cosas mentales; segundo, que la mente tiene dos fases, la consciente y la subconsciente; tercero, que todo lo que desaparece de lo consciente, aparece en lo subconsciente; cuarto, que este último es un prodigioso depósito de todas las ideas y fuerzas que han existido, aunque reposen en un estado puramente latente; quinto, que tanto el ego como el *karma,* desde el nacimiento, hallan su eslabón suministrado por este latente depósito subconsciente. El *karma,* como proceso de equilibrio, reside en el suboconsciente e, invisible, ata el fruto de un acto de su agente, la consecuencia de sus actos, al ego; y debido a que el tiempo y el espacio son inexistentes en el subconsciente, puede trabajar sin obstáculos y saltar el abismo entre los renacimientos. Como lo señaló el Buddha, el ego nace temporariamente como el compuesto de cinco cosas, a saber: cuerpo, sensaciones, preceptos, tendencias características y consciencia vigil; pero cuando, al morir, aquéllos se separan, el ego también perece. No se lo ha de concebir como un ente individual que ata a estos cinco elementos, sino más bien como la consecuencia ilusoria de su encuentro y fusión al mismo tiempo. Pero el ego no se aniquila eternamente sino que más bien se funde en el subconsciente, en el que permanece como una posibilidad latente. La fuerza del *karma,* que es una fuerza de la mente subconsciente, ocupa al ego en el momento adecuado y lo convierte en realidad, o sea, en una nueva reencarnación, mientras dicta el carácter del cuerpo y de la suerte según las vidas pasadas. No es un ente que transmigra de un cuerpo al otro, sino un proceso mental.

Las contrariedades de la vida se originan, en gran medida, en nuestro destino individual, y éste es determinado previamente por nuestro pensamientos y actos de las vidas anteriores. Para evitar muchas de estas contrariedades hay que quitar sus causas raigales; en otras palabras, hay que quitar la fuerza de este *karma* pasado. Este último sigue viviendo sólo porque seguimos viviendo como individuos. Por tanto, nuestra meta principal debe ser la eliminación del sentido de la individualidad, pero tal eliminación sólo podrá efectuarse después que hayamos descubierto qué es realmente la individualidad.

Aprender a través de la experiencia significa aprender a través de una larga sucesión de pruebas y errores. A través del sufrimiento consiguiente, somos obligados a despertar la discriminación y, mediante ésta, nos desplazamos hacia arriba, desde las actitudes imperfectas e incorrectas del pensamiento. Los acontecimientos educan al hombre, y éste no puede esperar dominar en una sola vida todas las lecciones que ésta le ofrezca.

Incluso en medio de los horrores que, provenientes del mar, del aire y de la tierra, amenazan la vida del hombre, bueno es recordar que cuanto le ocurra a esta encarnación no agota las posibilidades de la vida humana. Volveremos otra vez a encarar la vieja búsqueda, a dar un paso más adelante; y, antes de que pase mucho tiempo, todo lo que dominamos en el pensamiento y logramos en la acción se reunirá de nuevo. Nada de lo perteneciente a la mente se perderá, ni siquiera los intensos amores ni los empedernidos odios, que generan, una y otra vez, rostros amistosos y hostiles alrededor de nosotros. Los discípulos buscarán cada vez más en lo alto a su verdadero maestro y no hallarán descanso hasta que en sus oídos resuenen las palabras correctas; el maestro se verá obligado a aguardar con calma, pero compasivamente, que aquéllos recuperen lentamente la antigua memoria y la madurez espiritual.

El hombre olvida con rapidez, pero el *karma* recuerda siempre. El cerebro mediante el cual el hombre tiene que trabajar, como es nuevo con cada cuerpo nuevo, no puede compartir este vasto depósito de recuerdos. La posibilidad de que, en ocasiones, se recobren algunos de éstos existe sólo para una persona adiestrada en un peculiar método de meditación que exija concentración intensa en los recuerdos de la vida actual, pero, a veces, fragmentos de tales recuerdos se

presentan también, espontáneamente, a personas que no están adiestradas, pero que tienen sensibilidad.

En ciertos casos en los que quien está destinado a un gran avance en el sendero espiritual se niega porfiadamente a entrar en él o pospone impacientemente tal ingreso para un período posterior, el Yo Superior intervendrá a menudo y generará el *karma* de ambiciones frustradas, esperanzas contrariadas e incluso salud quebrantada. Entonces, desesperado, torturado o afligido, el viajero beberá la copa del renunciamiento voluntario o vestirá los andrajos de la abnegación. Su ego disminuye su fuerza debido al sufrimiento. Su enemigo real en el sendero es el **"yo",** pues éste es la causa tanto del sufrimiento material como de la angustia mental, al tiempo que bloquea la puerta que conduce hacia la verdad. Cuando más lo deprima el curso de los acontecimientos mundanos, más aprenderá a apartarse de su depresión para ingresar en el olvido perteneciente a la contemplación espiritual. Para quien está consagrado a la mística, es suficiente encontrar, de este modo, una paz temporaria; pero para quien está consagrado a la mística filosófica, esto no basta. Este último deberá introducir en su contemplación una reflexión sobre el significado de esos acontecimientos. Una vez que alcanzó esta intuición impersonal, tal vez eche una mirada hacia atrás, en su vida pasada, y entienda por qué tuvieron que ocurrir tantas cosas.

La doctrina del *karma* aclara el significado de una situación desdichada en la que un hombre se encuentra a sí mismo. Sin su luz, él pensará a menudo, pero pensará equivocadamente, que la culpa la tienen totalmente los demás, y no logrará ver que él es por lo menos, parcialmente responsable de ello.

Los dones del destino y los reveses de la fortuna, por igual, han de considerarse como ideas. Sólo de esta manera podemos elevamos e ingresar en una región de tranquilidad real.

Los disparates y fracasos del pasado desaparecerán de la memoria, pero no del carácter. Aunque las fuerzas de la herencia y la influencia del medio ambiente parecen ser las fuerzas principales existentes detrás de las acciones del hombre, también hay tendencias profundamente arraigadas, trasladadas desde un pasado que se desconoce y está olvidado. Es imposible que el hombre escape completamente de su pasado; los efectos están allí, en él y en su medio ambiente. Los problemas que el pasado creó no se han resuelto en su totalidad, ni se han pagado todas las deudas. Todos los pensamientos pasados y todas las experiencias anteriores han llevado la inteligencia y el carácter del hombre hasta su sitio actual. Todo el *karma* de sus anteriores encarnaciones le condujo hasta el sitio en el que ahora está como un ser humano particular. Ahora, no puede dejar de ser lo que es. Es hoy la suma total de millones de impresiones pasadas.

El hombre es el depoósito de su propio pasado y, a su vez, al vivir crea un nuevo depósito. Así, la carrera humana está sujeta al proceso del renacimiento físico. "Abramos nuestros ojos, no sea que éstos se nos abran dolorosamente", suplicaba el autor turco, Albitis.

El Buddha dijo:

"Discípulos míos, sucede que un Bhiksu, dotado de fe, justicia, conocimiento de la Doctrina, resignación y sabiduría, conversa así consigo mismo: —Ahora bien, al morir, cuando mi cuerpo se disuelva, ¿lograría yo renacer en una poderosa familia principesca?

El Bhiksu medita, alberga y alimenta este pensamiento. Los Shankaras y Viharas (la condición interna) que él alimentó y fomentó dentro de sí lo llevan a renacer en tal existencia. Oh Discípulos, ésta es la avenida, este es el sendero que la lleva a renacer en tal existencia".

No hay una explicación más sencilla ni más satisfactoria de los harapos y las riquezas que distinguen a un nacimiento de

otro, y no hay una solución más lógica de las divergencias y diferencias que abundan en el carácter humano. Seguimos viniendo a la Tierra porque éste es el modo más eficaz de aprender sabiduría. Formamos amistades a primera vista porque meramente estamos recogiendo los hilos de un pasado escondido.

El karma y las enseñanzas religiosas

Una información señala que el profesor Hocking dijo que el cristianismo no podrá llegar a ser una fe mundial a menos que los cristianos acepten la idea que los hindúes tienen sobre la reencarnación, y que, sin esta creencia, no se entenderá el Sermón del Monte.

Las primeras creencias inculcaban preceptos éticos mediante el uso de mitos históricos y personajes legendarios, apelando al temor o a la esperanza, la fe última dirá la verdad llana y sencilla de que el hombre deberá vivir rectamente porque tendrá que comer el fruto de sus propias acciones. La mente madura necesita una explicación filosófica del mundo, mientras que la mente pueril, confundida por la superstición, se contenta con una explicación fabulosa. La ética de siglos anteriores se fundaba en inciertos temores sobre un Dios probablemente existente; la ética de la actualidad se funda en una completa indiferencia respecto de un Dios inexistente. La primera inducía alguna represión en la conducta; la segunda no induce ninguna. La ética del futuro se fundará en la comprensión racional de la fuerza del *karma,* de la ley de la responsabilidad personal; y esto inducirá una correcta represión en la conducta, pues cuando contemplamos las limitaciones

de la vida que nos rodean, los goces no buscados y las penalidades ineludibles, llegamos tranquilamente a percibir la fuerza del *karma.*

En la esfera de la conducta humana, el *karma* no es más ni menos que el carácter. Realmente, tenemos tanto libre albedrío como necesitamos. Si no aprovechamos las oportunidades que se nos ofrecen porque somos demasiado ciegos como para reconocerlas, la culpa es nuestra. Si emprendemos una acción que es inicial y superficialmente provechosa, pero, en última instancia, hondamente hostil hacia nuestros intereses, y tiene como secuela todo un conjunto de otras acciones indeseables, no debemos llorar por la crueldad del *karma* sino por nuestra falta de inteligencia. Quienes por hábito suelen autoconmiserarse pueden tal vez encontrar en el *karma* un conveniente chivo emisario, pero la verdad es que las normas éticas y las cualidades mentales del hombre son los factores ocultos que determinan previamente su destino. El *karma* no es una idea que necesariamente embote las mentes de los hombres o paralice sus manos. Tiene un valor positivo y una influencia regeneradora, despertando tanto en las naciones como en los individuos un sentido de responsabilidad ética, induciéndolos de esta manera a curar voluntariamente las heridas causadas por los errores pasados.

Tarde o temprano, el hombre está obligado a expresar en la acción o en la palabra los pensamientos y las emociones que lo dominan. No puede escapar a esto porque el mundo que le rodea es, en gran medida, un reflejo de su propio carácter. Una vez que un revólver fue disparado, ninguna acción posterior, por parte del tirador, podrá desviar a la bala de la trayectoria que tiene ordenada. En otras palabras deberá seguir hasta que haga impacto en alguna parte. Y los pensamientos y sentimientos de los hombres, cuando son suficientemente intensos y prolongados, hacen impacto en algún sitio de este mundo material y se les aparecen nuevamente a aquéllos, como acontecimientos o ambientes físicos. Las actividades del *karma* pertenecen al reino de lo consciente: o sea, al reino del individuo, del espacio y del tiempo.

Los cultos que enseñan que el destino no importa o es inexistente son cultos que jamás podrán conducir al hombre hacia la felicidad verdadera, pues son un ejemplo de un ciego que conduce a otro ciego, de lo cual ya hemos oído hablar. El destino existe, y lo prudente es enfrentar y reconocer el hecho. Negarse meramente a reconocer su existencia, no por ello lo desecha. Está allí y por más oración o concentración que exista, no lo desechará, porque existe para beneficio del hombre —para su educación ética e intelectual— y porque, mientras viva en este mundo, no podrá tener una sin la otra. La doctrina cristiana se ha convertido en una fuerza gastada, porque carece de la apelación de la realidad y la inmediatez. Son pocas las personas que, en la actualidad, se espantan ante la persepectiva de permanecer en un purgatorio problemático, y tampoco las puede engatusar la perspectiva de una permanencia increíblemente monótona en el cielo ortodoxo. Lo que esas personas necesitan es algo que pueda aplicarse a la vida, aquí y ahora, en esta Tierra, no en los cielos invisibles. El hombre moderno no puede encontrar ahora en el dogma ortodoxo, una fuerza suficientemente impulsora que le haga llevar una buena vida con preferencia a una vida mala. Los problemas del mundo pueden remontarse a la falta de una sólida base ética que reemplace la base religiosa, que se está desmoronando. John Locke dijo: "Si Dios no existiera, deberíamos inventar uno para mantener disciplinados a los hombres". Sin embargo, creo que semejante invención es innecesaria; la introducción de la creencia en la doctrina del *karma* bastaría igualmente para reprimir la mala conducta de los hombres. La idea corriente y antigua de que el ateísmo debe conducir hacia la inmoralidad y la perversidad no se aplica a la rama filosófica del ateísmo, porque aquí se añade la idea del *karma,* que convierte al hombre en quien se aplica su propio castigo.

Es de suma importancia que el vulgo no pierda su fe en que un propósito moral gobierna al mundo, aunque pierda su religión. No existe un ser sobrenatural y externo que administre o controle arbitrariamente premios o castigos kármicos. Somos nosotros quienes inconscientemente nos producimos sus semillas; cuando llega una hora favorable, aquellas germinan y dan su propio fruto.

Muchísimos hombres practican hoy la moralidad sin creer activamente en una religión. Quienes ponen esto en duda no indagaron con bastante profundidad en los hechos. La moralidad no depende de la teología como en las comunidades primitivas que carecían de cultura. Los hombres están absorbiendo una guía eficaz de los artículos periodísticos de hombres sensatos, de los libros de hombres racionales, y de los científicos del mundo: todo esto sin escuchar una sola palabra desde el pulpito.

¿Qué esperanza tiene entonces Occidente? Propagar un nuevo credo con las promesas, carentes de fundamento, de un cielo que vendrá, es meramente ofrecer más religión, más medicina que ya fracasó en aliviar el sufrimiento de la humanidad. Sólo hay una esperanza: administrar la verdad. La justificación de la religión ha sido que mantuvo al vulgo dentro de ciertos límites morales, pero esto se realizó mediante amenaza y temor. Si la superstición, que en el lenguaje llano significa falsedades, puede mantener al vulgo dentro de lindes morales, con seguridad la verdad podrá hacer otro tanto, si no más. La respuesta es que podrá. No es menester que al vulgo le demos la totalidad de la verdad, pues no está listo para recibirla, pero podemos darle una doctrina importante que no entre en conflicto con la razón o con la ciencia, y que, empero, le proporcione una sólida base para una moralidad genuina. Esta es la doctrina del *karma.* Al mismo tiempo, un código ético basado en tal enseñanza poseerá toda la fuerza de un código basado en la religión, mientras que deberá necesariamente lograr buenos resultados donde la religión fracasó. Hagamos el intento de construir tal código sobre esta base más firme. Pero el proselitismo como tal no

existe, y quien imagine haber logrado un prosélito, se engaña. La experiencia moldea las opiniones, la instrucción meramente las confirma.

Si el *karma* infalible fuera la única fuerza existente detrás de las dichas y desdichas humanas, sería una triste perspectiva para la mayoría de nosotros. No tenemos el conocimiento, la fuerza ni la virtud para acumular muchos méritos buenos. Por lo contrario, tenemos toda la ignorancia, toda la debilidad y toda la perversidad para acumular mucho desmerecimiento. Pero la bondad que existe detrás del universo es tal que no fuimos librados al tratamiento del *karma* solo. Junto con él existe otra fuerza, la fuerza de la Gracia. Ambos funcionan juntos, aunque nadie puede predecir cuánto o cuan poco de uno u otra se manifestará en cualquier caso particular. Pero podemos estar firmemente seguros de la realidad y la actividad de la Gracia. Si no hubiera un modo final de liberarse de la esclavitud terrena, nuestras reservas del dolor, que nosotros mismos hemos ganado, se acumularían en tal medida con cada nacimiento que serían inagotables. Jamás podría condonarse nuestra tremenda carga de pecado kármico, y el hombre una vez que se perdiera en las tinieblas, se perdería eternamente. Pero la redención será la suerte última de todos, no el monopolio de unos pocos; y nadie será excluido de la salvación, pues todos están encerrados dentro del círculo del amor divino.

El karma y las relaciones humanas

Las situaciones peculiares de la vida familiar producen a un tiempo, frecuentemente, dos almas cuya relación kármica no es la del amor sino la de la enemistad. Pueden nacer como hermano y hermana, o incluso pueden ser esposo y esposa. ¿Cuál debe ser la actitud filosófica de uno con la otra? Si tomamos un ejemplo concreto y dando por supuesto el caso de una discordia marital, y sin perjuicio de los métodos prácticos, como la separación o el divorcio (que pueden ser considerados necesarios), puede decirse que el cónyuge ilustrado debe considerar al otro, primero, como un medio revelador que le procura una muy marcada aclaración de sus propias faltas, y, segundo, como un laboratorio en el cual podrá experimentar la erradicación de tales faltas. De tal manera, si la esposa suele tener violentos accesos de cólera y lo regaña constantemente porque todo le cae mal, sus provocaciones no deberán suscitar la ira del marido, sino más bien el latente control personal de éste; la falta de consideración por parte de ella no debe suscitar una correspondiente falta de parte de él, sino preferentemente más consideracón. De este modo, la situación que la conducta de ella plantea podrá convertirse en una oportunidad para elevarse hacia cosas superiores. Toda disputa doméstica, por insignificante que sea, debe permitirle a él revelar algo de los aspectos divinos existentes dentro de sí mismo. Además, incluso suponiendo que ambos sean radicalmente incompatibles y tengan que separarse tarde o temprano, la desdicha que esto cause debe ser usada por el cónyuge culto para que esté más decidido a lograr independizarse de las cosas extemas en procura de la felicidad y a confiar más en las satisfacciones interiores que sólo los mentalmente mejores pueden producir. Asimismo, eso debe hacer entender a la persona, que ella está expiando el *karma* pasado que ella misma se ganó por su impulsividad, su estupidez o su pasión,

El asesinato crea el peor *karma* físico. En ese caso, el castigo es ineludible, por más que se demore. A quien asesine lo asesinarán, aunque ello no ocurra necesariamente en la misma encarnación. El odio crea el peor *karma* mental. Si es bastante intenso y prolongado, suscitará enfermedades destructivas que devoren la carne.

Es difícil detener la corriente de estas olas de pensamiento

Las hemos construido como hábitos a través de muchas encarnaciones. Las tendencias mentales que se convirtieron en nuestros deseos y pasiones no son sino ideas fuertemente implantadas en nosotros desde nuestros nacimientos anteriores.

Gautama explicaba que una de las señales que distinguía a un Buddha era que éste entiende con exactitud cómo surgen, continúan y desaparecen sus pensamientos, sentimientos y percepciones, y, en consecuencia, aquéllos no lo dominan sino que es capaz de mantener sobre ellos un completo control. Al hombre corriente tal vez no le sea posible una perfección ideal de auto-observación y auto-conocimiento, pero, por lo menos, puede lograr un poco de ella con un provecho fuera de toda proporción al esfuerzo que entrañe.

Aunque tengamos que padecer un triste destino respecto del cuerpo, nuestra reacción debe ser diferente de la la del hombre que no despertó. Podemos pasar por las mismas experiencias de aquél, pero debemos recordar siempre que nosotros no somos el ego, y tratar de permanecer mentalmente elevados por los sufrimientos inevitables. En todo momento, debemos procurar ser el "yo testigo" que, sobre todo, permanece calmo.

El hombre que, en la Tierra, vivió muchísimos nacimientos, se vuelve rico en apiñadas experiencias, y debe ser más sabio que el hombre que sólo tuvo pocos nacimientos.

El alcance de las consecuencias kármicas de un acto será proporcional a la energía que tenga. La Mente del Mundo registra fielmente las aspiraciones más sublimes o los deseos más mezquinos. Sin embargo, si el pensamiento, la emoción o la acción deseada son sólo pasajeros y vanos,

entonces la impresión sólo se mantiene dormida y no se genera *karma.* Las impresiones que son muy débiles o que no son fortalecidas por la repetición son muy ineficaces, pero cuando, al repetirse o reunirse, crecen, se vuelven kármicas a su tiempo, y producen resultados claros. Por esa sola razón, lo sabio es cortar una falta (cuando se la reconoce) en pleno capullo, y eliminarla antes de que sea bastante fuerte como para causar grave daño. También es sabio recordar que los altos ideales que se sostienen con firmeza y las sublimes aspiraciones que se arraigan profundamente en el corazón, no podrán dejar de dar fruto de su especie a su debido tiempo.

Debemos comprender que cada persona piensa y actúa según la experiencia de toda una vida que la condujo hasta su actual nivel de comprensión. Por tanto, esa persona deberá ser inevitablemente como es, y no de otro modo. Todas las fuerzas interiores de su ser, acumuladas durante muchos nacimientos, influyen sobre ella para que actúe como lo hace.

Observemos también las influencias kármicas. ¿Cuál es la familia rica y envidiada que no oculte de miradas extrañas sus sufrimientos, sus infortunios o sus enfermedades? ¿Quién no sabe de alguien que tiene dos o tres hechos deshonrosos o humillantes? Uno puede haber descubierto, como lo han hecho tantos en estos días tenebrosos, que la vida contiene influencias kármicas misteriosas y potentes que extienden sus manos ominosas para destruir las cosas en las que depositamos nuestro corazón, que nos permiten triunfar, y después destruyen nuestro triunfo en nuestras mismas narices; que hacen estragos en la salud y tal vez en las vidas de nuestros allegados y seres queridos. A menudo, nuestro corazón tal vez sangró en silencio.

Creamos nuestras cargas de sufrimientos latentes cuando nuestras acciones hieren a los demás, y damos a luz las acerbas consecuencias últimas cuando generamos pensamientos de odio. Las fuerzas de la lujuria, la avaricia y la ira son fuerzas ciegas que, cuando no se las controla, reprime y guía, conducen a la humanidad a tantas contrariedades y aflicciones kármicas.

El fuego puede usarse para cocer alimentos o quemar a un hombre en la hoguera. El fuego mismo no es malo, sino que su uso o su abuso es bueno o malo; y esto, a su vez, depende de qué impulsos operen en el corazón de un hombre, de qué tendencias trajo de sus vidas pasadas. De esta manera, las fuerzas del mal son, después de todo, nuestros propios pensamientos malos. El mundo se liberará del mal tan pronto el hombre libere su mente. La mente es el medio por el cual se concreta el accionar del *karma.* No es necesario que llamemos a un ser cósmico sobrenatural para que explique cómo se compensan las acciones del hombre.

El Karma Nacional

El karma no es un sueño. Quienes quieran hechos pueden tenerlos. Rusia construyo su enorme dique y su estación eléctrica de Dnieperpetrovsk valiéndose, en gran medida, del trabajo forzado de campesinos y prisioneros políticos. Este trabajo de construcción fue el orgullo de los comunistas. Pero tuvieron que destruirlo con sus propias manos en un solo día cuando se acercó el ejército alemán. Lo que habían construido con medios que no eran éticos, de nada les sirvió al final. El *karma* no es una doctrina fosilizada. Los hombres reconocen, en sus corazones, que la justicia eterna gobierna al mundo y alcanza implacablemente a los que obran bien y a los que obran mal; sólo hay que recordarles la verdad para que la acepten. En la actualidad, tal vez la reprimamos la mayor parte de nuestra vida, pero, al final, la mayoría de nosotros se rinde ante la verdad de que alguna parte del futuro ya está ordenado de antemano y está escrito invisiblemente en la frente de cada persona. Emerson dijo: "Si pones una cadena en torno del cuello de un esclavo, el otro extremo se ajustará alrededor de tu propio cuello".

El uso de la inteligencia o de la brutalidad, o de ambas, puede dar buenos resultados a un hombre, pero la cuestión no termina allí. Tras obtenerse buenos resultados, el *karma* entra a funcionar y exige el pago; y se le puede pagar con fracaso o con sufrimiento, o con ambos.

La corriente del destino prosigue su curso perenne, deteniéndose cada tanto para encontrar nuevos cauces históricos, necesarios para su desplazamiento. La nación primera en dejar caer bombas de gas sobre civiles desarmados, las deja caer también sobre los suyos. ¡Si hubiera sabido que la nación que quebranta las normas de la justicia, .destruye también su propia suerte!

"Quien ama a la iniquidad, llama al infortunio; por así decirlo, es el eco que responde a su propia voz." Si los japoneses hubiesen prestado atención a este sabio consejo de uno de sus antiguos libros, *Enseñanza de las palabras de la Verdad,* no se hubieran topado con tan afligente aprieto como el que tuvieron al final de la segunda guerra mundial.

Si deseamos entender lo que ha estado ocurriendo en el mundo, debemos entender primero que el *karma* continental y nacional son las causas ocultas de sus aflicciones.

Una nación surge por la unión de todos los individuos que la constituyen. Usted es uno de los individuos cuyo pensamiento y cuya conducta ayudará a crear el *karma de* su nación. El tema del destino colectivo es complicadísimo porque está compuesto por muchos más elementos que el destino individual. El individuo que nace en una nación particular tiene que participar tanto del destino general de esa nación como de su propio *karma* individual. Sin embargo, si se retira de esa nación por propia decisión y emigra a otro país, entonces participará de un nuevo destino colectivo que deberá modificar su propio destino y ponerle su sello, ya sea mejorándolo al darle más oportunidad o haciendo que se deteriore.

Existe un *karma* nacional colectivo que, poco a poco, crece, y luego se materializa. Cuando un grupo de personas vive y trabaja de consuno, tanto en un país como en una ciudad, gradualmente aquéllas forman para sí un destino nacional o municipal que tienen que soportar. En ocasiones,

este resultado es bueno, a veces es malo, pero, por lo general, es una mezcla de ambos. De allí que, en la historia, descubramos cosas tales como un destino nacional y un destino racial. El *karma* no funciona menos entre las sociedades de la humanidad que entre los individuos mismos. La vida de las naciones, como la vida de los individuos, es un ritmo alternado de tinieblas y luminosidad. A las épocas de grandes retrocesos las siguen las épocas de grandes adelantos.

¿La historia de la India habría tomado una dirección totalmente distinta si Clive no hubiera estado allí para conducir los ejércitos británicos hacia la victoria? ¿Estaba tan predestinada su historia que cuando el joven Clive intentó dos veces suicidarse en Madras, la pistola se negó a disparar y Clive renunció a otros intentos de suicidio?

Cuando todo un pueblo recorre el camino de las malas acciones, entonces invita al sufrimiento para que lo purifique e ilumine. Mientras el egoísmo gobierne a la sociedad, ésta tendrá sus sufrimientos. Mientras las naciones sean indiferentes a las aflicciones de otras naciones, tarde o temprano ellas mismas participarán de esas aflicciones. Un pueblo rico no podrá escapar a su responsabilidad parcial por negarse a ayudar a los pueblos más pobres, ni una nación poderosa, por tolerar la persecución de otras, ni una raza agresiva, por dominar por la fuerza razas más débiles. Las guerras mundiales dieron abundantes ejemplos de estas verdades. Los grandes pecados generaron grandes retribuciones. Este es un período de vasta purificación a través del sufrimiento.

Pero incluso en medio del torbellino del odio y ante la vista del horror jamás debemos olvidar la unidad interior de la humanidad, y que hasta los tiranos participan de esta divina unidad última con nosotros en su naturaleza más íntima.

En última instancia, debemos decir que la triste situación del mundo se la ganó este mismo; y debido a que él mismo se la ganó, fue necesaria. El mundo necesitó pasar por la experiencia que pasó porque necesitaba educación ética e intelectual, aunque esa forma particular de educación haya sido desagradable y dolorosa. Lo que la humanidad puede aprender clara y patentemente de sus continuos sufrimientos actuales es que, sin buena voluntad recíproca que se manifieste externamente, no hay paz real sino solamente su remedo, que la paz exterior puede incluso encubrir la preparación de la guerra. La humanidad aprendió que los tratados son sólo pedazos de papel cuando se escriben meramente con tinta, no con el corazón también. Los hombres más talentosos de Europa procuraron resolver los problemas que se encrespaban en derredor, pero no lo lograron. Tenían inteligencia pero carecían de buena voluntad; si la hubieran tenido, entonces los problemas habrían sido resueltos fácilmente. Faltaba buena voluntad, y esto debido a la codicia y al egoísmo innatos del hombre. Mientras éste crea que, a toda costa, debe aferrarse a lo que él llama sus bienes, y que, además, debe aumentar constantemente estos bienes, es apenas probable que la buena voluntad lo motive. El egoísmo insta al hombre a que se aferré a sus bienes y los aumente; el bien le recuerda que él sólo es el mayordomo de aquéllos. Sólo a través de repetidos sufrimientos, él está empezando a aprender que la justicia y la buena voluntad, la actitud de dar y tomar e incluso el espíritu de generosidad son esenciales para que se mantenga la paz. Estas son cualidades meramente éticas, pero sin ellas no hay paz: sólo habrá guerra. Si la humanidad desea evitar la repetición de este viejísimo destino, hay sólo un camino, muy a la antigua y sencillísimo: transformar el corazón. Sin transformar el corazón, sólo podrá posponerse la guerra, sólo podrá haber un remiendo temporario de los problemas, pero no una solución genuinamente pacífica. Y de este modo volvemos a una posición muy familiar: que si primero buscamos el Reino de los Cielos, todas estas cosas nos serán dadas por añadidura: incluso la paz.

Para que a Occidente no lo destruya su propia ignorancia, necesita las nociones de *karma* y renacimiento. Sólo semejante base intelectual podrá brindar, en estos tiempos intelectuales, una fuerza eficaz a la idea de moralidad.

El karma y la no-violencia

Porque sostenemos que el *karma es* el que, de modo oculto, gobierna la suerte del hombre, y que la fuerza no puede ser el arbitro final de aquélla, no sostenemos necesariamente que, por tanto, pueda prescindirse de la fuerza en favor de una ética de la no-violencia. Los místicos blandos, suaves y sentimentales se apoyan en una fe patética en el poder de la no-violencia para aplastar al totalitarismo agresivo y a la brutalidad armada. Su actitud representa un fracaso en reconocer hechos desagradables, mientras su remedio representa un viaje al absurdo, por elevadas que sean sus mentalidades. Si a esta doctrina la sometemos a la prueba práctica, que es la única prueba cierta, ¿qué descubrimos? ¿Qué ocurrió hace más de un siglo cuando unos doscientos negros norteamericanos desembarcaron en África Occidental para fundar la República de Liberia? Se los había escogido especialmente debido a sus tendencias místico-religiosas y su nobleza, y, de hecho, eran cuáqueros en su mayoría. Es bien sabido que los cuáqueros convierten a la no-violencia en una doctrina cardinal. Aquellos negros estaban desarmados y declararon abiertamente que confiaban en el Señor para que los protegiera. Concretamente, no los protegió su pacifismo ni el Señor: fueron brutalmente masacrados hasta el último hombre.

En cuanto a otro ejemplo, acerquémonos más a nuestra época y a un indio que era no sólo un

devoto seguidor de Gandhi sino también célebre por su santa conducta. Se trataba de Ganesh Shankar Vidyarthi. La anécdota se refiere a uno de los diversos disturbios comunales, ocurrido en Kanpur, entre los musulmanes y los hindúes. G. S. Vidyarthi creía firmemente que si se acercaba inerme a una turba musulmana, fanática y frenética, munido solamente con esta doctrina de la no-violencia, podría pacificarla y restablecer la paz. Lo que realmente ocurrió fue que lo asesinaron sin más trámite.

El sabio no acepta la doctrina mística de la no-violencia por varias razones filosóficas. Sin embargo, su principal razón practica es porque no desea confirmar al delincuente en su mala acción, y tampoco desea alisar la senda de aquél y, de esa manera, estimular el mal, o practicar hacia aquél la parcialidad. Someterse mansamente a la voluntad de un agresor le hace creer a éste que sus métodos son retributivos, mientras que una resistencia *df* -idida controla su marcha descendente, suscita dudas e incluso procura instrucción si aquél debe sufrir el castigo.

La doctrina de la no-violencia deriva de la antigua norma india del *Ahimsa. Himsa* significa causar dolor, sufrimiento, herida o brutalidad a las criaturas vivas: tanto animales como hombres. A es el prefijo que por supuesto, invierte el significado del vocablo. Pero, ¿existe algo que respalde la creencia de que tal abstención de infligir heridas o dolor a los demás fue enseñada .por los sabios como una ética universal y categórica para todas las personas? Por lo contrario, aquéllos aclararon que sólo podía aplicarse dentro de ciertos límites en lo concerniente a los ciudadanos de un estado, si bien concedía que la adoptaran íntegramente los monjes y ermitaños que hubieran renunciado al mundo y no se interesaran más por el bienestar de una sociedad organizada. Para quienes no nos hemos retirado de la lucha por la existencia, existe un deber obligatorio de proteger la vida humana, debido a su valor superior, cuando las bestias salvajes la pongan en peligro (aunque tengamos que matar a aquéllas). Por tanto, la no-violencia no es una regla invariable de conducta en lo atinente a los animales. Tampoco lo es cuando consideremos el caso de las relaciones humanas. Surgen circunstancias en las que es correcto y adecuado armarse en defensa del propio país y matar a los invasores que lo agreden, o en las que es éticamente correcto eliminar a un asaltante sanguinario. Lo que siempre debe evitarse es infligir dolor innecesario.

Quien invoca la doctrina del pacifismo para que se la ponga en práctica universalmente, aplica equivocadamente una norma ética dirigida a monjes y ascetas que renunciaron al mundo, y concibe erróneamente una doctrina mística de la unidad cuyo único propósito es la realización interior. El pacifismo es admirable en un místico, pero está fuera de lugar en un hombre del mundo.

El karma y la reacción del hombre

La práctica pitagórica de formularse cada noche la siguiente pregunta: "¿Qué mal he hecho?" o "¿Qué deber dejé sin cumplir?", era excelente para contrarrestar al *karma* malo en su causa, como lo era la practica pitagórica de no decir ni hacer nada mientras se estuviera bajo el influjo de la pasión.

El *karma* es recíproco. Nos devuelve lo que producimos. Si un hombre vive como un animal, abusó de su nacimiento humano y sólo deberá agradecerse a sí mismo si renace en el cuerpo de un animal.

En toda religión, tanto de Oriente como Occidente, oímos hablar de los sufrimientos padecidos por los inicuos en el estado *post-mortem.* Se supone que éstos habitan durante un tiempo en un mundo inferior, en un purgatorio. La verdad es que éste es un símbolo primitivo de la doctrina superior de que los inicuos sufren después de morir, pero sólo cuando renacen nuevamente en la Tierra.

¿El *karma es* tan inflexible como para que el hombre no tenga esperanza de eludir su fuerte mecanismo? La respuesta es que, con seguridad, podemos albergar la esperanza: si no es la de eludir al sufrimiento kármico, o que quede abolido, por lo menos la de que se tome menos doloroso y más soportable (como un anestésico hace que una operación quirúrgica sea menos dolorosa y más soportable) siempre que satisfagamos las necesarias condiciones previas de arrepentimiento, reparación y renuncia. Las presiones kármicas no nos *obligan* a actuar de un modo particular, aunque nos impelen a hacerlo. Si lo decidimos, podemos oponer una resistencia interior a estas presiones y, de esta manera, modificamos o incluso alteramos sus efectos.

Para compensar los efectos kármicos de una mala acción, hemos de realizar la acción contraria; y debemos cultivar, deliberadamente, la clase contraria de pensamiento malo y de mala palabra. Si a un hombre lo despojaron de algo, debe dársele voluntariamente algo que, para él, sea de valor igual o mayor. Si bien es cierto que no podemos desprendemos de nuestro *karma* malo, es igualmente verdad que podemos equilibrarlo con *karma* bueno y, de esa manera, compensar sus resultados. Buddha, que fue uno de los máximos exponentes de la doctrina del *karma,* señaló que el pensamiento recto y las buenas acciones podían transformar las maldiciones kármicas en bendiciones.

Enfocar fijamente una idea persistente y concentrada ejercerá presión desde adentró, por así decirlo, y puede alterar lentamente la suerte física kármica de un hombre. El *karma* es tanto pensamiento como acción, tanto deseo como acto. Uno es la semilla que fructifica en la otra y no

puede separarse de ella. Esta crónica silenciosa y secreta de la Mente del Mundo es la que posibilita el funcionamiento del *karma,* tal como los surcos del disco de un gramófono hacen posible que se oiga su canción.

El destino parece actuar, a menudo de modo arbitrario, favoreciendo a los inicuos y derribando a quienes no lo merecen, pero esta es una ilusión nacida de la noche oscura en la que habitualmente nos movemos, pues, al final, las acciones de aquéllos echan raíces desde la naturaleza del hombre mismo, quien es el arbitro último y principal de su propio destino. El hombre se parece a una raza de liliputienses que vive en un angosto desfiladero entre los muros gigantescos de la Justicia y golpea sin cesar su cabeza contra estos obstáculos de piedra. Los cuatro dioses permanecen allí, duros o indulgentes en ocasiones, pero siempre justos. A cada hombre le piden una compensación o un balance de sus actos. Y estos muros son tan altos que ningún hombre logró jamás traspasarlos.

Las cosas actúan según su naturaleza. La naturaleza registra estas acciones de modo secreto y devuelve su reflejo en resultados adecuados. Y con las personas ocurre lo mismo que con las cosas. Cada uno de nosotros vocea una nota en el universo, y éste nos responde con la misma clave. El *karma* es el lecho que inconscientemente nos preparamos y sobre el que un día tendremos que yacer.

Cuando hacemos un balance de nuestra suerte buena o mala, habitualmente olvidamos incluir los valores éticos que adquirimos de cada experiencia. No obstante, una vez que un hombre llegó a entender algo, involuntariamente pondrá a la gran verdad del *karma* bajo esta luz: no meramente como un dogma intelectual sino como una convicción sincera. Entonces, se sobrecogerá horrorizado al recordar sus malas acciones pasadas. Empero, sabe que no las podrá eludir y las deberá enfrentar. Y entonces, no porque se lo ordenen desde afuera, sino porque surge de su propio ser interior, se impondrá un deber: el deber de expiar.

Hasta donde le sea posible, buscará a quienes perjudicó y hará una reparación adecuada. Si se niega a realizar esta tarea, descubrirá que su paz será violada por los recuerdos espontáneos que surgirán una y otra vez.

Nos puede derrotar un espíritu de amargo resentimiento o de pesimismo melancólico. Estas dos actitudes no son para nada provechosas. Hay un tercer modo, que es mejor: hacer que la derrota sirva de punto de partida de un avance diferente. Esto puede realizarse, primero, mediante un examen personal, franco y bien dispuesto, para buscar y descubrir nuestras faltas y confesar nuestro yerros, y, en segundo lugar, mediante actos de arrepentida enmienda y la apertura de una nueva perspectiva.

"Nadie conoce su propia fuerza o su propio valor sino cuando se lo pone a prueba. La calamidad es el acicate de una gran inteligencia". Si Séneca pudo escribir estas palabras cuando el tirano Nerón era su gobernante, nosotros también podemos averiguar cuál es la verdad de aquellas palabras cuando los tiranos modernos ponen al mundo cabeza abajo.

"Cuando desde mis setenta años echo una mirada retrospectiva, me parece que cada naipe de mi vida de trabajos se me dio de tal manera que lo tuve que jugar tal como llegó a mí". Esta confesión de Rudyard Kipling revela en qué gran medida el destino fue el que formó su vida.

El *karma* no dice que quien nazca en los tugurios deba quedarse allí hasta morir. El *karma* le coloca allí, es verdad; pero de él depende salir de ese barrio usando su inteligencia y su esfuerzo personal. Sin embargo, es cierto que esa persona no podrá hacer todo lo que desee, pues tendrá que empezar con el material existente y desarrollarse a partir de éste. "Ningún general podrá tener buena suerte, a menos que sea audaz", dijo el general Sir Archibaid Wavell. Lo mismo ocurre en el campo de batalla de la vida. Debemos preparamos para asumir un riesgo o dos si lo que deseamos es salir triunfantes del campo de batalla.

Las personas hablan lastimeramente de su arduo destino y de su *karma* desfavorable. ¿Qué les ocurrirá cuando se cubran con la capa de la filosofía? ¿La verdad anula misericordiosamente su desagradable futuro y les proporciona un lecho de rosas para que, a su vez, la acepten? ¿El profundo conocimiento que alcancen paralizara el *karma* que posean? Lamentablemente, estas expectativas reconfortantes les están vedadas. El *karma* diagramado subsiste todavía, pero la actitud de las personas respecto del *karma* efectúa una media vuelta. No cambian las sombras que los astros proyectan sobre las personas, pero éstas cambian ciertamente. De allí en adelante ellas se deciden a aceptar sus aflicciones con un sublime espíritu de paciencia. Se deciden a someterse a su destino, no por debilidad sino por fortaleza. Es posible que, a veces, incluso acepten de buen grado el infortunio cuando sepan que podrá librar a su carácter de obstrucciones para el verdadero crecimiento. Si en el pasado el sufrimiento llegaba para educarles o enseñarles a diferenciar entre lo permanente y lo efímero, ahora sobreviene para ponerlas a prueba, y les proporciona oportunidades adecuadas para que ensayen su fuerza y adviertan si la Casa de la Vida que están erigiendo está construida con sólidos ladrillos o con cañas frágiles.

Esta enseñanza no convierte a un hombre en un fatalista aletargado, ni le permite que se hinche hasta convertirse en un individualista infatuado. Tampoco ofrece excusas por una desdichada debilidad, ni presta su apoyo a una fuerza ilusoria. Le inspira con una equilibrada visión de sus posibilidades, con un sensato criterio acerca de sus fuerzas.

El hombre tiene que cursar en la escuela de las experiencias multiformes. No tendrá que extraer su sabiduría de los libros solamente, ni únicamente de la meditación, sino también de la vida misma. Tal vez se encuentre sumido en circunstancias que le parezcan inútiles para su desarrollo espiritual e injustas para los objetivos nobles. Pero el Yo Superior, con su sabiduría que ve a la

distancia, está mejor informado. Desde el punto de vista filosófico, no es cuestión *de* que se lamente cuando tenga que enfrentar circunstancias adversas, sino más bien una cuestión de desafío en cuanto a lo que pueda hacer con aquéllas. Aquéllas representan una triple posibilidad: deterioro, estancamiento o crecimiento. Una vez que su mente se haya acostumbrado bastante tiempo a estas ideas, y una vez que las haya recreado como producto de sus propios pensamientos y de las conclusiones de su propia experiencia, aquellas ideas le permitirán afrontar los restos del destino y las mutaciones de la suerte con una fuerza y una sabiduría antes desconocidas.

El hombre empezará a ver que, subyaciendo en el propósito humano evidente de mantener relaciones con todo los demás hombres y mujeres que se crucen en su camino o estén en éste, hay otro propósito más profundo. Ya sea que se trate de amigos o enemigos, ya sea que procuren goce o angustia, la experiencia de encontrarse con ellos consiste, finalmente, en enseñar lecciones.

Cuando alguien en quien confió su felicidad resulta infiel, puede tratar el episodio de dos modos diferentes. Puede reaccionar de la manera corriente, y volverse resentido, amargado, herido y desolado. O puede reaccionar de una manera que no es la corriente, y, aunque esté más triste, volverse más sabio, mejor instruido en sus propios valores y en las fragilidades de los demás. De semejante episodio puede aprender que, mientras acepte toda la felicidad que le pueda llegar de cosas y personas extemas, no debe confiar en ellas como fundamentales y primordiales, y que sólo el divino yo interior puede mantener a buen resguardo semejante rango. Puede aprender también que cuanto más resulte afectado el ego por lo que origina su aflicción, más resiste las lecciones correspondientes: es más lo que sufre. En suma, lo acontecido le brindará una posibilidad de corregir sus valores, de dar un salto hacia un punto de vista más elevado, y de efectivizar un avance espiritual.

El pasado es totalmente inalterable, y, en gran medida, condiciona al presente. Pero el futuro lo es menos, y, por tanto, es más maleable. Lamentarse de los infortunios pasados, que uno mismo se creó, es útil solamente en la medida que conduzca a una confesión del error, a la detección de debilidades de carácter que condujeron al error, y a un esfuerzo activo para eliminar esas debilidades. Hasta dónde las acciones pasadas pueden ser contrarrestadas por lo que ahora pensemos es una cuestión variable e indeterminada. Al estudiar nuestras experiencias pasadas hay una sabiduría que nos está aguardando. Al aceptar sus lecciones hay una fuerza que hemos de obtener, y al esforzamos para comprender por qué nos ocurrieron ciertos infortunios, hay algo práctico que hemos de adquirir.

Si salimos del camino para hacer el bien a los demás e imponemos restricciones, de ese modo ayudamos a expiar los pecados pasados y a rebajar el *karma* que, de otro modo, aquéllos nos hubieran acarreado.

El karma y la oportunidad

Del *karma* aprendemos la grave importancia del tiempo correcto. Quien realiza lo correcto en el tiempo incorrecto no está lejos de la situación del hombre que realiza lo completamente incorrecto.

Hay fuerzas que predeterminan nuestro destino y debemos saber cuándo ganaremos las batallas (como Napoleón) retirándonos, sometiéndonos a lo que el Hado decrete. En el capítulo último de *Más Allá del Yoga,* recomendábamos una técnica usada por los pugilistas expertos, pues suministra un principio excelente por el cual es posible afrontar los inevitables golpes de un ciclo kármico malo. Otro ejemplo de esta cuestión que será de utilidad es el *jiu-jitsu,* cuyo principio consiste en vencer al adversario cediendo de tan diestra manera que éste se vea obligado a usar su propia fuerza para autoderrotarse o lesionar sus propios músculos. De modo que podemos vencer al inalterable *karma* malo cediendo ante él durante un tiempo, pero, al final, extrayendo de él una sabiduría y una reacción tales que nos elevamos mucho más que antes.

"Cuando al hombre superior le llega la hora oportuna, se eleva a las alturas; pero cuando el tiempo está en su contra, se mueve como si sus pies estuvieran enredados." Así le hablaba Lao Tsé a Confucio en una entrevista memorable.

Cuando el hombre envejezca (en años o en encamaciones terrenas) empezará a prestar atención a la invisible línea de causa y efecto que existe entre sus acciones y sus consecuencias posteriores sobre él y sobre los demás, lo cual significa que será más prudente y deliberado, menos inclinado a obrar por mero impulso, y más inclinado a actuar luego de una tranquila reflexión.

Para quien estudia, toda la vida deberá ser una continua prueba, que se repite una y otra vez, aunque con frecuencia en disminución, hasta que, por último, madure en el conocimiento en sazón del sabio. Entretanto, debe recordar bien los errores éticos que algunos llaman pecados y reflexionar bien sobre sus lecciones, como debe recordar los sufrimientos que fueron su fruto inevitable pero tardío.

A la sabiduría le corresponde aprender cuándo atacar las dificultades con audacia y cuándo eludirlas con paciencia o astucia. Hay un tiempo oportuno para todo lo que acontezca. Si se produce demasiado pronto, entonces las consecuencias serán una mezcla de lo bueno y lo malo, lo mismo que si se produce demasiado tarde. Sin embargo, si tenemos la paciencia para aguardar el momento correcto, y la sabiduría para reconocerlo, entonces los resultados serán el bien neto. El *karma* entra en juego tan pronto ocurre una adecauda combinación de factores. Por tanto, no existe un escape real de las consecuencias de nuestras acciones, sino sólo un escape aparente.

El karma y el medio ambiente

La filosofía no es tan necia como para negar la fuerza y la importancia del medio ambiente, pero añade que la actitud mental respecto del medio ambiente físico es todavía más importante. Si se dependiera plenamente de él, entonces el hombre será su esclavo y su víctima; pero si su actitud es de noble dependencia respecto de su yo interior, entonces, en parte, él será su amo. Alguna parte del hombre es el producto de su medio ambiente cambiante, pero hay otra parte que muy ciertamente no lo es. A veces, el medio ambiente debe necesariamente ser mayor que el individuo, pero, en ocasiones, el individuo puede resultar mayor que el medio ambiente.

Aunque ningún hombre debe someterse de tal modo que el medio ambiente lo domine, tampoco podrá divorciarse de él. Ya sea que lo obstaculice cruelmente o lo ayude favorablemente, el hombre no puede dejar de ser influido por el medio ambiente. ¿No ha sido, acaso, muy importante para el obrero fatigado, desanimado y deprimido (que se cuenta entre los menos remunerados) al regresar a casa por las noches, encontrarse con una habitación alegremente iluminada, con paredes que brindan tranquilidad, con muebles bien proporcionados, y alfombras de agradables diseños? El medio ambiente es ciertamente importante.

Lo que a un hombre rodea lo ayuda para que afloren sus cualidades innatas o para que no puedan manifestarse, pero aquél no crea tales cualidades. Si lo hiciera, a los genios podría fabricárselos a granel en cada escuela o gabinete.

El karma y el sufrimiento

El sufrimiento es el compañero ineludible de la vida. La guerra proyecta meramente esta verdad, de modo vivido y espectacular, sobre la pantalla de la consciencia humana, mientras que su accionar corriente es de mucha lentitud y esporádico.

Cuando alguien se quemó con fuego no puede sentir la tentación de poner sus dedos en la llama, no importa qué.colores bellos tenga ésta ni qué atractivo se su cálido resplandor. Él sufrimiento y el dolor de su error anterior viven tan vigorosamente dentro de su memoria porque viven en forma de conocimiento. No cree meramente, sino que sabe que el fuego le quemará y le causara dolor. Ni siquiera tiene que experimentar por segunda vez el mismo error, porque el conocimiento se hundió en su mismo ser. Del mismo modo, quien conoce su unidad esencial a través del Yo Superior con todos los otros hombres no cometerá el error de lesionar siquiera a una sola persona; por lo contrario, encontrará una potente motivación para una conducta altruista. Sabe que, al herir a los demás, en última instancia se hiere a sí mismo; pues la infalible ley de la retribución le devolverá el dolor o las bendiciones que él prodiga a los demás. Su compatibilización con todas las criaturas vivas, humanas o no humanas, es tan perfecta, que procura evitar lesionar a cualquiera de ellas; por lo contrario, se complace en mejorar el bienestar de aquéllas. Esta actitud sobreviene mediante un conocimiento de la realidad de la unidad subyacente de la vida, un conocimiento que no es fe ciega ni piadosa esperanza, y sólo puede descubrírselo a través del sendero último. La desgraciada ignorancia de esta verdad importantísima es responsable del horrible espectáculo de un mundo ordenado en dos campos listos para aniquilarse uno al otro y borrarse de la existencia. Por muchas que sean las plegarias dirigidas a un Dios demasiado remoto, no podrán salvar a la humanidad de tales catástrofes, pero ciertamente se la podrá salvar mediante la aceptación intelectual de la verdad de la unidad como un paso preliminar hacia su realización última. Por tanto, es deber forzoso de cada uno de nosotros, que percibió intelectualmente esta verdad, consagrar algún fragmento de su tiempo, por lo menos, a fin de dar a los demás una oportunidad para que se familiaricen con ella. Si el destino de un hombre (el fragmento de destino que tiene asignado) desea que él realice cierta tarea, una misión particular, entonces (por más que él se entretenga en un aislado retiro) le brindará una compulsión interior que, a la hora señalada, le sacará de su retiro para introducirlo nuevamente en la liza pública. Aunque la tarea haya estado lejos de lo que él deseaba y oculta de su mente consciente durante todos los años anteriores, empero él tendrá que obedecer a esta inesperada fuerza interior, a esta abrumadora imposición que es tan sólo la voz del destino que, de este modo, se hace oír. Sí, paradójicamente llevamos nuestro destino dentro de nosotros mismos. No es necesario que el *karma* envíe a abogado alguno para que abogue por su causa en los estrados humanos. A la larga, toda la historia revela la verdad. El mundo debe aprender, y aquellos de nosotros que conozcan deberán enseñar que toda acción mala producirá, infaliblemente, un resultado de sufrimiento. Pocos días antes de morir, le preguntaron a A.E.: —¿Cuál será la forma próxima de la religión?. Contestó: —Una religión de la ética. Esto significa una religión basada en la doctrina del *karma.*

"Los inicuos realizaron la acción perversa con el corazón alborozado; cuando el tiempo se cumpla, con llantos cosecharán sus consecuencias", dijo el Buddha.

Todo acto lleva consigo sus propias consecuencias. Si cometimos un error o una mala acción contra alguien mediante cualquier acto que emprendimos, entonces, cuanto antes la dificultad nos prevenga para que no cometamos otros errores a lo largo del mismo camino, mejor será. Debemos aceptarla de buen grado, como un dedo que nos está guiando. Cuando la vida es ardua y

exasperante, debemos escudriñar debajo de su superficie. Lo que nos tiene encadenados, ¿es una actitud mala o un mal criterio? El yo real tal vez se regocije mientras el yo superficial está llorando, pues nos ponen en la Tierra para que busquemos lo perfecto. Como personalidades, ciertamente somos seres que sufren, pero, como el yo cósmico, somos espectadores sublimes.

La experiencia esclarece al hombre, pero tal vez lo haga con lentitud exasperante si aquél no maduró éticamente ni evolucionó mentalmente. En realidad, el hombre no necesita tanto una experiencia nueva como una comprensión correcta de la vieja experiencia. Si él carece de sensibilidad, es tozudo o necio, entonces nada podrá enseñarle, salvo más experiencia. Por tanto, nuestra tarea consiste en explicarle la significación interior de sus propias experiencias, en poner a su disposición, en forma sencilla, los frutos filosóficos de nuestra experiencia más rica y más prolongada.

Si un hombre aprende las lecciones de sus errores pasados entonces el sufrimiento que éstos le produzcan no habrá sido en vano. Si él no aprende, entonces seguirá de un desastre a otro. Cuando verdaderamente sea capaz de ser instruido, entonces podrá remediar el desastre. Si a nuestra razón no le aportamos nuestra experiencia, sigue siendo estéril. El gozo y el sufrimiento no logran entregar su secreto, y al corazón lo devastan, en vano, periódicos tumultos. El gozo raras veces llega solo. A menudo lo sigue la aflicción, tal como la sombra sigue a quien camina bajo el sol. El sufrimiento amarga y obnubila siempre a los necios, mientras que madura e instruye siempre a los sabios. Los infortunios de la vida provienen de nuestro *karma* pasado; la aflicción que experimentamos por causa de aquéllos proviene de nuestra ceguera. Nos golpeamos el pecho porque no entendemos.

Las condiciones generales de las guerras con su resultado pusieron el problema del sufrimiento a la vanguardia del pensamiento. ¿Por qué sufrimos? Esta es la pregunta cuya respuesta buscamos con ansia y sinceridad, y que sólo podrá hallar satisfacción en las doctrinas del *karma.*

Una clara señal de nuestro estado espiritual es cómo reaccionamos ante las circunstancias en las que nos encontramos. En la época de la aflicción somos puestos a prueba sobre si construimos en nuestro carácter las cualidades necesarias para ocuparnos sabiamente de las dificultades de la vida, o todavía dependemos de las muchas clases de escapismo. Ninguna vida humana está totalmente libre de problemas. Dios dispuso que éstos sean parte de nuestra existencia, y ningún sendero místico podrá alterar esto. Lo que podrá ser alterado es nuestra reacción frente a ellos.

El sufrimiento es un proceso natural que al hombre le muestra dónde se complació en las malas acciones. Si no renuncia a sus pecados, la naturaleza lo familiariza con sus consecuencias a través de experiencias dolorosas. El hombre incapaz de rectificarse llegará a esto por experiencia extema, y quien no logró desarrollar un sentido de responsabilidad espiritual, será puesto a prueba por el sufrimiento. Hasta que un hombre se arrepienta adecuadamente y trate de deshacer el daño que produjo, las contrariedades que tenga y que tendrá que padecer son las que él mismo causó.

Sería innatural e inhumano si quienes buscan una senda espiritual que los saque de su aflicción mundana no tuvieran tan vivos sentimientos sobre el particular. No obstante, les corresponde recordar los principios eternos mientras se desencadenan las tormentas, recordar que aquéllos son fundamentalmente divinos e inmortales, y adherir firmemente a la fe de que es ineludible el triunfo último del bien sobre el mal. Día vendrá en el que sus heridas más profundas sanarán, y contemplarán su experiencia mundana con serenidad, desde la cima de una montaña, como en su Yo Superior ya lo hacen. Al final, tal experiencia les enseña a no depender de nada ni de nadie para su felicidad.

Cuando desciende sobre nosotros una hora de tinieblas, debemos volvemos de inmediato hacia adentro y allí encontrar la ayuda verdadera. Cuando alguna oscura contrariedad toca nuestra vida, cuando la depresión, el sufrimiento, la ansiedad, el temor o incluso la tentación amenazan con abrumamos, debemos seguir esta práctica de volvemos instantáneamente hacia adentro y buscar al Yo verdadero. Al final de nuestra búsqueda, encontraremos paz, contento, sabiduría, fortaleza, valentía y amor. En suma, tenemos que adiestramos para volvemos automáticamente hacia adentro siempre que afrontemos un infortunio aparente, algo que semeja una injusticia, o una tentación indebida. Entonces, cualquiera que sea la acción que emprendamos, será guiada desde dentro y necesariamente será correcta porque no la dictará el intelecto humano sino la sabiduría superior. No es que el yo divino nos acomode los asuntos por sí cuando acudamos a él con nuestro pensamiento, sino que, a menudo , nos inspirará para que tomemos las medidas físicas necesarias que producirán resultados acertados.

Día llegará en el que veremos a esta vida bajo una nueva luz, y entonces renunciaremos ante una fuerza superior. En nuestro ser recóndito está lo Real: lo inafectado, eterno, sublime. Busca nuestro amor y nos da el suyo. Desea que nos sacrifiquemos a él, pero el sacrificio ha de ser en lo profundo del corazón, secreto e inefable. Es el Yo Superior. Ofrezcámosle todo en el altar, suplicantemente, e incluyamos todos los problemas de frustración y derrota. Cuando llegue la respuesta, como a su tiempo deberá llegar, experimentaremos un alivio tremendo. Será como si desapareciese una carga.

El cese forzoso de la actividad externa, producido tal vez por la enfermedad o la prisión puede ser una ayuda para el despertar espiritual. Pocos meses antes de morir. Osear Wilde dijo:

"Viví todo lo que había que vivir. Hallé la dulce amargura y la amarga dulzura. Fui feliz en prisión porque allí encontré a mi alma". La enfermedad es un *karma* amargo que debe expiarse, pero si se aprende esta lección, el sufrimiento no es en vano.

El hombre crea algunas de sus contrariedades con sus pensamientos negativos, con el hecho de

ser demasiado egoísta en sus relaciones humanas, con su fracaso en olvidarse de sí mismo y ponerse en el lugar de la otra persona. Cuando admite que el origen de muchas contrariedades está dentro de él mismo, entonces es más clara su posibilidad de que las haga desaparecer. Las contrariedades son la señal extema de una enfermedad interna.

El hombre debe tener valentía para negarse a convertir a otra cosa en el chivo emisario de su propia culpa. Es un error igualmente grave atribuir a compulsión del destino o a la voluntad de Dios lo que meramente es un arbitrio humano.

Cuando los tormentos externos de la vida destruyen la resistencia interior, se reconoce la necesidad de las cosas espirituales. Y cuanto más insatisfactoria sea la vida externa, más satisfactoria parecerá la bendita vida interior, por comparación y en sí misma.

Quienes tienen bastantes cosas buenas de la vida, o quienes lograron abrirse paso a través de las circunstancias, por lo común están bastante satisfechos consigo mismos y con el mundo extemo. Mientras corran de una satisfacción diferente a otra, iniciando cada experiencia bajo la patética ilusión de que es la última, y terminando con el triste conocimiento de que no lo es, son incapaces de escuchar la voz de una sabiduría inconmensurablemente más vieja de lo que ellos son. Quienes sufrieron frustración, privación e infortunio son los que quieren escapar de sí mismos y del mundo. Murieron sus esperanzas, y desapareció su valentía. Cuando su contrariedad sea profunda y permanente, tendrán oidos para oír.

Los videntes de verdad tienen valentía para mirar los hechos de frente y admitir que la vida sobre la Tierra debe, en algún sitio, tomar contacto con el sufrimiento. Enseñan al hombre cómo sostenerse cuando esto ocurre, y cómo instruirse de tal modo con sus lecciones que las contrariedades de esta vida terrena se transmuten en sabiduría y fortaleza.

Quienes todavía no aspiren a liberarse de la esclavitud animal y de la ignorancia humana no podrán dejar que la vida misma los acicates para inducirles tal aspiración. Si pudieran entender correctamente sus experiencias sobre el bien y el mal, sobre la mente y el cuerpo, como ciertamente lo entenderán un día en el transcurso de la corriente evolutiva, entenderían que estaban tratando de encontrarse a sí mismos. La búsqueda del Yo Superior tal vez no sea claramente consciente en sus mentes, pero, no obstante, está allí e impulsa el movimiento de toda la vida.

El hombre no aguanta ciertas contrariedades o experiencias molestas de la vida sin que cada una de ellas tenga una razón particular. Si se toma la molestia de aprender esa razón, podrá ganar experiencia y fortalecer su carácter o podrá permitir que la experiencia lo venza y empeore su carácter. A través de muchas y muy variadas experiencias, al hombre se le da la oportunidad para que construya sus capacidades de pensamiento y juicio, voluntad e intuición. Las experiencias bien manejadas pueden ser medios eficaces para que él pase de un punto de vista inferior a otro superior. Cada experiencia debe explotarse por sus lecciones, dolorosas o placenteras, como un novelista la explotaría por el material anecdótico.

Debe advertirse que las situaciones que surgen en la vida las creamos nosotros mismos, a menudo, de algún modo evidente u oculto, y, por tanto, las debemos afrontar con valentía y analizar correctamente. Entonces, pueden arrojar una luz importante sobre el carácter; y aunque no sea posible cambiarlas de la noche a la mañana, es posible experimentar con ellas con una actitud mental diferente y percibir la utilidad del desarrollo interno de la adversidad extema, los antagonismos personales y el peligro.

La paz mental sólo podrá llegar pagando su precio, y parte de ese precio es el hecho de que nos liberemos de nuestra excesiva dependencia de lo externo. A la mente deberá liberársela de la preocupación y la ansiedad, en vez de ceder sometiéndose a éstas sin esperanzas. Esto invocará a las fuerzas protectoras, y las secundará. Deberán proscribirse todos los acerbos pensamientos hacia los otros individuos. Debe darse amor, ya sea que lo devuelvan o no, y se lo debe dar, por igual, a los débiles y a los fuertes. Una rica compensación aguarda, a quienes pueden resistir de este modo.

Todo lo que nos sucede nos enseña esta lección del desapego, que debe ser aprendida mediante reflexión y comprobada mediante experiencia. Como lo ensenara el Buddha, debemos aprender y reaprender a dejar que las cosas sigan su curso y a mantenemos desapegados, reconociendo la cualidad evanescente de toda la existencia terrena. La misericordia de la madre Naturaleza consiste en que todo sufrimiento, por riguroso que sea, comparte esta evanescencia. Al final (como en la actualidad para la minoría), hay una calma ininterrumpida, la paz eterna de una consciencia que no es la personal consciencia de uno mismo.

Todos tienen algo que enseñamos. Las vidas, las percepciones y la experiencia de los demás, y las lecciones de hechos pasados, cuando se las recuerda y se reflexiona sobre ellas, pueden contribuir a nuestra guía y ayudar a señalar a la razón el rumbo adecuado que debe seguirse en el futuro.

Necesariamente, debemos adquirir nuestras virtudes mediante lucha y dolor cuando no logremos adquirirlas mediante reflexión y percepción. La irreflexión y la incuria deben ser pagadas. Si no escuchamos la voz de la razón y la buena voluntad, deberemos sufrir el látigo de la aflicción. Pero no tenemos la obligación de aguardar a que los dolorosos yerros nos muestren nuestra necedad. La razón es un camino más placentero y una ruta más corta que el largo círculo de la saciedad, la repulsión y el equilibrio.

Aunque una de las primeras cualidades que un hombre debe fomentar es la capacidad para aprender de sus errores pasados, no debe permitir que el pasado le aprisione. Debe mirar hacia

atrás sólo para mirar más claramente hacia adelante cuando considere cuál es su deber. Él hombre que tiene la capacidad para efectuar nuevos comienzos que se abran paso a través de un pasado defectuoso es el hombre que, en este sendero, podrá llegar lejos.

No hay certeza absoluta de nada en esta vida, y no hay seguridad en situación alguna. Tales cosas son inalcanzables. Sólo son posibles una certeza y una seguridad relativas, pero, si son meramente externas, resultarán inadecuadas. También se las deberá ganar en un sentido interior mediante pensamiento alerta y emoción controlada, mediante comunión con el yo más divino.

El premio filosófico de ser dueños cabales de nosotros mismos es mucho mayor y más atesorable que cualquiera que la ambición pueda ofrecer o el deseo sugerir. Tiene una felicidad desconocida de otro modo, y, contra los infortunios y las dificultades de la existencia mundana, brinda reservas interiores de un género que es desconocido para los hombres de mentalidad materialista..Quien ganó este premio está interiormente protegido contra las bofetadas de las olas de la fortuna o las flechas de la maldad humana. "Quien nada espera, jamás podrá conocer la desesperación", son las palabras que César pronunció en Egipto. Donde no hay deseos ni expectativas no podrá haber decepciones.

La aflicción será el resultado de seguir ignorando a la filosofía. La serenidad será el resultado de vivir según lo que aquélla enseña.

Cuando un hombre decida someterse plenamente ante su Yo Superior, podrá aprender, de su fuerza, a vencer los problemas mediante el equilibrio que desciende sobre él y mediante el cambio en las cosas materiales. Tal vez no siempre salga triunfante de cualquier situación, pero en un sentido espiritual saldrá siempre triunfante.

El Yo Superior, al hablar como el Cristo en el hombre, dice: "Venid a mí todos los que estéis agobiados, que yo os aliviaré". Y, hablando como el Krishna en el hombre, dice: "Refugíate en mí sólo. Yo te liberaré de todos los pecados, no te aflijas".

Nada que no sea el conocimiento perteneciente al alma podrá brindar al hombre una felicidad total. Aquél le libera de los ocultos temores a las aflicciones de la existencia terrestre; libera a su mente de todo interés por el futuro, y de los vastos abismos de su propio ser podrá extraer toda la sabiduría que necesite para afrontarlo. Al ganar este conocimiento de la verdad oculta de su propio ser, él entra en la libertad real.

El karma y la predicción

En años recientes, el mundo presenció un crecimiento tan amplio y rápido de la creencia en la astrología que debió hacer vacilar a un historiador desapasionado. Fueron tantos los diarios populares que le consagraron una columna, son tantos los libritos astrológicos que aparecieron emulando al *Oíd* Afoore's *Almanac,* que no es una exageración decir que el interés por este tema asumió las proporciones de una inundación. Una explicación de esto es el estado general de inseguridad e inestabilidad internacionales, y la ansiedad y la preocupación particulares que prevalecieron después de la depresión económica mundial. Pero hay otras razones para el gran surgimiento de la creencia en la astrología. Existe la necesidad inconsciente o semi - consciente del vulgo respecto de un medio de interpretación que promueva los acontecimientos mundiales y sus propias aflicciones personales por vías más satisfactorias que las religiosas tradicionales o las científicas contemporáneas. El punto de vista religioso es intelectualmente inadecuado, y el punto de vista científico es emocionalmente inadecuado. La mayoría de los demás apoyos antiguos también resultaron insuficientes. La astrología les ayuda a llegar a tal interpretación debido a sus principales implicancias, que supuestamente se comprueban cada vez que una predicción se cumple. Aquéllas son: a) que hay una fuerza superior que guía el destino de la humanidad; *b)* que la vida sobrevive después de la muerte; y c) que en la vida hay una justicia tosca. Sin respaldar todos los desechos supersticiosos que se refugian bajo su nombre, ni el conjunto de charlatanismo y explotación que la acompaña, es cierto que la astrología exige, como doctrina complementaria, que se enseñe el *karma* y el renacimiento. Por tanto, la actual ola de interés por la ciencia de los astros es un intento oblicuo de satisfacer la necesidad humana de esta importante enseñanza de la que el mundo occidental fue tan cruelmente despojado durante muchos siglos.

A la astrología no se la puede considerar como una guía completamente confiable en la vida cotidiana, a pesar de las exageraciones de los astrólogos. Como un conjunto de conocimientos es imperfecta e incompleta. Como arte práctica de la predicción es ineficiente e insegura. Por tanto, nadie debe apostar toda su fe a las lecturas y profecías astrológicas solamente, o asumirá riesgos terribles. Pero esto no equivale a decir que la astrología es mera superstición como sus contradictores afirman, o que es un cabal engaño, como lo aseveran los que tienen mucho mundo. Si se conoce el momento exacto del nacimiento, puede proporcionar muchas indicaciones útiles acerca del carácter, las capacidades, las tendencias y el temperamento de una persona. En una medida mucho menor, puede proporcionar también indicaciones de algunas (pero no de todas) las mayores oportunidades y dificultades kármicas, y demás, que puedan ocurrir.

Al horóscopo se lo considera correctamente, como un *indicador de* las circunstancias ganadas y del carácter formado en nacimientos anteriores. Es un engaño considerar sus posiciones

planetarias como fuerzas irresistibles que a un hombre lo impulsan infaliblemente a esas experiencias y a ese carácter.

Podemos observar nuestro horóscopo si nos gusta, tomar nota del destino escrito en nuestra palma si lo deseamos, pero debemos recordar que estas cosas no dejan de lado la necesidad de una vida sabia, de una disciplina moral y de un pensamiento recto. Debemos mantener un orden de prioridades y confiar más en que nuestra alma nos guíe que en las advertencias de los astrólogos y las promesas de los quirólogos. La Gracia de Dios buscada y hallada, el buen carácter y los altos ideales serán, en el laberinto de la vida, mejores salvaguardas que el asesoramiento predictivo de cualquier adivino.

"Oh, Bhikshus, os prohibo emplear encantamientos o súplicas, pues son inútiles, puesto que la ley del *karma* gobierna todas las cosas. Obra bien el monje mendicante para quien los augurios, los meteoros, los sueños y las señales están abolidos; aquél está libre de todos los males de éstos". Así le habló el Buddha a un discípulo cuando le explicaba sobre el "Amitabha".

"El estudio de las estrellas y la astrología, la predicción de acontecimientos afortunados o infortunados a través de señales, el pronóstico de lo bueno y lo malo, todas estas cosas están prohibidas", le dijo el Buddha a Ananda.

Una vez que dejamos de interesamos por nuestro horóscopo, cesamos de correr detrás de los adivinos y empezamos a dejar que el futuro se ocupe de sí mismo; entonces hemos encontrado la paz. Pero, cuando sentimos ansiedad por el futuro y nos llenamos de congojas por nuestros sufrimientos pasados, entonces vivimos en el tiempo: nos convertimos en una de las criaturas del tiempo y sufrimos los dolores de éste.

Los crédulos se quedan pasmados cuando se cumple una predicción. La consideran un milagro. No conocen la inmensa cantidad de predicciones que los acontecimientos se encargaron de dejar como falsas y que, en consecuencia, entraron en el olvido. Sería realmente un milagro si entre el conjunto de profecías alguna proporción no llegara a concretarse.

Quien espere que alguien prediga a la perfección todos los acontecimientos, espera que esa persona conozca, implícitamente, todo lo que existe en el mundo, o sea, que sea tan omnisciente como un dios. Ningún ser humano, ni siquiera un sabio, podría reclamar para sí, honradamente, semejante omnisciencia.

Los viejos textos hindúes dicen que la astrología deja de ser confiable cuando una persona abandona su vida mundana en procura de una vida espiritual. Ningún horóscopo astrológico, ninguna clarividencia psíquica se atreve a pronunciar palabra alguna acerca de su futuro con certidumbre. Desde el momento en que el Yo Superior toma plena posesión de un hombre de modo que, el antiguo sentido, sus pensamientos, sentimientos y actos realmente no le pertenecen, se hace responsable de la expiación de su *karma* pasado. Realmente, desde ese momento, es impredecible el curso de su vida externa y de su suerte terrena.

CAPITULO IV

¿EL ALMA ESTA EN EL CORAZÓN?

Esta pregunta es realmente antigua. Hace siglos, el pensador indio Silanka se quejaba sarcásticamente, en su *Sutra Kritanga Tika,* porque "algunos plantean que un alma tiene una forma, mientras otros sostienen que no la tiene". Algunos señalan que el corazón es el asiento del Yo inmortal, mientras que otros los contradicen afirmando que el lugar correcto es la frente. ¿Cómo puede haber entre estos filósofos opiniones concordantes? Para nosotros, la ignorancia es mucho mejor que estas necedades".

La clave maestra para comprender esta difícil cuestión la tenemos cuando captamos la noción de los dos puntos de vista y, en consecuencia, hacemos la distinción entre dos niveles de la existencia: uno, aparentemente real, y el otro, absolutamente real; uno, apariencia efímera, y el otro, un elemento subyacente eterno, correspondiente a esta apariencia.

De esta manera puede explicarse esta anomalía aparente, y sólo de este modo podrán concillarse opiniones tan encontradas. El Yo Superior, sobre el cual escribimos en libros anteriores, representaba la noción esotérica de aquello. Y aun así, entonces señalamos la paradoja de que esté dentro del corazón humano simultáneamente con su existencia ilimitada fuera del cuerpo humano. Tales expresiones son perfectamente correctas desde el punto de vista de la existencia yóguica corriente porque describen lo que el místico siente realmente. Si se preguntara por qué, a la sazón, no dimos francamente la verdad plena y última acerca de que el Yo Superior está enteramente fuera de toda consideración de ubicación espacial, la respuesta es que seguimos un antiguo principio didáctico empleado por los maestros asiáticos, el cual adaptaba la verdad a las

capacidades de las distintas mentes, desarrollando el conocimiento sólo de modo parcial y progresivo.

Eso se parece a la diferencia existente en mirar por primera vez en nuestra vida una nuez sin abrir, y mirarla cuando, abierta su corteza, queda al descubierto su meollo. Al principio, vemos la corteza, pero creemos estar viendo la nuez; después, vemos a la nuez real y sólo entonces sabemos que nuestro descubrimiento de la corteza fue una mera etapa (pero necesaria) hacia nuestro descubrimiento del meollo.

El *sentimiento* espiritual se centra en el pecho, en la región del esternón. Como hombres prácticos, debemos afirmar experimentalmente que el Yo Superior tiene su morada en el corazón, pero como hombres metafísicos debemos negar, lisa y llanamente, la existencia de cualquier sitio especial en el que pudiera estar comprimido. Sólo el sabio que dominó la filosofía, que se perfeccionó armónicamente en un *yoga* de la acción y en una metafísica en los que el ego esté ausente, podrá darse el lujo de desechar todos los puntos de vista parciales, otros deberán prestarles atención o, de otro modo, desequilibrar su avance. Cuando la meditación logra acertadamente su objetivo, el *yogi* tiene una clara experiencia de beatitud, un júbilo de liberación respecto de la materia y del ego. Semejante experiencia trasciende todo lo que antes tuvo, y es tan excelsa que él cree haber entrado en unión con el Yo Superior. En realidad, alcanzó su meta, pero sólo como si la viera desde un punto de vista anterior, como una montaña vista desde muy lejos. Su conocimiento del Yo Superior es inconmensurablemente más cercano que el del cultor corriente de una religión, con su remoto Dios antropomórfico, pues encontró a su Deidad dentro de sí mismo. No obstante, no se trata todavía del conocimiento último. Todavía tiene que atravesar la disciplina metafísica y las contemplaciones ultramísticas antes de que esta unión se consuma finalmente en el descubrimiento del Yo Superior como es en sí, no como se lo ve desde cualquier punto de vista. Con este descubrimiento se libera de la necesidad de una ulterior meditación porque al Yo Superior se lo encuentra, a la sazón, en cualquier parte: no meramente en el corazón. Y esta no es una experiencia efímera sino una intuición permanente.

El criterio místico sobre esta cuestión no es incoherente y no es preciso negarlo; puede mantenérselo en su sitio y, sin embargo, incluirlo en el criterio filosófico superior y armonizarlo con éste, pues no puede idearse un sistema práctico de *yoga* que, en sus primeras etapas, no exija un foco para concentrarlos pensamientos. Y, al colocar a ese foco dentro de la región del corazón, el místico se atiene al mejor medio para apartar su atención del medio externo circundante. De allí que el *Suetasvatara Upanishad* diga: "poniendo al cuerpo en una postura derecha, con el pecho, el cuello y la cabeza erguidos, haciendo que los sentidos y la mente entren en el corazón, el conocedor debe cruzar todas las corrientes temibles". El *Mundaka Upanishad* aconseja también: "Precisamente en el corazón, en el que se encuentran todos los vasos sanguíneos, de modo muy parecido a los rayos de una rueda que se encuentran en el eje o centro, reside el Espíritu Divino que gobierna interiormente y manifiesta Su gloria de múltiples modos. Contémplale, contempla a este espíritu que gobierna interiormente, pues sólo de esta manera podrás llegar, a salvo, al puerto de la bienaventuranza, mucho más allá de las aflicciones de este perturbado océano de la vida, engendradas por la ignorancia". El *Gita, XVIII, 6,* dice que la región existente en torno del corazón es el centro divino. "El fijó la eternidad en sus corazones", dice el *Eclesiastés de* la Biblia. Tirumular, un místico tamil del siglo XVII, escribió: "El Corazón es la máxima y primerísima cavidad, Residencia del Yo; el cuerpo de huesos y carne es Su templo. Quienes estudian este Sendero Secreto comprenden que el individuo es ese Yo y nada más. Los cinco sentidos que despojan a un aspirante de su Yo robusto, son los cirios que exhiben la Luz Interior".

Es un hecho indiscutible que aunque las visiones de las figuras divinas o la Luz del Yo Superior *se ven* clarividentemente en la cabeza, la presencia de lo que es divinísimo *en* el hombre se *siente* místicamente en el corazón; pues allí la Naturaleza misma creó un vacío misterioso y santo. El Yo Superior, como tal, carece de forma, pero su *manifestación,* dentro del corazón posee forma. En el espacio inimaginablemente diminuto y sin aire, dentro del corazón, en el que esta manifestación mora a lo largo de toda una encamación, aparece una imagen formada por luz, una imagen que esboza el exacto prototipo del cuerpo físico del hombre correspondiente. Según nuestra medida, es sólo del tamaño de una fracción de una fracción de un punto. Pero está allí. Este es el "hombrecillo dentro del corazón" del cual habla el ocultismo tibetano, el espacio de "la figura en el corazón" de los místicos *Upanishads de* la India. En *La Búsqueda del Yo Superior,* se explicaba que la residencia divina dentro del corazón no era una cosa sino un espacio, llamado simbólicamente "cueva" por los antiguos y, en realidad, una especie de vacío.

Los autorizados comentaristas palis de los textos budistas expusieron que la mente, o la consciencia, depende de la base del corazón, aunque el Buddha mismo jamás declaró en qué órgano existía. Para obrar así debieron haber tenido sus razones. Una escuela de la *Vedan la* enseña que la morada de Brahmá en el hombre está en su centro vital, en el ventrículo más pequeño del corazón. Por otro lado, algunos maestros de *yoga* lo ubican, de diversos modos, en la coronilla, en el centro o en la base de la cabeza. Shankara, sabio y comentarista, concilla estas enseñanzas aparentemente contradictorias sobre el asiento del yo espiritual, y muestra que, en sueño profundo, se ingresa en los distintos sitios en sucesión gradual. Esto no significa que cada uno tenga el mismo propósito o la misma importancia. Shankara señala que cumplen diferentes finalidades. De manera que el espíritu ocupa el corazón en un momento temporal, y la cabeza en otro.

La ubicación real, en el cuerpo físico, en la cual parece nacer la consciencia del Alma, difiere

según el particular ejercicio de meditación que se practique deliberadamente, o según el género particular de experiencia mística que se reciba involuntaria o espontáneamente.

Sin embargo, es un hecho que, en la mayoría de los casos, la sensación de la presencia del Alma se percibe, primeramente, en la región cardíaca o pectoral. Pero, si el místico debe entrar en una meditación profunda afín a un semi-trance, a medida que esa sensación se ahonda y fortalece, también se esparce en el Infinito. Entonces, ya no se limita al corazón o a la cabeza, cualquiera que sea el sitio en el que primero se haga sentir.

Un axioma de la enseñanza oculta es que la Mente tiene dos fases: la consciente y la inconsciente, o la activa y la inactiva. La segunda es la raíz y la determinante de la primera fase. Y existe otro axioma de esta enseñanza: que la mente consciente se correlaciona con el cerebro. La ciencia puede hallar cambios correspondientes del cerebro para todo cambio de la sensación, o sea, de la consciencia; pero la ciencia no puede hallar tal cambio físico del cerebro para el principio de la consciencia misma, o sea, para el inconsciente. A este respecto si fuera a dirigir sus investigaciones hacia el corazón, sería dable esperar que sus esfuerzos tuvieran mejores resultados, pues es sólo allí que podrían tener lugar los correspondientes cambios corporales. Pero, como el principio de la consciencia es inmutable, en realidad ningún cambio físico le corresponde. Está siempre presente durante la vida. Es como un círculo cuya circunferencia es todo el cuerpo, y cuyo centro es el corazón. Un disparo que atraviese el corazón es no sólo fatal en un sentido físico sino también mental.

Sin embargo, lo que se logra durante los raros momentos de iluminación no basta, pues estos momentos son, al comienzo sólo intermitentes. De este modo, descender en el corazón debe volverse un hábito; la consciencia central del hombre debe transferirse del cerebro al corazón. Esto no equivale a decir que es incapaz de pensar; sólo que el pensamiento asumirá una importancia secundaria y subordinada en su vida, y que el sitio supremo lo recibirá una concentrada atención sobre la paz y un goce de ésta dentro del Átomo Divino que reside en el Corazón. Entonces puede usar el cerebro a voluntad y pensar con no menos claridad, con no menos eficiencia, que antes; sólo que dejará de ser la desventurada víctima de la tiranía del pensamiento.

Cuando aquietamos al intelecto activo, percibimos que se afloja la tensión en la cabeza, y un sentimiento de paz empieza a inundar el corazón. Este es también un sentimiento físico, de modo que existe realmente un descenso, desde la ocupada región intelectual de la cabeza, en la tranquila región espiritual del corazón. El Místico hace descansar habitualmente su consciencia en el corazón, salvo cuando tiene que entrar, por un tiempo en actividad intelectual.

Descendemos de la meditación en el cerebro a la meditación en el pecho. Tal afirmación puede ser incomprensible para aquellos cuyos pensamientos y meditaciones giraron siempre, solamente, dentro de la esfera del frío raciocinio, pero la captarán los pocos que empezaron a sentir las primeras radiaciones, casi impalpables, de la divinidad que el corazón alberga, pues el hogar real del hombre está en el corazón, no en la cabeza. El hombre se ha descarriado mucho.

CAPITULO V LA PALABRA INTERIOR

Si pudieras oír a quien no
tiene Nombre,
Bucear en el Templo-cueva
de tu propio yo, Y tú allí cavilaras junto al
altar del centro,
Quizá aprenderías que el Sin
Nombre tiene voz.
Tennyson, El Sabio Antiguo*
Pero cuando venga el Espíritu
de verdad, él os guiará a toda
la verdad; porque no hablará
por su propia cuenta, sino
que hablará todo lo que oyere. (Jesús)
San Juan, *XVI, v. 17*
Lo cual también hablamos,

no con palabras enseñadas
por sabiduría humana,
sino con las que enseña el Espíritu.
San Pablo, I Corintios, //, *v.l3*
Si no puedes hacer lo que El
te ordene, con seguridad El
hará lo que tú le pidas.
Awhadi *(Místico persa de la Edad Media)*

*If thou would'st hear the Nameless and wilt dive/Into the Templecave of thine own self,/There brooding by the central altar, thou/May'st haply leam the Nameless hath a voice. ("The Ancient Sage").

Un notable fenómeno místico es la "palabra viva", como algunos la llamaron. Esta es la comunicación interior mediante mensajes claramente estructurados, provenientes del Yo Superior. Es una forma de expresión verbal en la que cada frase está dotada de magia, en la que cada palabra es una fuerza vital, y en la que , de cada comunicación, fluyen claros efectos. Funciona en y sobre el corazón, y derrama sobre la mente la luz de la sabiduría.

Todas las Biblias inspiradas son las constancias de esta expresión verbal interior. Son los ecos de esta misma palabra, pero vaciados de su fuerza vitalizadora, de su tono celestial y supermundanal, y de su autoridad vivida. Todos los evangelios *verdaderos se* expresan en este lenguaje místico interior, sólo se oyen en el corazón, no con los oídos; son fuerzas creadoras y transfiguradoras, no meras declaraciones intelectuales. Lo que se oye dentro del corazón es realmente el Logos, el Verbo Divino, que sólo puede oírse de este modo. Lo que se escribe o imprime sobre papel no puede ser más que la palabra del Hombre, no la palabra de Dios.

Esta fuerza misteriosa del silencio profundo dentro de sí mismo, que prorrumpe en palabra, primero asombrará al aspirante, y luego lo deleitará. Si persevera en su práctica, el silencio de allí dentro, poco a poco, cobrará voz y guiará sus ulteriores esfuerzos. Sus palabras pueden revelar verdades divinas, proporcionar guía espiritual o explicar el significado interior de situaciones y acontecimientos. En lo negativo, reprobará sus pecados, le advertirá sobre sus errores, y humillará su egoísmo. En lo positivo, le guiará hacia puntos de vista superiores, le mostrará el sendero recto que ha de seguir, e iluminará el significado verdadero de todas las escrituras. Corregirá sus actitudes, dirigirá su conducta, e instruirá a su mente. Y quien llegó a oír esta voz interior estará siempre contento y deseoso de obedecer tales órdenes. Deberá aprender a escuchar a la voz interior y a prestar atención más bien a la luz interior que a las enseñanzas y la guía de otros hombres. Para él, llegará a poseer una autoridad indiscutible y una verdad suprema. Pero sólo podrá hacerlo después que haya aprendido a distinguirla claramente de sus rivales y enemigos: sólo con tiempo, experiencia y auto-examen constante.

Luego de haber logrado estabilizar esta experiencia de la voz interior, encontrará, dentro de su corazón, perpetuamente, a un maestro interior. De allí en adelante, el Yo Superior le impartirá firmemente el conocimiento, en medio de la actividad mediante *intuiciones, o,* en los abismos de las autoabsorciones, mediante *inspiraciones.*

Mediante este método, se le enseñará continuamente, y se le instruirá progresivamente. Una voz, que habla en su corazón, le guiará de una etapa a la otra, de una verdad a otra, de una percepción a otra percepción.

Es una voz misteriosa, que rompe el silencio de la ignorancia que reina en los demás hombres, y cada palabra de ella es creativa, dinámica y amorosa. La voz que ahora le habla perpetuamente no es metafórica. Es tan real que aunque se la oiga una sola vez, es más inolvidable que cualquier voz humana, por bella que ésta pudiera ser. Es tan sagrada que él recibe sus expresiones con la reverencia que se acuerda a la Escritura, pues aquéllas no lo son menos.

Cuando se desarrolla una conversación interior con el Yo Superior, el ego percibe vividamente la presencia de su Amado y expresa sus anhelos y plegarias, sus júbilos y su reverencia. El alma responde a través de la Palabra Interior. Estas conversaciones interiores pueden llegar a ser un rasgo de su vida durante cierto tiempo, el ego dirigiéndose a su Yo Superior en algunas ocasiones, el Yo Superior dirigiéndose al ego, en otras. A menudo, él puede tener la extraña experiencia de participar en diálogos entre el ego familiar y lo que parece ser un ego superior. Bien puede ser un hecho genuino que él esté recibiendo comunicaciones procedentes de lo divino. Pero, inevitablemente, su propia personalidad les está imponiendo la forma, y las está matizando.

> Y me lo propongo sólo para perseverar en Su Santa presencia, en la que me mantengo mediante simple atención y cariñosa consideración general hacia Dios, a la que puedo llamar una presencia *real* de Dios; o, para expresarme mejor, un silencio habitual y una conversación secreta del alma con Dios, que, a menudo, me causa, interiormente, gozos y arrobamientos.
>
> *Hermano Lawrence* (místico del siglo XVII), *Práctica de la Presencia de Dios* (traducido del francés)

Sólo necesitamos reconocer que Dios está presente íntimamente en nosotros para dirigirnos a El a cada momento, podemos suplicar su ayuda para conocer Su voluntad en cosas que sean dudosas y para realizarlas correctamente), las cuales vemos con claridad que nos las pide, ofrendándoselas antes de hacerlas, y dándole las gracias cuando las hemos hecho.

Los diálogos pueden desarrollarse espontáneamente, y será un útil ejercicio cultivar silenciosas conversaciones con la presencia sagrada siempre que se perciba la más leve vibración de su proximidad. La forma de diálogo concierne, a menudo, a revelaciones, guía, consejo, estímulo y contestación a preguntas. Hay delicadas muestras de esta forma en la tercera parte de *La Imitación de Cristo.*

Un fenómeno afín al de la Palabra Interior es el diálogo entre un ser superior, considerado a menudo como Dios o como un ángel, y el místico mismo. Este recibirá las palabras, pero no verá a quien las pronuncia, pues la Palabra Interior es un fenómeno diferente de aquél en el cual un personaje espiritual, del pasado o del presente, se aparece en una visión. El primer fenómeno es más confiable y siempre más preferible que el segundo. Esto se debe a que se trata de una comunicación a la mente sola, mientras que el otro es también una comunicación a los sentidos, los cuales, por estar en un nivel inferior respecto de su origen, son mucho menos aptos para juzgarla. El místico es consciente de otra presencia, de un ente sagrado, que está dentro de él, en algún sitio, y se desarrolla, poco a poco, una hermosa confraternidad con esa presencia, la cual le habla al místico dentro de la mente, no se dirige a sus oídos físicos, y lo hace con tanta claridad y espontaneidad que él no puede dudar de su existencia real. Este ente misterioso, que está dentro de su corazón, tiene vida, pero no tiene forma; tiene voz, pero no rostro.

Una vez que despierta verdaderamente ante el dios que está escondido en lo recóndito de su corazón, una vez que aprendió cómo entrar en el silencio y atravesarlo, entonces, desde ese silencio interior resonará la Palabra Interior. Este momento asombroso en el que se rompe dramáticamente el silencio del Yo Superior, en el que su voz habla en el corazón del místico, se repetirá a intervalos, primero en sus períodos de recogimiento para rezar y meditar, y luego, en cualquier momento. Esta es la voz mística que Samuel oyó, y también la oyeron todos los profetas inspirados. "Habla, Señor, que tu siervo escucha", fue la respuesta de Mahoma a esa voz. Ella retemplará los nervios del místico y conferirá su propia autoridad a la mente de aquél. De esta manera pueden recibirse mensajes autorizados de su Yo Superior, formulados con palabras claras pero sin sonidos. Durante sesiones de quietud mental, el Yo Superior puede llegar al ego de un modo carente de palabras o colmado de éstas. Se siente una presencia, se oye una voz interior, se presenta un ideal elevador. A este asombroso fenómeno místico, algunos lo llamaron "la palabra viva". La palabra se forma en el corazón del místico (él no sabe cómo) y comunica revelaciones o da consejo). Lo que en otra parte llamamos intuición, que más que todo lo demás es un sentimiento existente dentro de él, no es lo mismo que esto, que más se parece a alguien que le está hablando. Es un aspecto de la fuerza del Yo Superior.

La misteriosa voz interior, que no profiere sonidos que los oídos puedan oír, formula empero mensajes y comunica guía de importancia espiritual, surge dentro de él durante el trance. Sin embargo, aquéllos se referirán únicamente a la vida interior. No le darán guía para la vida extema.

El aspirante debe escuchar atentamente el silencio que hallará en lo profundo de su corazón, más profundo que todas las pasiones y emociones, que todos los instintos, deseos, atracciones y rechazos que, por lo común, palpitan tumultuosamente allí. Nadie más podrá hacer esto por él. La voz que ahora se hará sentir débilmente, se parecerá a un mensajero de otro mundo. Algo o alguien empezará a agitarse en su ser interior y a dirigirse a él. Sabia e instructiva, preventiva o inspiradora, esta voz mental parecerá la de otro. Pero, más tarde, él se dará cuenta de que no es así, que, en realidad, ella es la voz de lo mejor de su mente.

Aunque no todos posean esa experiencia, es posible que algún aspirante bastante adelantado se descubra entrando poco a poco en una herencia de grandes fuerzas que le aguardaban desde su oscuro pasado evolutivo y que lentamente germinaron de modo muy hondo, dentro de su ser, durante todos estos esfuerzos místicos. La primera de estas facultades místicas es la de oír la Voz del Silencio.

Es necesario aprender el arte de distinguir entre la Palabra Interior verdadera y la falsa. Si se manifiesta durante la segunda etapa, es muy probable que se trate de una palabra falsa. Entonces puede ser resultado de la actividad mental sobre parte del ego, mezclada con un pequeño reflejo luminoso del Yo Superior. La palabra verdadera llega después de la tercera etapa. Habla desde el silencio mental de la contemplación, y es realmente uno de sus efectos notables. Es "La Voz del Silencio".

"Escucharé lo que hablará Jehová Dios". El Salmo *LXXXV, 8* atestigua la verdad de esta misma experiencia. Un testimonio parecido se halla en la Escritura oriental.

El doctor Singh tradujo el *Gorakha-Bodh,* que es un diálogo entre Gorakhnath y su maestro, Machendra, y puede comparárselo en estilo e importancia con los *Upanishads* yóguicos. Un extracto dice:

PREGUNTA. ¿Quién puede pisar un sendero sin los pies? ¿Quién puede ver sin ojos? ¿Quién puede oír sin oídos? ¿Quién puede hablar sin palabras?

RESPUESTA. La contemplación puede pisar sin pies; la discriminación puede ver sin ojos; la atención puede oír sin oídos; el que nació por sí mismo puede hablar sin palabras.

La verdad eterna y sin palabras nace en el tiempo y se expresa en el espacio.

CAPITULO VI
¿EL MUNDO ES UNA ILUSIÓN?

No es de asombrarse que, cuando los místicos de Oriente y Occidente llegan a considerar, como

su sabiduría más sublime, a una metafísica que está estáticamente encararnada en la cima de las ideas más abstractamente concebidas, que está vacía de relaciones humanas y de interés humano, y que desdeña al mundo entero como si éste no existiera, también lleguen a ser considerados, por quienes critican a la mística, como soñadores que carecen de practicidad. Las consecuencias de semejante degeneración son graves. Los hombres inteligentes no les atribuyen más utilidad que la de perder la vida entera en discusiones interminables de carácter puramente lógico, discusiones éstas que, por un lado, carecen de matices humanos, y, por el otro, están divorciadas de las necesidades humanas.

Pero, en primer lugar, tenemos la obligación de indagar si se trata realmente de la muy sublime y antigua sabiduría de aquellos místicos, o meramente es una degeneración de aquélla.

La doctrina de que el mundo es una ilusión es un tropiezo para la mayoría de los estudiosos occidentales, y esto es entendible. Son muchos los indios que exponen esta notable doctrina de manera tan etérea y con tanta volubilidad que intuitivamente se llega a percibir que lo de ellos es sólo verbosidad. Son pocos los valientes y sagaces que captaron el pensamiento verdadero de sus maestros; el resto repite palabras y frases como otros tantos loros. Cuando preguntamos sobre cuál es la sabiduría suprema que los sabios orientales alcanzaron, muchos metafísicos y varios místicos nos informan que consiste en considerar a un ente misterioso, al Espíritu, como la realidad única, y al universo mismo como una mera ilusión. Cuando les preguntamos cómo se originó esta ilusión, replican: puesto que el único que existe es este ente, no hay individuos en existencia, y, en consecuencia, ¡nadie hay que sea atrapado en la ilusión! Además, cuando les preguntamos cuál es la finalidad de la existencia humana, contestan que es descubrir la realidad, empero, a continuación. dicen que la realidad está totalmente divorciada del universo, y en consecuencia, ¡de tal existencia! Tampoco es mejor la corriente creencia religiosa occidental de que este mundo es, principalmente, material, con una especie de "espectro" espiritual incidental que está en alguna parte, dentro de ese mundo. Es sólo un escalón menos materialista que la creencia atea de que no existe otro mundo.

Una doctrina que dice que sólo existe lo Perfecto, que sólo lo Absoluto es real, que el universo es ilusorio y que nuestro conocimiento acerca de él es falso, es una doctrina que inconsciente e insatisfactoriamente se empeña en la conclusión de que la Deidad ¡está eternamente comprometida en el acto de engañarse a sí misma! Esta doctrina del mundo inexistente, aunque extraída del hecho innegable de que el testimonio de los sentidos es, a veces, refutado por el testimonio de la razón, es una confusión falsa alcanzada por un confuso pensamiento racional o una oscura percepción mística. No obstante, el metafísico embriagado con ideas o el místico que se autoengaña, al desechar al universo como una ilusión que carece de fundamento, con ello no se desecha a sí mismo. El es también parte de esta ilusión. Empero, sigue tratándose como una realidad. Esa sola incoherencia demostraría la futilidad de sus esfuerzos y lo ilógico de su pensamiento.

La doctrina ortodoxa de una Realidad inmóvil e inactiva jamás podrá explicar por qué el universo está presente en la experiencia ni por qué percibimos que estamos aquí. Pero no es menester que aceptemos que esta doctrina es lo mejor que la mística tiene para ofrecer. Muy correctamente, esta metafísica proclamó que el hombre alcanzó su meta superior cuando llegó a reconocer que su verdadero ser estaba arraigado en el ser Absoluto o era idéntico a éste. Sin embargo, muy incorrectamente, perdiéndose en raras y cuestionables abstracciones lógicas, convirtió al Yo individual en una pálida ficción, y al mundo físico en una alucinación grotesca. La verdad es que ni uno es una ficción, ni el otro es una alucinación, sino que ambos son una manifestación. Aunque más no sea insuficientemente, lo Real se revela en ellos. No puede ser separado de ellos.

Quienes entre los metafísicos místicos griegos, alejandrinos e indios, contraponían la realidad del Espíritu a la ilusión de la Materia, eran incapaces de explicar cómo ambos podrían unirse. En consecuencia, al Espíritu lo colocaron sobre un pináculo, separado del Alma creativa Universal, del mundo material y del alma individual por un abismo imposible de unir. Todas las explicaciones ingeniosas de aquellos metafísicos místicos acerca de la existencia se detenían al borde de este abismo y allí quedaba lo Absoluto como un misterio inexplicable con el cual lo Relativo nada tenía que ver, o quedaba el mundo manifiesto como una creación vaga que andaba a la deriva como niebla en el aire. Sólo un puente puede construirse a través de este abismo, y el mentalismo es el único que puede construirlo.

Hemos visto que la "materia" es inexistente y sabemos que los pensamientos son efímeros. ¿Qué es lo que tratamos con la sustancia de la experiencia que personalmente tenemos acerca del mundo? El mentalismo responde que se trata de la esencia permanente de todos los pensamientos, que es la Mente. Esto es lo que podemos llegar a descubrir cuando efectuamos la búsqueda en nuestro interior. La esencia de la Mente es la realidad última e irreducible. Es el vacío mismo de todas las formas, vacío de toda individualización. Pero también tenemos que realizar nuestra búsqueda hacia afuera. Y entonces, cuando seamos capaces de ver que a esa realidad no le importa *instrínsecamente* que se la conozca como pensamientos efímeros o como Pensamiento duradero mientras se la perciba siempre como presente, entonces veremos acertadamente. El mundo es una apariencia si lo vemos como un proceso, pero es lo singularmente Real si lo contemplamos como una sustancia única.

Nos dicen que poseemos intuición en primer lugar, cuando en nosotros surge la verdad de que lo Real es este Vacío misterioso, que lo incluye todo, pero que, paradójicamente; lo excluye todo; en segundo lugar, cuando su bendita presencia la sentimos como algo que vive dentro de nosotros en

todos los estados, tiempos y lugares, no sólo durante la meditación; y, en tercer lugar, cuando vemos al universo en su Causa y a su Causa en el universo (la Materia en el Espíritu, y el Espíritu en la Materia, los dos a la vez). Entonces, percibimos que esta tierra vasta y parda, cubierta por una sustancia verde y que se ondula en colinas y valles, es de una sustancia no menos real que el vacío, de una esencia no menos divina aunque su forma sea sólo una imagen mental que debe desaparecer. Percibimos que es parte de la Totalidad misteriosa, parte que, de ningún modo, podrá separarse de lo que la sostiene y alberga. De esta manera, no sólo aprendemos que no hay una realidad independiente de la Mente, ni un ser último aparte de nuestro yo más recóndito, carente de ego, sino que tampoco existe, en nuestra experiencia externa, una cosa formada que no obtenga su ser esencial del mismo origen de donde derivamos el nuestro.

El problema impenetrable y enigmático de cómo lo Absoluto se convirtió en lo Relativo es un problema fabricado. Sólo existe en el reino verbal de una lógica divorciada de los hechos, de una metafísica que planteó una oposición artificial entre Espíritu y Materia porque no supo que éstos eran meramente la Mente y la idea de ésta, pues si intelectualmente lanzamos todo dentro de la Mente, descubrimos de inmediato el principio unificador que puede contenerlos prolijamente sin ejercer violencia sobre su propia integridad. De esta manera, la mente se convierte en el primer principio de toda existencia y, paradójicamente, también en el último. El ego y el mundo del ego son ideas del Yo Superior, y el Yo Superior, a su vez, es un rayo de la Mente. Tal como el Sol parece haberse dividido en millones de rayos pero, no obstante, sigue siendo el mismo Sol único que antes, de igual modo, la Mente infalible no puede separarse en partes, salvo en apariencia, y no puede dividirse en entes individuales, salvo en el ser humano que piensa en ella. No comprende a la Mente quien cree que ésta lo perdió todo con esta entrega de sí, o llegó a ser menos de lo que era. La Mente conserva su carácter prístino, indiviso e integral. En esencia, los humanos somos almas divinas irradiadas desde ese sol central: símil éste que es útil para ayudar a que nuestras mentes humanas capten, del único modo que pueden, tanto la intimidad como la inmediatez de nuestra realidad interior. Nosotros somos los que compartimos el reflejo de su luz gloriosa.

La Unidad no se *convierte* en la Multiplicidad, pues los órdenes del ser y de la consciencia son diferentes. La Unidad sigue siendo lo que es, y de ella *emana* la Multiplicidad. El universo es mucho más una emanación que una manifestación. Debido a que es más bien una emanación que una ilusión, la Idea del Mundo no ha de ser tratada como si careciera de entidad. No se la ha de dividir abruptamente de la realidad, pues ella *es* lo Real que, de un modo particular, manifiesta algo de sí. Todos los acontecimientos son sólo su actividad, como todas las cosas son sólo sus atributos. La relatividad existe entre las ideas mismas pero el elemento subyacente del cual surgen éstas es la Mente eterna e infinita, Absoluta y autoexistente. De esta manera, la materia se convierte en un ente mental. Lo Absoluto no se divide inseparablemente de lo Relativo, pues éste es su propia idea. La Mente misma es lo que siempre existió, que es la esencia única de todas las cosas y todos los seres, el Principio primero y último del proceso del mundo. De ella podemos decir lo que no podemos decir de nada más, salvo del Espacio Infinito: *Es.* Y esto será cierto aunque desaparezca el universo, con todos los seres conscientes incluidos. La Mente no pudo nacer en un tiempo específico, como no pudo nacer de la nada; por tanto, debió haber existido siempre, y jamás hubo un instante en el que no hubiera existido.

En contraposición, tanto nuestros pensamientos como el mundo que está inseparablemente asociado con ellos son efímeros y mutables. Pero la mente que posibilita la aparición de aquéllos no lo es. Sólo ella puede soportar la prueba suprema de la realidad última, la prueba de si es inmutable y eterna. Lo que es real no podrá perecer jamás. Cuanto sea sólo una emanación de lo Real perderá su forma pero, no obstante, no perderá su esencia. Si es cierto que la Deidad trasciende todas las cosas finitas, no obstante es inseparablemente inmanente en ellas, y realmente, es la base misma de su existencia. Como si este cosmos pudiera estar fuera de la fuerza de la cual emanó, ¡o la fuerza pudiera estar fuera del cosmos! En realidad, no son dos cosas, sino dos aspectos de una sola cosa. No es que el mundo sea inexistente; es un pensamiento y tiene existencia real. Nuestro deseo natural de estar seguros de nuestra propia existencia y de la existencia del mundo, en no menor medida que de la utilidad de la vida, se contenta con la verdad. De esta manera, al problema del mundo, que eludió a estos metafísicos y místicos, el mentalismo lo aclara fácilmente. Pero para lograr esto, primero deberemos entender con claridad, que el mentalismo no es lo mismo que el idealismo, sino que es una doctrina más completa. Mientras el idealismo suele convertirlo todo en ideas separadas y dejar al mundo como tal, el mentalismo suele convertirlo en ideas sólo para unirlas nuevamente en esta sustancia única: la Mente.

Lo Real y su apariencia son la misma cosa vista desde diferentes lados. Después de todo, los innumerables temas de la apariencia son formados por un proceso del pensamiento, que es una fuerza perteneciente a lo Real. No podemos ejercer violencia sobre la existencia del mundo desechándolo como irreal. La que intente hacer esto es sólo una mística incompleta, o una metafísica no esclarecida y meramente intelectual, no una filosofía basada en el conocimiento. La filosofía, al disolver la pluralidad del mundo en la unidad, revela que, en última instancia, está compuesta por la misma sustancia que su base eterna. La Mente interpenetra todos los diferentes niveles espacio-temporales del universo. Por lo tanto, todos los mundos son uno solo. Quienes vivan en un particular nivel espacio-temporal, tendrán naturalmente una forma de consciencia distinta de quienes vivan en otro nivel. En consecuencia, puede haber (y hay) numerosas formas de consciencia, representando cada una, para sus habitantes, un mundo. Pero la "sustancia" última

de estos mundos es una misma: la Mente; sólo los modos de captarla cambian de un nivel espacio-temporal a otro. Cada mundo es real en la experiencia de quienes están en él, aunque vastamente diferente de los otros.

Ningún mundo es una ilusión, pues cada mundo es una prolongación del propio ser de Dios; pero es ilusorio nuestro particular modo espacio-temporal de experimentar y conocer a ese mundo. La apariencia del mundo es bastante real para quienes tienen que vivir en él. Por tanto, la posición verdadera no es entre el mundo como una ilusión y algo trascendental como la realidad, sino entre la apariencia y su base oculta. De esta manera, cuando expandimos nuestra comprensión del mundo físico, descubrimos que también es divino. Mientras el mito de la multiplicidad domine nuestra mente, estaremos confundidos y perplejos. Debemos volvemos hacia la verdad: la unidad. Nada existe, salvo la Mente.

Cuando podamos captar este concepto, que la Mente es la única realidad, y que todo lo demás es sólo su apariencia o su manifestación, y cuando captemos el corolario de este concepto, que el hombre mismo está fundamentalmente arraigado en **la** Mente, entonces podemos dar un paso más adelante, en el sentido de que si la existencia humana tiene algún objetivo último, éste sólo podrá ser demostrar la unidad del ser e ingresar conscientemente en su propia verdad oculta. De esta manera, nuestra conclusión final no deberá ser que el mundo es una ilusión, ni que el mundo es irreal, sino que su aspecto exterior respecto de la mente es ilusorio, y su independencia respecto de nuestro yo es irreal. No existe por sí solo. La realidad estable que juzgamos que se halla en las cosas, pero erróneamente creemos que está en la existencia de éstas, creada por los sentidos, reside, por tanto, realmente en la mente universal que se manifiesta en aquéllas. En consecuencia, nuestra impresión total sobre la realidad del mundo no es ilusoria, sino que está desubicada. Si dominámos esta realidad del modo correcto, deberemos elevamos sobre el nivel de las percepciones sensorias y alcanzar el nivel de la Mente unificadora de todo y universal, que está detrás de aquéllas.

No son sólo de Occidente esta captación mentalista de la naturaleza del mundo vigil de la denominada ilusión, y esta captación realista de su valor. La misma línea la siguieron, hace miles de años, algunos sabios iniciados comentaristas del *Madukya Upanishad,* incluido el más antiguo de todos, Guadapada. Lo que los viejos maestros orientales enseñaban era que el mundo no existe, salvo a través del Yo. Por tanto, a todo el mundo creado lo llamaban *"Maya",* palabra ésta que traducimos mal como "ilusión", pero cuyo verdadero significado sólo puede captarse reflexionando sobre el mentalismo. Aquéllos señalaban que nuestro instinto primero y natural es aceptar al mundo extemo como la realidad final, pero puesto que el mundo necesita un yo consciente que dé testimonio de él y reciba los informes de los órganos sensorios respecto de su existencia, la realidad última era entonces este yo consciente que da su testimonio. Esta declaración no destruyó la primera aceptación de la realidad externa; sencillamente la complementó y profundizó. La doctrina mentalista de *Maya* explica que si no somos conscientes del mundo, entonces el mundo, *para nosotros,* no tiene existencia real. Aquellas dos últimas palabras —*para nosotros*—necesitan subrayarse tres veces, pues la mayoría las olvida por conveniencia o las ignora tontamente. De esta manera, se demuestra que la consciencia es la realidad básica. De allí, el versículo del *Upanishad:*

En mí surgió el mundo entero;
En mí existe la Totalidad, En mí pasa.

La falsa oposición de Espíritu y Materia, el axioma deseorazonador de que el universo material carece de significación, y la lastimosa creencia de que toda la existencia es una mera ilusión representan el lamentable resultado del impacto de la verdad plena sobre las mentes a medio preparar.

Si estas opiniones se introdujeran en la vida práctica, a quienes las sostuvieran los afligirían con una completa parálisis. El intelecto cesaría de moverse, el corazón cesaría de sentir, y el cuerpo cesaría de actuar. Pero sea lo que fuere lo que hubiera ocurrido en la antigüedad o en la Edad Media, si observamos la vida práctica de quienes abogan por ella en la actualidad, descubrimos que esta plática sobre un Absoluto fútil, divorciada eternamente de un universo sin sentido, es mera acrobacia silogística y gimnasia lógica; pues lo habitual es que se interesen tanto por asegurar para sí beneficios terrenos "ilusorios" como lo hacen los muy despreciados realistas. Si bien insisten, para beneficio de otras personas, sobre la nada del mundo común, en realidad no demuestran menos insistencia que los demás en tratarlo en términos de realidad suma. Esta es una evidencia de la inutilidad de una metafísica divorciada de la ciencia mística, y del peligro de exagerar un solo aspecto de la existencia a expensas de todos los demás. En todo caso, está bastante claro que la única meta razonable de quien sigue con sinceridad las consecuencias de toda esa enseñanza es renunciar al mundo activo y convertirse en un monje preocupado que está sentado en la posición del loto y odia su cuerpo, o en un soñador concentrado en sí mismo.

Esa separación completa de la vida respecto de la sabiduría, de la verdad respecto de la experiencia, como la representa la doctrina básica de la denominada sabiduría suprema no es probable que Occidente la acepte como una contribución de Oriente. Por suerte, esta enseñanza no es digna de tener tal título. En la propia enseñanza oculta de Oriente existe una doctrina superior que satisface, por igual, las exigencias de la razón, los dictados del corazón, los impulsos de la intuición y las necesidades de la actividad práctica. Si bien se niega vigorosámente a aceptar la finalidad y los errores de la experiencia sensoria, no aliena pesimistamente al hombre respecto de los valores últimos de tal experiencia. No hay descanso, paz, verdad ni siquiera vida, y

ciertamente no hay felicidad, mientras nos apeguemos a la efímera apariencia pasajera *por la apariencia misma;*

pero existe una paz final y una realización completa cuando lo aceptamos como una manifestación efímera de lo Real inmortal. Entonces, a todas las cosas y a todas las criaturas las podemos convertir, en pensamientos; a los millones de pensamientos, en su elemento único: la mente; y a la mente, en su esencia o realidad inmanifíesta, infinita, no individualizada: la Mente. Nos elevamos hacia una región en la que todo existe dentro de nosotros, y, por tanto, nada puede perderse; en la que la muerte es una ficción, y el sufrimiento, una fase que pasará. Esto es Dios, el Nirvana, el Yo Superior, cualquiera que sea el nombre que le demos, aunque ningún nombre podrá alcanzarlo jamás. No se lo puede juzgar como algo secundario, independiente de nosotros, sino como nuestro ser mismo. Aquí, en la Tierra, estamos para encontrarlo.

Esta búsqueda no podrá concluirse con sólo abstraerse intelectualmente de las que se juzgan ilusiones de la esfera terrestre, y tampoco con huir ascéticamente de aquéllas. Sólo podrá alcanzar su terminación cuando la captación de lo Real se obtenga de —y en medio de— la más completa actividad, en la esfera terrestre misma.

Si queremos pensar de verdad en la realidad suprema, debemos pensar en ella bajo dos aspectos: lo que descansa eternamente y lo que está eternamente activo: la quietud y el movimiento. Tampoco podemos suspender en este sitio nuestra comprensión de esta gran verdad, pues, si queremos vivir más verdaderamente de acuerdo con el modo en el cual se vive la vida de Dios mismo, si aspiramos a imitar la existencia divina en la medida y con la humildad que osemos, entonces también deberemos poner nuestras vidas pequeñas en este ritmo doble de tranquila quietud y ocupada actividad, de contemplación interna y lucha extema, de satisfacción respecto del yo y servicio altruista.

Este recuerdo y esta concentración en el vacío silencioso mientras estamos comprometidos en medio de la bulliciosa actividad, por supuesto no son fáciles y exigen nada menos que genialidad para su acertada consumación. A esto, en la enseñanza oculta china se lo llama "Wu Wei". Un fragmento adulterado de esta enseñanza existe en el breve texto de Lao Tse, titulado el *Tao Te King,* y a la frase se la traduce, convenientemente, como "no hacer" o "inacción". Tanto los místicos occidentales como los orientales juzgaron erróneamente que esto significa abstenerse de la acción viviendo en un retiro monástico. El significado correcto es el conocimiento interior del vacío básico, la inmaterialidad de la existencia, mientras, en lo exterior, a esa materialidad se la considera real para los fines prácticos. Practicar la inacción, en el sentido que se utilizó esto en obras místicas orientales como el *Bhagauad Gita* y el *Tao Te King,* no significa inercia física. Esta es una incorrecta interpretación materialista. Lo que significa es efectivizar una entrada en el Vacío y *entonces* introducir el sentido de su vacío en medio mismo de la actividad. en el corazón de la existencia física. Tenemos que comprender que, a pesar de las apariencias, la enseñanza oculta no conduce hacia el nihilismo cabal ni hacia el negativismo vacío, sino más bien hacia lo que, en la vida, es muy real. De allí que, si la mayoría de los místicos contemplan su meta física última como un estado de inactividad inspirada, todos los filósofos contemplan su meta física última como un estado de acción inspirada.

Si es cierto que todos vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser en la Mente Infinita, debe ser igualmente cierto que la presencia de esa Mente no se limita a un *ashram,* a la caverna de una montaña ni al retiro de un claustro. Esa presencia está aquí, en Londres, aquí, en Chicago, y también aquí, en Chungking. Está tanto aquí, en medio del bullicio de Broadway y en la rebosante vida de Londres, como en cualquier remotísimo monasterio del Tibet. Si no pudiéramos hallarla mientras cuidamos nuestros intereses prácticos de cada día, si estuviéramos cabalmente fuera y eternamente más allá de aquéllos, entonces no sería lo Real. Si el inicio de la actividad extema anula la paz interior, entonces no se encontró la verdadera trascendencia. Cuando entendemos que este mundo es una manifestación de la divina realidad misma, entonces esta vida terrena no es enfáticamente una trampa que Satán nos arma, como algunos creen, ni un espejismo creado por una nube, como otros dicen. No es sólo algo que importa sino que, por lo contrario, es algo que, a quien encuentre la verdad, le deberá importar más de lo que le importa al materialista

CAPITULO VII

UNA RECONSIDERACIÓN DE LA MÍSTICA ASCÉTICA

A menudo, oímos decir que todos los senderos religiosos y místicos conducen hacia la misma meta: Dios. Indudablemente, esto es cierto si a la existencia la contemplamos desde un punto de vista evolutivo y de largo alcance, si pensamos en términos de centenares de vidas, más que en una sola vida. Pero, si de las consideraciones últimas descendemos a las inmediatas, descubriremos que existen importantes diferencias entre los logros de los distintos senderos. La mística es un país extraño. No es menos importante averiguar la meta oculta o la finalidad intrínseca de una técnica mística que entender al hombre que originó aquello, pues en

este terreno esquivo, es fácil saltar a una estimación superficial, pero es difícil descender a una estimación científica. No basta aceptar el aseverado objetivo de cualquiera de aquellos senderos. Es igualmente necesario que se los examine. La pregunta que deberá poner en marcha este examen es: "¿Este sendero conduce realmente hacia tal objetivo?", y tenemos que encontrar una respuesta correcta no sólo por las declaradas teorías que lo respalden, sino mucho más por sus resultados determinados. Así es como nació nuestra nueva peregrinación.

Aquélla comenzó como la formulación de una sola y sencilla pregunta que la experiencia, la reflexión y otros hombres nos sugirieron. Quisimos saber por qué los místicos representan un papel tan insignificante en la vida colectiva de la humanidad cuando, si sus teorías son ciertas y sus poderes existen, necesariamente deben estar representando un papel principal. Pues, a la sazón, creímos —e incluso, creemos ahora más— que el valor último de una actitud mental hacia la vida que inculque la unidad oculta de la familia humana es su fuerza para hallar expresión en la vida terrena de la humanidad creemos que quienes poseen tal actitud mental deben esforzarse para efectivizarla, en primer lugar, en su propia existencia cotidiana, y en segundo lugar, en la existencia de la sociedad, y no contentarse solamente con soñar o hablar de ella. Creemos que a ellos les compete el deber de *tratar de* moldear, aunque más no sea levemente, la mentalidad del público; *tratar* de guiar los movimientos contemporáneos del bienestar del público, e inspirarlos; *tratar de* influir y asesorar a los dirigentes y círculos intelectuales. Su excusa por no hacerlo no debe basarse en que al público le desagrada la mística, pues no se les pide que ese tema lo impongan por la fuerza, sino que presenten sus frutos como un servicio útil y una sabia guía. Tampoco deben negarse, necesariamente, a realizar esa tarea como si estuviera predestinada al fracaso en atención al *karma* malo que ese público tiene. Su deber consiste en intentarlo desinteresadamente, dejando todos los resultados en manos del Yo Superior. En suma, si sus afirmaciones sobre el conocimiento esotérico y los poderes extraordinarios valen algo, y pueden demostrarse con resultados, ellos tienen la obligación de tratar de dejar su impronta en la historia de manera muy inconfundible.

Pero, cuando echamos una mirada al mundo contemporáneo que nos rodea, no observamos realmente esa contribución efectiva, aunque vivimos en una época que presenció las más dramáticas convulsiones de la historia humana. Cualquiera que haya sido el beneficio que los místicos hayan aportado a la humanidad, aquél no se debió principalmente a su aspecto místico, sino que fue a pesar de éste.

El místico ermitaño que, físicamente, se aparta de sus compañeros, puede ser que, con el tiempo, también se aparte de su sentimiento de compañerismo. Cuando se pone a gozar de la paz interior que, sin duda, su abandono del mundo le brindará, surge el peligro de una completa introversión de las simpatías, de un encallecido egocentrismo en las relaciones sociales, y de una fría indiferencia respecto del destino de la humanidad. Esto lo vemos, especialmente, en las personas de ascetas y *yoguis,* a los cuales —debido a que se envuelven de modo tan sublime con su propia paz interior— la plebe ignorante los considera sabios perfectos y los honra en consecuencia. No debemos dejar de señalar lo que esto implica: que los millones de criaturas humanas que sufren compartirían, a la sazón, esta supuesta inexistencia. Tal indiferencia respecto del mundo, caprichosamente ascética y confusamente metafísica, conduce, de modo inevitable, hacia una indiferencia respecto de todo el género humano. A ese místico ermitaño, el bienestar del género humano no le interesa. De esta manera, desde un punto de vista social, se vuelve impotente. Demostrar, frente a la agonía del mundo, un encanecimiento emocional y una apatía intelectual es una grandeza espiritual que no tenemos deseos de alcanzar. Por lo contrario, a eso lo consideraríamos pequenez espiritual.

Esas solas reflexiones podrían haber bastado para persuadirnos a alzar nuevamente el cayado del peregrino, pero existe otro defecto del temperamento místico (un defecto que, por supuesto, nosotros compartíamos aunque, por suerte, nuestra estructura mental era demasiado racional y compleja como para no advertirlo de algún modo): que tiende a encontrar excusas esotéricas plausibles para lo que es inexcusable. Por tanto, el destino que nos había conducido hasta aquí, tenía que intervenir y llevamos a las críticas encrucijadas de un reconocimiento obligatorio y decisivo de la necesidad de una búsqueda ulterior en procura de un origen superior de la verdad. Y el destino empezó a hacerlo, en primer lugar, a través de una dolorosa experiencia personal de instituciones monásticas que rápidamente descendieron el camino de la mayoría de las instituciones "espirituales", y, en segundo lugar, desgarrando la atractiva fachada que rodeaba a quienes consideráramos en su afamado estado de sabios perfectos cuando, a lo más, sólo eran *yogis* perfectos. La consecuencia de esto fue una reorientación, o más bien, un regreso hacia nuestro primer amor por la filosofía, en un esfuerzo por corregir y equilibrar nuestra experiencia mística.

Antes de que podamos explicar esta observación, debemos, en primer lugar, escribir un breve preámbulo. Existe una creencia común de que los escritores de pensamiento superior deben evitar la política, pero se trata de una creencia que es común sólo entre quienes tienen inclinaciones místicas o mentalidad monástica, no entre los que cuentan con instrucción filosófica. Explicaremos sucintamente que la única clase de mística que seguimos es la filosófica. Ahora bien, entre varias otras cosas, la filosofía se ocupa, en parte de examinar los principio políticos y los problemas éticos. Sin embargo, podría ser aconsejable que los místicos, los cultores religiosos y los ascetas evitasen discutir sobre política, al menos desde el punto de vista de la política práctica, o correrán el riesgo de provocar cismas y producir divisiones en sus filas e instituciones porque distribuyen su

lealtad política en varios sectores. Pero semejante riesgo no detiene ni por un instante a quienes tienen inclinaciones filosóficas. Estos son necesariamente independientes y no se someten a los intereses de grupos raciales, ni a una organización particular, ni a una afiliación política especial. Ellos creen que la verdad es tan necesaria en este mundo práctico como lo es en los menos visitados mundos de la doctrina metafísica. De lo primero que se ocupa es de la verdad, y ésta es bastante amplia como para incluir asuntos que, erróneamente, se supone que le son lejanos.

No obstante, quienes acostumbran moverse en la órbita fija de la mística ascética, con su aislamiento respecto de la política como una expresión de su aislamiento respecto de todas las cosas terrenas, no pueden asombrarse, ni siquiera conmoverse, al pensar que alguien que se declare místico exprese las ideas que se hallarán en las pocas páginas siguientes. En consecuencia, es posible que muchos las juzguen mal y piensen que nos degradamos en el polvo de la política o ventilamos prejuicios nacionalistas. Este error no lo cometerán los amigos que realmente nos conocen, pues hemos entrado con demasiada frecuencia en esta escena planetaria y hemos vivido demasiado tiempo para ocuparnos de la política de un momento cuando la eternidad es nuestra atmósfera natural. Hemos viajado demasiado grandes distancias y reflexionado demasiado profundamente como para echar excesivas raíces en un país con prevalencia sobre otro, y, honradamente, podemos decir con Thomas Paine: " ¡Mi país es el mundo!" Hemos encontrado amigos leales y amables, y enemigos acerbamente malos en cada continente, tanto entre los orientales como entre los occidentales, entre los capitalistas no menos que entre los comunistas, y hemos llegado a contemplar a todos los pueblos con una visión más o menos pareja y cosmopolita, sabiendo que lo que siempre cuenta es el *carácter* individual. Si un hombre despertó genuinamente en la consciencia del Yo Superior, la experiencia aniquilará de por sí sus prejuicios y le unirá fundamentalmente con los otros hombres. Si alguien habla de Dios pero le desagrada otro hombre meramente debido a diferencia racial o de color, con seguridad esa persona está viviendo todavía en las tinieblas. El materialista que piensa que él es el cuerpo y nada más, delata naturalmente el prejuicio racial. El mentalista que sabe que él es mente más que carne desecha naturalmente tal prejuicio como pueril. Por tanto, nuestros puntos de vista son muy desapegados e imparciales. Si durante unos pocos minutos nos aventuramos en lo que semeja política, es sólo porque no separamos, ni podemos separar nada (ni .siquiera la política) de la vida, y, por ende, de la verdad y la realidad. No tenemos muy buena opinión de una bondad que se desperdicia como una flor solitaria en el aire del desierto, ni de autoadmirativos retiros monásticos, como no tenemos muy buena opinión de una fe o de una doctrina que ha de recluirse entre los ociosos anaqueles de las bibliotecas o en el caprichoso chismorreo de sobremesa.

No podemos dejar de admitir alguna justicia a otra pregunta que, con frecuencia, nos formulan los críticos occidentales: ¿Por qué Shangri-la, que es el hogar tradicional del *yoga* y el famoso paraíso de los místicos, mostró proporcionalmente tan escaso beneficio externo de su presencia y sus poderes? Tal pregunta tal vez irrite emocionalmente a muchos partidarios de Shangri-la, pero es la que siempre está intelectualmente grabada en la mayoría de los occidentales.

El Tibet, más aun que cualquier otra parte del Asia, cayó víctima de las seducciones de la mística ascética y monástica. Allí se cree que la gran meta espiritual exige aislamiento completo para alcanzarla. Créese que el tipo espiritual más avanzado es el ermitaño absoluto. ¿Cuál fue el resultado social práctico de toda esta elevada aspiración? Suciedad, semi-inanición, enfermedad y superstición son la herencia común del vulgo, pues quienes tenían la inteligencia superior para instruirlo y ayudarlo no se preocuparon de hacerlo, no se preocuparon por interesarse en esos asuntos mundanos. Barnizar el cuadro de la "Tierra Prohibida" con el romántico hechizo del misterio es engañarse.

En 1981, durante una conversación, el Dr. Brunton expresó su satisfacción porque el actual Dalai Lama no sólo había reconocido estos problemas sino también había obtenido buenos resultados en sus esfuerzos por reintroducir una perspectiva más filosófica al pensamiento y a la práctica del budismo tibetano.

La primera vez, llegamos como un místico indiferente respecto del mundo, que buscaba penetrar en el misterio de Shangri-la. La última vez, nos marchamos como un filósofo que observaba al mundo, habiendo penetrado en la miseria de Shangrila. ¿Por qué los *yogis* y *lamas* fueron tan ineficaces en el Asia moderna, como los místicos fueron tan impotentes en la Europa moderna? El idealismo que deposita una *observación* defectuosa en el pedestal de la virtud, que es incapaz de ver lo que ocurre alrededor de él y que ignora todas las realidades de una situación cuando aquéllas no concuerdan con su creencia deseada, no es la clase de búsqueda de la verdad en la que podríamos damos el lujo de complacemos continuamente.

Prevemos que muchísimas personas, perplejas por lo que el Occidente *fue* espiritualmente en el pasado y deslumbradas por lo que el Oriente *enseñó* espiritualmente en el pasado, serán víctimas de un torrente cada vez mayor de *swamis* y monjes, gurús y *yogis,* que invadirán Occidente o invitarán a eventuales adeptos a que lo abandonen por completo e ingresen en sus *ashrams.* E incluso quienes no lleguen a ser engañados por las variedades orientales, tal vez lo sean por sus correspondientes analogías occidentales; de la fértil imaginación euro-americana, y para beneficio de ésta, están surgiendo antojadizas formas de misticismo y de ocultismo. Algunos *gurús* cultores del *Shan-gri-la* ya designaron algunos representantes de avanzada (los cuales son occidentales) en

países de Occidente, para reunir adeptos, congregar discípulos, dar "iniciaciones", o persuadir a aspirantes para que se incorporen a sus organizaciones. Trabajan sin beneficiarse con las candilejas publicitarias, en parte con la finalidad de fomentar la ilusión inspiradora de que representan a una fraternidad secreta. Y trabajan con muy buenos resultados. Les basta con ganar un solo adepto y pedirle luego que eche a rodar la bola de nieve misionera. Ese adepto pone de inmediato al tanto a sus amigos, quienes, a su vez, informan a otros, y así sucesivamente, hasta el inifinito. La oportunidad es extraordinaria y emocionante, y se dicen: " ¡Esto es fantástico! ¡Ser discípulo de un maestro de verdad, estando aquí, en América o en Inglaterra, sin tener que emprender un largo viaje a Shangri-la, ni tener que vivir allí durante años! ¡Todo esto también es tan fácil!" Y es así como caen unos sobre otros en su prisa por incorporarse... y huelga decir que ¡los aceptan a todos!

Los contemporáneos (y realmente son pocos) que escaparon del alboroto de la vida y encontraron satisfacción y paz en recoletos *ashrams de* la India o en sus equivalentes de Occidente, no representan al género humano moderno y son más bien retrocesos atávicos de épocas muy primitivas y actitudes más obsoletas; muy comprensiblemente, son personas a las que la complejidad y la tensión de la vida actual les produjo rechazo. Por desgracia, pasan por alto el hecho de que el Dios al que profesan obedecer los introdujo en modernos cuerpos occidentales precisamente para que entendieran tal complejidad y dominasen tal lucha. ¿Creen seriamente que renacieron en la Tierra sólo para atravesar la misma experiencia y el mismo medio ambiente cada vez? ¡No! La vida es perennemente nueva y ellos regresan para aprender lecciones nuevas de experiencias nuevas en nuevos medios ambientes. Ser derrotistas consiste en substraerse a las dificultades del presente y recurrir a un retiro en el pasado más cómodo, en eludir los problemas de los tiempos modernos refugiándose en lo antiguo, en no lograr inspirarnos con nuestros propios recursos, y en volver a caer en los recursos de los hombres de la Edad Media. Pero estaríamos totalmente equivocados si a tales personas les impidiéramos que obtuvieran buenos resultados con esa huida que intentan. Dejémoslas hacerlo por todos los medios, si lo desean. Nada de lo aquí escrito les alcanza.

La guerra fue la oportunidad que tuvieron para despertar, para acelerar su modo de pensar. Si la guerra no les abrió los ojos a estos místicos Rip Van Winkles, entonces su horror bestial y su terror ígneo fue en vano para ellos. Si la guerra no destruyó su malsano embrujamiento, entonces el período posbélico no podrá hacerlo ciertamente. El místico que se mantuvo como un mero espectador del conflicto mundial tal vez mantuvo su paz interior libre de perturbaciones. Pero no es necesario practicar *yoga* para obtener este género de paz negativa. Todo el que habita una tumba tiene esa paz. Y nosotros sólo escribimos para los demás —y son mayoría—: quienes están bastante despiertos como para no caer en un escapismo que meramente elude los problemas de la vida y no los resuelve, quienes no desean volver a un atavismo espiritual en un mundo progresista, quienes por las agonías que la humanidad sufrió en tiempo de guerra fueron acuciados a buscar el camino escabroso que conduce hacia la verdad, en no menor medida que el sendero más liso que conduce hacia la paz, y quienes han llegado a comprender que la única cuestión satisfactoria es la que se ocupa de la verdad y de la paz con el desinteresado servicio hacia la humanidad.

En la mente del vulgo, a la mística se la asoció, principalmente, con monasterios, retiros, *ashrams,* cavernas y sitios parecidos en los que se congregaban novicios y posibles *yogis.* De esta manera, a la mística se la llegó a considerar como una vía de escape respecto de las dificultades domésticas, de los trastornos comerciales y de las contrariedades emocionales que parecen tan inseparables de la existencia humana. Quienes no podían sobreponerse a los altibajos de la vida diaria, con las conmociones del infortunio inesperado o la muerte de parientes queridos, se apartaban repentinamente de la sociedad y huían en procura de la relativa paz de la vida monástica. Quienes no podían acreditarse como para ganarse la vida con un pesado trabajo físico o mental, renunciaban a todo otro esfuerzo y ofrendaban su fracaso y su incompetencia en el pedestal de la virtud proclamando que ¡que habían renunciado al mundo con toda su iniquidad! No obstante, indirecta o directamente, todos estos individuos acudieron al mundo en procura de limosnas, comida y ropas, por las que el mundo siguió luchando, resultando de esta manera capaz de proveer a las necesidades de aquéllos. Tampoco vacilaron en proclamar una señorial superioridad espiritual (a veces muy desproporcionada respecto de sus propios defectos personales) sobre las personas mundanas que los financiaban o alimentaban.

Si alguien padeció una gran contrariedad emocional o mucho sufrimiento mundano, tiene excusas de sobra como para huir hacia el refugio pacífico del monasticismo, simbolizado habitualmente en Oriente con la investidura de una túnica amarilla. En primer lugar, lo que no puede disculparse es si esa persona se mantiene, durante el resto de su existencia terrena, en semejante "escapismo"; y, en segundo lugar, la enorme cantidad de hombres "santos" que nada tienen de tales e imitan hipócritamente a quien lo es, y visten ropaje amarillo, se cubren la cabeza con ceniza, o se autodesignan para dirigir *ashrams* a fin de ganarse la vida encubierta o abiertamente, o, lo que es peor, para explotar a los que son piadosos o tienen elevadas aspiraciones. Con nada contribuyen a la sociedad, no siguen por sí mismos una búsqueda interior» sino que medran a expensas de las esperanzas supersticiosas y de los consternados temores de la multitud ignorante confiriendo seudo-bendiciones totalmente carentes de valor ¡De esta manera, exhiben inconscientemente el mismo materialismo que se supone que evitan! Y también tienen sus paralelismos en los cultos místicos y los círculos ocultos de Occidente. Cuando la mística se convierte en una mera vía de escape de las dificultades que exigen severamente que se las

enfrente, o cuando alimenta una atmósfera en la que charlatanes piadosos pueden aparentar ser sagrados voceros de Dios, es hora de reclamar críticamente un alto.

La quietud mental sola, por perfecta que sea, no basta por sí. El hombre que se contenta con ella no es completo, pues la vida es aquí y ahora, y vivir sólo con las delicias místicas de la creencia de que son la meta última es vivir únicamente en el nivel de los sueños. La consecuencia es que la cotidiana vida externa de la acción se mantiene fuera de aquéllas y se la deja intacta o incluso se la observa con positiva hostilidad. Si con los filósofos entendemos que la meditación es para la vida, eso está bien; pero, si sólo podemos entender, con los místicos, que la vida es para la meditación, entonces eso no está bien.

Están aquellos que creen que la filosofía es sinónimo de ociosidad. Empero, la búsqueda filosófica es un asunto viril: no implica entregarse al letargo, disolverse en la inercia ni disculpar la inacción. Esta es una búsqueda que no introduce en la negación ascética del mundo sino en el dominio filosófico de tal negación, no es una apatía egocéntrica sino en la actividad altruista, sabia y útil. Mientras la mística ascética rechaza al mundo, la filosofía integral lo anexa. La mística debe convertirse en parte de la vida, no en evasión de ésta.

Todo hombre tiene que actuar de algún modo; es imposible que alguien viva sin acción. El asceta, que cree haber renunciado a la acción, sustituye una clase de acción por otra. Como esto es lo que ocurre, la filosofía dice que es mejor alinear los *motivos* para la acción con el ideal filosófico supremo. Todos los motivos menores son meramente medios para algún fin, mientras esto sólo es un fin en sí mismo. El asceta que como un fin en sí mismo corta contacto con el mundo y se substrae a los asuntos de éste, con seguridad andará a la deriva en una negación estéril; mientras que quien lo considera sólo como una ayuda instrumental para su paz personal y su autodisciplina mental, regresará intermitentemente al mundo que abandonó y abrazará sus asuntos. Así, puede comprobar el valor verdadero de su logro ajusfándolo a una vida activa, asegurarse de si la calma que ganó en un rincón tranquilo podrá ser mantenida en un rincón ruidoso, y ayudar a los que sean incapaces de escapar siquiera temporariamente del mundo.

Ahora bien, la resguardada vida de un *ashram* puede debilitar a un hombre para la lucha de la existencia, o puede fortalecerlo. Todo depende de la instrucción, o de la falta de ésta, que se le dé en el *ashram,* de la amplitud de la experiencia extema, y de la posición interna lograda por su director. En todo caso, semejantes métodos de retiro masivo son inadecuados para quienes pertenecemos al mundo moderno y, especialmente, al mundo occidental. Al menos, es mejor seguir siendo seres humanos. puesto que nuestros pies están todavía encerrados en el cuero de los zapatos y tenemos que caminar por esta tierra. ¿No fue un alemán sabio quien dijo: "Quien nada experimentó, no se hace más sabio con la soledad"?

Dwight Goddard, traductor de *Una Biblia Budista,* tras acreditarse con el estudio, en China y Japón, entre los monjes, ascetas, ermitaños y eruditos, efectuó varios intentos para encontrar un *ashram,* un retiro budista, tanto en .las montañas de Vermont, en Thetford, como en las costas de California, en Santa Bárbara. Después me escribió que, en cada caso, tuvo experiencias muy desafortunadas, por lo que, al final, decidió que América no estaba preparada para semejante experimento. Esto confirma mi opinión de que. no porque Occidente no esté preparado para tales cosas, sino porque las superó, se negó a huir hacia la ascética y el escapismo. Cada encamación nos trae sus lecciones especiales y necesarias, por desagradables que sean. Por tanto, de ningún modo es digno de alabanza el intento de substraerse a esas lecciones cayendo en una actitud y un ambiente escapistas.

Sin embargo, no estamos desestimando al pasado. Este tiene un valor claro. Pero si los hombres tienen que progresar, sólo tienen que aprender del pasado y luego descartarlo: no vivir en él tozuda y ciegamente. Deben mirar las necesidades presentes. Los hombres modernos no pueden hacer pie en sistemas que se basan en necesidades antiguas y que parecen tan cabalmente ale jados de la vida contemporánea; de hecho, si están bien despiertos, no sólo les desagradan sino que, con frecuencia, incluso les desconfían. Sin embargo, debemos recelar de semejante atavismo, de semejante búsqueda para escapar, mediante una regresión, de la lucha de las condiciones modernas para resguardo de las condiciones primitivas. La meta de nuestra caprichosa existencia humana no puede ser tan estrecha y negativa como para idolatrar la vida de quienes se sientan en la postura del loto, para adormecer a un hombre en continuos trances o semi-trances, o para permitirle que medite en un permanente estado de futilidad soñadora. Tampoco puede ser para que, durante todos sus años, se complazca en el gozoso vacío de agradables sensaciones emocionales. Sin embargo, son pocos los místicos decididos que logran emanciparse del extremo fanático de la meditación excesiva sin caer, empero, en el otro error de abandonarla por completo. Realmente grande es quien puede escapar de la trampa de que sus sensaciones de éxtasis le descarríen, introduciéndolo en una anestesia de la acción social. El asceta que se mantiene en la virtud negativa y en el aislamiento seguro respecto del conflicto del mundo tal vez se sienta feliz, pero el sabio que menosprecia tal satisfacción egoísta y sirve a los demás en su medio tumultuoso proporciona un ideal mejor. Tal vida es creativa, sin que la moteen los pálidos matices de la futilidad.

Por tanto, surge esta pregunta: ¿los místicos tienen que seguir representando el viejo papel de ser espectadores pasivos del espectáculo del mundo, o se van a poner a la altura de esta oportunidad singular para prestar servicio oportunamente? Quienes han sido dotados de una vislumbre de la lejanísima meta divina hacia la cual se desplazan todas las cosas, deben

comprender que en el presente esquema tienen un sitio que vale la pena, un sitio que ellos solos podrán llenar. Ellos podrán contribuir con lo que nadie más podrá. No sólo podrán ayudar, como toda persona decente ayuda, a las fuerzas de la justicia para que aseguren la victoria externa sobre las fuerzas de la iniquidad, sino que podrán también ayudar en la lucha interna, igualmente importante, de las fuerzas del conocimiento contra las fuerzas de la ignorancia.

El anacoreta que se mantiene en un vacío aislado de un mundo que no puede dominar, y que carece de afinidad imaginativa para comprenderlo si es bastante inteligente y desarrollado, tiene que afrontar, hoy día, una crisis interior. La guerra mundial, y sus consecuencias, nos abarcan a todos, incluyéndole a él. O deberá conmoverse con estos hechos tremendos para darse cuenta de su responsabilidad social y su deber moral, o deberá ser borrado de la cuenta de la humanidad como un fracasado contemporáneo. Deberá despertar ante la nueva situación del mundo. El hombre que tiene ideas y sentimientos, ¿cómo podrá mantenerse como un extraño ante las trágicas fuerzas extemas que actualmente lo rodean?

Quienes sienten y comparten los sufrimientos de sus semejantes, quienes reconocen a esta guerra única por el conflicto espiritual que realmente es y entienden las tremendas consecuencias morales para el futuro de la humanidad que están implícitas en su resultado, ¿cómo pueden encerrarse en las torres de marfil de los *ashram* yóguicos y los retiros monásticos? Este duro desprecio hacia las aflicciones de los demás, este hecho de acampar en un oasis espléndido que se conserva todo para uno mismo, este aprisionarse, como una ostra, en una fría torre de marfil, no es señal de sabiduría, por más que el vulgo así lo crea. Un sabio de la antigüedad —no un asceta— que se llamó Vasishta, fue quien dijo: "A no ser que el bien de todos se convierta en tu bien, sólo añadirás grillos a tus pies", en ocasión en que instaba a un joven príncipe quien, a semejanza del Buddha, procuraba renunciar al mundo y eludir sus deberes para conquistar una paz egocéntrica. Quien entienda de verdad y perciba en profundidad su relación interior con sus semejantes y su responsabilidad compartida respecto de éstos, jamás podrá adherir al culto del indiferentismo. En una crisis mundial como la actual, por ejemplo, jamás se pondría por allí holgazanear, encogiéndose de hombros y perorando en el sentido de que la gente tiene que soportar su *karma y* que todo es precisamente como Dios desea que sea, mientras agresivos instrumentos humanos de malignas fuerzas invisibles se empeñan en sujetar a la raza y a la mente humanas con esposas de tormento. Por lo contrario, se pondría de pie ante el imperativo llamado de la hora.

Sobre esta cuestión de la necesidad de un servicio altruista, el sendero filosófico guarda una divergencia notable con el sendero místico. Tal divergencia, aunque en todos los tiempos fue necesaria, resultó más necesaria que nunca en nuestra época. Ya pasó la época del aislacionismo espiritual. Semejante doctrina egocénrica puede tener escaso atractivo para quienes han experimentado las necesidades desesperadas y urgentes de la humanidad moderna. La mística busca un estado estático, mientras la filosofía busca un estado dinámico. La mística se contenta con retirarse de la vida, pero la filosofía suele abarcar toda la vida. El místico es feliz cuando obtiene su *propia paz* interior, pero el filósofo sólo será feliz cuando todos los hombres obtengan esa paz. El estado de serenidad que recubre al filósofo, éste no lo compra al precio de una egocéntrica indiferencia respecto de sus semejantes, y no le aisla de las luchas de éstos. El filósofo está sujeto a una necesidad interior de servir a la humanidad.

Los grandes sabios veían cuan desesperadamente necesitada estaba la humanidad y daban compasivamente a ésta la ayuda que podían. Nunca se mantuvieron aislados; no desdeñaron a quienes tenían que participar en la vida mundana ni huyeron consiguientemente de ellos, sino que entendieron su situación y los ayudaron. No pasaron sus vidas, apartados en cuevas de la montaña o retiros del bosque, en *ashrams* y escondites monásticos, sino que acudieron donde estaban las muchedumbres, donde concretamente eran necesarios. Esto fue lo que Jesús hizo. Esto es lo que Buddha hizo. Realmente, Jesús trabajó de modo tan incansable para iluminar a los demás que con frecuencia no tenía tiempo para comer. Estas palabras representan exactamente el sentimiento que cubre el corazón de un hombre así. Esta es, en realidad, la característica destacada que los distingue de los meros *yogis.* Tenían misericordia; tenían sentimientos fraternos. En el *Bhagavad Gita,* Krishna aclara perfectamente que el *yogi* que vive en el mundo y sirve a éste, es muy superior al *yogi* que huye del mundo y renuncia a éste. Empero, a pesar de esta enseñanza explícita de un sabio indio muy reverenciado, ¡muchos ascetas hindúes llegarán a decimos que el monasticismo egocéntrico es superior!

Quien logró el conocimiento verdadero y permanente no necesita pasar su tiempo meditando siempre, pues la meditación es una forma de ejercicio mental para ayudar, a quien lo practica, a que ingrese en la consciencia trascendente de la Mente pura. Quien todo el tiempo ve a la Mente pura, no necesita practicar ejercicio alguno para su percepción posible. Por tanto, cuando nos dicen que un sabio vive en sitios lejanos y en las cuevas de las montañas a fin de practicar sus meditaciones sin que lo molesten, podemos tener la seguirdad de que sólo es un aspirante, sólo es alguien que pretende ser sabio. El vulgo, impresionado por el ascetismo de aquél y con un temor reverente por su trance, a menudo considera a semejante yogi como si fuera un sabio. Y él tal vez acepte que lo valoricen así. Pero realmente poseerá sólo el estado de un místico, quizá incluso de un místico perfecto. Si llega a tal perfección y experimenta el arrobamiento de sus trances efímeros, creerá que es capaz de bastarse totalmente por sí solo y que nada necesita del mundo. Por desgracia, el corolario de esto es que las desdichas de sus semejantes tampoco tendrán nada que ver con él. Si empieza a sentirse fascinado por la satisfacción emocional que rodea lo que él logró, desarrolla indiferencia hacia la humanidad sufriente y termina convirtiéndose en un ermitaño

complaciente, y nada más. Esto no significa que un sabio nunca practicará la meditación. La practicará. Pero lo hará más para beneficiar a los demás que para beneficiarse. Cumplirá todos sus demás deberes personales y sociales, como su sabiduría y sus circunstancias kármicas lo dictan; ciertamente, no tratará de escapar de ellas ni creeerá que su iluminación le relevó de ellas.

El hecho de que apreciemos todos los admirables beneficios de la mística práctica no debe cegamos ante sus limitaciones y hacemos cometer el error de erigirla en la meta única de toda la humanidad. Tarde o temprano, el hombre reflexivo se topará con estas limitaciones, y el descontento que así se genere le incitará a que acometa una vez más esta búsqueda del Yo Superior. De esta manera, a su tiempo, tal vez amplíe su horizonte y perciba que el tipo ideal no es el místico sino el sabio.

¿Qué es un sabio? El hombre que concluyó las tres etapas de la religión, el *yoga y* la filosofía, que concretó al Yo Superior, y, en consecuencia, llegó a una vasta compasión hacia sus semejantes. Puesto que comprende que la raíz de la mayoría de los problemas y sufrimientos humanos es la ignorancia, comprende, de modo parecido, que la mejor forma de servicio que él puede prestar es iluminar a los demás. De allí que, hasta donde sus circunstancias y capacidades se lo permitan, y hasta donde la aspiración de los demás se lo indique, él se consagra al bienestar interior de aquéllos. Por tanto, se contraerá incesantemente a esa ocupación benéfica. A lo largo de toda la historia, al místico se lo confundió con el sabio sencillamente porque este último raras veces existió, siendo habitualmente más bien un ideal al que se aspira que una posibilidad concreta. El tipo más elevado de místico logra lo que puede llamarse "inmovilización yóguica", que se produce siguiendo un sendero de *abstracción* respecto de las complicaciones, un sendero que es una disciplina mental y física necesaria, pero todavía negativa. No basta. Más allá de ella está el sendero último, que hace que el hombre regrese nuevamente al mundo, pero le permite mantener un secreto aislamiento interior. La aureola de intensa paz mental que se percibe en presencia de un místico perfecto no es necesariamente señal de perfección, como piensan los ignorantes, sino señal de acertada concentración vuelta hacia el interior. El místico perfecto ejerce conscientemente una fuerza fascinante sobre los discípulos que, sentados pasivamente, le rodean. Por el otro lado, el sabio gasta toda esta fuerza de concentración en una acción que tiene por finalidad prestar a los demás un servicio real, mientras que, al mismo tiempo, de modo espontáneo y sin esfuerzo, también brinda lo que el místico da a quienes buscan.

Las diferencias mentales entre ellos son demasiado sutiles y complejas para que la multitud que no está iniciada las capte, pero la diferencia *práctica* que existe entre ellas es fácil de entender. Aquí nos ayudará una sencilla analogía. Hay dos clases de electricidad: la estática y la dinámica. La primera da, a lo más, una sola chispa inútil, mientras la segunda da una corriente de energía continua y útil. La corriente eléctrica que usamos en procura de luz, calor y fuerza pertenece a la segunda categoría. El místico, que procura restringir sus actividades al mínimo, se parece a la electricidad estática. El sabio, que procura prestar el mayor servicio posible durante sus vidas, se parece a la electricidad dinámica.

El místico, en su genuina necesidad de soledad y silencio, aparta deliberadamente su cabeza del mundo. El sabio, con su compasivo conocimiento de las tinieblas que se esparcen por todo el mundo, vuelve deliberadamente su cabeza hacia el mundo. Psicológicamente, el místico está en la etapa en la que necesita silenciar sus pensamientos y abstenerse de la acción a fin de eliminar los trastornos de aquéllos, mientras el sabio hace tiempo que superó eso y puede darse el lujo de que los pensamientos y la acción intervengan libremente, sin perjudicarlo. El místico en cuclillas tiene que descuidar la Tierra porque procura remontarse a los cielos; el sabio laborioso tiene que mantenerse de pie sobre la Tierra porque ¡descubre que ésta es un reflejo del cielo! Y mientras el místico encuentra a Dios dentro de sí mismo y a Satán afuera, en el mundo, el sabio encuentra a Dios en todas partes. El místico se ufana de su negligencia respecto de los asuntos materiales y de poner a medias su corazón en la atención de sus deberes materiales. El sabio se ufana de la eficiencia y la concentración con que atiende los deberes materiales. El místico tal vez crea santurronamente que prestar adecuada atención a la vida material es lo mismo que practicar el materialismo. El sabio creerá razonablemente que dejar de hacerlo es practicar la necedad. De esta manera, el objetivo de la filosofía no es como el de la mística; alejar del mundo a los hombres; todo lo contrario. La filosofía desea que los hombres abracen la vida plenamente, pero que lo hagan con dominio de sí mismos, con una intelección completa y una capacidad de servicio desinteresada.

Según esta enseñanza, el desarrollo y el mantenimiento armónicos de un sabio equilibrio entre los tres factores es lo que, en última instancia, concreta el ideal filosófico y crea al sabio. Los tres factores son: el sentimiento místico, el pensamiento metafísico y la acción desinteresada. Estas, tendencias discrepan entre sí solamente en las mentalidades mediocres. Se complementan y ayudan recíprocamente en las almas superiores. ¿Por qué se recalca tanto el último factor? Se lo recalca no sólo porque el bienestar integral, o sea, físico, ético y mental de la humanidad es inseparable del nuestro propio; no sólo porque lo sea el estado vigil, o sea, el mundo en el que la actividad alcanza su climax y posee peculiar importancia propia, como lo verificaremos en nuestro estudio del sueño; sino también porque la acción está íntimamente conectada con el *karma.* La acción es la fuerza que al *karma* le confiere el impulso final. Con nuestras acciones, también damos el último paso para crear o estropear nuestra vida corriente. Un antiguo texto sánscrito explica sucintamente la cuestión de esta manera: "Según su deseo, es su hábito de pensat; según su hábito de pensar, establece una acción; según la acción establecida, es su suerte kármica en la

vida". Por elevado que sea el pensamiento y por purificado que esté el sentimiento, no bastan por sí mismos para perfeccionar a un hombre en la concreción del Yo Superior. .Aquéllos son las semillas que deberán crecer hasta germinar en la flor de la acción desinteresada. Por tanto, la filosofía de la verdad no conoce diferencia entre la teoría y la práctica, pues para ella ambas son realmente una sola. El estudioso tiene todo el derecho a preguntar cuál es la finalidad practica, cuál el beneficio humano y cuál el resultado tangible que ha de esperarse de estos estudios. No puede idearse una mejor prueba de una enseñanza que la sencilla prueba que Jesús ordenó para que quienes le oían aplicaran: "Por sus frutos los conoceréis". Esa prueba es tan sensata y eficaz hoy en día como lo fuera en la época de Jesús.

Estas mismas cuestiones se ponen de gran relieve con las dos guerras mundiales y sus consecuencias. ¿Cómo podrá un hombre permanecer indiferente, o incluso indolente, aislado en su propia paz, frente a un mundo que sufre como nunca sufrió, si ese hombre en realidad se siente místicamente unido con la humanidad? La respuesta, que se da gárrulamente y se recibe incautamente, es que los místicos saben mejor lo que tienen obligación de hacer, que les basta trabajar en los misteriosos planos "espirituales" del ser, y que es, de nuestra parte, un sacrilegio criticarlos. Pero nuestra respuesta es que los sueños se vuelven reales cuando abandonan la cabeza y llegan a las manos, y que como dijo el Buddha: "Un hermoso pensamiento o una palabra hermosa que no sean seguidos por una acción correspondiente, se parecen a una flor de brillantes matices que no dará fruto". Por lo general, al aspirante corriente no le compete juzgar correctamente quién es o no un sabio consumado, pero tiene el derecho a formarse un juicio eficaz y tentativo para aplicarlo a su vida personal y practica. El asceta místico puede aislarse con una actitud indiferente, pero el estudioso filosófico no puede hacerlo ni utilizar la búsqueda como una apología de la inercia cuando enfrente deberes sociales. El asceta que se empeña en apartarse de la actividad de los sentidos, el místico que procura volcar sus intereses totalmente hacia adentro, el atavista que se refugia en un *ashram* indio alejándose de la compleja tensión de la vida occidental... tienen derecho a su punto de vista, a su actitud de enclaustramiento que tanto discrepa de una enseñanza práctica y humana como la nuestra, a mantenerse aislados; pero no quien suele usar su inteligencia superior y dominar la filosofía verdadera. El valor de tal enseñanza se comprueba mejor bajo la rigurosa presión de hechos terribles; revela principalmente su valor práctico cuando quien la dominó tiene que resistir el impacto de una guerra como la última.

La filosofía no puede cumplirse en el individuo solo. Debe operar también a través de la sociedad. La interacción de ambos, obedeciendo a las superiores leyes de la vida, proporciona el ámbito para que se exprese completamente. Esta es una diferencia fundamental entre la enseñanza antigua y la enseñanza moderna. La primera separaba habitualmente a la vida contemplativa de la vida activa, mientras que la segunda siempre las une. El místico cristiano, hindú o budista tenía que separarse, habitualmente, de la grey de la sociedad si deseaba proseguir su vida interior hasta su fin lógico, mientras el místico filosófico de hoy día se lanza ardientemente a la pedana del mundo para servir a la humanidad. Todo el mundo ve la lucha histórica entre las fuerzas maléficas y benéficas de la vida, entre lo que suele despertar antipatía y estimular egoísmo entre los hombres y lo que suele despertar simpatía y estimular el desinterés; pero sólo el sabio ve tanto esta lucha como la unidad que detrás de ella se oculta. Mientras el místico, cuando logra una vislumbre de esta oculta unidad de la vida, es fascinado emocionalmente e inmovilizado físicamente por ella. y, en consecuencia, abandona ascéticamente la lucha, el sabio sigue participando y contribuyendo con su ayuda a fortalecer a las fuerzas del bien. Los discípulos de la filosofía no deben vacilar en convertirse en una fuerza en el mundo, utilizando esa fuerza no sólo para su beneficio personal sino igualmente, y aún más, para beneficio de la humanidad. Su tarea social consiste en ajusfar el bienestar personal al bienestar común, sin ignorar a uno a expensas del otro. Hacer en la vida algo que valga la pena para sí es el fruto de la ambición, pero hacer algo que valga la pena para la humanidad es también el fruto de la aspiración. Lo natural de la manifestación es que esté siempre activa. Por ello, el hombre no puede eludir el hecho de involucrarse en alguna clase de acción. Pero lo que él puede y debe eludir es apegarse a sus acciones.

Al hombre menos experimentado del país, que viaja por primera vez a una ciudad capital, le advertimos, por así decirlo. sobre los peligros que allí afrontará y sobre los errores que es probable que él cometa durante el trayecto. *¡No le estamos diciendo que no visite la metrópolis!* Por lo tanto, quienes pretenden ser místicos no deben descorazonarse ante la nota crítica deliberadamente introducida en este ensayo como una protesta contra los maestros de mentalidad monástica que suelen asignar el reino de los cielos a ermitaños crónicos como ellos y a quienes los siguen, mientras a nosotros, que somos los desdichados cautivos de las circunstancias sociales y del deber humano ¡nos dejan afuera! Que a aquéllos les permitan entrar en este sendero y proseguirlo con asiduidad, pues eso compensará bien sus esfuerzos; pero que reciban nuestras críticas como un útil consejo sobre lo que hay que evitar, recordando que la mente es más que un traje. Si les propinamos una sacudida, también es cierto que quienes fielmente resistan deberán algún día llegar a bendecir la mano que la propinó, pues lo que se les pide es que a una verdad a medias no la confundan con una verdad total. Y lo que hemos procurado es provocar su rubor respecto de los superiores ideales de ser útiles a una humanidad que sufre.

CAPITULO VIII

LA INTUICIÓN

Si la realidad existe en alguna parte, deberá existir en una infinitud incapaz de ser reducida. Pero tal carácter la ubica más allá de las percepciones finitas corrientes. Por tanto, es necesaria una intuición trascendente para poner al hombre en relación con ella. Cuando se declara que la Realidad Suprema es incognocible e impensable, significamos que es incognoscible sólo para la percepción física sensorial y que es impensable sólo por parte de la consciencia intelectual. Aunque el Absoluto está más allá de los medios corrientes de comprensión, no está más allá de sus medios extraordinarios, pues en el hombre hay una facultad que él puede desarrollar, que es superior a sus medios corrientes de comprensión: es la facultad de la intuición trascendente, que podrá permitirle conocer y experimentar esta Realidad. La búsqueda se consuma en la experiencia filosófica, que es esta intuición ininterrumpida y duradera de la realidad interior.

A través de los ojos, el hombre se descubre como un cuerpo, y, a través de la intuición, se descubre como el Yo Superior. De esta manera, cuando la experiencia desarrolló y perfeccionó su auto-comprensión más plena, desarrolló el instrumento de la intuición. Se dice que el hombre habita en la ignorancia cuando su personalidad le fascina de tal modo que al Yo Superior lo considera como inexistente, y la apariencia del mundo lo fascina de tal modo que a la Mente la considera como una mera ilusión. Sin embargo, cuando conoce a la realidad tan íntimamente como a su propio cuerpo, sólo entonces tiene intuición auténtica. Su lucha por lograr entender a la vida no lo llevará a una solución decisiva antes de que la intuición haya florecido plenamente.

A esta facultad no se la debe confundir con la que se denominaría una intuición intelectual y unilateral, pues en las funciones de aquélla participa todo el ser humano, como aquélla penetra en toda la naturaleza de los sentimientos de este último. Quien es dueño de esta intelección, posee una luz inextinguible. Cuando la razón pueda vencer su unilateralidad y admitir la acción de otros elementos, se absorberá en la facultad más elevada y rica, y que lo abarca todo, perteneciente a la intución inmediata. En un sentido, la intuición es una facultad sintética, pues combina la razón abstracta del metafísico, el sentimiento del artista, la intuitividad del místico, la razón concreta del científico, y la voluntad práctica del hombre activo. Funde a todos éstos, pero también es algo superior que los trasciende a todos. Lo que el metafísico sólo reconoce intelectualmente, y lo que el místico sólo siente emocionalmente están contenidos, combinados y aun trascendidos en la intuición filosófica.

Tampoco debe confundírsela con la intuición corriente, de la que es la octava superior. Ni se la debe confundir con la mera visión clarividente.

La intuición es una facultad trina: ve, conoce y es, todo al mismo tiempo. Debido a que conocer implica una dualidad de conocedor y conocido, en este punto desaparece y se fusiona en el ser. La realización no es una experiencia personal, pues en lo real nada hay que sea personal. Tampoco consiste en una actividad intelectual, aunque la presión de la correcta actividad intelectual es uno de los factores que nos ayudan a llegar a ella. Lo que ella decreta es lo único auténtico. Quien cuenta con esta intuición segura, se libera de los dogmas de los eclesiásticos y de las especulaciones de los teólogos, lo mismo que de las aberraciones de los místicos y de las imaginaciones de los visionarios. Una vez que haya alcanzado esta consciencia superior, la visión del mundo, por parte del hombre, poseerá una certidumbre superior incluso a la de los matemáticos.

¿Cómo podremos tener la seguridad de que la intuición es verdadera? Por la desaparición de la ignorancia, que es su número contrario. Las dos no pueden coexistir. La verdad de la intuición no es un argumento sino un logro. El advenimiento de la intuición significa que la ceguera desapareció. El hombre puede ver donde sus ojos antes estaban firmemente cerrados por la ilusión. De allí en adelante, en él existe lo que fija firmemente su vista en lo Intemporal, lo Real y lo Impersonal. Sólo la intuición tiene fuerza como para pronunciarse sobre la verdad universal y la realidad eterna de la existencia, porque ella sola tiene la fuerza para penetrar la apariencia del mundo y contemplar detrás de ella a la bienaventuranza. Para esta facultad sin velos, la Realidad será entonces patente en el sentido de que el hombre no necesita un testimonio externo ni una prueba racional de la existencia del Sol: en su propia experiencia, eso es perfectamente evidente.

La iluminación comienza como un proceso en avance, pero termina como un hecho repentino. El hombre crece lentamente en su descubrimiento del Yo Superior, pero el florecimiento glorioso es abrupto. La intuición surge por sí misma y sin otros esfuerzos cuando lo preliminar necesario termina. Lo que ocurre luego es que, en la base de toda la consciencia, hay algo que se parece a un verdadero giro. El hombre comprende su unidad inmediata con la unidad última mediante un relámpago final de iluminación que quita efectivamente todas las dudas y toda la ignorancia para siempre. Esta primerísima vislumbre será para el hombre una revelación tan tremenda y

centelleante que dejará en su mente una impresión imposible de desarraigar, y aunque lo intentase, jamás podrá olvidar lo que aprenda de esta manera. De allí en más, su fe en la existencia de la realidad interior es absolutamente inconmovible, y su decisión para continuar con la búsqueda es, de allí en adelante, completamente imposible de erradicar.

Quien haya tenido semejante relámpago intuitivo, semejante experiencia de la realidad, o semejante rayo iluminador, deseará naturalmente su presencia constante, o, por lo menos, deseará que regrese continuamente, a su arbitrio. Pero descubrirá que aunque la intuición se ocupa de lo que es único, último y final, hay dentro del hombre separadas etapas graduales en su desarrollo pleno. El tiempo que a una rosa le insume producir sus pimpollos es desproporcionadamente más prolongado que el que insume a estas verdes gemas abrirse y florecer. A eso se parece el desarrollo de la intuición. El aspirante se afana durante largos meses o años de fatiga en medio de irritaciones emotivas de oscuridad y fracaso, descorazonamiento y monotonía. De pronto, se enciende la luz, desaparece su ceguera, y empieza a ver nuevamente. Los relámpagos de la iluminación pasan velozmente, pero el ajuste a ella por parte de su carácter y su mentalidad, su vida y su personalidad, se extiende realmente durante un período desproporcionadamente prolongado. A menudo, tal vez pasen años mientras él espera que esa divina visitación se repita. La alborada plena de la intuición es un hecho progresivo y gradual con lapsos entre cada grado. Esto se comprende mejor siguiendo una analogía con la que habitualmente se describe a la intuición en esta enseñanza. Para vislumbrar por primera vez la realidad no se necesita más tiempo que el que necesita un relámpago para cruzar el cielo. De allí que al primer alborear de la intuición, en esta enseñanza, se lo llame "el relámpago". Platón describió de modo parecido esta característica particular de la intuición en su *Epístola VII.* Escribe: "Nace en el alma de repente, como una luz encendida por una chispa saltarina". Realmente, la vislumbre es tan veloz y, por ello, tan esquiva, que quien la recibe debe ser inteligente y estar en guardia como para atrapar su encandilante significado antes de que desaparezca. No permanecerá, sino que se desvanece en menos de un segundo. Por eso, Agustín da este consejo: "Si puedes, mantente en este primer relámpago cuando eres golpeado como por un rayo, cuando en tu interior oyes que te afirman: 'Verdad' ". El intelecto deberá manipular este "relámpago" místico con tanta delicadeza como si fuera una frágil orquídea. El análisis excesivo puede conducir a que se lo destruya, y un análisis menguado puede hacer que se lo comprenda mal.

El estudioso ve primero a la realidad como un hombre sentado en una habitación a oscuras, ve algunos objetos que hay allí cuando repentinamente los ilumina un relámpago, que es demasiado veloz como para hacer más que esbozar el interior de un modo algo borroso. Este grado de intuición puede parecerse a ver la figura de un ser humano desde una distancia, pero no ser capaz de reconocer si se trata de un hombre o de una mujer. Por ello, si la persona, como es probable, en la primera ocasión pierde gran parte de lo que esto significa, esto debe preveirla para prepararse mejor cuando se produzca nuevamente. Todo otro relámpago hace que las diferentes cosas se distingan cada vez más una de la otra. Tal como durante el primer relámpago un observador puede ver las paredes interiores de una habitación, durante el segundo relámpago tal vez pueda ver también una mesa y algunas sillas, durante el tercero quizá también vea algunas personas presentes hasta que, finalmente, llegue a entender cuál es la apariencia real de esa habitación; de igual modo el estudioso descubre que cada relámpago momentáneo de la intuición filosófica, cómo y cuándo ésta ocurre, tiende a redondear y completar la imagen visible.

No obstante, subsiste el hecho de que estas vislumbres de la realidad son sólo momentáneas, por más que se repitan muchas veces; y una vez que el relámpago pasó, el estudioso tiene que vivir en y por su recuerdo inolvidable en forma de intuición potente, pero no de percepción firme. Así surge la necesidad de avanzar hasta la segunda etapa que es como si el mismo hombre que antes viera una habitación iluminada por cada caprichoso relámpago, ve ahora a esa misma habitación iluminada por una pequeña lámpara de aceite. La luz es ahora firme y continua durante unas pocas horas, hasta que el aceite se gota. El primer relámpago brillante resulta ser solamente el anticipo de un estado estable que un día se conservará como algo que se posee per- manentemente. La intuición es breve al principio, pero se extiende cada vez más con ulterior experiencia.

La tercera etapa es cuando la persona ve la realidad como el hombre de la habitación a oscuras ve los objetos con la luz de la luna llena. La etapa cuarta y última es cuando ve la realidad como el mismo hombre ve los objetos con la luz plena del sol del mediodía.

Esta intuición debe tenerse mientras todavía estamos en este mundo en cuyas profundidades habita eternamente lo Real que es intangible y carente de imágenes, y no sólo mientras estamos fuera del mundo, durante un trance, pues lo que vemos de aquél no es su naturaleza real sino solamente una construcción del pensamiento. El mundo vigil es construido, en parte, por el individuo, y el individuo mismo es, en parte, un ente construido. La misma mente que coadyuva en la construcción de uno lo instala frente al otro como una cosa externa, pero imaginada. El mundo que recibimos en nuestra experiencia está compuesto por millones de rubros individuales e independientes. El mundo que el examen metafísico descubre racionalmente, está compuesto por una sola sustancia: la Mente. ¡La Unidad aparece como la Multiplicidad! De esta manera, la aparente variedad de las cosas se funde, al final, en la unidad.

Todos los millones de ideas no sólo existen para y hacia la mente, sino que, esencialmente, son nada más que mente. Todas las tierras, montañas y ríos, todos los objetos trabajados y criaturas vivas, todos los seres humanos son sólo una estructura del pensamiento cuya forma aparece y desaparece como las olas en un océano infinito. Las olas pueden desaparecer pero el océano permanecerá. Y las ideas pueden desaparecer, pero la Mente permanece. Es nada más y nada menos que el origen primero y la fuente final de todos los pensamientos, seres y cosas.

La objetividad y la materialidad del mundo existen para el individuo, pero para la mente que subyace en ambas, se conocen como meras apariencias. Sin embargo, cuando el individuo llega a comprender esto y vuelve su atención hacia esta mente oculta y finalmente la conoce por lo que es (cuando habita tranquilamente en si misma o se manifiesta en la actividad externa), se dice que alcanzó la intuición suprema. Todas las otras clases de experiencia se ocupan de algo como si fuera aparte de la Mente. Esta sola se ocupa de algo puramente perteneciente a la Mente misma. Todas las demás experiencias se ocupan de las formas, pero ésta se ocupa de lo único que carece de formas. En el momento en el que la mente comprende que ella es la realidad permanente detrás de la apariencia efímera, la perceptora constante de sus cambiantes formas de pensamiento, en ese momento la verdad relampaguea y se disipa la ilusión, pues la intuición del hombre es la Mente contemplándose a sí misma.

¿La doctrina del mentalismo hace que el mundo múltiple sea sólo un espejismo? ¡No! Tal como ocurre al estudiar superficialmente esta doctrina, una práctica superficial del *yoga* parece que al mundo lo despoja de la realidad; pero una práctica avanzada la restablece. El mundo encuentra su realidad en la Mente del Mundo; por tanto, el mundo es una realidad dependiente. El mentalismo procura, a su modo, que al mundo físico se lo reconozca como real, aunque sólo dependientemente real. La intuición es la comprensión de la unidad, o del espíritu y la materia. "Hay un solo Nirvana, como hay una sola Verdad, no dos o tres", dijo el Buddha Gautama a alguien cuya mente estaba insegura. El místico tiene aún que procurar que la Mente sostenga todos sus pensamientos, y percibir que está presente en toda su experiencia externa y como toda su experiencia externa. La gente considera a este mundo como una realidad o como una ilusión, según su punto de vista sea materialista o espiritualista. Sin embargo, la intuición filosófica sabe que la materia es espíritu y el espíritu es ateria, porque sabe que ambos son sólo la Mente. Por tanto, esta oposición resulta ininteligible y para aquélla ésta no surge.

El Yo Superior, fuera de las limitaciones de saber que está soñando o inconsciente, está en el cuarto estado; entonces, es su yo puro, consciente, en su modo primordial, ¡para sí, de sí, y de nada más! El descubrimiento de la Mente en su soledad pura y desnuda se efectúa en un libre estado psicológico de autoabsorción, en el Vacío libre de pensamientos y de sentidos. Pero no basta tomar contacto con el Vacío, aunque los místicos, en su mayoría, consideren que es suficiente. El Vacío debe ser introducido, a continuación, en la Plenitud, la Luz debe descender en las Tinieblas; la personalidad no debe solazarse en el Vacío para su propio goce extático, sino que debe convertir la beatitud en servicio. Esta consciencia del Vacío no sólo debe ser traslada da a todo instante vigil sino también a todo instante onírico. La separación en Realidad y Apariencia, en Ser y Devenir, deberá reconocerse ahora por lo que es: un paso tentativo, no un paso final. El estudioso que pueda elevarse tan alto debe trascender ahora incluso esta distinción. Deberá ver todas las cosas como si no difirieran de la Esencia de la Mente original, deberá abarcarlas en una sola concreción con la esencia misma. El hombre alcanza la etapa final de ta intuición sólo *después* que atravesó esta primera experiencia del Vacío. Tan sólo entonces puede regresar al mundo de la apariencia y penetrar en su profundísimo secreto. Y esto es percibir su unidad con el Vacío, percibir el hecho de que no difiere del Espacio Infinito que no se ve ni se puede ver. Después que relampaguea sobre él la intuición del significado del Vacío, de la Nada, viaja hacia adelante para lograr entender a la Totalidad, a la manifestación universal misma. Una vez que han sido dominadas estas dos etapas, cuando la intuición alcanza su florecimiento más completo, el influjo de cada pensamiento dejará de interrumpir su consciencia trascendente y, por tanto, puede ser aceptado como parte de lo Real. Esto, que es el grado supremo de la intuición, no es algo que ocurra de vez en cuando sino algo que, de modo indescriptible, está eternamente presente, tanto durante el sueño como en estado de vigilia.

La iluminación no es un proceso que ocurra como resultado de un solo factor. Si a la intuición se la obtuvo por medios puramente místicos (método éste que es el más breve) es siempre parcial y esporádica. Si se la logró por medios filosóficos (que incluyen a lo místico, y que, por tanto, es el método más prolongado) es plena y permanente. La biología demostró que a la Naturaleza le insume más tiempo hacer que los organismos superiores alcancen su pleno crecimiento que llevar al mismo punto a los organismos inferiores. Del mismo modo, para hacer que la energía superior de la mente humana llegue a su madurez, la Naturaleza necesita un período más prolongado que los organismos inferiores. Y como la intuición es la más elevada, sutil y recóndita de todas las energías, por tanto sólo puede nacer mucho después de nacer éstas. Vale decir que el pensamiento científico y la reflexión metafísica, la emoción mundana y el sentimiento místico, el

intelecto y la intuición deberán brindar sus contribuciones antes de que la intuición pueda establecerse. De allí que la intuición no pueda ser alcanzada por el intelecto ni por la emoción, por la intuitividad ni por la voluntad que actúen independientemente. Ninguno de ellos podrá alcanzar esta meta por sí solo. Hacia ésta deberá avanzar el hombre total. Cuando se ejercita, en sumo grado y de modo constante, la facultad de la razón, y esto en su nivel más abstracto y metafísico, siempre y cuando tal ejercicio marche unido con la práctica de la meditación mística; y cuando la veneración profunda y la compasión altruista es la atmósfera dentro de la cual se mueven, un día, de repente y muy espontáneamente, la superior facultad de la intuición las reemplaza. El místico encuentra a su yo interior. Descubre que la personalidad está arraigada en un ser más hondo y vasto: el Yo Superior. Pero no descubre la importancia del no-yo. No llega a comprender a la Totalidad. Una vez lograda una iluminación filosófica, ésta brilla firme y duraderamente. No se nubla ni siquiera por un instante. En otras palabras, el filósofo camina en una luz perpetua, no en intermitentes relampagueos, como lo hace el místico. El conocimiento filosófico es un conocimiento bien fundado, mientras el conocimiento místico es un conocimiento ocasional. La verdad filosófica es una fuerza despejada y constante del conocimiento filosófico, mientras la intuitividad fugaz o el éxtasis temporario es, a lo sumo, el logro del conocimiento místico. Cuando una firme iluminación sobreviene en nuestro sendero de la vida, hemos logrado algo que es incuestionablemente superior a los esporádicos sentimientos de éxtasis que se le presentan, cada tanto, al devoto o al místico, pues estos sentimientos no bastarán por sí solos para evitar que, durante intervalos, nos descarriemos cuando no los tenemos, mientras que la iluminación filosófica nos muestra, con claridad, cada centímetro del terreno por el que caminamos. El místico consigue sus vislumbres esporádicas y parciales de la Consciencia Superior, mientras que con el filósofo, como una lámpara en un sitio en el que no hay corriente de aire, arde de modo estable. Finalmente, la percepción interior será continua y será inseparable de él la intuición en la que él y el mundo están realmente. Su ojo interior observa eternamente al infinito, mientras sus ojos físicos no dejan de ver al mundo al mismo tiempo.

¿Cuáles son las características interiores por las que un hombre conocerá que alcanzó la intuición? El desarrollo de las diferentes etapas de la intuición (si se lo consigue con el método filosófico) produce necesariamente ciertos cambios de carácter moral, lo mismo que intelección mental. En la primera etapa existen: moralmente, el debilitamiento permanente del egoísmo, del mismo modo que un árbol herido por un rayo se debilita tanto que no sólo dejará de crecer sino que también morirá más pronto de la que lo haría de otro modo; mentalmente, la desaparición permanente de equivocadas opiniones acerca del yo y de Dios, y de las viejas ilusiones sobre la materia, el tiempo y el espacio. En la segunda etapa, el resultado moral es un debilitamiento permanente de la lujuria, la ira y el odio. Vale decir que, aunque a veces lo pertuben los rebledes pensamientos de malevolencia y deseo sensual, los pensamientos mismos no alcanzarán fuerza ni intensidad y no podrán durar más que muy corto tiempo. Pronto estará dispuesto a perdonar las críticas, por ejemplo, o a ser amigable con, sus enemigos. Se ampliarán sus captaciones parciales, se eliminarán sus creencias ilusorias, y se corregirán sus largos hábitos de pensar equivocadamente.

En la tercera etapa, se subyugan cabalmente todas las pasiones; se borran por completo la lujuria, la ira y el odio, y éstos nunca más podrán afectar, ni siquiera por un instante, sus sentimientos. En la cuarta etapa, hay un equilibrio perfecto entre las justas necesidades del egoísmo y las sabias exigencias del altruismo. El desinterés es lo que distingue todos los tratos con las demás personas; se extingue cabalmente la vanidad. Hay un sentimiento continuo, ininterrumpido, de elevada serenidad que existe muy independientemente de los sentidos. Todas las tendencias depuradísimas del carácter que las circunstancias tal vez mantuvieran hasta entonces latentes o a medio desarrollar solamente, son ahora capaces de manifestarse en su plenitud, sin obstáculos. Aunque las primeras etapas del desarrollo de la intuición capacitan al estudioso para que intuya la realidad en grados ascendentes de claridad, la experiencia es esporádica y necesariamente la sigue un retroceso en la consciencia corriente. El logro de la cuarta etapa sola proporciona un conocimiento permanente e ininterrumpido durante toda su vida. Ahora, la mente está siempre equilibrada y calma, y concentrada siempre en lo Real. Posee la fuerza para entrar, en cualquier instante, en sí misma y permanecer arrobada y libre de pensamientos. Su consciencia de lo Real será firme. Igualmente, será firme su percepción de lo efímero e insuficiente que es la forma. Su satisfacción con la experiencia de lo Divino hará que se sienta completo en sí mismo.

No obstante, el Absoluto sigue siendo aún un gran Misterio aunque nos hayamos abierto camino hasta su presencia y estemos bajo su luz. Ningún ser humano llega a ser jamás la Deidad. Su supremo logro posible es estar en *la luz* de la Deidad. De ese modo, la totalidad del universo se le revela como un pensamiento *divino.* Esto es la intuición.

La intuición es algo que no puede comunicarse, sino que debe realizarse personalmente. Es enteramente experimental. El *gurú* que afirma que, con sólo desearlo, él puede hacer que en otra persona se realice *duraderamente* algo, la está engañando. Una señal segura de tan engañosa enseñanza es cuando un *gurú* declara que el sendero hacia la realización sólo conduce hacia él y a través de él. Así como por más instrucción que exista, ésta no le mostrará a un hombre cómo soñar (pues eso deberá sobrevenir naturalmente, o no sobrevenir), de igual modo, por más instrucción que exista, ésta no le mostrará a un hombre el estado último. La experiencia deberá sobrevenir por sí sola, espontáneamente. Esperar un logro espiritual sin haberlo merecido por su propio esfuerzo

es tan irrazonable como esperar una pericia mecánica sin haber trabajado con un motor. El favor personal no podrá concederlo ningún maestro, ningún sacerdote, sea cual fuere lo que, en contrario, pueda decir la superstición popular de "guías" interesados en sí mismos. El hombre que piense que, poniendo toda su vida en manos de tal *gurú,* la realización sobrevendrá un día por sí sola, sin esfuerzo o sin siquiera el más módico empeño de su parte, lo que va a tener es un cruel despertar. El anhelo de conseguir algo por nada fomenta un gran desengaño humano. Un ejemplo es el rico parásito social que se contenta con no aportar nada y saca mucho de la reserva común solamente porque algún antepasado de su familia dio algo; otro ejemplo es el fiel religioso que, sin esfuerzos de su parte, espera que otro hombre le de a Dios. En los círculos místicos, hay demasiados buscadores que aguardan que, en el horizonte, se les aparezca un Maestro que les regale, según sus conveniencias, lo que sólo podrá sobrevenir como resultado de los esfuerzos de esos mismos buscadores.

Un maestro genuino procura ayudar a su discípulo para que desarrolle lo que ya está dentro de éste, no pretende realizar un milagro. Si cualquier hombre pudiera elevar permanentemente a otro hombre hasta el Yo Superior, si pudiera transferir la consciencia de éste a una segunda persona, esa hazaña la habrían realizado todos los grandes sabios del pasado; entonces, la historia de la humanidad hubiese sido muy diferente y el estado actual del género humano hubiera sido muy superior. Eso nunca se hizo porque jamás fue un regalo. Sólo a través de los procesos de la evolución biológica un espermatozoide crece hasta convertirse en un ser humano adulto, y sólo a través de los procesos de la evolución espiritual un hombre crece hasta convertirse en sabio. Las transformaciones rápidas y repentinas no existen. El transformador contacto de la Gracia llegará en el momento psicológico justo de su historia cuando deba llegar. Pero ese momento es determinado por el Yo Superior del hombre, no por ningún otro hombre, por maestro o santo loado que sea.

Por útiles y provechosos que admitidamente sean donde estén, los maestros no pueden llevar a nadie hasta lo que más importa: a la fundada realización del Yo Superior. Eso sólo podrá hacerlo la Gracia de Dios y el tiempo de Dios, no la Gracia y el tiempo nuestro ni de los maestros. Ningún intermediario encarnado podrá hacerlo por nadie, ni podrá conferir la única iniciación que cuenta sobre todas las demás porque, de allí en adelante, brinda una permanente comunión consciente e ininterrumpida. Al final, la instrucción deberá sobrevenir pura e inmaculada respecto de las limitaciones humanas. Ningún ser finito puede iniciar duraderamente a) hombre en el Infinito, sólo el Infinito mismo podrá hacerlo. A la verdad se la estudia mejor en su origen. El estudiante debe realmente dejar de profanar la universalidad del Yo Superior transportando su grandeza y su magnificencia a los mortales terrenos, y debe dejar de mancillar su naturaleza pura y espiritual con su culto antropomórfico. Deberá estar solo ante Dios, sin *gurús,* pues quien secunda a Dios, el Yo Superior, es un ser real cuya presencia puede sentirse, cuya intelección y conocimiento existen, y que posee la fuerza para responder. De allí que su llamado sea oído y su oración pidiendo ayuda no sea pronunciada en vano si se la expresa con sinceridad.

Sin embargo, si la espiritualidad no puede transportarse de un hombre a otro como transportamos una valija, quienes tienen sensibilidad tal vez perciban su presencia y su fuerza. Para un maestro consumado es muy posible que dé a un discípulo fiel una vislumbre de la realidad impartiéndole una momentánea vislumbre de la *primera* etapa de la intuición. Esto él lo efectúa aquietando telepáticamente los procesos pensantes del discípulo y profundizando el movimiento emocional de éste.

La meta filosófica no puede lograrse mediante métodos de producción masiva, aunque la meta religiosa sí lo pueda. Cada individuo deberá encontrar su peculiar sendero que conduzca a ella Puede hallarlo con la ayuda de otro, de un maestro, pero aun así será, y deberá ser, su propio sendero.

CAPITULO IX

¿CONFIANZA EN UNO MISMO O DISCIPULADO?

¿Cuántas visiones cuestionables han sido sugeridas, a quien medita, por su denominado guía espiritual? ¿Cuántas experiencias místicas jamás le hubieran ocurrido si este guía no le hubiera dicho que las esperara? ¿Cuántos fenómenos casi fascinantes se disfrazan de experiencia mística? Consideremos a quienes están tan fascinados por los dogmas y métodos antiguos que se someten a ellos totalmente y viven en el pasado, perdiendo un tiempo precioso en aprender de nuevo lecciones que ya aprendieran en aquellas épocas anteriores. Aquéllos son víctimas de lo que está muerto. Ignoran las lecciones de la civilización occidental. ¿Por qué renacieron en Occidente si no es para aprender lecciones nuevas? ¿No deben ser bastante dúctiles como para adaptarse a las exigencias que les plantea la era actual? Maestros que carecen de inspiración e iluminación, que no perciben esto, siguen enseñando solamente los métodos viejos, transmitiendo, como un fonógrafo, lo que recibieran por la tradición. Si pudieran comprender el vivido espíritu interior de lo que heredaron, en lugar de su añeja forma exterior, se liberarían del pasado, pues entonces estarían

solos en la gran Soledad. Y por tal espíritu ellos darían instintivamente lo que hoy se necesita, no lo que los siglos anteriores necesitaban.

El discípulo que abyectamente se somete ante un supuesto maestro, o que incluso convierte a un hombre bueno en el objeto de una idolatría supersticiosa, pasa a ser un mero robot. Quien no tenga la valentía para pensar, hablar y actuar independientemente de su maestro, jamás tendrá la posibilidad de comprender la verdad por sí. Quien da demasiada importancia al valor de los servicios que un maestro presta a su discípulo, está gobernado por la emoción, no por la razón, cuando no estudia otro sistema que el que su maestro prumulga; cuando en suma, se sometió por completo, en todo sentido, ante el maestro, entonces es correcto decir que semejante hombre jamás conocerá la verdad, jamás alcanzará la realización, jamás será un sabio. La mentalidad servil que los denominados maestros y *seudo-gurús* crean y perpetúan en sus desdichados discípulos conduce a la degeneración moral de éstos, pues al perder la fe en su capacidad para alcanzar la verdad mediante sus propios esfuerzos, no realizan intentos y, en consecuencia, nada logran.

Tan pronto los hombres entregan, con fe ciega, sus almas a cualquier guía dictatorial que los explote, se apaga la luz de la conciencia y se silencia la voz del sentido común; empiezan a caminar en las tinieblas; no pueden ver hacia dónde los están arrastrando. A quienes siguen a semejante maestro, al final, si tienen suerte y son sinceros, el desengaño los conducirá a la necesidad de volver sobre sus pasos. Quienes se someten total y ciegamente ante semejante maestro someten la oportunidad misma para la cual nacieron en un cuerpo humano. Quien les alcanza una enseñanza prefabricada para que sólo se limiten a creer, les bloquea el sendero real que lleva hacia adelante y les obstaculiza el verdadero desarrollo. De esta manera, en vez de hacer que sus esclavizados discípulos sean conscientes de la fuerza interior que poseen, valora de modo totalmente exagerado su propio servicio y trata de que ellos olviden por completo la confianza en sí mismos, y se debilitan más sus voluntades y se toman más negativos que antes.

En épocas anteriores, el sacerdote representaba un papel dominante y tomaba sobre sus hombros la carga de quienes buscaban la verdad. Pero su labor se desvió cuando indujo a los hombres a que creyeran que, sin la mediación de otros hombres, sin la intercesión de jerarquías sacerdotales a sueldo, les sería imposible lograr un estado espiritual. Por desgracia, es un hecho histórico que, en la antigüedad y en la Edad Media especialmente, casi todo el sacerdocio tendía a arrogarse privilegios sociales, políticos y económicos sobre la alegada sanción de su título de delegado de Dios sobre la Tierra. Con el tiempo, la explotación de estos privilegios llegó a ocupar las mentes de muchos sacerdotes más que el avance de la humanidad. No se trata de una religión genuina sino de un sacerdocio egoísta que, en nombre de Dios, perjudicó y obstaculizó tanto el progreso del hombre. Es por ello que observamos que una parte importante de la misión de grandes almas como Jesús, Buddha y Mahoma fue refrenar el poder malsano y borrar la influencia fomentadora de supersticiones de los sacerdotes ortodoxos de sus épocas respectivas.

El vulgo crédulo, ignorante y sometido, siempre fue bastante fácil víctima de las promesas y amenazas del sacerdocio, y donde menos se lo esperaba se desarrollaba un sistema paralelo y más depurado de explotación. Se presentaba bajo una capa diferente en la que procuraba echar sus garras a través del exagerado culto de los *gurús* en quienes, más allá del estado religioso ortodoxo, evolucionaron hacia la mística. Originalmente, el maestro espiritual representaba a quien daba guía y ayuda al buscador de Dios, pero una creencia desviada llegaba, con el tiempo, a hacerle creer que representaba a Dios encarnado en él. Particularmente en Oriente, la ignorante deificación de hombres vivos (con la consiguiente obediencia servil y el renunciamiento intelectual que esto entrañaba a menudo) alcanzó otrora y todavía llega a alcances por demás fantásticos. Fomentó una vasta superstición, quitó la confianza en uno mismo y destruyó el pensamiento independiente, abriendo las puertas a muchos charlatanes.

La costumbre de hacer que los hombres consideren a algún otro hombre como la encarnación de Dios tal vez haya sido útil en la antigüedad cuando el vulgo era más ingenuo que en la actualidad, pero ciertamente produjo desdichados resultados en los tiempos modernos. A lo más, su valor radicaba en lo práctico, no en lo filosófico, para el vulgo sin instrucción, no para las clases cultas. Pedirle a quien en la actualidad está consagrado a la mística que siga la misma costumbre es dar a su vida interior una dirección malsana, y descarriada para su vida intelectual. Es pura blasfemia llamar a cualquier *gurú* con el nombre de la Deidad y atribuirle un poder deífico.

La filosofía está consagrada a la enseñanza de principios, no a la exaltación, la glorificación ni la explotación de personajes. Sostiene que la autoridad de los mensajes no es de importancia primordial como la verdad del mensaje, que la prioridad pertenece a lo que es permanente más que a lo que es efímero, y que los hombres necesitan mucho más reorientar su pensamiento y renovar su práctica que reverenciar a individuos en particular. Rinde culto a los ideales divinos, no a los ídolos humanos. A la adoración de las personas la substituye por la veneración de las verdades. Declara que quien persiste en adorar a personas muertas, como Jesús, lanza pensamientos al vacío que se desvanecen, pero quien adora a los principios inmortales *que Jesús enseñó esta* guardando un tesoro en los Cielos. Más bien procura inculcar grandes verdades que idolatrar a grandes hombres. Lo que Fulano o Mengano dijo o hizo no le interesa tanto como si sus palabras son ciertas y sus acciones correctas.

En épocas recientes, a menudo nos enteramos de que esta o aquella nación desea establecer su independencia política. No nos enteramos con frecuencia de que este o aquel hombre desee establecer su independencia mental. Empero, sin ésta no puede alcanzarse tal individualización del ser humano, que es la meta evolutiva actual. Lo que en siglos anteriores se

lograba apelando a la fe ciega deberá realizarse ahora apelando a la racionalidad científica. Ningún hombre, ningún grupo tiene proscripto el derecho de ser dueño para siempre de la mente de otro hombre u otro grupo. No es ético el maestro que impide a sus discípulos que descubran y desarrollen hoy sus recursos latentes e inagotables, por más que esto fuera permisible en épocas primitivas. Sin embargo, la filosofía no alberga la creencia de que, todo el tiempo, deba haber alguien que camine junto al discípulo, alguien que guíe continuamente sus pensamientos y actos, un conductor a quien el discípulo deba estar siempre contemplando.

Dentro de los muy vastos límites de la fidelidad al sendero, el maestro debe permitir al discípulo mucha libertad para que elija los pasos que en ese sendero dará, para que se desarrolle según sus propios lincamientos personales, y debe animarle a que piense y sienta como un individuo libre.

Todas las religiones del pasado procuraban incluir a todos los hombres dentro de grupos; la actitud tribal o racial todavía se aferraba a los grupos. Esto estaba bien en las circunstancias externas que antes gobernaban la vida social humana. Por ejemplo, hace sólo mil años, los habitantes de América estaban completamente segregados de los de Europa. En consecuencia, la religión útil para un pueblo no lo era para el otro; sus hábitos y su herencia eran muy diferentes. Pero, en la actualidad, estas circunstancias cambiaron asombrosamente. La mano de obra humana transformó la faz del planeta. Ahora el hombre tiene la posibilidad y la fuerza para pensar de modo universal, para escoger por sí las ideas que quiere aceptar y los ideales que quiere seguir. Se está individualizando mentalmente. Puede volver a determinar los valores de la vida y las ideas de la existencia, no como una mera unidad de un grupo tribal o nacional sino como un individuo que guarda respeto hacia sí mismo. En realidad, ésta es sencillamente una democracia que está en funcionamiento en la religión. Pero al dar este paso, da el primer paso hacia la mística, pues la mística misma es la culminación de toda religión sincera. En los capítulos IX y X de *La Sabiduría del Yo Superior* pueden encontrarse algunos nstructivos pormenores sobre el segundo movimiento evolutivo.

El método de los grupos organizados

Lo que aquí se dijo sobre los guías particulares y los maestros únicos se aplica igualmente a las instituciones autoritarias y jerárquicas y a las organizaciones públicas o secretas sujetas a dogmas. El institucionalismo místico-religioso estereotipado recela siempre del cofrade que suele buscar la verdad con una mente libre e independiente. Si aquél persevera en su búsqueda, tarde o temprano chocará seguramente con ese institucionalismo. Cuando esto ocurre, si no es político como para transigir ni prudente como para someterse, ¡se le expulsará como un rebelde, se le excomulgará como un hereje.

Cuando perciba con cuánta frecuencia estas organizaciones fueron enemigas tradicionales del avance interior del hombre (como en los casos de Buddha y de Jesús), el prudente buscador de la verdad se apartará de ellas, brindándoles más bien sus deseos que integrándolas con su presencia. Cuando a través de las biografías y de la historia advierte cómo, de modo inevitable, las instituciones formales tienden a desprenderse de lo que es importantísimo y se dedican a conservar lo que es menos importante, se enterará de cuan peligroso es lo gregario para la verdad.

Las organizaciones, en su mayoría, tienen miras demasiado estrechas, por sus mismas formas se dedican a mantener sus prejuicios del pasado, y pronto son nuevas jaulas para los aspirantes que ingresan en ellas. Quien está sujeto a una religión es, a la sazón, un prisionero tan firmemente atado a la estructura que el erigió que tal vez no pueda manifestar estas verdades aunque las conozca, mientras que el filósofo deberá expresarlas porque lo impresionan mucho los peligros que la humanidad afronta.

Si quien estudia filosofía va a integrar algún grupo, no deberá hacerlo en uno externo, ni deberán atarlo lazos visibles sino que sólo lo atará una austera actitud mental común, una devoción a la búsqueda de la verdad. No deberá usar un rótulo, ni podría soportar una organización, pues el rótulo lo separaría instantáneamente de cualquier otro grupo espiritual, y la organización lo obligaría a albergar pensamientos de rivalidad y de lucha en procura de prestigio o poder mundanos, a expensas de organizaciones que estén compitiendo. Una de las cosas bellas de la filosofía es que se trata del único modo de ver al mundo que no busca prosélitos, ni hace propaganda, ni tiene intereses creados. Es la única que concede una libertad verdadera y total; todos los demás puntos de vista meten a sus adeptos en jaulas.

Los hombres admiran a un movimiento popular en especial por su magnitud. Adoran ídolos de latón mientras el polvo se amontona en los de oro. Es improbable que tenga atractivo popular una enseñanza que se imponga normas muy exigentes. La filosofía está alegremente preparada para afrontar ese obstáculo. Observa claramente que tiene por destinatarios a los pocos que tienen discernimiento, y el ámbito en el que desarrolla sus actividades le proporciona inevitablemente limitaciones bien claras. No puede esperar que afectará de inmediato ni directamente a la multitud; por ello, no procura ganar el favor de ésta. En consecuencia, el hecho de que sus adeptos sean apenas un puñado no alterará la paz de quienes la custodian. Con seguridad les bastará con que

puedan ser instrumentos de esclarecimiento esotérico y regeneración individual para estos hombres y mujeres si, a su vez, éstos pueden ser inspirados para que, a su modo, sirvan a los demás. No se empeñan en que el vulgo se exprese en favor de ellos. El buen resultado al cual aspiran no consiste en la mayor cantidad, en el gran reconocimiento, en la amplia aprobación; consiste en llegar a los pocos que esperan y están listos para escuchar, para apreciar y para entender.

La filosofía está rodeada por una pequeña audiencia de fieles seguidores, y no será tan imprudente como para desviarse de ella. Deliberadamente, procuró limitar nuestro campo de influencia. Quiere que sus adeptos sean sus amigos, pero no quiere que esto sea sobre una base falsa. Si esta base no ha de ser la de la búsqueda de la verdad sino la de agradar a los prejuicios de sus amigos, complacer sus sentimientos, confirmar sus ideas equivocadas y apoyar sus ilusiones, entonces semejante amistad no sería auténtica. Nuestro deber es ofrecer y facilitar el asesoramiento más elevado y la guía más sabia que seamos capaces de dar a quienes buscan eso, en vez de interesarnos por si la gente está o no preparada para escuchar. La filosofía es un mecanismo educativo, no propagandístico. Por tanto, no procura competir con los demás por la sencilla razón de que no puede. Está obligada a limitarse a una minoría cuyo interés por su especial enseñanza sea profundo y fiel, cuya mentalidad esté bastante madura como para simpatizar naturalmente con la filosofía.

Tal vez se entienda ahora mejor por qué no hay nada desdoroso cuando afirmamos que la filosofía, en razón de su singularidad, se mantiene apartada de la abigarrada multitud de otras enseñanzas. Esa es sólo una cuestión del destino que forjó su carácter. Las demás enseñanzas tienen cabida, pero nadie podrá ocupar el lugar de la filosofía. Debe recalcarse claramente que inicia de modo exclusivo la empresa de reflexionar sobre la vida y de penetrar en ésta. Una vez que siquiera un puñado de personas competentes *entendió,* este conocimiento se abre camino en el mundo. No son el alboroto ni los gritos sino el hecho de entenderlo y el hecho de vivirlo los que asegurarán su difusión. Es por estas razones que la filosofía expresa con modestia su mensaje sutil y no representa el papel de un ronco propagandista que habla en voz alta; es por estas razones que, con su calma y su dignidad, es ejemplo de lo que ella ordena sobre cómo afrontar los altibajos de los acontecimientos contemporáneos. No gritará con la multitud sino que ella prosigue siempre su propia política.

El aspirante avanzado es mal "candidato a hacerse miembro". Le basta la filosofía. Nunca más sentirá la necesidad de adoptar una nueva fe o seguir a un nuevo guía. No ansia seguir, en pocos años de diferencia, a sus hermanas y hermanos inconstantes en su ingreso en el último culto. Se mostrará siempre prudentemente reservado hacia nuevos profetas y corrillos, maestros y doctrinas, y se negará a comprometerse con ellos precipitadamente. No estará de acuerdo en cerrar su mente y su busqueda en un sistema cerrado. Nada aceptará que limite sus actitudes y estreche su perspectiva. Por ende, debido a su propio adelanto espiritual, no integrará sectas ni organizaciones, religiones institucionales ni cultos místicos. Quien es capturado por la verdad filosófica es capturado para siempre, pues ella le pone en libertad. Una vez que se es filósofo, se es filósofo siempre. Jamás oiremos hablar de hombres que dejaron de ser leales a la filosofía. Si ocurriera ese hecho hasta ahora inaudito, sería solamente porque los renegados jamás aceptaron realmente a la filosofía verdadera, pues ésta sólo se ocupa de la realidad, no de fluctuantes sentimientos emocionales ni de opiniones intelectuales acerca de la realidad. Una vez que nos abrimos camino cavando hasta los cimientos de roca de la estructura arquitectónica de las enseñanzas superiores, podemos tener la seguridad de que nunca la abandonaremos sino que seremos más leales a ella con cada año que pase. Empero, sería una necedad esperar que más que una minoría microscópica (la que nació con un ardiente deseo de entender el significado recóndito de la vida) se tomará alguna vez la molestia de cavar tan profundamente. Por tanto, sólo unos pocos de los que se limitan a *leer acerca de ella* le serán siempre leales por completo.

A lo largo de su extensa historia, la humanidad puede dividirse convenientemente en estos dos grupos: los que conscientemente se dedican a buscar la verdad, y los que no lo hacen. La búsqueda corresponde solamente a quien quiere y puede apartarse del rebaño; corresponde a quien sufre y está harto de vivir a ciegas, y a quien piensa y se siente más atraído por el solitario sendero de un austero individualismo que por el trillado camino de una ortodoxia autoengañosa.

¡Cuántas son las almas prometedoras cuya integridad fue violada y se vieron forzadas a abandonar el sendero por el cual la intuición las conducía correctamente hacia un logro elevado, sólo para que su organización, su grupo o su guía personal las colocara en un sendero que, al final, las llevó a la desilusión o al desastre! Quien se apega a un maestro no sólo comparte ignorancia y errores. En la antigüedad, tal posibilidad podría no haber importado mucho, cuando los maestros que habían *realizado* la verdad podían hallarse sin excesiva dificultad, pero en los tiempos modernos importa mucho cuanto podamos rastrear un continente sin encontrar uno.

El camino del discipulado

En Occidente, hay muchos aspirantes que pasaron la parte mejor y más larga de sus vidas con la

expectativa del encuentro o con la búsqueda, de un guía espiritual de la jerarquía de ur *Mahatma o* de un Adepto. Y lo hicieron porque la teosofís (especialmente, la neo-teosofía del período posterior a Blavats ky) y el vedantismo de la India les dijeron que la iniciación, la ayuda y la guía continua de tan elevada personalidad son absolutamente indispensables para la búsqueda espiritual y que, sin la iniciación, la búsqueda sólo puede terminar en fracaso. Pero la búsqueda de aquellos aspirantes fue habitualmente vana

Ahora bien, admitimos plenamente —no negamos--la ayuda que pueda obtenerse de un verdadero maestro. Pero, hoy en día no es fácil de hallar un guía digno de confianza a través *del* oscuro laberinto de la mística. Donde creen haber hallado a semejante maestro, muy a menudo su búsqueda no fue vana, sino algo peor: porque también constituyó un autoengaño. En realidad, ponen su vida interior en peligro cuando unen a su búsqueda una inspiración dudosa y un sometimiento indebido. Aquí no juzgamos, sino que sólo exponemos hechos. En la actualidad. la dificultad de encontrar una instrucción competente, pura auténtica y desinteresada es tan grande, —y en tal sentido, sólo un poco menor en Oriente que en Occidente— que nos parece que lo más prudente es recalcar públicamente las posibilidades de avanzar mediante el esfuerzo personal, de desarrollar recursos latentes sin buscar con ansiedad excesiva, aquí y allá, para conseguir un maestro, pues son muchos los aspirantes que pierden un tiempo y una energía preciosos en una búsqueda fútil y una experimentación decepcionante, cuando podrían avanzar y llegar a la madurez valiéndose de su propia guía interior.

Cuando decimos que los maestros calificados y confiables no son algo corriente, a menudo se nos replica con que la tradición mística tiene un dicho: "Cuando el discípulo está preparado, aparece el maestro". No es nuestro propósito refutar la verdad de este dicho, pero nos gustaría complementarlo con otra verdad: que el maestro al cual se hace referencia con aquel dicho no es necesariamente un maestro encarnado ni un maestro externo. Puede estar fuera de la carne, o puede estar dentro del corazón del discípulo. En estos dos casos, llegará la instrucción y se prestará la ayuda desde dentro, a través de la facultad intuitiva, o el maestro puede ser un libro impreso para guía de la posteridad, por quien concluyó su búsqueda con acierto. Hoy en día, es posible obtener muchos libros excelentes en los que los aspirantes, en su mayoría, podrán encontrar suficiente instrucción confiable que se adapte a su finalidad práctica inmediata. Pero, al final, lo que une al hombre que busca y a la verdad buscada, ya sea que a ésta se la encuentre dentro de sí, dentro de un libro o dentro de otro hombre, es la directa mediación de su propio Yo Superior.

Debido a lo que, mediante sugerencias, se inculca desde fuera, los principiantes confunden con facilidad el hecho de que, en sus corazones, anhelen al Espíritu con el hecho de anhelar al maestro. Quienes están fascinados por las tradiciones del pasado —especialmente, por las tradiciones orientales— o, desviados por cultos actuales, llegan a aceptar la sugerencia de que es imposible avanzar sin un guía y transfieren meramente a la búsqueda de un ser humano lo que debería ser una búsqueda de su propia alma. En su ignorancia, imponen al alma el nombre de aquel ser humano y le honran con el culto que debe tributarse solamente al alma. En vez de salir a buscar su propia alma, salen a buscar a un hombre. Como el alma está dentro de ellos, y el hombre, fuera, las direcciones son totalmente contrarias. En consecuencia, las dos búsquedas deben conducir a dos resultados diferentes.

Cuando el yo del Cristo, hablando a través de Jesús, dijo:

"Yo soy la puerta", dio un consejo que todavía hoy es nuevo. Quiso decir: "No busquéis las puertas de otras personas; no os volváis hacia otros hombres en procura de lo que vuestro Yo Superior aguarda daros". La solemne proclamación de este yo del Cristo en cada hombre es: *"Yo soy El Camino, la Verdad y La Vida".* El hombre podrá hallar en sí mismo la guia necesaria, el conocimiento deseado y la meta buscada. Pero, para lograr esto, deberá tener plena fe en el alma del Cristo dentro de él y no vagar de un hombre a otro. Esta alma existe dentro de él, o no existe. Si existe, es necesariamente una fuerza viva y activa detrás del escenario de su vida visible. Con seguridad, es tan competente para guiarle por el sendero espiritual como lo es cualquier ser humano encarnado. Si no es cierto que su propia alma pueda guiarle directamente, que por sí misma pueda introducirle en la auto-realización, entonces no es cierta la afirmación de que existe ni las constancias de su fuerza. Pero el hecho es que la voz que le llama es la voz del alma, aunque ignorantemente él la llame con el nombre de algún hombre. Si esta búsqueda es nada menos que una búsqueda de su propio yo más profundo, entonces el hecho de que se aferré a otro yo humano, a maestros externos, sólo podrá impedir y no promover el logro.

Tal como quien busca la verdad tiene que aprender, mediante decepción y sufrimiento, a dejar de depender solamente de cualquier ser humano para ser feliz, de igual modo, por los mismos medios, tiene que aprender a dejar de tener confianza únicamente en un ser humano para que le guíe. Sólo el Yo Superior podrá darle felicidad duradera, y sólo el Yo Superior es el que podrá darle una guía perfecta. Al final, los trágicos acontecimientos de la vida le llevan de vuelta a la soledad esencial de toda alma humana. Y sólo cuando es bastante valiente como para afrontar esos acontecimientos y esta soledad en su total plenitud, sin buscar la ayuda de hombres encarnados, él tiene la oportunidad única de descubrir a su habitante secreto, el alma divina. Y él llegó a la entrada verdadera del sendero místico cuando llegó a comprender, mediante tales decepciones y desilusiones, que deberá confiar en la guía que proviene de adentro, no sólo porque ella sola percibe las necesidades peculiares de él sino también porque emana de aquel segundo yo que él está tratando de descubrir. El satisfizo una de las condiciones para la auténtica iluminación: se

apartó de otras cosas para dirigirse hacia el alma misma. Si tiene que pasar del grado elemental al grado superior, sólo podrá hacerlo despertando ante esta verdad avanzada: que su propia alma es la guía legítima que Dios le dio. Cuando el novicio viajó bastante lejos como para poder en tender esta situación, empezará a formarse y a no aguardar inútilmente a que algún maestro lo haga. Empezará a modelar sus ideas y a dirigir sus meditaciones por sí mismo, y a no permanecer indolente y desvalido hasta que pueda recibirlas desde fuera Ejercitará su voluntad y no le permitirá permanecer floja, inerte o incluso paralizada.

El discípulo —solamente el discipulo— tiene que aplastar todas las malas pasiones, rechazar todos los pensamientos malos, vencer todas las emociones malas, pues le pertenecen, y, a menos que él mismo se ocupe de aquello, se mantendrá aún la debilidad de carácter que lo generó. No sólo es absurdo sino también autoengañoso contar con un maestro que haga esto por el discípulo. Ningún medio externo podrá asegurarle externamente lo que él deberá asegurar por sí mismo internamente. El conocimiento que nace por el solo hecho de pensar, la fuerza que extrae de su propio yo, la compasión que sale de su propio corazón, son inmensamente superiores a los productos de segunda mano de la sugestión exterior. Quien actúe sobre la base de esta verdad no necesitará a nadie más para que le enseñe. Su yo divino está allí, siempre presente, y lo hará mejor.

Hasta Sri Ramakrishna, el santo a quien muchos *swamis* siguen, adorándole como una encamación de Dios, admitió:

"Quien pueda acercarse a Dios con sinceridad, fervorosa plegaria y profundo anhelo, no necesita *gurú".* También es cierto que aquel santo acreditó su afirmación añadiendo: "Pero semejante anhelo profundo del alma es raro; de allí la necesidad de un *gurú".* Si el anhelo es bastante fuerte y profundo, hallará lo que verdaderamente necesite sin mucha ayuda del exterior. Pero si no lo es, entonces puede ser el esclavo que vaga en círculos, sujeto a una docena de técnicas limitadas e inadecuadas; puede ser la debilitada víctima de una docena de maestros que la exploten, antes de que, al final, advierta que tiene que hallar el sendero que se adecué a sus propias características individuales, antes de que reciba la enseñanza liberadora que proviene de la pureza de su propio Yo Superior.

Cada uno es un individuo, y, por tanto, único. No es recorrer el sendero que conduce hacia la libertad más amplia el hecho de imitar siempre al pensamiento, la palabra y la acción de un particular maestro, aceptar siempre la influencia sugestiva que aquél procura ejercer sobre sus fascinados fieles, ni practicar sólo el método que concuerde con tal maestro.

Por tanto, que nadie se desvíe autoengañándose con las fórmulas estereotipadas de algún maestro ni con las leyes mecánicas de alguna técnica. Esto no significa que abrupta o neciamente rechace cuanto pueda extraer de otros hombres, sino que, si bien aceptará tal ayuda, no le asignará un lugar primordial, no hará que dependa de ella, indebidamente, el acierto o el fracaso de su búsqueda. Si entiende correctamente esta situación, esto no significará que se limite a depender de los limitados recursos de su personalidad sino de los ilimitados recursos de lo que habita detrás de la personalidad. En suma, con fe inconmovible buscará al Yo Superior para que, finalmente, le introduzca en la realización de la divinidad que es su meta sublime.

"Estoy obligado a sacar mi filosofía de mi propia cabeza", observaba Sócrates, que de nadie aprendió su enseñanza. Su sabiduría la había extraído de los abismos ocultos de su ser. Ningún maestro puso los pies de él sobre el sendero, ninguna escuela se la transmitió; la obtuvo por sí solo. Por tanto, era natural que él no se preocupara de descargar un fardo de doctrinas prefabricadas sobre las espaldas de un hombre sino que más bien se esforzara por inducirle a que pensara por sí solo. A lo más, la instrucción que un maestro da conduce a un conocimiento mediato, mientras que el conocimiento de la verdad deberá ser inmediato. El conocimiento mediato es necesario como paso preliminar que conduce al conocimiento inmediato, pero, por sí solo, no puede dar la realización. Por tanto, el estudioso deberá realizar sus propios esfuerzos para concretar lo que se le enseñó. No podrá eludir este deber si quiere la realidad y no meramente palabras o pensamientos acerca de ella. Como en la época de Sócrates, quien actualmente busca la Verdad se halla en la misma situación en la que se reclama esfuerzo personal. Puede ser un hecho que los viejos textos sánscritos anticiparan las eventuales conclusiones de él, pero él tiene que viajar hacia ellas por una ruta diferente, pues ahora tiene que caminar solo, con un pensamiento que carece de ayuda, y mediante una experiencia precursora. Cuando se le obliga a ser independiente, se le obliga a estudiar sus propios problemas; lo que gana de esta manera, le pertenece, y no lo podrá perder.

Después de todo, de poco vale procurar que los demás le proporcionen lo que, al final, él mismo deberá procurarse. Puede huir en procura de la imaginada seguridad de un maestro, un método, un credo, una iglesia, un *ashram,* un grupo o una organización, pero huye en vano. Al final, la vida exige que sea él quien descubra sus *propios* recursos. A lo sumo, como lo señalara Sócrates sagazmente, el maestro sólo podrá trabajar como una partera, ayudando a los estudiantes a que den a luz sus propias verdades. Cada uno debe entender que, principalmente, deberá elaborar su propia salvación. Todas las sugerencias insidiosas que tienen el propósito de acrecentar la dependencia, la debilidad y la esclavitud de los discípulos deberá ser absolutamente resistida por quienes sean estudiosos de la filosofía. Por tanto, la primera tarea de un guía de verdad es crear en sus discípulos esta necesaria confianza en sí mismos, en ayudarles a que sean conscientes de su propia fuerza latente, en animarlos a nutrir su intelecto, recomendándoles que reflexionen sobre sus propias experiencias. La integridad intelectual les exige esto: que no subordinen, ante otro

individuo, su libertad de acción, que no se sometan totalmente ante la voluntad de otro individuo, y que no pierdan el derecho a su libre albedrío. Si es cierto que no es ético tiranizar a los más débiles, tampoco lo es ceder ante la tiranía de los más fuertes.

Al discípulo le corresponde liberarse de sus propias ilusiones, pues ningún maestro podrá hacerlo por él. Momentánea u ocasionalmente puede ver la verdad a través de los ojos de su maestro, pero no podrá verla duradera e ininterrumpidamente a través de otros ojos que no sean los suyos propios. Si realmente quiere ayudar al discípulo, el modo sano es que el maestro le haga usar independientemente su propio intelecto, que le dé bastante confianza para que desarrolle sus facultades intelectuales y promueva su fuerza de concentración y estimule su facultad pensante. De esta manera, el discípulo aprende a confiar, cada vez más, en sus propios recursos interiores, y a convertir a la aspiración en una acción.

Contrariando las opiniones ortodoxas sostenidas egoístamente por la jerarquía o acatadas ciegamente por quienes preconizaban otras escuelas —incluso más antiguas— de la India, que declaraban que la iluminación era totalmente imposible sin un maestro, el Buddha, de modo liso y llano, y si se quiere, heréticamente, declaró que hay dos caminos por los que se puede llegar a la intuición correcta: aprendiéndola de otros o mediante reflexión personal. La misma cuestión la explicó de modo diferente, pero pormenorizado, el *Yoga Vasishta,* un viejo texto sánscrito, de esta manera: "Hay dos clases de senderos que conducen hacia la libertad perteneciente a la verdad. Ahora bien, oídlos. Si uno debe seguir sin el más leve fracaso el sendero establecido por un maestro, el error mermará poco a poco y el resultado será la emancipación, en el nacimiento mismo de la iniciación por parte del *gurú o* en algún otro nacimiento sucesivo. El otro sendero es aquel en el cual la mente, ligeramente fortalecida con un inmaculado conocimiento espontáneo, medita incesantemente sobre él; y luego se enciende en uno la iluminación verdadera, como un fruto que, inesperadamente, cae de lo alto". Este segundo sendero es aquel por el cual abogamos. Se basa en el hecho de pensar racionalmente y meditar místicamente sobre la rememoración de una vislumbre, de una intuición o una iluminación fugaz que tal vez se haya experimentado alguna vez o, alternadamente, sobre la descripción de tal experiencia como se da en los libros.

De estos hechos hay una clara inferencia que puede extraerse. Y es la de que nadie resultó realmente herido porque en *La Sabiduría del Yo Superior* afirmáramos que el Yo Superior es el único maestro verdadero que hay que buscar sobre todos los demás. Al privar a todo el mundo de una guía externa dudosa, le hemos devuelto la guía interna más segura: la luz y la fuerza de Dios que está dentro del yo de cada uno. Nos esforzamos por despertar a los hombres, por sacarlos de su servil dependencia de los demás, por elevarlos y hacer que, de seres débiles que buscan apoyo, se conviertan en estudiosos que confían en sí mismos, por despertarlos para que tomen consciencia de sus propias fuerzas de realización y de sus propias posibilidades de conocimiento. Hemos procurado ayudarles para que miraran a la vida desde su propio centro espiritual y extrajeran de ellos mismos una sabia comprensión de la vida, y para que trabajaran más bien con la luz de sus propias ideas creativas que con ideas prestadas. Hemos procurado ayudar a los individuos para que se desarrollaran conscientes de su propia divinidad inherente y para que, de esa manera, cumplieran la finalidad verdadera de su encarnación. La única redención que la filosofía proclama es la auto-redención. La filosofía cree que el hombre debe crear, a partir de su propia consciencia y mediante su propio esfuerzo el nuevo conocimiento que lo transformará, pues, al final, la realización del Yo Superior es nada más que un cambio de énfasis dentro de su propio ser, y, por tanto, ninguna fuerza exterior podrá efectivizarla.

"Aferraos a la verdad, como un refugio. No busquéis refugio en nadie, aparte de vosotros mismos", exclamó el Buddha moribundo ante Ananda, su discípulo y servidor, en ocasión de dar su mensaje de despedida para todos los discípulos. Lo que luego dijo es también muy instructivo respecto de nuestro tema: "Sed luces para con vosotros mismos" es una traducción aceptable, pero "Sed islas para con vosotros mismos" es otra. Ya sea que aceptemos una u otra, en ambos casos el significado es, en última instancia, el mismo. Es un mensaje de confianza en uno mismo, de búsqueda interior, no de búsqueda exterior, en procura de guía y fortaleza. Finalmente, es una advertencia para no depender indebidamente de maestros humanos, y depender principalmente del elemento iluminativo que está dentro de uno mismo. "Elaborad vuestra propia salvación con diligencia", fueron las últimas palabras de este hombre maravilloso, cuya forma reposada, su boca sonriente y su pacífico continente evidenciaban su sublime confianza en sí mismo.

La opción que se plantea a quien busca la verdad

No obstante, sólo quien está en los extremos y carece de equilibrio puede desear prescindir de la instrucción sabia que es correcta, si *puede disponer de ella,* pues sin ella los hombres deberán sufrir duras pruebas y cometer muchos errores, y, en consecuencia, sufrir mucho también. Efectivamente, grande es la necesidad de un maestro en el que se pueda confiar. Pero deberá ser no sólo hombre que conozca, sino también hombre fuerte y piadoso: fuerte, porque quienes acudan en su busca son débiles, y piadoso porque no tiene otro modo de inducirlos que darles su ayuda. De modo que, si son incapaces de resolver por sí solos sus difíciles problemas, deben buscar y aceptar la guía de otro. El hecho de obtener la guía amistosa de alguien que conozca hasta dónde se prolonga el camino es un procedimiento razonable, como es irracional convertirse en un débil mental esclavo de alguien que revele infalibilidad pontifical y desapruebe la racionalidad científica. La función primordial de un maestro competente es mostrar a sus discípulos

un camino seguro y, de este modo, reducir el esfuerzo necesario, como su función secundaria es la de dar fuerza propulsora hacia la meta.

Los aspirantes, en su mayoría, descubren que el Yo Superior no es algo a lo que puedan aspirar o sobre lo que puedan meditar mientras para su mente corriente no sea posible concebirlo, imaginarlo y captarlo. Para ellos, es un vacío sin forma, caracteres ni rasgos, ni punto de referencia. Es demasiado intangible, vago e indefinido para que su consciencia se sienta elevada o para que su atención se concentre en él. Este concepto los deja, por así decirlo, suspendidos en el aire. Por tanto, lo que necesitan es algo o alguien que les proporcione un foco visible de aspiración a la realidad, un centro imaginable para meditar en él. Es decir, necesitan un *atractivo símbolo de lo Real.*

A ese símbolo lo podrán encontrar en un personaje histórico escritural que conozcan por la tradición; en un maestro vivo que conozcan por relación personal; en un libro, antiguo o moderno, cuyas frases impliquen estar inspiradas por el conocimiento de la realidad; en las producciones musicales, pictóricas, esculturales y demás, de orden artístico, pertenecientes al genio humano; o en la belleza, la grandiosidad, la inmensidad y la serenidad de la Naturaleza misma. Unas pocas flores en un simple vaso pueden también transmitir, a algunas mentalidades refinadas, un símbolo adecuado de la Gracia divina. Pero sea lo que fuere, es indispensable que, si ha de ser eficaz, sea atractivo para sus predilecciones personales. Con los mismos fines, pueden incluso utilizarse los adminículos, instrumentos, ceremonias, ritos y sacrametos de la religión, siempre que se cumpla esta condición y siempre que no se los considere a la luz de extravagantes pretenciones formuladas habitualmente por su intermedio, sino como muestras de lo Intangible y como recordatorios de la Búsqueda. De esta manera, la estatuilla de un Buddha sumido en la contemplación puede estar colmada de significado en los ojos de un místico budista cada vez que la contempla, como un esperanzado mensaje dirigido desde el silencio del Nirvana hacia el hombre que está atado por los deseos y como un estímulo para seguir practicando los ejercicios de meditación. El pequeño crucifijo que lleva bajo su camisa puede tener vivo significado para le mente del mistico cristiano cada vez que lo toca, como una señal de la presencia del espíritu oculto "crucificado" en un universo manifiesto y como una recordación de la necesidad de morir para el ego inferior.

Los aspirantes que encontraron un guía contemporáneo que sea digno de confianza, un maestro ideal que se unió con su alma y quiere ayudar a los demás que buscan alcanzar el mismo estado, pueden considerarle, convenientemente, como su Símbolo finito del Yo Superior. El hecho de que le acepten como un guía espiritual no será entonces un disparate. Por lo contrario, será un acto de sabiduría, pues les ayudará mucho para que avancen. A la mente le dará algo claro con lo cual ocupar su campo de atención, algo de lo que sólo podrán apoderarse el pensamiento y el sentimiento durante la hora de aspiración, pero también lo podrán retener los que estén fuera de ella. De allí que, para quienes no alcanzaron la etapa de una mística plenamente operativa (etapa que no se alcanza con facilidad pues es avanzada), sería una necedad desvalorizar semejantes ayudas externas, sería una imprudencia no apreciar la utilidad de tal símbolo.

Hay algunas otras ventajas, entre las más impersonales, en la utilización del nombre y de la persona de un maestro como foco de esta clase de meditación. Para muchas personas, es más fácil trabajar imaginativamente con los sentidos físicos con los que están familiarizadas, que creativamente con las facultades de la reflexión abstracta, con las que están mucho menos habituadas, pues el aspirante puede crear rápidamente la imagen mental; puede recordar rápidamente el sentido de elevación que el impacto de su influjo le prodiga; puede establecer una actividad en la que, telepáticamente, de su presencia viva extraiga mayor fuerza para concentrarse y una más pertinente pericia para volverse hacia adentro; y, de esta manera, podrá encontrar un objeto visible para los sentimientos que él mismo albergue, objeto éste a cuya semejanza él podrá tratar de adecuar sus propios esfuerzos. Durante tal meditación, el aspirante sentirá la satisfacción de que dejó de ser compulsivamente restringido por sus limitados recursos.

"Cuando un discípulo está preparado, el maestro aparece". Pero esto no significa necesariamente su aparición física; significa realmente su aparición mental. Cuando el discípulo se purifica y autodisciplina, hasta cierto punto, mediante su propio esfuerzo, cuando se vuelve más sensible por la meditación y más intruido por el estudio, entonces el Yo Superior puede dirigir su pensamiento hacia algún hombre desarrollado como un foco para sus otras meditaciones, plegarias y aspiraciones. Decimos aquí "puede" porque esto no ocurre siempre. Depende de la historia, las circunstancias, la inclinación, la capacidad y el carácter del individuo. Los lazos espirituales creados en anteriores nacimientos pueden ser tan fuertes que necesiten nuevamente, por un tiempo, una relación entre maestro y discípulo. La necesidad de una salida devocional de carácter personal y tangible puede ser tan abrumadora que tome imperativo encontrar una salida digna a fin de facilitar el avance ulterior. La debilidad natural de la mayoría de los seres humanos puede fomentar estados depresivos que paralicen el esfuerzo, por lo que son necesarios los incentivos y estímulos de seres humanos más fuertes.

Por otro lado, un hombre puede haber cultivado en tal medida la confianza en sí mismo, la independencia y el equilibrio que todas estas consideraciones no lo perturben. En ese caso, no necesitará ni se le aparecerá maestro alguno. Su propio Yo Superior le proporcionará guía directa desde su interior, en vez de desde fuera, como en los caso antes citados.

Cuando por su deseo o por los designios del destino es puesto en contacto con un maestro, ni siquiera entonces es necesario que esté permanentemente con este hombre. Basta que esté con él

unos pocos minutos. Pero aunque no hubiera encontrado al maestro, el hecho de establecer contacto en lo interno, correspondiéndose mutuamente, es suficiente. Y aunque jamás hubiera existido tal correspondencia, el hecho de absorber el pensamiento de un libro que el maestro hubiera escrito conducirá a algún resultado de esta índole.

En realidad, el método más corto y rápido del logro *místico es* imaginar que de verdad él es el santo que es su ideal, imaginar que *él mismo se* transformó en el *Gurú* a quien sigue. Pero esto le es dado a un discípulo sólo hacia el final de sus aventuras en la meditación, pues ha de estar bastante purificado en su carácter, debe ser experto en concentración y contemplación, metafísico al separar, lo que carece de forma, de su apariencia externa, y capaz de desapegarse del ego personal para poder, en primer lugar, usar un método tan eficaz, y, en segundo lugar, para usarlo con seguridad, sin causar daño.

En este ejercicio, él deberá *representar* al maestro, obrar como si fuera el maestro, y disponer de toda su su capacidad nistriónica para imitar todo lo que el maestro acostumbraría. Cuando piense de este modo en el maestro, inicialmente se sumirá, de modo acelerado, en la contemplación, pero la consumación final de ésta sobrevendrá cuando él se una con la esencia que le pertenece, con la mente sola que le pertenece.

Cuando imagine al maestro, debe pensar, principalmente, en el *Espíritu* que está usando el cuerpo del maestro. Es más eficaz, y, por ende, la parte más avanzada de este ejercicio, pensar en el maestro como un *instrumento* de la energía superior, como un vehículo de la presencia divina, que pensar en aquél meramente como una persona que se basta a sí misma. No ha de pensar tanto en el guía de carne y hueso como en la mente que lo inspira. No ha de imaginar a la personalidad en su estado corriente sino en su estado extraordinario de absorción. Lo que el discípulo procura cuando está sumido en la misma meditación profunda es su consciencia interior, que él ha de contemplar y con la cual ha de identificarse. No ha de adorar al hombre, sino más bien el Espíritu que tomó posesión de aquél. No ha de concentrar tanto el pensamiento en la figura de carne como en la presencia que existe dentro de ésta. No es el nombre del profeta muerto o del guía vivo el que recibirá su homenaje y su devoción, su reverencia y su rezo, sino más bien el ser Sin Nombre que lo domina. Así, el aspirante pasa de la apariencia a la realidad, y de esta manera se prepara para convertirse en un vehículo de la misma vida divina.

Cuando a un guía, que todavía frágil y falible porque todavía es humano, se lo considera una divinidad, cuando se lo viste crédulamente con títulos deíficos y sus discípulos lo entronizan reverentemente mucho más allá del alcance profano de la razón común, quienes tienen mentalidad filosófica no pueden hacer nada más que sonreir amablemente y retirarse en silencio. Para éstos, ser adorado por otros no es un privilegio sino un fastidio. Es pura blasfemia llamar a cualquier *gurú* con el nombre de la Deidad y atribuirle poder deífico. La verdad acerca de esto la expresó San Pablo lisa y llanamente: "Yo planté, Apolo regó, pero el crecimiento lo ha dado Dios" *(I Corintios, III,* versículo 6to).

No debemos adorar a hombre alguno. Debemos venerar su encarnación del ideal, del corazón y de la mente en un estado su persona. La filosofía aboga ardientemente por la necesidad de la veneración, pero no aboga por una veneración ciega y crédula, carente de sabiduría. No debemos venerar al maestro por que queramos convertir a un hombre en Dios, como lo hacen a menudo los supersticiosos, sino porque queremos convertir a *nuestro yo* en un maestro, como los seres filosóficos tratan de hacerlo.

Hay muchas anécdotas que parecen demostrar que aunque no hayan dado una realización duradera, los *gurús* han dado a sus discípulos, por lo menos, experiencias ocultas transformadoras. ¿Cuál es la verdad oculta acerca de este asunto? Donde estas experiencias ocurren en presencia del maestro y conducen a un estado de concentración interior mediana o plena, aquéllas son de carácter hipnótico. Si el maestro es realmente de clase superior y realmente profundizó en su propia alma más que la gente del común, será capaz de comunicar al discípulo algo de esta profundidad, si éste cae en semejante estado de auto-absorción. En su lugar, esto es útilísimo para representarle a qué se parece la próxima etapa de la meditación mística. Desde el punto de vista filosófico, su valor es limitado debido a su naturaleza efímera, porque las revelaciones psíquicas que a menudo acompañan esto, pueden ser sólo sugestiones hipnóticas de índole dudosa, porque esto no puede dar resultados permanentes, y porque en esta etapa, el discípulo tendrá que elaborar su propia evolución. En la India, el carácter y el valor de esta experiencia fueron a menudo exagerados burdamente, ignorando el hecho histórico de que los anales del hipnotismo occidental registran muchos casos de experiencias parecidas en las que el hipnotizador no era necesariamente un hombre espiritual.

Sin embargo, donde un discípulo experimenta la presencia psíquica de su maestro aunque estén en ciudades diferentes o en países muy alejados, cuando bajo tales condiciones percibe la visión del rostro y la forma de su maestro frente a él, y cuando mantiene diarias conversaciones mentales con esta presencia y esta forma vivas, es natural que deba llegar a la conclusión de que el maestro está realmente con él en algún cuerpo "astral" y que los encuentros los quiso deliberadamente el maestro, y los produjo mediante su poder yóguico. Pero estas conclusiones pueden ser equivocadas. Los hechos en los cuales se basan pueden existir solamente en la imaginación del discipulo. Es muy probable que el maestro olvide totalmente lo que le ocurrió a su discípulo y desconozca por completo estas apariciones diarias y estas conversaciones telepáticas. Entonces, ¿qué ocurrió realmente? La respuesta es que la forma que estas experiencias tomaron y las ideas que aquella forma le diera fueron enteramente autosugeridas. La concentración del discípulo en la

idea del maestro, su fe tremenda en el poder del maestro, su gran devoción hacia él, liberaron capacidades latentes de su propia mente y las convirtieron temporariamente en fuerzas cinéticas. De esta manera, en vez de refutar la existencia de los poderes yóguicos, esta interpretación de sus experiencias la comprueba realmente. Sólo que los que están realmente en cuestión no son los poderes del maestro sino los del discípulo.

Esto explica la mayoría de los casos, pero no todos. Donde el maestro es un hombre de genuina consciencia del Yo Superior, se pone en juego otra fuerza. Hay una reacción espontánea hacia el pensamiento del discípulo acerca del maestro, pero esto proviene del Yo Superior y se dirige hacia el discípulo y, por así decirlo, sobre la cabeza del maestro mismo. Además, no es necesario que el adepto piense en cada uno de sus discípulos separada e individualmente. Basta que diariamente se retire del contacto con el mundo durante media hora o una hora y vuelva su atención hacia la Divinidad solamente y se abra como una puerta a través de la cual aquélla pasará para iluminar a los demás. Durante ese mismo lapso, *todos* los que mentalmente estén consagrados a él recibirán entonces, de modo automático, el impulso transmitido sin siquiera estar, a la sazón, conscientemente en la mente del adepto. Pero semejante guía es extraordinario, y esos casos son, en consecuencia, excepcionales.

El discípulo de tan calificado maestro que vive muy lejos, o en un país extranjero, y, en consecuencia, puede encontrarse con él sólo tras largos intervalos, si es que puede, no obstante tal vez se beneficie con el vínculo místico que existe entre ellos. Si desarrolló bastante sensibilidad a través de la práctica de la meditación, percibirá en tiempos críticos, o luego de períodos de perplejidad intelectual, que mentalmente está en presencia de su maestro ausente y que recibe ayuda espiritual de él, o conversa con él sobre el tema sobre el cual necesita esclarecerse. De este modo, su espíritu decaído puede revivir, y sus silenciosas preguntas pueden ser contestadas satisfactoriamente a través de un genuino proceso telepático. El impacto de semejante poder del maestro sobre la mente del discípulo no puede dejar de ser beneficioso para éste.

Por tanto, un texto chino, de 1500 años de antigüedad, el *Chisto Tao Lun,* dice que quien sea un principiante en esta búsqueda debe investigar e indagar en procura de quien posea intuición. El no puede encontrar a semejante hombre, entonces debe investigar e indagar en procura de quien esté bien versado en la meditación y bien adelantado en el conocimiento. Luego de encontrar a un maestro adecuado (aunque sea más joven que él), continúa diciendo el texto que debe expresar respetuosamente su deseo de iluminación y ayuda.

Ha de admitirse la ayuda que tal guía pueda dar pero, debido a que en el mundo hay pocos filósofos y, comparativamente, muchos más místicos y metafísicos, también deberá admitirse la dificultad de encontrar esto sin complicaciones, pues un hombre tal vez logró algún avance místico o metafísico y querrá ayudar a los demás a que también lo logren, pero su logro tal vez no sea bastante perfecto como para librarle de que adultere su buena disposición con otras motivaciones. Quizá lo domine el deseo de ganancias financieras, el hecho de ceder ante el impulso sexual, el deseo de ejercer el poder en el mundo, el complejo de que muchos fieles le adoren, o fuerzas invisibles que lo tientan para destruirlo. El místico que está avanzando, traicionado por su ambición o acicateado por su arrogancia, tal vez emprenda el sendero de la enseñanza antes de que sea apto para ello. Un resultado es que se convierte en un explotador, no en un maestro. Domina las almas de sus discípulos, les impide, deliberadamente, que averigüen por sí solos algo que sea hostil a los intereses o a las doctrinas del maestro, da órdenes arbitrarias y espera obediencia irreflexiva, obstaculiza y no ayuda para el crecimiento de verdad. Y realmente no les enseña cuando quiere que, servilmente, repitan todas sus enseñanzas so pena de denunciarlos como herejes si no lo hacen, cuando trata ritualmente toda manifestación de pensamiento independiente como si fuera pecado. Meramente, extiende su egotismo para incluirlos, magnifica su "yo" para desbordarlos.

No es difícil encontrar un *gurú* que, dueño de motivaciones mixtas o del deseo de explotar a los demás, posea simultáneamente el deseo de iluminarlos. Donde el instrumento es impuro, la fuerza inspiradora sólo podrá ser igualmente impura. En algunas ocasiones, habrá un ir y venir entre el Yo Superior, y en otras, la ilusión egoísta, con resultados pasmosos para los infortunados discípulos; pues no es de esperar que ellos entiendan lo que está ocurriendo en la trastienda de la mentalidad de su *gurú.* Decimos "infortunados" porque, en algunas cuestiones, tal vez se los dirija acertadamente, pero, con seguridad, se los dirigirá mal en otras. Por tanto, es muy deseable que, si quien busca, siente que debe buscar un guía, debe hallar uno que personalmente esté en condiciones de que no le afecten estas tentaciones. O sea, debe ser kármicamente afortunado y espiritualmente competente: debe tener sus propios medios financieros independientes o debe haber logrado buenos resultados financieros mediante el ejercicio de una profesión o un negocio; debe tener un matrimonio dichoso; debe poseer, por el accidente del nacimiento, una posición que sea respetada en el mundo y haberla alcanzado a través de sus servicios profesionales, comerciales o sociales. Por supuesto, todo esto constituye un conjunto de cualidades ideales superficiales, pero es casi imposible encontrarlas todas combinadas en la persona de un solo hombre. No obstante, es bueno conocerlas y, por ende, buscar a alguien que tenga tantas de ellas como sea posible.

El ideal antiguo de un maestro completamente ascético que hubiera renunciado por entero al mundo no puede existir, en lo externo, en la civilización occidental moderna de hoy, fuera de los monasterios de distintas sectas, pero puede existir, en lo interno, en el corazón de quien dominó absolutamente sus pensamientos y emociones, aunque no vista las mejores ropas ni luzca un

prendedor de corbata adornado con piedras preciosas. Han transcurrido 550 años desde que Shaikh Sharfuddin, un sabio sufí, escribió, en persa, una carta que contenía esta aclaración para alguien que buscaba la verdad: "Un maestro espiritual no es el cuerpo, ni la cabeza, ni la barba que un hombre puede ver. En realidad, él es el ser interior en la región de la Verdad". La sabiduría de estas palabras es necesaria hoy y lo será siempre. En el aspirante no debe influir la servil mentalidad de los maestros monásticos que contemplan con trémulo horror la imagen de un guía moderno como el que aquí señalamos, sino que debe usar su capacidad que Dios le dio para pensar por sí mismo y comprender que la forma bajo la cual se imparte la instrucción debe adaptarse a las necesidades y circunstancias de los tiempos si ha de ser genuinamente útil. Un maestro honrado deberá ser algo más que un benévolo espectador. Es sana y útil, la guía sincera, genuina y espiritual que procura hacer que el aspirante, a su tiempo, prescinda por completo de los servicios de un guía; pero es malsana y perjudicial la guía egoísta, espuria o incompetente que al aspirante lo vacía de sus propias facultades y de su inteligencia. El primero pone en sus manos una llave y le prohibe que la use, mientras que el segundo ni posee una llave ni, poseyéndola, querría que uno se deshaga de ella. En vez de aumentar en el discípulo la sensación de debilidad, el verdadero maestro se esfuerza para instilar en él la confianza elevada y la convicción más profunda que sobrevienen con el ejercicio personal de sus propias facultades, pues su objetivo siempre presente es conducir al aspirante hacia el logro de su adecuada madurez. Si bien la clase correcta de maestro, como la clase correcta de libro, no evitará que lo discípulos obren tal como piensen, les ayudará ciertamente para que lo hagan bien. No podrá proseguir por ellos la búsqueda, pero podrá ayudarlos a que la prosigan en la dirección correcta. La clase correcta de maestro deberá ser capaz de convencer a sus discípulos sobre la verdad de su enseñanza: no toda a la vez, por supuesto, sino dentro de un tiempo razonable, pues el pensamiento confuso y la percepción vaga, la experiencia insuficiente y el desarrollo incompleto se revelan inevitablemente en una expresión muy oscura y en una exposición imperfecta y carente de convicción.

Quienes escribimos esto pensamos a veces en la sabiduría antigua como una estatua gigantesca, magnífica y bella para contemplarla cuando se la creó, pero que ahora, lamentablemente, cayó en las arenas del desierto, y está semienterrada, postrada, desmoronándose lentamente, a la espera, tal vez, de que algún Napoleón dueño de intuición un día surja y la levante. En ocasiones, incluso jugueteamos con el pensamiento de que la voz desencarnada de un custodio de esta sabiduría semi-perdida pueda salir un día de los aparatos de radio del mundo y pronunciar las palabras auténticas que muchos discípulos recibirían contentos y de buena gana, pues ¿no corresponde a los sabios preservar las enseñanzas de la filosofía de la verdad, mantenerla para que no desaparezcan de la memoria de la humanidad, y guiar a los hombres en los métodos de realización del Yo Superior en la propia experiencia de aquéllos?

Pero, por desgracia, es inútil que los demás nos engañen y nos engañemos solos. Subsiste el hecho de que los sabios, en el viejo sentido integral del término, ahora son una raza que desapareció. No perdamos nuestro tiempo buscando a esos hombres perfectos. Es improbable que los encontremos. No esperemos encontrarnos con dioses que caminan sobre esta tierra. No preguntemos dónde existen esos sabios y dónde se los podrá encontrar. ¿Quién hay que lo sepa? Todo lo escrito sobre el tema es realmente un cuadro compuesto de diferentes tipos avanzados que hay que encontrar y del maestro ideal con quien hay que soñar. De modo que, tomemos una buena guía donde la consigamos y contentémonos con recibirla, ya sea de alguien que recorrió algún camino o de un texto inspirado por un sabio, ya sea éste moderno, oriental u occidental.

Como ésta es la situación, los estudiosos deberán mantener un claro sentido de las realidades que la componen. Si el cambio histórico produjo en gran medida la desaparición de los sabios maestros y de esa manera obstaculizó las oportunidades para el progreso de los aspirantes de la actualidad, también produjo la aparición de nuevas oportunidades que ayudaron al progreso. Al menos, en dos cuestiones son mejores que sus hermanos anteriores. Hoy en día disponen de anotaciones escritas o impresas de los pensamientos y las conclusiones, de los trabajos y las victorias, de los métodos y los resultados de una hueste de buscadores, *yogis,* místicos, sabios y filósofos que vivieron en diferentes siglos y en diferentes países en todo el mundo. El conocimiento desarrollado durante unos miles de años puede ahora sumarse al que los estudiosos tienen en su haber. Si un guía es valiosísimo para los principiantes para que les marque su sendero, para que los aconseje cuando vacilen, para que les explique doctrinas difíciles, y para que los proteja contra trampas y acechanzas, es igualmente cierto que tal guía también podrá ser obtenido de los libros de que se disponga. Los principiantes disponen también de condiciones de vida más cómodas que los liberan del absorbente trabajo manual que devoraba tanto esfuerzo y tanta energía de aquellos precursores. Al final, quien busca la Verdad llega —y debe llegar si es que va a avanzar— a una etapa en la que deberá aprender a caminar solo, deberá aprender a extraer de su interior todo lo que sea necesario.Quien camina solo, puede cometer algunos errores, pero también puede conseguir experiencia útil y desarrollar su propia responsabilidad. Y será alguien que aprende, en vez de seguir siendo alguien que se apoya en los demás. Y, finalmente, otro hombre sólo podrá enseñarle lo que necesite saber y hacer, pero no podrá librarle del ego, de las limitaciones de la consciencia evolucionada hasta su situación actual a lo largo de tantos siglos de evolución. Es equivocada la creencia de que la enseñanza verdadera sólo podrá sobrevenir desde afuera. En realidad, tarde o temprano, es esencial que el aspirante aprenda la más elevada clase de confianza en sí mismo, aquélla en la que buscará cada vez más el Yo

Superior en procura de guía, y en ninguna otra parte.

Es cierto que, si adoptara, de modo prematuro, una actitud totalmente independiente (es decir, antes de estar preparado para ello), cometería un grave error; pero cuando llega al estudio de la filosofía, sobreviene el momento maduro y correcto para empezar a adoptarla. Así, surge la paradoja de que tal como la etapa de larga búsqueda de un guía se supera cuando se lo encuentra, a su vez, y de igual modo, deberá superarse la etapa del discipulado si ha de hallarse al Yo Superior. Se deberá renunciar al maestro encarnado, y se deberá procurar el Yo Superior incorpóreo. Tal como la mente evolutiva es resultado de la creencia en un Dios externo y personal, reemplazándola con la creencia en un Dios interno e impersonal, de igual manera, poco a poco, es resultado de la creencia en un maestro externo y personal y la reemplaza por la dependencia en el alma impersonal interior. El discípulo podrá ver ahora que todos los medios (desde los ritos ceremoniales elementales, la observancia de lo que ordenan las escrituras, y el estudio de libros metafísicos o místicos, hasta el mismo discipulado personal) fueron meramente indicadores temporarios y sucesivos de los medios reales, lo cual es renunciar a todo y a todos los demás en procura de una sumisión cabal al Yo Superior solamente. Aquellos medios le eran necesarios y útiles en su niñez espiritual porque los podía ver, tocar y leer, porque existían como formas sensoriamente perceptibles en el espacio y el tiempo. Pero porque el Yo Superior existe en el vacío invisible, intangible, innominado, intemporal e inespacial, quien lo busque deberá, por lo menos, salir de tales limitaciones de los sentidos y buscarlo allí sólo en toda su trascendencia pura.

Sólo después que cesa de buscar maestros humanos, porque se agotó la utilidad de tal búsqueda, empieza a recibir el consejo interior que le muestra por qué tienen que desaparecer de su vida todos los maestros de carne y hueso. En suma, quien busca con perseverancia, aprende que deberá someter la falsa independencia de esta vida pequeña, aislada y finita, no a éste o a aquel hombre sino al ser siempre presente, universal e inmanente dentro de su corazón; que de nada sirve seguir recurriendo a seres humanos; el paso último consiste en acudir directamente hacia la Mente Ultima. La Gracia que él necesita y busca deberá provenir de Dios. Ninguna institución podrá concederla. Toda afirmación en contrario es meramente un acto de explotación humana, no una afirmación de la mediación divina.

Esto explica por qué ningún hombre divino designa jamás a un sucesor directo. Eso ocurre habitualmente sólo en las instituciones que surgen alrededor de él o después de él, y siempre que esto ocurrió, el sucesor no es invariablemente de la estatura de su predecesor. De hecho, la degeneración de todas las instituciones espirituales se debe a la creencia de que la sucesión histórica es realmente posible como un hecho interior y auténtico, más bien que como un hecho meramente extemo y aparente. El genio espiritual es individual y único. No se lo puede seguir delegando con métodos externos como la designación verbal o escrita, tal como un genio artístico no puede delegarse. Con un método tan fácil, Shakespeare no podría designar un sucesor capaz de escribir obras tan perfectas como las suyas propias. En realidad, si esto fuera realmente posible, hombres divinos como Jesús y Buddha hubieran salvado a toda la humanidad mediante el sencillo procedimiento de transformar a toda la humanidad de la noche a la mañana. La humanidad hubiera sido inmensamente superior y gloriosamente diferente de lo que hoy tristemente es. Pero no lo hicieron porque no pudieron hacerlo. La obra que realizaron fue buena, pero siempre inacabada. El estado del genio espiritual deberá alcanzarse mediante esfuerzo diligente y prolongado durante muchas vidas. Ningún *gurú* puede dar de repente su consciencia superior como un regalo permanente, aunque pueda dar, y ciertamente dé, vislumbres temporarias de ella. Ningún *gurú* puede, duraderamente y medíante un encantamiento, hacer que toda la evolución pasada y las características actuales de su discípulo puedan desaparecer por entero y de repente. En la supersticiosa adhesión a las doctrinas de la sucesión pontificia, apostólica, episcopal, jerárquica y lamaica, que a menudo se acompañan con una pretendida infalibilidad que surge de este solo error, podemos descubrir la génesis y la evolución de la mayor parte de la impostura, la degeneración, la hipocresía y el materialismo de lo religioso. Todas esas doctrinas son filosóficamente insostenibles e intelectualmente malsanas. Sin embargo, la única línea verdadera de sucesión válida es que cada *avatar* predice, antes de morir, el advenimiento del próximo *avatar. De* esta manera, sus palabras dan esperanza a quienes, viviendo después y en un período de degeneración, se interesen por el futuro de la humanidad, lo mismo que garantizan a los demás que la Mente del mundo no olvidará a su progenie mortal.

Ahora que quienes esto escribimos podemos rememorar, con mejor equilibrio y juicio más seguro que antes, una vida variada de más de treinta años de búsqueda espiritual mediante servicio, aspiración, meditación, reflexión, estudio, viajes y contactos personales con hombres santos, si alguien nos preguntara de qué fuente extrajimos la máxima ayuda y el modo de avanzar más rápidamente y más lejos, nos veríamos obligados a responder (contradiciendo la creencia tradicional de la India sobre esta cuestión) que no fue de los hombres santos sino de nuestros esfuerzos múltiples y nuestra humilde plegaria. En realidad, añadiríamos esta otra conclusión: que casi siempre es muy exagerada la importancia que se asigna a las personas tanto en la religión como en la mística. Eso surge de la debilidad humana que al símbolo formal lo considera más atractivo que al espíritu que carece de forma, que a la alegoría torcida la considera más convincente que el concepto bien definido, y que la imagen de los sentidos es más real que la idea abstracta. Empero, la enseñanzas sobrevive siempre al profeta: la verdad es la esencia de su mensajero, y el principio está por encima del personaje. Es por ello que, en los escritos que publicamos, a quienes buscan la verdad hemos procurado alejarlos de los meros personajes para

conducirlos hacia los principios sublimes.

Nada de las páginas precedentes debe considerarse que signifque que nos oponemos a las organizaciones e intuiciones como tales. Reconocemos que tienen una finalidad apropiada, que es la de conservar los logros espirituales e impedir que las enseñanzas y escritos espirituales se pierdan. Si tienen a su frente a los hombres que corresponde; si se las conduce dignamente; si vigilan para no caer en los vicios de la explotación, del egoísmo y del materialismo; si con sinceridad tienen siempre en vista la finalidad interior de su existencia, entonces, realmente, pueden representar un papel útil, auxiliador y honorable. Pero si se convierten en máquinas para dominar mentes, tiranizar conciencias, servir a intereses particulares y conservar supersticiones, entonces somos contrarios a ellas.

Quienes hasta aquí nos siguieron comprendiéndonos adecuadamente, ahora entenderán también que no hemos formulado ataques contra la institución del discipulado. Sólo hemos tratado de revelar su apropiada función y señalar sus límites apropiados.

Quien está físicamente ciego no vacilará en solicitar y obedecer las directivas de un guía. Sin embargo, quien está espiritualmente ciego ni siquiera hace esto, pues sufre engaños e imagina que ve su camino cuando nada de eso está haciendo. Aunque el Buddha enseñó la confianza espiritual en uno mismo, se opuso a las prácticas sacerdotales y desenmascaró a los que oficiaban de *gurús;* esto lo hizo solamente porque se encontraba en un país en el que se había abusado tanto de estas cosas y se había llegado a tales extremos que hacían más mal que bien. El Buddha no se propuso que lo que él enseñaba sobre estas cuestiones fuera sostenido universalmente y se lo considerara eternamente válido. Ningún sabio adopta semejante actitud de modo exclusivo; es siempre un hombre práctico y, por tanto, brinda siempre lo que mejor ayude a su época y a su lugar. Sólo el discípulo, mediante su propia experiencia al ensayar esto y comprobar aquello, podrá desarrollar la capacidad para resolver sus propios problemas, podrá madurar la fuerza para discernir entre lo real y lo aparente, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo. Para que avance es indispensable que descubra sus debilidades, errores e ignorancia, y que luego procure corregirlos. Pero esto no equivale a decir que deberá experimentar siempre a ciegas y pasar de un error al otro. Podrá utilizar el conocimiento de quienes, en el pasado, recorrieron antes que él el camino de la vida, y de los demás que, en la actualidad, se le adelantaron en el mismo camino. Cualquiera puede llegar a la meta suprema mediante sus propias fuerzas: eso es perfectamente cierto. Pero si tiene un maestro para eliminar sus dudas y corregir sus errores, para fortalecer su capacidad para la meditación, inspirar sus esfuerzos y explicar sus deberes, la alcanzará con más rapidez y seguridad. Hay veces en las que cualquiera siente la necesidad de algo o de alguien en el cual descansar, al cual pueda apelar en procura de auxilio, ánimo, instrucción, inspiración y dirección, para que lo ayude a través de los oscuros corredores de la desesperanza y la duda. Ciertamente, es sentido común el hecho de buscar al hombre que pueda proporcionar estas cosas. Sin ser demasiado cauto por un lado, ni demasiado temerario por el otro, puede buscar un maestro. Sólo mediante ese equilibrio ideal, sus esfuerzos lograrán el mejor resultado posible en las condiciones que se presenten.

Pero es difícil encontrar a semejante persona, difícil encontrar a alguien que una en sí a la sabiduría, la compasión, la experiencia, la fortaleza y la buena disposición para servir a los demás sin recompensa. El buscador común tendrá que buscar largo tiempo y cautelosamente antes de que pueda encontrar un guía competente, o siquiera honesto. ¿Qué es entonces lo que ha de hacer? ¿Será tan necio como para confiar en un maestro incompetente, en un maestro deshonesto o en un maestro loco? Si se niega a hacerlo, y es demasiado discriminativo como para aceptar un substituto espurio, ¿ha de caer más profundamente en la depresión, ha de hundirse cada vez más en la desesperación? ¿O confiará en las claras palabras de Jesús: "Buscad y hallaréis. Golpead y os abrirán"? Es decir, ¿buscará la guía del rayo de la Deidad que está dentro de su propio pecho y de su propia mente? ¿Por qué debo buscar un maestro? ¿Por qué debo querer un intermediario para descubrir a Dios? ¿No está toda la verdad dentro de mí? ¿El desear un maestro es el último deseo al que hay que rendirse? ¿El hecho de correr de aquí para allá en busca de un guía es el último paso en la dirección equivocada? ¿No confesamos de ese modo que estamos buscando en nuestro interior, en nuestro ser interno y espiritual? Este es el recelo que tarde o temprano arrojará una sombra sobre el camino y nos gritará "Alto". Si seguimos más allá, sólo buscamos fuera de esa guía la verdad, la ayuda y la inspiración que, en última instancia, deberá provenir solamente del yo divino. ¿Pues no es trabajo del maestro conducimos hacia el conocimiento de nuestro propio yo? Tales son algunas de las preguntas que se sugieren interiormente y surgen naturalmente en una era en la que la especie humana está invidivualizando cada vez más su mentalidad.

En medio de este conflicto de pensamientos, cada uno aparentemente verdadero, es posible que la mente vacile. Pero después de la guerra llega la paz, y el alma perturbada podrá encontrar una solución honorable. Es ésta: que rece diariamente a la divinidad que está dentro de él, y rece como si fuera por la vida misma cuando está en gran peligro, escogiendo algunas palabras como éstas: "Oh, tú. Divinidad dentro de este cuerpo. Amor y Obediencia a Ti. Este yo a nadie más conoce a quien volverse, salvo a Ti. Empero, Tú estás envuelta en tinieblas impenetrables. Tú eres el objeto de esta búsqueda, pero ¿cómo has de ser hallada? Si sólo a través de Tu Luz en alguna otra forma humana o algún maestro, concédeme que a este ser lo encuentre pronto, y lo conozca tan pronto lo encuentre. Pero si deseas que este yo Te conozca directamente, sin la ayuda de otro, entonces deberás abrir, con Tu gracia, la puerta que conduce al interior, pues estoy desvalido como para hacerlo".

Una aspirante occidental muy fervorosa, viajó una vez a un país de Oriente en busca de un *gurú.* Eligió el monasterio más afamado y alquiló una casita sobre una colina. Procuró que el abad la instruyera, pero sus solicitudes fueron ignoradas. Luego de seis meses, como le pareció inútil quedarse más tiempo, se dispuso a partir y volver a su casa. Fue entonces cuando llegó a comprender, como en un repentino relámpago, que fuera de ella nadie podría cumplir la labor que da por resultado la autorrealización. Esto pareció aclarar su mente y mostrarle un sendero de automejoramiento. Entonces estuvo preparada para marcharse en paz. Pero éste fue el momento preciso en el que el abad llegó inesperadamente, al fin, a visitarla y decirle que, a la sazón, ella estaba preparada para que la ayudara. De modo que ella se quedó y, de esta manera, comenzó su discipulado. Lo significativo es que el país donde esto sucedió no fue la India.

Todo maestro real desea ardientemente que sus discípulos alcancen el estado en el que puedan prescindir de sus servicios. Sabe que ayudará más a sus discípulos dándoles la fuerza para escapar de él que induciéndolos a que dependan de él. Todo maestro verdadero se deleita cuando sus discípulos empiezan a caminar solos. Si él no tiene este deseo ni este deleite, entonces no es maestro sino un explotador. Es un hecho, que los intereses creados y la explotación egoísta ocultaron a muchos durante miles de años, que la guía, la inspiración y la ayuda divinas también pueden llegar al aspirante que camina deliberadamente solo, pues su propio Yo Superior es el testigo infalible de todos sus esfuerzos y aspiraciones y está siempre dispuesto a favorecerlos. La luz interior, que está allí siempre para ese hombre, es una luz segura y confiable por la que él podrá caminar. Cuando empieza a caminar por la luz de su propio intelecto despejado y no por la luz prestada de otro, empieza a caminar con pasos seguros. Esa sublime confianza en sí mismo es, en todo sentido, mejor que la abyecta dependencia de otro ser humano que tan a menudo se confunde con el discipulado. Los pocos que contemplen estas líneas con confianza más que con desdén, y, por no encontrar al maestro correcto y mientras se niegan a aceptar al maestro equivocado, hagan el experimento de trabajar con su propia inteligencia natural, encendida por su anhelo afectuoso, su plegaria y su cálida devoción hacia el Yo Superior, descubrirán que la guía divina podrá ser, incuestionablemente, una dinámica viva dentro de sus corazones: bastante sabia como para darles toda la necesaria instrucción nueva y bastante fuerte como para modelar todas sus vidas. El maestro interior les conduciráhacia arriba, rumbo a la realización de sus posibilidades más divinas, lo mismo que cualquier maestro extemo, o los conducirá hacia tal hombre, si éste está disponible.

Una vez que el aspirante dio el paso decisivo de no depender de nadie y depender sólo de su Yo Superior, realiza un raro descubrimiento y de peculiar importancia hoy en día cuando los sabios auténticos (hasta donde sabemos) tal vez sean una raza que desapareció. El silencio le empieza a hablar con una voz nueva y más profunda. Nos referimos al fenómeno místico que se conoce como "la Palabra Interior". Aprende que la Verdad nunca se separó de la humanidad. Está alrededor de cada hombre, esta tambien dentro de el. En su naturaleza oculta. ¿Pero él quiere recibirla? ¿Está preparado para reconocerla y confiar en ella? Cuando él pueda contestar afirmativamente estas preguntas, percibirá que no necesita otro maestro que el Yo Superior. Una vez que despierta ante esta luz, de allí en adelante no necesita buscar en otro sitio que el que ocupa su propio corazón.

A las palabras de Ramakrishna, antes citadas, las apoya un pasaje de los escritos árabes de Ibn Ul Farid, el adepto místico del siglo XIII, de El Cairo: "Vi que quien me llevó a contemplar y me condujo hasta mi yo espiritual era yo... Aun así mi plegaria era para mí mismo... Aquí llegué a un punto desde el cual el intelecto retrocede antes de ganarlo, en el que desde mí mismo yo me incorporaba y unía conmigo mismo... Y puesto que yo me buscaba desde mí mismo, me dirigí hacia mí mismo, y mi alma me mostró el camino por medio de mí. ¿Piensas que era otro, no tú mismo, quien conversaba contigo en la pesadez del sueño tomando contacto con varias clases de elevada sabiduría?"

CAPITULO X

LA PURIFICACIÓN DE LAS EMOCIONES

A un discípulo no le basta expresar la petición ni formular el pedido para que su alma se revele. Esto es necesario (y, además, de forma sostenida), pero también tiene que proporcionar las condiciones requeridas para tal revelación. Luego de aceptar el método filosófico de realización del alma como la finalidad superior de su vida terrena, debe considerar, a continuación, qué deberá hacer para cumplirla. Eso dependerá tanto de su estado interior como de las circunstancias externas. Si dominó los pocos principios básicos y aceptó los principales ideales éticos, deberá aprender a aplicar la filosofía a sus particulares necesidades personales. Si desea honrarlos, se necesita algo más que un mero interés intelectual por sus enseñanzas. No debe esperar recibir la

iluminación del Yo Superior, mucho menos que éste se adueñe de él, antes de que haya establecido dentro de sí las condiciones adecuadas para tal Gracia divina.

Tal condición no surgirá por sí misma. Para prepararla, él deberá imponerse alguna disciplina moral y mística. El débil deseo inicial de auto mejoramiento y de construcción del carácter deberá evolucionar hasta ser una pasión fuerte y dominante. El aspirante deberá superar lo mejor de sí, trascender su propio pasado. No puede apoyarse en una indolente complacencia, sino que debe empezar a fortalecer sus impulsos morales, a construir su carácter y adiestrar sus pensamientos. Al dejar detrás todo *dilletantismo,* deberá esforzarse, vigorosa y persistentemente, en procura de un autoconocimiento más claro y de un desapego emocional. También deberá efectuar un estricto esfuerzo en pos del automejoramiento, un esfuerzo continuo en pos de la autopurificación. Al aspirante filosófico le es muy necesario apuntar a tal automejoramiento moral, desarrollar el ejercicio de su cáracter y cultivar las principales virtudes que los grandes profetas de todas las religiones predicaron. En esta búsqueda son tan valiosos los elementos bien equilibrados como lo es un esfuerzo bien equilibrado, que no sea demasiado débil ni demasiado violento. La voluntad superior está latente dentro de él y se desarrolla sólo mediante reconocimiento, sumisión y ejercicio. Debe sentirse avergonzado si pasó un solo día sin su adecuada cuota de meditación mística, plegaria devota y esfuerzo moral, disciplinando la mente y purificando el corazón.

Su primer deber es librarse de los últimos vestigios de animalidad. De allí que la tradición mística llamara a esta primera fase de su carrera espiritual la fase de la purificación. ¡Efectivamente! El Yo Superior llegará y entrará, a su tiempo, en su consciencia sólo si él prepara las condiciones requeridas de una mente aquietada y un corazón puro. Pero esto no podrá hacerlo con acierto a menos que Lo ame más de lo que él ama al mundo. pues la primera condición le reclama que someta sus pensamientos en la meditación, y la segunda, que someta sus deseos en el renunciamiento. Hay dos factores que están notablemente ausentes de la vida moderna y que deberán introducirse en ella si ha de valer espiritualmente la pena. Esos dos factores son: la contemplación y el renunciamiento. Mientras los sentidos gobiernan por completo a la mente, la compañera necesaria de ésta es la ignorancia. Mientras el corazón está entregado totalmente a las cosas externas, su visitante intermitente es el sufrimiento. Sólo mediante la disciplina de los sentidos y la introversión del corazón podrá nacer la luz del intelecto y prevalecer la calma del equilibrio.

Empero, aquí es necesario estar alerta contra los criterios extrernos. Hay fanáticos de la virtud que dicen que nadie debe sentarse a meditar hasta que su carácter se haya purificado por completo. Hay fanáticos de la meditación que afirman que la virtud es sólo un efecto, del cual la meditación es la causa. La filosofía es más razonable porque es más equilibrada, y exige el esfuerzo paralelo conjunto de estos dos métodos. Dice: "Practica la meditación, pero purifica y ennoblece el carácter aún más, al mismo tiempo", pues la labor del aspirante empieza y termina con reeducación moral aun más que con mística.

Debera eliminar las debilidades y adquirir virtudes.

Para los principiantes, en su mayoría, a menudo es más importante mejorar el carácter que practicar la meditación. Eso se debe, en primer lugar, a que los resultados de la meditación pueden ser buenos o malos, según sea el carácter bueno o malo. En segundo lugar, los buenos resultados obtenidos con la meditación serán menos o más, según la presencia o la ausencia de virtudes o debilidades. En tercer lugar, lo que obstaculiza el camino de unión con el Yo Superior es el yo egoísta, que ha de ser debilitado y afinado, poco a poco, mediante la purificación del carácter hasta que, en la quietud interior místicamente desarrollada, pueda tener lugar la gran batalla final con el yo egoísta.

El yo egoísta está compuesto por dos partes. La primera incluye a los deseos emocionales y a los apegos mentales por cosas o personas del mundo exterior. La segunda incluye a los elementos que, a través del cuerpo, compartimos con los animales. De esta manera, la primera parte es humana, y la segunda, animal. Las dos juntas constituyen el yo inferior egoísta.

Su primer acto disciplinario no podrá dejar de ser doloroso. Ha de quitar del corazón todos los instintos y pasiones que le atan al yo animal. El puede mitigar el dolor extendiendo el tiempo de la operación. Si es joven, probablemente lo extenderá. Pero si es de mediana edad. y aún más si es viejo, no podrá darse el lujo de demoras. En particular, tiene que sacar cabalmente de su naturaleza todas las emociones malévolas y todas las actitudes agresivas: tendrá que efectuarles alguna cirugía drástica.

Pero ése es sólo el comienzo de su labor. En la próxima etapa, su objetivo es descubrir y liberarse de las cualidades malas y de los apegos secretos que atascan el camino hacia su alma. Hay varios grandes tentadores del hombre que deberán ser vencidos si él ha de lograr la libertad interior. Entre ellos están: la ambición de poder, el deseo de acrecentar los bienes, e] anhelo de ser famoso, y el deseo de goce sexual. "Renuncia a los deseos", es la esencia de la disciplina que el *Bhagauaa Gita,* el *Nuevo Testamento* y las escrituras del *Tripitaka* bu dista ordenaron. ¿Por qué? Hay dos razones. La primera, la mente deberá liberarse para buscar la Verdad. La segunda, la voluntad deberá liberarse para expresarla. Quien es controlado por alun deseo y no puede controlarlo, tiene una actitud torcida. Inconscientemente, exige que la Verdad se acomode a lo que él desea. No puede "ver en línea recta", no puede dedicarse a indagar fervorosamente la Verdad. La disciplina filosófica es el mejor método para liberar a un ser humano de tales deformaciones de la mente y del sentimiento, y para volverlo verdaderamente apto para

establecer la Verdad. Aparta al hombre de los lazos mundanos, le brinda una actitud independiente, y le adiestra para que vea las cosas sin pasión personal ni parcialidad sugerida.

Una Luz en el Sendero imparte un duro precepto: "matar al deseo". No hay nada perjudicial en reconocer nuestras necesidades y calcular cómo satisfacerlas. Lo que tenemos que hacer es distinguir entre deseos inferiores y superiores, entre deseos innobles y nobles, entre los que perjudican a nuestros semejantes y los que los ayudan. Debemos oponernos a unos, aceptar a otros. Hay varios métodos que, combinados, nos ayudarán a gobernar a nuestros deseos inferiores y ponerlos al servicio de esta búsqueda del Yo Superior. En el aspecto físico, debemos fomentar la fuerza de la voluntad, la práctica de la abnegación, la disciplina de nuestros cuerpos mediante ocasionales ayunos de corta duración, y el cese de las frivolidades que estimulan los deseos y alimentan la pasión. En el aspecto intelectual, debemos estudiar la metafísica y la ética filosófica, y elevamos regularmente por encima del ámbito mismo en el que los deseos están en actividad. En el estudio de la metafísica verdadera hay inspiración y fuerza, no meramente información y discusión. Estos esfuerzos intelectuales, esta lectura y este estudio, estas reflexiones y meditaciones profundas, son necesarios y útiles, y, a su tiempo, empezarán a tener su efecto no sólo sobre su conocimiento sino también sobre su carácter. Son no sólo elevadores, sino también purificadores. Explican no sólo la presencia de deseos inferiores y pasiones animales en el hombre, sino que también contribuyen a su control. Dan no sólo las razones de porqué él debe mejorar su carácter, sino que también dan constantemente poderosas sugerencias para la realización de este mejoramiento. De esta manera, si se despejaran lentamente sus dudas y conceptos erróneos, lentamente mejorarán su moral y sus motivaciones.

Otro famoso precepto de la ética de la mística que peligrosamente, tiende a ser mal entendido, y que, fácilmente, es propenso a que no se lo acepte, es lo que el *Bhagauad Gita* ordena en el sentido de no buscar los resultados ni los frutos de nuestras acciones. El significado correcto es que, personalmente, no tenemos que apegarnos tanto a los resultados de modo que la paz de nuestra mente y la felicidad de nuestro corazón dependan cabalmente de ellos. Debemos evaluar correctamente nuestras necesidades y usar dignamente nuestras fuerzas. La enseñanza del *Bhagauad Gita* no nos exime de este deber. Esto ciertamente conducirá a resultados, y nosotros ciertamente seremos responsables de ellos. La enseñanza no quiere decir que tenemos que hacernos a un lado y no hacer nada, y, de este modo, evitar complicaciones personales; en realidad, toda la nota clave del libro es contraria a ese concepto fútil, a esa glorificación de la inercia completa. Lo que significa es que hemos de apartarnos de los apegos y aferramientos.

El aspecto práctico de esta búsqueda empieza con un lento alejamiento de la vieja vida irreflexiva, un deliberado reordenamiento de los hábitos insatisfactorios, una voluntaria extirpación de los deseos que debilitan o degradan el carácter, y un constante autoexamen analítico para descubir defectos del pensamiento, del sentimiento y de la conducta. Este esfuerzo no sólo tiene que iniciarse con real seriedad sino que también ha de ser llevado hasta cierto punto, antes de que pueda esperarse una auténtica experiencia espiritual, distinta de la experiencia física. Cualquier sistema de ética que se base en un hecho espiritual deberá disciplinar siempre los deseos naturales del hombre, y, a veces, oponerse a ellos. Por un tiempo, lo animal que hay en él deberá ser crucificado, lo humano deberá ser mortificado.

La meta plena, aunque sea distante, es la de liberarse de toda sumisión a los reclamos de la carne y a las agitaciones de la mente, de los deseos animales y de los apegos humanos. Tiene que pasar del estado común de buena disposición para aceptar a la carne como su ama, al estado no común de rebelarse contra ella. El proceso de autopurificación implica, necesariamente, la aceptación de la disciplina, la práctica de la penitencia o de la ascética, e incluso la muestra de valentía moral. Tiene que negar esto o aquello al cuerpo por un tiempo, en algunos casos incluso por todo el tiempo. Tiene que refrenar la vehemencia de sentimientos profundamente arraigados y de larga vida. Tiene que invertir antiguos hábitos mentales. Tiene que abandonar emociones que son instintivas en la naturaleza humana. Sería casi imposible continuar con estos esfuerzos si no fuera por el estímulo que recibe de las vislumbres del ideal, del anhelo que siente de transformarlo en una realidad, y de la realidad de la Gracia.

Para controlar aquello, es indispensable el ejercicio de una ascética modificada, la práctica de cierta austeridad. Sin embargo, ésta deberá ser sincera y sensata, lo cual significa que, en primer lugar, deberá ser impuesta, desde dentro de él mismo, por impulsos de la intuición, y en segundo lugar, deberá ser temporaria y limitada. El mismo deberá determinar de qué clase será y en qué cantidad. El mismo deberá imponerla, y nadie más, pues la disciplina deberá ser exigida, desde dentro, por su propia alma, la cual es la que mejor conoce lo que él, a la sazón, necesita. De alguna forma, se le exige sacrificio, pero no se lo exige antes de que él esté preparado para ello. El instinto animal y el deseo humano tendrán que someterse a la intuición espiritual, pero no necesitan someterse prematuramente. De esta manera, la filosofía no persigue una perfección imposible por un lado, ni una ascética impracticable por el otro.

El deseo es necesario para la vida humana, y los deseos espirituales no extinguen el deseo, sino que sólo le dan otra dirección superior. Si no hubiera deseo, no habría universo, pues Dios no podría crear este universo si no lo deseara.

A su tiempo, deberá desecharse todo lo que impida el paso de la Divinidad a través del corazón y de la vida del hombre. Cuáles serán estos obstáculos se lo harán saber, cada tanto, los impulsos interiores y los acontecimientos externos. El tiene que ligar su voluntad inferior con su voluntad superior; ambas deberán ser puestas a trabajar al unísono. Todos sus pensamientos y sentimientos

tienen que impregnarse con esta motivación más divina. Lo que a la voluntad se le exige es: firme autodisciplina, constante obediencia a los ideales, y fiel cumplimiento de los deberes espirituales. Para cumplir esto, él tendrá que endurecer y fortalecer su voluntad. No es de alfeñiques la tarea de fortalecerse bastante como para domeñar las pasiones turbulentas y los inquietos pensamientos. Cuando sus pasiones, deseos e instintos entran en conflicto con sus ideales, no hay otra salida que combatirlos y vencerlos. No puede darse el lujo de dejar su vida interior a merced de ellos.

La purificación de la vida de sus sentidos, el adiestramiento de la vida de sus pensamientos y la represión de su vida emocional constituyen el gran ciclo preliminar de la búsqueda. En consecuencia, implica y no puede dejar de ser un ciclo de irritación, tensión, conflicto y sufrimiento. Es verdad decir que la consciencia de un hombre dedicado a esta búsqueda oscila como el péndulo de un reloj, hacia un lado y hacia el otro, en la lucha entre la pasión terrena y la aspiración espiritual, entre la mezquindad egoísta y la grandeza ética, y entre contrarias disposiciones de ánimo. Esto no puede remediarse. El tiene que convertirse en un campo de batalla de antagonistas poderosos, cuyo premio es nada menos que su alma. En él están el animal y el ángel. Descubre que las emociones inferiores son más fáciles de despertar que de aquietar; el sometimiento de ellas sólo se cumplirá luego de largo tiempo. La mayoría de la gente descubre que esto es demasiado problemático como para dedicarse al automejoramiento, o demasiado fatigoso, como para hacer algo más que hablar acerca de ello. Apenas hay que culpar a esa gente. Esta ardua empresa, una vez puesta en marcha, realmente nunca toca a su fin. No puede predecirse con una generalización cuánto durará, pues diferirá con individuos distintos. A veces es cuestión de un par de años; más a menudo, de varios años; y no es extraño que dure toda una vida. El logro de un estado razonablemente carente de deseos es, necesariamente, el trabajo de muchas vidas sobre la Tierra.

El proceso de desapegarse de la naturaleza inferior es también comparable con el proceso de extraer muelas. Pero aquí no hay un anestésico espiritual que mitigue su dolor. No obstante, puede ayudarle a resistir el dolor recordar, primero, que muchos orientales y occidentales demostraron que *es* posible espiritualizar las energías mentales, reorientar las pasiones perturbadoras y elevar las emociones fuertes; y segundo, que si la búsqueda del alma del hombre comienza con agonía, el hallazgo termina con gozo. Al estremecimiento emocional que la enseñanza del renunciamiento causa siempre al trémulo principiante lo seguirá, algun día, la libertad emocional que la misma enseñanza brinda al discípulo más maduro. Para el ego es una aflicción renunciar a sus deseos. Pesa mucho sobre él la sensación de un sacrificio insoportable. Empero, hay felicidad en el ego cuando, finalmente y por gracia del Yo Superior, los deseos renuncian a él, pues la sensación de haberse librado de ellos lo elevará.

Para hacer que el hombre se libere de estos obstáculos emocionales inferiores y alcance este objetivo de gobernar los apetitos animales, deberá emplearse un entrenamiento sistemático, deberá aprobarse un curso de disciplina. Es recia y terrible la fuerza del indómito deseo del hombre, pero se la podrá anular mediante un proceso doble: observando y analizando constantemente las consecuencias dañinas y más profundas que la mayoría ignora, y manteniéndose constantemente en los beneficios y los atractivos de su estado contrario. En sus ejercicios de meditación, él necesitará usar el servicio de la reflexión analítica y de la imaginación creativa; de la penitencia contrita, de la plegaria humilde y de la aspiración elevada en sus ejercicios devocionales; y de cortos ayunos ocasionales y de una dieta sin carne en su régimen físico.

Para nadie es fácil librarse de tendencias animales. Pero cualquiera puede disciplinar gradualmente a su voluntad: pasando de la debilidad a la fortaleza, y de la subyugación animal al santo gobierno. Por tanto, para ayudar y acelerar el proceso, la filosofía prescribe disciplinas ascéticas practicadas durante cortos lapsos, y repetidas en intervalos convenientes. Pero nunca se las prescribe solas. Se les asocian meditaciones adecuadas, pues la batalla real ocurre dentro de la mente. Mediante pensamiento constante y aspiración repetida, deberá familiarizarse tanto con los ideales superiores que la obediencia a ellos se convierte en una segunda naturaleza. Mediante severa disciplina, tiene que aprender cómo seguir más bien las intuiciones superiores que los instintos inferiores, cómo recibir las imágenes tentadoras que entran en su mente, cómo efectuar en ellas una inmediata disección y separar a las cálidas tentaciones emocionales de los fríos hechos surgidos de los pensamientos. Si sus tendencias animales y sus fijaciones egoístas impiden que se sometan plenamente al Yo Superior e incluso perturban su fe ante la posibilidad de lograr alguna vez tal sometimiento, empero ésta no es la razón para caer en el abatimiento. Puede invocar a la Gracia mediante la oración. Mediante la Gracia puede vencer al yo.

Lisa y llanamente, ni la voluntad del ego está dispuesta a que de ella dependan, ni es capaz de subyugarse. Entonces, ¿de qué fuente se extrae la fuerza para ejecutar lo que el Yo Superior ordene? Realmente, hay una voluntad superior que trasciende a la voluntad corriente. El hombre necesita una experiencia dura y dolorosa de esta búsqueda para llegar al humillante descubrimiento de que, haga lo que hiciere, la conquista última de la parte animal de su naturaleza está más allá de lo que él puede controlar. Puede tener períodos en los que parezca que esta conquista se efectivizó, pero un hecho inesperado o una incursión repentina de los pensamientos lo desilusionará. Sin embargo, este autodescubrimiento será muy valioso al final si le induce a admitir su ineptitud y a reconocer sus imperfecciones, si vuelve cabalmente humilde a su ego, pues entonces, en su angustia, tendrá que buscar la ayuda de un poder superior, sea éste el Yo

Superior o alguien que haya aprendido a vivir en el Yo Superior. En suma, tendrá que buscar y rezar en procura de la Gracia. Y cuanto esto sobrevenga, será verdaderamente asombroso, pues se sentirá elevado por encima de los instintos animales y de las pasiones físicas hasta un nivel superior de su ser. Y esto se cumplirá sin lucha alguna de su parte: en realidad, con una facilidad prodigiosa. Deja de aceptar débilmente las negativas sugerencias de los hombres no desarrollados y de los espíritus malignos, de sus tendencias pasadas o de su bajo medio ambiente, y la voluntad superior, por si sola, se alza dentro de él y las refuta o rechaza. Quien no pueda extirpar las pasiones con su propio esfuerzo descubrirá que las extirpó el Yo Superior. El logro de esta consciencia más sublime le libra automáticamente de sus cadenas.

El sabrá cuándo avanza por el agudo reconocimiento de sus propias concesiones al yo inferior y por el profundizado conocimiento de sus grados, actividades y orígenes característicos. De esta manera, en este sendero filosófico, a quien busca la Verdad no se le reclama formal ni perentoriamente que renuncie a todo deseo; pues, poco a poco, ¡serán los mismos deseos los que renunciarán a él! La fuerza de] principio maligno que esté en él se debilita cada vez más, y la fuerza del yo divino se fortifica cada vez más. A medida que este yo se apodera de su carácter, sus pasiones se someten, y sus deseos terrenos se vuelven cada vez menos molestos. Cuando él se siente bastante avanzado como para hacer la prueba, tal vez, incluso deliberadamente, imagine situaciones seductoras y formas atractivas, y note cómo reacciona ante ellas. Pero intentar esto en una etapa demasiado prematura sería un error. El puede elaborar mentalmente, por adelantado, una tentación, y proseguirla hasta sus consecuencias inevitables. Así, mediante procesos puramente racionales e imaginativos, puede obtener el beneficio de tal experiencia sin recibir los trastornos y sufrimientos que, en muchos casos, se desarrollan a partir de ella.

El significado verdadero de la ausencia de deseos

Sentimos nuestra insuficiencia y nuestra carencia de plenitud. Todos nuestros riesgos en la amistad y el amor, en el matrimonio y la asociación, son realmente esfuerzos para quitar esta sensación. Sin embargo, jamás lo conseguimos completamente ni por largo tiempo. Esto es así y deberá serlo porque lo que somos y lo que buscamos fuera de nosotros, existe solamente dentro de nosotros. El factor que falta no es otro que nuestra alma viva.

El hombre está encadenado a la tierra por muchos deseos. Cuando se contrae a la búsqueda, ve entonces que todos estos dulces deseos terminan en lamentables cautiverios y que, si ha de escapar de la aflicción de un yo dividido, deberá librarse de ellos. De allí que la fuerza de todo su ser de deseos haya de ser extraída de sus anteriores objetos y reorientada hacia adentro, hacia el alma divina. Incluso el cuerpo ha de convertirse en un mero instrumento de su pensamiento más sabio y de su mejor voluntad, no de su naturaleza más baja. Esta es la gran batalla para la cual se le convoca.

Si tenemos que preocuparnos constantemente por el sostenimiento y la protección del cuerpo, nos preocupamos en igual medida si tenemos demasiado, si tenemos demasiados bienes, y nos preocupamos por ellos. De modo que el ideal consiste en encontrar el termino medio entre lo que es en demasía y lo que es demasiado poco a fin de liberar a la mente de la preocupación continua por el cuerpo y sus bienes.

Al cuerpo físico y a las cosas que éste posee démosles su lugar correcto, ni más ni menos, para que se los pueda hacer servir a la finalidad superior de la vida, que es la de realizar la Búsqueda del Yo Superior.

Empero, el hombre vive en un mundo muy adquisitivo. Es por ello que hubo y todavía hay tantos budistas y cristianos de nombre, pero tan pocos que realmente lo son, pues tanto Buddha como Jesús insistieron en que el camino hacia la meta, hacia la cual convocaron a los hombres, es a través de la renuncia al hambre de bienes, posición, sexo y afirmación de derechos. En estas cosas no hay felicidad duradera sino sólo la ilusión de ésta. Nadie puede poner término a la adquisición de un estado mejor, más riqueza, aumento de fama, mayor gloria, bienes suplementarios. Es un juego más fácil de empezar que de concluir. Debido a que los deseos aumentan a medida que se los alimenta, el hombre jamás tendrá bastante. Hoy, una cosa es un lujo; mañana es una necesidad. Hoy, eso es superfluo; mañana es indispensable. El hombre deberá racionar sus deseos si quiere la paz interior. Cuanto más los acrecienta, más tiene que luchar para satisfacerlos. Hasta que tenga esto claro en su mente, no tendrá paz en su corazón. Sólo hay realización espiritual para aquel que mantiene siempre apartadas las ávidas manos del ego y convirtió en cenizas de renunciamiento las hogueras de la pasión. Lo que él tiene como sus mejores bienes está en la excelsa región de su mente y en la región más honda de su corazón.

Estas verdades golpean más duramente, quizás, a un hombre en el amor personal que él busca dar a una muchacha, una esposa o una amiga, o recibir de alguna de éstas, pues tendrá que adquirir la fuerza para conculcar decididamente sus propias emociones, siempre y cuando el Yo Superior le reclame que lo haga. En realidad, todo el curso de la disciplina ascética preliminar es un sacrificio prolongado. La más difícil de todas sus pruebas es la de apartarse fríamente de emociones como el amor personal o la afición sexual, para someter despiadadamente a disección

su naturaleza y rechazar firmemente su invasión. Tal vez le ayude un poco la aplicación del mentalismo a tal disección. Todo deseo es realmente mental. Si no fuera por las imágenes que forma en la mente, ningún objeto deseado le atraería.

Cuando un joven se enamora profundamente de una particular muchacha, real y profundamente está enamorado de la idea que él tiene acerca de ella. En el momento en el que él rinde la calma de la mente a cualquiera pasión perturbadora, ya se trate de celos, sexualidad o ira, la rinde a una *idea.* Deberá aprender a controlar sus ideas si ha de controlar su conducta. Y aprendiendo a controlar la imaginación, aprende a controlar el deseo.

"Toda dependencia de otro es aflicción, la dependencia de uno mismo es felicidad", declaró Manú, el legislador indio, hace varios miles de años. En la medida en que un hombre dependa de otros para su felicidad, en esa medida es probable que la pierda un día a través de la muerte, el abandono o la enfermedad. Y porque la pasión sexual normal es enteramente dependiente, también es enteramente engañosa. Si un hombre busca una felicidad que esté con él en todas las circunstancias, entonces no deberá buscarla de otro hombre u otra mujer, o está invitando al desengaño. Deberá buscarla en su fuente duradera: en el Yo Superior. Quien depende de los demás para su felicidad, jamás disfrutará la realidad duradera sino sólo su apariencia efímera. Luego de un tiempo, el amor humano puede apartarse de él, pero el amor divino jamás. Deberá aprender cómo vivir sin sentir la necesidad absoluta de otro ni de su propia existencia. Donde existe tal dependencia, no podrá haber felicidad duradera. En el momento que convierte a otra persona en su base principal de la felicidad, abrió la puerta para la desdicha posible. No debe buscar la felicidad suprema en una criatura encarnada, pues tal felicidad, en su sentido más verdadero, no podrá hallarse en uno mismo y procedente de uno mismo. Esto se debe a que se la obtiene solamente, de lo divino, que es espíritu puro, y a que es sólo asequible a través de la puerta de su propio corazón, no a través del corazón de otro hombre. La búsqueda del amor ideal del hombre, mucho menos la compañía perfecta, jamás podrá satisfacerla mujer alguna, salvo el alma que está oculta dentro de él mismo. Ella es realmente la verdadera Amada que, siempre paciente y fiel, aguarda el tiempo en el que él la descubra y corteje. El amor que él podrá encontrar en el alma no dependerá, para que exista, del mudable talante humano, no lo afectarán las condiciones ni el accidente de la carne humana, sino que será perfectamente digno de confianza y serenamente seguro. Lo que es más. estará siempre allí, siempre será más fiel a él que lo que podría serlo jamás cualquier amor humano. Si él pasa de este mundo a otro, o incluso a otros cincuenta mundos, aún seguirá siendo su fiel compañía. Deberá serlo, pues no proviene de un ente distinto, de un ente separado; proviene de su yo recóndito y es un atributo eterno de su alma eterna. La verdad trae consigo gran serenidad y también gran independencia. El deja de estar a merced de los demás, respecto de su felicidad.

El discípulo que crece aprenderá a vivir una existencia paradójica y extraña. Ocurrirán de tal modo los acontecimientos, será de tal modo el curso de su vida externa, se comportarán de tal modo, para con él, los hombres y las mujeres, que, al final, será apartado de lo externo y obligado a encontrar dentro de sí la realidad, la verdad, el amor, las amistades, los bienes, la belleza, las satisfacciones e incluso la guía espiritual: en los mundos de la imaginación, del pensamiento y de lo que trasciende a ambos. Al final tendrá que aceptar el hecho de que la soledad humana es ineludible, que el alma humana es inviolable, que la separación entre un ser humano y otro no puede ser vencida en la realidad, sino sólo en la apariencia, Quien encontró dentro de sí al Amado, no teme estar solo. Está siempre gratamente dispuesto a aceptar la compañía y la amistad, el afecto y la devoción que otros deseen darle, pero podrá vivir sin ellos si el destino ordena que así sea. Alcanzo la sabiduría práctica que llegó a bastarse a sí misma en lo interior, que hace lo mejor que puede en favor de todos los hombres, pero nada espera de ninguno de ellos, cuyo trabajo con tribuye al máximo a la vida, pero cuyo corazón poco espera de ella. Porque poco espera de los demás, cuanto haga será agradecidamente aceptado como una bonificación, y nada más. Sólo de. sí mismo espera la felicidad y, para lograrla sólo confía en sí mismo. "Lo que uno obtiene sin expectación alguna se parece a un néctar", escribió el Swami Saha jananda, un maestro kathiwar, en una carta dirigida a sus discípulos hace más de un siglo.

El yo divino no le pide nada más que todo su corazón para un sacrificio cabal. En compensación, le dará la consciencia de su presencia, la consciencia de su amor, y la bendición de estado libre del tiempo. Sí él ha de alcanzar y sentir intensamente su paz celestial, sólo podrá hacerlo comprándola con una celestial ausencia de deseos. La naturaleza todo lo da a un precio. Deberá desaparecer mucho de lo que él cree que es parte de él mismo. Este proceso de despojarse de los deseos y las emociones inferiores es angustioso pero indispensable. El deberá llegar a este punto en el que deseará que, sobre todos los demás deseos, sea el alma divina quien le posea.

Este duro consejo no es para las muchas personas a quienes la verdad no les apetece ni están dispuestas para una vida superior. Se debilitaron tanto que suponen que el estado natural del hombre es la esclavitud del cuerpo, de los sentidos, de las pasiones y de los sentimientos. Empero, sólo es realmente natural y está perfectamente cómodo quien logró liberarse y dominarse. Aquellas personas se fortalecieron tanto en hábitos terrenos y se debilitaron tanto en anhelo espiritual que las exigencias disciplinarias de la búsqueda les parecen demasiado prohibitivas e irrealizables. Para esa gente, el ideal de la búsqueda parece tan frío e implacable como las cimas nevadas del Himalaya. ¡No! Este consejo se propone sólo a los discípulos, o sea, a quienes voluntariamente se sometieron a una disciplina para encontrar al alma. Se propone a la persona que tomó las grandes decisiones; que negativamente renunció al apetito animal y desechó a los

deseos humanos; que positivamente aceptó a la Realidad Intangible como el principal Bien de su vida, y al Yo Superior como el ego verdadero de su ser. Un espíritu característico de ausencia de deseos primero desconcierta y luego repugna a la mente moderna. Su menosprecio de demandas que son naturales, de ambiciones que son legítimas y de bienes que son producto de la cultura, no parece que merezca discutirse porque no parece tener sentido. Hay un corto trecho solamente entre la posición intelectual de que tal espíritu característico es una locura y la posición emocional de que es inhumano.

¿Prácticamente, de qué sirve semejante espíritu característico? ¿Hasta dónde se lo requiere para las necesidades del hombre moderno? Estas preguntas sólo podrán responderse adecuadamente si él atiende a sus términos. Primero, no debe confundir necesidades con exigencias. Debe llegar a comprender con más claridad qué es y qué no es esencial para su vida, para que pueda simplificarla y elevarla. Segundo notese especialmente que la convocatoria es para un renunciamiento que, esencialmente, es de carácter interior. El puede conservar externamente sus bienes si los abandona interiormente. Si se le reclama que lo abandone todo, sólo a veces esto se ha de hacer externamente, aunque siempre haya que hacerlo internamente.

Es cierta la declaración de que el ingreso en el Reino de los Cielos sólo lo podrá efectuar el hombre que no esté cargado de bienes. Pero los bienes a los que se hace referencia no son externos; son totalmente interiores, intangibles e invisibles. El está secretamente muerto para el mundo, aunque aparentemente se desplace, trabaje, goce y sufra en medio del mundo. Tal es el verdadero estado ausente de deseos. El tiene que aprender el arte paradójico de tener deseos naturales como los demás hombres y, empero, ser como si realmente no los tuviera. Este equivale a decir que puede poseerlos en la medida en que es un ser humano con necesidades humanas —aunque con él se simplificarán, disciplinarán y elevarán—, pero en lo recóndito de su corazón él está dispuesto, a cada instante, a abandonarlo inmediatamente. De esta manera, él establece un sensato equilibrio entre el deseo de poseer y la voluntad de renunciar.

La actitud más satisfactoria que se ha de adoptar es la que el Buddha tuvo que adoptar tras experimentar los extremos de la vida principesca en un palacio y la vida espartana de un asceta. Al final, él enseñó que el camino mejor es el camino me dio. Así, usa las cosas sin complicarse en ellas. "Una vez que hayas renunciado a todo esto, entonces puedes disfrutar" dice el *Isha Upanishad.* El renunciamiento no necesita impedirle que ame a sus amigos, ni necesita disuadirle de valoriza sus comodidades, ni necesita negarle el uso de inteligentes invenciones, casas lujosas y creaciones artísticas. Pero permitir, todo esto sólo cuando —y en la medida que— no usurpe si tiempo con la Divinidad, su devoción hacia ella y su elección de ella. La disciplina filosófica no es disciplina ascética: no le pide que renuncie a todos los lazos de la amistad, la familia y el matrimonio, a todo afecto hacia los demás seres humanos El puede conservar los lazos y los afectos. Sólo le pide que lo libere de posesividad, que se ocupe profundamente de los demás junto con la Divinidad (no negándola), que mantenga todos lo amores menores dentro de su amor mayor, y no esté aprisionado dentro de ellos. No se le pide que abandone su vida mundana sino que la espiritualice, no se le reclama que renuncie a sus relaciones personales sino que las enfoque desde un nuevo punto de vista. Sería un triste error pensar que este paso de un apego a otro, de complicaciones terrenas a complicaciones celestiales, se efectúa destruyendo las relaciones humanas y enfriando los afectos humanos. Lo real es que el hombre se vuelve más amoroso en su conducta para con la familia y los amigos, no menos amoroso. Pero es un amor de calidad más elevada que antes, más puro, menos egoísta y más benigno.

En filosofía, la pureza de corazón significa abandonar a todos los bienes y todas las personas, no ante la vista del mundo sino ante la vista de Dios. Hay paz para quienes entraron en el estado ausente de deseos. Mientras estén muertos interiormente para el mundo, pueden permanecer externamente activos en él. Lo que importa y se reclama no es una ascética externa ni un abandono externo de la vida mundana sino un desapego interno. Cuando el renunciamiento ascético cumplió su finalidad interior, cuando ayudó a que el yo animal se subyugue y el yo personal se someta, también puede renunciarse a él, si él lo decide, pues no es un fin, sino sólo un medio para ese fin. Una vez que sus pensamientos y sentimientos son bastante puros, poco importa el valor de la sacrificada disciplina externa. Las necesidades del cuerpo humano y del ente humano que lo arrienda pueden ser satisfechas con dos condiciones: primera, que sean disciplinadas por la razón; segunda, que no se les permita que oscurezcan las necesidades de la meta espiritual y última de la vida humana. Estas condiciones él las cumplió.

Cuando entró verdaderamente en el estado ausente de deseos, cuando deja de sentir la necesidad de alguien o de algo, cuando el sentimiento que emana continuamente de lo recóndito de su corazón es de plenitud personal y autocontentamiento, percibirá qué lastimoso es el trágico estado de quienes, todavía atados a la tierra, caminarn con las manos esposadas y con los pies chirriantes pero no lo saben y hasta se vanaglorian de su esclavitud. Los doce trabajos de Hércules son una descripción alegórica de la lucha del aspirante con su naturaleza inferior y con las fuerzas hostiles.

Más allá de su apego a los bienes y de su complacencia en las pasiones, quien busca deberá viajar mucho más allá todavia. Ni siquiera el hecho de que venza a los deseos de su ego en estas direcciones le llevará a la meta, aunque avanzará mu cho más allá de las multitudes cautivas.

Todavía necesita penetrar en las honduras de la contemplación, donde todo es profundo vacío, donde la identidad se disuelve, y donde sólo está Dios.

Luego, necesita aprender el arte de poner todo esto en relación con su existencia común

cotidiana, con sus actividades en el mundo. Además, necesita orientarse nuevamente hacia el intelecto, reemplazando su desdén hacia éste y su desapego respecto de éste con una actitud constructiva, positiva e integradora.

Cuando este período de auto-adiestramiento está finalizando, poseerá la capacidad de atender todo deber, trabajo, asunto o goce que a sus facultades se les reclame que atienda, y, sin embargo, en el instante en que terminó, poseerá la capacidad de desechar eso de modo tan completo de su mente como si jamás hubiera existido. Entonces, volverá a la persistente y espontánea concentración sobre el yo interior, y a la permanencia en éste.

Cuando dentro de lo humanamente posible logró esta independencia de lo extemo, cuando vive de su ser recóndito y es fiel a éste, descubre una satisfacción plausible y perenne que el hombre terreno nunca conoce.

Quien lucha y logra vencer a la naturaleza inferior se llena con la serenidad y el misterio de lo superior. El período de atormentadora tensión y de división interna llegará a un repentino fin, y lo seguirá un período de satisfactoria calma y de unidad interna. En su corazón quedará abolido el conflicto intermitente o personal que prosigue en tantos corazones. Sería realmente una necedad sacrificar, por una satisfacción inferior, la intuición, la calma y la fuerza que logró a tan alto costo y después de tantos conflictos difíciles. Los sacrificios que, en su noviciado, le parecía que eran tan enormes de realizar, ahora, con su pericia, se pueden efectuar sin esfuerzo.

Cuando la lucha con sus pasiones y pensamientos llega a un final triunfal, se establece en su corazón una gran tranquilidad. De él desapareció la vida animal. Ingresó en él la vida angelical. Se silenció el tumulto intelectual. Los impulsos dejaron de guerrear dentro de él. Es indescriptible la serenidad de ser tan completo en si mismo. Cuando la consciencia individual está, así, separada de las pasiones, los deseos, las emociones y las ideas que la agitan, la serenidad llega para impregnarla. Y entonces, descubrirá la gran paradoja de que, para quien, en su interior, de buen grado y en secreto, puede renunciar al mundo, éste es suyo de verdad y estará a sus pies antes de que la tumba, en lo exterior, de mala gana y de modo patente, lo obligue a renunciar a él. Esto lo expresó medulosamente Patanjali en sus *Aforismos Yóguicos* (1.37, 1.40), que constituye el primer libro de texto que se registra sobre yoga:

> La sustancia mental alcanza el estado estable teniendo como objeto suyo una sustancia mental libre de la pasión. Su dominio se extiende desde el átomo más pequeño hasta la máxima magnitud.

Podemos equiparar estas palabras con la frase mística de Jesús: "Quien pierda su vida la ganará". De modo diferente, empero esto tiene similar significado a las observaciones de Patanjali. Pues en la suprema experiencia del místico, la del Vacío de aniquilación, está despojado de todo su ego personal, de todo pensamiento, de toda cosa y de todo deseo. Nada posee, y nada es. No obstante, se establece en una posición en la que, debido a que el Vacío es el origen de todo, todo le puede ser concedido. Así, paradojalmente, renunciando a todo, todo lo gana.

El *swami* Vivekananda dijo:

"Cuando renuncias al mundo, ¿qué es lo que queda? ¿Qué significa eso? Puedes tener esposa; con seguridad, no tienes que abandonarla; pero, en tu esposa has de ver a Dios. Renuncia a tus hijos: ¿qué significa éso? ¿Echarlos de tu casa? Con segundad, no. Sino ver en tus hijos a Dios... Esto es lo que la *Vedanta* enseña: Renuncia al mundo que conjeturaste, a un mundo falso que tú mismo creaste. Abre tus ojos, fue un sueño, fue *maya.* Lo que existía era el Señor mismo.

"¿Qué quiere decir renunciar a los deseos? ¿Cómo proseguirá la vida? La solución es ésta: no es que no debas tener bienes, no es que no debas tener cosas que son necesarias e incluso cosas que son lujos : ten todo lo que quieras: tan sólo conoce la verdad acerca de los bienes: que no pertenecen a nadie. No tengas idea de propiedad, de ser dueño de algo Todo pertenece al Señor.

"Si al hecho de renunciar al mundo lo entendemos en su sentido más burdo, entonces resultaría esto: que no debemos trabajar, que debemos ser holgazanes, estar sentados como si fuéramos terrones de tierra, sin pensar ni hacer nada. Pero no. es eso lo que significa. Debemos trabajar. De modo que realiza tu trabajo, dice la *Vedanta,* poniendo a Dios en todo y sabiendo que El está en todo. Cuando de esta manera, a través de Dios, los deseos se purifican, no causan mal, no causan aflicción."

En las páginas anteriores se consideró el tema desde el punto de vista de discípulos y aspirantes. Que adviertan que los problemas éticos y los conflictos mentales que toca no se le presentan al sabio, pues en el instante mismo en el que el discípulo alcanza la iluminación suprema, todos los deseos y pasiones que queden desaparecen de él por sí solos. De allí en adelante. cualquiera que sea su conducta exterior, ésta no podrá alterar su estado interior de desapego sublime y secreto, en el que está perpetuamente en paz. El puede actuar como el asceta total, si lo decide, o como el ser totalmente mundano, pero su estado de elevación sigue sin que lo afecte una u otra actitud. Al renunciar al ego, él renunció a todo. Llegó a un punto en el que no le queda más a lo cual tenga que renunciar. Se cumplió su deseo de alcanzar la ausencia de deseos. Una maravillosa sensación de liberación inunda su corazón, una vasta serenidad aquieta su mente. Una satisfacción intensa y duradera está presente con el Yo Superior. Nada parece tan digno de tenerse en el mundo, pues teniendo esto, él siente que tiene lo que más vale la pena en la vida.

CAPITULO XI

LAS CUALIDADES ETICAS DE QUIEN BUSCA LA VERDAD

Quien se llama hombre y tiene forma humana ha de ser respetado solamente cuando la razón, en su naturaleza, cobra ascendiente sobre el animal. Es proverbial el peligro de pasiones como la lujuria, la ira y la violencia animal, pero con frecuencia no se reconoce la ceguera de emociones como la atracción y el rechazo. El hombre derrota a la pasión con los trabajos combinados de la razón y la voluntad por parte de él, y de la Gracia y del sufrimiento, por parte de lo que está más allá de él. Tiene que domar la turbulencia periódica de la pasión hasta que ésta se cansa de rebelarse y renuncia a la lucha, y debe negarse a convertirse en víctima de sus emociones. La batalla contra la naturaleza animal se entabla dentro de él mismo. Debe aprender, especialmente, a combatir sus propias emociones. Algunas veces, debe librar batalla contra sus sentimientos placenteros, otras veces, contra sus sentimientos dolorosos. Sus deseos vehementes y codicias guerrean contra sus ideales más dignos. Debe esforzarse continuamente en ser tan fiel a sus sentimientos y tan preciso en sus emociones como ya debería tratar de serio en sus ideas. Durante estos períodos de tensión emocional es cuando es probable que tome decisiones imperfectas e inicie una acción equivocada.

El ejercicio de la calma en toda circunstancia es una clara ayuda para el discípulo que avanza por el sendero. De esta calma serena provendrá naturalmente un exacto discernimiento sobre los valores y un juicio equilibrado.

Hay momentos de gran tribulación o de gran tentación en los que los controles que el hombre tiene pueden ser destruidos.El discipulo jamás deberá permitir que algo tanto le encolerice que llegue a perder su control personal.

Sus juicios deben ser desapasionados y desinteresados, sin que sus deseos los condicionen. Sus evaluaciones de los problemas más acaloradamente discutidos serán entonces equilibradas y justas, correctas y razonables. No efectuará una crítica negativa sin realizar, al mismo tiempo, una sugerencia positiva.

Uno de los blancos del aspirante filosófico en sus esfuerzos por automejorarse es liberarse de todos los prejuicios emocionales de naturaleza personal y pública que dividen y antagonizan a la humanidad y retardan el avance de ésta. La filosofía aboga por una actitud más caritativa hacia todos los hombres. La malevolencia debe ceder ante una buena voluntad no torcida por los prejuicios. Tal buena voluntad actúa como un solvente de los prejuicios, desagrados, fricciones, envidias y odios que oscurecen la vida social.

No se trata de que debamos rechazar a la emoción de nuestras actitudes (como si pudiéramos) sino que no debemos formarlas solamente en términos de emoción. La apelación emocional no está ausente de la filosofía, pero es una apelación a nuestras emociones superiores, no a nuestras emociones más bajas. La filosofía no esteriliza la emoción sino que la espiritualiza.

Si nuestros pensamientos estuvieran despojados de todo sentimiento, causarían una impresión poco positiva en nuestras mentes. Entonces, cada idea tendría el mismo peso, la misma importancia que otra. Pensar en una tetera estaría en la misma categoría que pensar en la verdad. De modo que no se trata de que al sentimiento lo tengamos que eliminar de la vida. Se trata de que hemos de controlarlo y disciplinarlo, mantenerlo en su lugar adecuado, pues una consciencia en la que la pasión o la emoción tomó la delantera y de la cual la razón está ausente, se parece al mundo insustancial de una pantalla cinematográfica cuyos objetos pueden distinguirse con la vista pero no pueden sentirse con el tacto. De allí que en esta búsqueda de la verdad, los hechos metafísicos deben conectarse con la razón pero también deben volverse reales con el sentimiento.

Como místicos, debemos educar tan eficazmente nuestros corazones como ya educamos a nuestra intuición. Cuando las obras de la emoción reciben la aprobación de la razón y la sanción de la intuición, entonces son seguras y sanas. Sólo cuando sofrenamos la pasión y domamos la emoción, nos reconciliamos con la vida y descubrimos el significado de la serenidad.

La emoción a la que, en varios grados de agudeza llamamos satisfacción, goce, júbilo, dicha, arrobamiento o felicidad alcanza su magnitud más plena y su calidad más elevada cuando abandona por completo al yo inferior y sólo expresa al Yo Superior. Nuestros pensamientos sobre estas cosas superiores deberán combinarse con sentimientos acerca de ellas. Pero el sentimiento deberá estar en consonancia con las ideas. Estas nobles disposiciones no han de ponerse en la misma categoría que las chapuceras disposiciones emocionales que meramente más bien desfiguran que expresan la vida mística.

Quien busca la verdad debe aprender el arte de ser dueño de sí mismo en toda clase de circunstancia. El método de vencerse a sí mismo es empinado y difícil, pero es tan esencial para la

búsqueda como el método más suave de entregarse a éxtasis emocionales durante la meditación. Lo que deberá hacerse es afirmar el dominio sobre los pensamientos que lo arrastrarían hacia abajo, los sentimientos que lo atormentarían y los muchos yoes disparatados que lo desfigurarían. No basta con tratar de ocuparse de las manifestaciones del yo inferior solamente con el pensamiento creador. También es necesario realizar un esfuerzo paralelo de la voluntad, un abnegado empeño para elevar la acción a un nivel superior, una lucha activa y furiosa para resistir lo que parece ser una verdadera parte de su propio ser. No sólo deberá controlar las acciones que procuran satisfacer los deseos contra su mejor juicio, sino incluso las quimeras que buscan el mismo objetivo. Debe estar alerta ante la primera incursión de emociones meramente negativas, depravadamente destructivas o vergonzosamente egoístas. Es más fácil detener la vida de tiernos brotes que de brotes más maduros. Esto es especialmente cierto respecto de pasiones como los celos, el resentimiento, el orgullo herido, el acerbo rencor y la ira encendida.

Quien busca la verdad debe disciplinarse para enfrentar los caprichos de la suerte y para superar las vicisitudes de la vida. Tal autodisciplina proporcionará más seguridad a su juventud, y mas dignidad a su vejez. Quien no llegue a esta autodisciplina desde dentro, de modo pacífico y voluntario, la tendrá impuesta desde fuera, de modo obligatorio y violento.

Estar largo tiempo asociado con ciertas personas puede alterar profundamente el carácter de un individuo y desviarle poderosamente de su dirección general. De él depende aceptar o resistir la influencia de aquéllas. Deberá estar en guardia contra el desvío de sus fuerzas y contra el descarrío de sus aspiraciones. Las podrá conducir correctamente sólo si sigue los consejos de la filosofía. Tal como quien es el mejor se convierte en pésimo cuando se corrompe, de igual modo la fuerza desviada se convierte en debilidad. Deberá buscar y encontrar el adecuado equilibrio y los factores de salvaguarda.

Al hábito de pensar ordenadamente que la educación puede haberle brindado, deberá añadir el hábito de pensar desinteresadamente, que, en su forma perfecta, sólo la filosofía podrá brindárselo.

No se refugiará en un escapismo complaciente ni se entregará a una irremediable desesperación. Mirará a la situación de frente, con calma y firmeza. Enfocará hombres y acontecimientos, ideas y problemas, no como quien perteneciera a alguna ortodoxia convencional sino como quien busca la verdad desapegadamente. Deberá ver las cosas en su verdadera luz, sin los engaños ni las deformaciones provocadas por la codicia, el odio, la lujuria, el prejuicio y demás. Su reacción personal hacia los acontecimientos mundiales deberá alinearse con el resto de su esfuerzo de búsqueda de la verdad.

Quienes pueden usar del modo más puro su facultad pensante (o sea, con imparcialidad, sin desviaciones, desequilibrios ni egoísmo) son extremadamente escasos. Empero, la instrucción filosófica procura inducir a los hombres a que hagan precisamente esto.

El objetivo de quien busca la verdad debe ser retener y sostener sus ideales, cualquiera que sea el medio en que se encuentre. En una sociedad animada por prejuicios mezquinos y egoísmos indignos, deberá mantener firmemente su integridad moral. Deberá empeñarse en mantener, en lo sucesivo, una estricta integridad de carácter, como parte vital del sendero que conduce hacia el Yo Superior. De manera que la búsqueda no es fácil ni siempre es agradable. Deberá defender la integridad de su vida mental contra todos los enemigos físicos, humanos o ambientales.

No avanzamos cediendo ante la debilidad que se disfraza **de** virtud, sino fomentando la fortaleza aunque ésta tenga un rostro desagradable.

No sólo basta descubrir los principios que controlan secretamente la vida humana. También es necesario que el discípulo no contravenga los preceptos que surgen de aquéllos, ni actúe en desacuerdo con ellos en su conducta diaria. Estos principios no han de ser sostenidos obstinadamente en una ocasión, sólo para que se los sacrifique de repente en otra.

Cuando su carácter madura y su intuición se desarrolla, resulta más clara que nunca la validez de los ideales por los cuales él trabaja. Cuando un hombre persevera realmente en esta búsqueda, llegará un tiempo en el que tendrá que asumir una posición heroica en defensa de sus principios morales, en el que deberá negarse a sacrificarlos por un beneficio mudable y pasajero. Alcanzará una etapa en la que no sólo se negará a transgredir este código de ética sino que incluso se negará a ello aunque pudiera beneficiarse mucho de ese modo, o aunque su transgresión jamás pudieran descubrirla los demás.

El aspirante debe saber que si fue fiel a los preceptos de la enseñanza, tarde o temprano recibirá la liberación respecto de sus dificultades. Tal vez sus pasos sean aún claudicantes y su mente esté todavía insegura de sí misma, pero con el transcurso del tiempo descubrirá que se concretó un claro avance.

Alcanzará una paz corporal y una madurez mental en la que ciertas verdades serán más claras para lo que él se proponga, y menos repulsivas para sus sentimientos. Debe considerar tres de ellas: el valor ilusorio del sexo, la necesidad de subordinar la emoción a la razón, y la realidad del Yo Superior invisible e intangible. Debe meditar, una y otra vez, sobre estas cosas si quiere paz interior.

Su acierto en la vida no podrá seguir midiéndose adecuadamente sólo con lo externo sino que también deberá ser medido por lo que él logre alcanzar al purificar su corazón, desarrollar su inteligencia, hacer evolucionar su intuición y obtener el equilibrio.

CAPITULO XII

LA RENUNCIA AL EGO

A la filosofía no le interesa adular a un hombre ni complacer su vanidad. Por tanto, comienza el aspecto práctico de su disciplina señalándole sus defectos, imperfecciones y negligencias, y, por último, abriéndole los ojos ante las debilidades, incapacidades y complejos hasta entonces inconscientes o disfrazados. Para avanzar con seguridad por el sendero, un hombre necesita curarse de obsesiones e irracionalidades fanáticas. Tal vez piense que erradicar los defectos personales tenga poco que ver con encontrar al verdadero yo, pero esto no es correcto. Estos mismos defectos surgen del falso concepto del "yo". Además, la erradicación se le sugiere no sólo para ayudarle a vencer esos conceptos falsos sino también para ayudarle a ser un servidor mejor de la humanidad.

Es cierto que un hombre no puede dejar de ser lo que es. que las circunstancias externas y la naturaleza interna, las tendencias kármicas y las experiencias pasadas se combinaron para modelar su carácter. Pero sólo si es honrado consigo mismo, si cesa de ocultar sus feos defectos y empieza a ponerlos bajo la plena luz, tiene posibilidad de realizar un avance concreto en la búsqueda.

Hará bien en saber a qué se parece realmente su ego antes de que intente saber a qué se parece su Yo Superior. Una preparación valiosa es la despiadada búsqueda dentro de sus complejos y tendencias, dentro de sus vanidades y deseos ocultos Eso es lo que él debe explorar y que hasta entonces había esta do enteramente inadvertido.

Mientras se esquive o tema este constante escrutinio de motivaciones, este análisis indagativo del carácter, el egotismo puede disfrazarse, volcando sutilmente en su beneficio las situaciones más altruistas y satisfaciendo insospechadamente sus deseos aunque no parezca hacerlo. Cuando se consiente que el egotismo se introduzca en las observaciones de la vida de un hombre, las torna falibles, dudosas, deformadas o equivocadas. ¡Al ego se lo deberá achatar y, si es necesario, hasta punzar!

Lo que importa es la inspiración y la motivación. ¿La acción es impulsada por el ego? ¿O es impulsada por el Yo Superior? ¿Busca ganancia personal? ¿O busca rendir un servicio altruista? La pauta del deber tal vez no sea clara a veces, pero el impulso del egotismo puede desenmascararse siempre. Es más fácil vencer la predisposición del temperamento que, después de todo, sólo es una cosa superficial, que la propensión del egotismo que, demasiado a menudo, está tan profundamente escondida que es enteramente invisible. Estos propósitos inconscientes funcionan muy eficazmente a su modo, y gran parte de la actividad consciente muestra su influencia al observador adiestrado.

El discípulo deberá empezar con la más humilde opinión de sí mismo si algún día ha de terminar con la opinión más elevada. De ningún modo debe caer en el error común de juzgarse más adelantado de lo que realmente es, pues esto conducirá al fracaso. Que no se considere demasiado pronto como uno de los elegidos privilegiados, no sea que se convierta en un ser orgulloso de su espiritualidad y engreído de su moralidad.

En esta cuestión, debe oír el consejo de un antiguo proverbio de la India:

"Extiende tus pies según el largo de tu sábana".

Indostani

El uso de anteojos de color rosado que a lo bueno lo agranden hasta convertirlo en lo óptimo no sirve para nada más que para engañarse. Deben volverse a examinar tanto los traspiés ocurridos en el sendero, como los logros obtenidos en éste; la humillación que así se provoca deberá aceptarse y no evitarse recluyéndose en el cinismo o haciendo un paso al costado para ingresar en la hipocresía. El discípulo deberá tener la humildad para reconocer estos defectos y la buena disposición para quitarlos de sí.

Por ejemplo, si el discípulo sólo tuviera la fuerza moral y la poco apreciada fuerza del renunciamiento, para abandonar al ego inferior en todas sus hostiles diferencias, disputas, irritaciones y perturbadas relaciones con los demás, será compensado con una satisfacción espiritual y con un acelerado crecimiento del ser interior que serán mucho más preponderantes de lo que personalmente creía. Cuando aprende, dolorosa, lenta y vacilantemente, a hacer a un lado al ego inferior en todas sus consideraciones, reflexiones y decisiones, aprende una de las máximas lecciones que la vida tiene que enseñarle. Y si tiene la fuerza para oponerse a su propio ego y la grandeza para negarse a su propia ambición, cruzó el umbral del renunciamiento.

El hombre no iluminado no tiene mayor enemigo que su propio ego inferior, como el hombre iluminado no tiene mayor amigo que su propio Yo Superior. No sólo la naturaleza inferior es su máxima enemiga, también es su más sutil enemiga. Esta fingirá y engañará, se enmascarará y disfrazará, se enroscará y cambiará de posición de modo tan astuto que, muy a menudo, él no sabrá diferenciarla de su amigo más grande, que también está dentro de él.

El aspirante deberá tener el máximo cuidado respecto de sus motivaciones, y vigilarlas bien. El ego es el enemigo real en el sendero, es la montaña a la que no se puede mover con la fe sino con una lucha titánica. Pero la agonía disminuye cuando, mediante instrucción apropiada, él llega a entender cuan realmente ilusorio es el "yo". Sin vigilancia, es fácil extraviarse en tales asuntos. La línea divisoria es, a menudo, fina. El deberá estar al tanto de los innegables peligros, de las tentaciones tremendas y de las trampas que lo rodean. ¡Qué difícil le parece a un hombre entregarse a su propio ángel de la guarda, qué fácil entregarse al demonio que lo asedia!

El discípulo debe estar alerta contra los astutos disfraces del ego que está en retirada. Deberá estar alerta contra las adulaciones de aquél, que finge que es el Yo Superior quien le halaga. Deberá estar alerta contra cualquier "misión" que se le asigne. Si la voz interior le promete un futuro notable, ya sea un logro espiritual o un triunfo mundano, no tendrá que creer en ella. Debe creer en ella solamente si lo toma más humilde y más manso.

El ego resistirá repetidamente en una prolongada lucha. Habrá que hacerlo retroceder hasta el corazón, y allí acosarlo. Luchará violentamente para que no lo capturen y se verá obligado a defenderse con astutas racionalizaciones. Pero si la paciencia del aspirante se equilibra con el robusto antagonismo del ego, y si a la Gracia se la busca y se la encuentra, la victoria llegará finalmente. El ego es un enemigo tan sutil en el sendero que, aunque la Gracia del Yo Superior conduzca al aspirante hacia adelante, a través de sus prácticas místicas, hasta momentos de elevación sagrada, el ego le resta subrepticiamente mérito a estos resultados.

Durante todo el trayecto, desde el comienzo hasta el final de la búsqueda, el aspirante necesitará ser dueño de una anonadada humildad y de una reverencia sumisa. La primera no es necesaria en presencia de los hombres, sino en presencia de Dios; la segunda no lo es en el bullicio del mundo sino en el secreto del corazón. El ego inferior deberá rendirse ante la individualidad superior, no ante otro ego.

La necesidad de humillarse ante el Yo Superior (lo cual no es lo mismo que humillarse ante otros hombres) es la más grande de todas las necesidades en el aspirante de tipo intelectual. Este deberá alzar el velo del egotismo y, con su propia mano, lo humillará hasta hacerle morder el polvo. Mientras el aspirante se crea sabio y merecedor porque alberga una aspiración espiritual, el Yo Superior se rehusará a darle los medios finales para que concrete esa aspiración. Tan pronto el aspirante crea ser necio y pecador, el Yo Superior le empezará a ayudar con su Gracia para que venza estos defectos. Luego, cuando su humildad se extienda hasta comprender su cabal desamparo, es el momento de unirla con un rezo intenso y un anhelo ardiente de Gracia Divina. Y esta humildad hacia el Yo Superior deberá ser una actitud tan perdurable como la firmeza respecto del yo inferior. Deberá persistir, en parte porque deberá comprender continuamente que necesita y necesitará siempre su Gracia, y en parte porque deberá reconocer continuamente su ignorancia, su insensatez y su iniquidad. De este modo, el ego se convence de su necedad, y cuando se inclina penitentemente a los pies del Yo Superior, empieza a manifestar la sabiduría de la que hasta entonces carecía. En vez de perder su tiempo criticando a los demás, capitaliza su tiempo criticándose. En un lenguaje teológico de viejo cuño, deberá considerarse un indigno pecador; sólo entonces es capaz de recibir la Gracia. No debe medir su estatura espiritual con las normas inferiores de la multitud convencional. sino con las normas más elevadas del Ideal. Aquélla le hace sentirse presumido, pero el otro le hará sentirse pequeño.

En algunos momentos, tal vez sienta al animal dentro de sí, en otros momentos al criminal, y en momentos más raros al ángel. Deberá convencerse del pecado, deberá ser plenamente consciente de su desdichado estado al aferrarse tan recia y prolongadamente a la vanidad, la animalidad, el egoísmo y la materialidad.

Tal vez sienta ansiedad por su avance, se contraríe por su lentitud o se confunda respecto a la naturaleza de aquél. Pero su empeño deberá ser paciente y sostenido, siempre fiel a su meta muy distante, y no debe cegarse ante la necesidad de mantener una personalidad equilibrada. Tampoco debe obsesionarse tanto consigo mismo que cada fluctuación trivial de sus sentimientos la considere con importancia exagerada y la estudie con un análisis morboso. En suma, no deberá convertirse en un neurótico super-ansioso. El detenerse repetidamente en sus defectos, el análisis constante de sus deficiencias, el hecho de poner él mismo al descubierto sus tropiezos y errores deben hacerle doblar la cerviz, corregirlo y purificarlo.

En la labor de automejoramiento también puede ser de ayuda llevar un diario consagrado a confesar y anotar sus defectos de conducta y sentimiento a medida que aparezcan.

Debido a que primero deberá reconocer y corregir sus errores y pecados, el auto-examen crítico no deberá sujetarse a esto sólo sino que también deberá guiarse por las consecuencias de sus acciones y las críticas que provengan de sus enemigos. Donde el hombre corriente sólo ve enemistad, el aspirante ve una oportunidad de acelerar su propio crecimiento. Donde uno deplora la oposición, el otro la usa para su propio desarrollo.

El ego anhela siempre defenderse engañándose, se complace siempre en encubrir sus imperfecciones señalando las de los demás, y en tomar el mal ejemplo de los demás para racionalizar su mala conducta.

El discípulo no puede tomar el fácil derrotero de censurar siempre la inconducta de otro y nunca la suya propia. Lo que conoce de su propio yo, con sus defectos, fragilidades e iniquidad, debería enseñarle un poco de cautela respecto de los demás, un poco de cuidado en su trato con ellos. Debe guardar tanto silencio sobre los defectos de los demás como debe anhelar corregir los suyos propios. Sólo necesita quebrantar esta norma donde el deber público o privado haga

imperativo que hable, o donde la persona a la que esto le incumba realmente le pida tal crítica.

Deberá liberarse del orgullo emocional y del engreimiento intelectual. La confesión de su impotencia personal es el primer paso hacia el descubrimiento de su fuerza impersonal, y la Gracia empezará a ponerse en funcionamiento cuando perciba que él mismo no podrá manejar más, no podrá dirigir más su propia vida sin caer en otra iniquidad y en otra insensatez.

El ego del hombre es, por naturaleza, renuente a ponerse obedientemente bajo las órdenes del Yo Superior. Sólo cuando, por los afligentes resultados de sus propios errores se abate y toma desesperadamente contrito por la percepción de sus fracasos, empieza a renunciar a su mala disposición.

En la medida en que un hombre se vacía de sí mismo, en esa medida el Yo Superior puede entrar en su consciencia corriente. Pero el desalojamiento del ego no ocurrirá ni podrá ocurrir a través de algún acto de la propia voluntad del hombre. En su consciencia emocional e intelectual lo producirá un acto de la voluntad divina.

Quien tiene la humildad, la fortaleza y la sabiduría para devolver su voluntad personal a su Yo Superior, con ello brinda la posibilidad de que fuerzas mayores que las suyas le bendigan, inspiren y usen. Que tenga la valentía para realizar este acto único, dinámico, de abnegación. Jamás lo lamentará, pues sea lo que fuere lo que de él tome, su Yo Superior le devolverá más.

El sencillo significado de las comunes expresiones místicas "auto-aniquilación", "renunciar al ego" o "perder el yo" es dejar de lado pensamientos, emociones y asuntos personales que corrientemente ocupan la mente, y dejar que ésta se suma, libremente, en un estado de completa absorción en una sentida fuerza superior. Esto es ofrendarse al ente sublime que está dentro de él.

Al aspirante se le dice que desaloje la vida egotista sólo porque, de ese modo, puede hallar una vida más profunda y superior. El no ha de negar su existencia, sino que ha de cambiar la calidad de su vida para lo mejor. Y el ego mismo deberá preparar el camino para este cambio fenomenal abandonando su orgullo y suplicándole al Yo Superior que lo posea cabalmente.

El consejo de mirar en el interior sería tonto si sólo significara mirar a la fragilidad humana y a la insensatez mortal del discípulo. Pero realmente significa mirar más allá y con más profundidad. Significa un examen introspectivo de tiempo mucho más prolongado, de paciencia mucho más exigente, de carácter mucho más sostenido que un mero primer vistazo. Significa intensidad de primer orden, concentración del género más fuerte, anhelo espiritual de la clase más fervorosa. Necesitará mirar dentro de su corazón más profundamente que antes, y buscar en sus laberintos más oscuros en procura de las motivaciones y los deseos que allí se ocultan de su aspiración consciente. Se le reclama que realice la crítica más indagativa de sí mismo y que la haga con urgencia emocional y remordimiento profundo.

Mientras su naturaleza inferior lo esclavice, estará sujeto a confusiones y falsos conceptos,y abrigará quimeras y engaños durante este período de su búsqueda de la Verdad. De allí la necesidad de un esfuerzo para trascender la naturaleza inferior a través de la auto-disciplina. Inicia mejor este trabajo interior entendiendo firmemente que es pecador, imperfecto e ignorante, y comprendiendo humildemente su indignidad y su gran necesidad de auto-mejoramiento, purificación y ennoblecimiento.

El aspirante debe evitar permitir que emociones excesivamente fuertes o pasiones indisciplinadas destruyan el mantenimiento del equilibrio moral y mental. Puede incluso perjudicarle un rencor personal por una gran injusticia.

No decimos que el discípulo filosófico, a diferencia del sabio filosófico, deba carecer enteramente de pasión. Sobre esto decimos sólo dos cosas. Primero, debe empeñarse en crear un núcleo central interior en el que las pasiones no puedan tocarle, y por el que éstas estén controladas y disciplinadas: un nivel de profunda rememoración en el que de repente se aquietan. Segundo, debe rescatarlas de que sean de carácter exclusivamente animal, y también volver a dirigirlas hacia los canales humanos. Debe cultivarse la pasión intelectual y artística como un complemento para los de un nivel inferior.

Si la pasión disipa repetidamente la vida interior de un hombre, éste no conocerá paz segura ni alcanzará una meta duradera. Deberá gobernarse, contener sus pasiones y disciplinar sus emociones. Deberá fortalecer su voluntad superior a expensas de su voluntad inferior, pues la primera promueve su evolución espiritual, mientras que la segunda inflama su naturaleza animal. Deberá presentar un frente imperturbable a los ineludibles altibajos de la vida, y deberá impedir que su corazón se convierta en el pasatiempo de tumultuosas emociones y pasiones perturbadoras. Deberá vigilar su actitud emocional hacia los demás, no sea que traicione su independencia profundamente oculta e invulnerable, y sufra, en consecuencia, la pérdida de aquélla.

La tarea más difícil que alguien puede emprender es alinear su ego inferior con su Yo Superior. Este objetivo no podrá ser alcanzado con flojedades. Exige todas las fuerzas y facultades humanas, y las exige en su máximo nivel. Exige una reorientación sincera y grandiosa del pensamiento, del ideal y de la voluntad. Es autoengañosa la empresa de remendar el viejo modo de vida creyendo que se está estableciendo uno nuevo. El arrepentimiento no ha de concluir solamente en lo emocional, si ha de tener algún valor kármico. La prueba final de que un corazón se transformó es una vida que cambió.

El resultado de este esfuerzo de auto-crítica para rehacer su personalidad será el castigo que él mismo se imponga. Apreciará la aguda necesidad de reparar las malas acciones del pasado y, cuando lo intente, su reparación asumirá dos formas diferentes. En la primera incluirá a los demás,

y con ellos hará la paz. En la segunda, se incluirá él solo, y aquí cumplirá penitencia y se impondrá una disciplina ascética.

El aspirante deberá disciplinarse para contemplar sus pensamientos en la perspectiva adecuada, negándose a considerar a las atracciones y los rechazos de aquéllos como si fueran propios de él. Deberá cultivar el hábito de ser él quien observe sus propios pensamientos y actividades, con la misma objetividad con que, en la calle, observa a los extraños. En lo que a él respecta, deberá observarse con desapego y observar sus experiencias con calma, si ha de llegar a la verdad y aprender las lecciones de una y otra cosa. Mientras se aferra al pequeño ego posesivo, también se apega a los temores y ansiedades, a las discordias y la desesperación. Se inmiscuye demasiado emocionalmente en sus problemas personales y así oscurece los verdaderos problemas, o los deforma o magnifica.

Si el discípulo prosiguió fielmente sus meditaciones y disciplinas, sus estudios y aspiraciones, llegará la época en la que, en su vida interior, se acercará a una vuelta cíclica en la que volverá a examinar las páginas de su pasado lejano y de su pasado reciente. En este punto crítico, le atormentarán pensamientos dolorosos sobre su pasado indigno y el consiguiente auto-reproche. Atravesará un período de auto-crítica intensa. Estos agudos dolores de conciencia y este amargo remordimiento son inevitables durante este período purificatorio en el que su pasado se configura con mayor fiereza bajo la luz que cae sobre él, haciendo que tome consciencia, por primera vez, de las tenebrosidades de su carácter y de las partes endebles de su naturaleza.

Tales recuerdos entrarán en su mente sin que él los invite. Empero, sólo le interesará el lado más oscuro, sólo le interesarán sus pecados, sus equivocaciones y sus errores de pensamiento, juicio y conducta, las malas acciones que él no cometió deliberadamente o adrede contra los demás. Con estas cavilaciones se ligarán recuerdos punzantes y lamentos amargos por los sufrimientos innecesarios que, como consecuencia, le acaecieron, además del remordimiento por sus deslices en la senda de la bondad y la sabiduría. Tales reflexiones y sentimientos se esparcirán intermitente y fragmentariamente durante varios meses o incluso un par de años, pero, en la época adecuada, ese período llegará a un final repentino, inesperado y abrupto con un trastorno emocional tremendo. Esta es la segunda "crisis emocional" (la primera fue la que puso sus pies en la entrada del sendero). Continúa durante tres días En ese lapso, muchos episodios, acontecimientos y decisiones que se extienden desde la niñez, implicando remordimiento y pesar, reviven en una especie de reseña cinematográfica en el que él es, a la vez, espectador y actor. En esta reseña, en ningún momento debe surgir mala voluntad o resentimiento airado contra otras personas que allí se refieren. Si ocurre ese y él permite que se mantenga, el final de la crisis puede ser un fracaso abrupto sin que dé beneficios. Estos recuerdos deben colmar su corazón, inundándolo de desesperación ante su propia perversidad, su debilidad y su insensatez. Su conciencia interior lo impulsará a que formule impugnaciones contra su carácter y su inteligencia, por el modo con que se manifestaron en las luchas internas y los problemas extemos. Cerca del final, o al concluir esta experiencia de tres días, tal vez crea incluso que es mejor morir que continuar con esa vida sin valor. Percibirá muy claramente qué diferentes, cuánto mejor para sí y para los demás, cuan feliz, cuánto mucho más fructífero habría sido su derrotero si se hubiera decidido a actuar con más sabiduría. Al percibir esto sentirá una angustia inmensa en su comparación de lo que fue con lo que podría haber sido. Pero, con la llegada del cuarto día, cesará de formularse reproches. Entonces, una intuición fuerte y clara se dirigirá a él con las siguientes palabras, más o menos: "Toma a pecho y conserva el recuerdo de las lecciones del pasado, pero abandona a este último. Evita estos pecados, quita estas deblilidades de tu carácter, mejora tu juicio, efectúa las enmiendas que puedas. Pero, termina con el pasado, y, de aquí en adelante, queda en paz con él. Hoy empiezas una vida nueva y superior". De inmediato, surge dentro de él una sensación enorme de alivio y, durante algunos días, le envuelve un grato sentimiento de paz. Los discípulos advertirán que la segunda crisis mística es asombrosamente parecida a la revisión de la vida terrena, en el estado *post-mortem,* descripta en *La Sabiduría del Yo Superior.*

La búsqueda de este yo espiritual no ha de emprenderse como una afición, ni como un aditamento de las comidas y del trabajo. La tarea de transformarse es la máxima tarea que cualquier hombre puede emprender. Es el trabajo de una vida. Este mejoramiento de sí mismo y del avance de la humanidad, de la elevación de su carácter y del acrecentamiento de su conocimiento, le mantendrá ocupado hasta el final mismo de su plazo en la Tierra. La vida filosófica no es fácil ni ociosa, y tal vez sólo las personas excepcionales sean las que se dediquen a la aventura. Es un trabajo difícil que altera muchas pautas habituales que, a la luz de la enseñanza filosófica, a la sazón parecen insatisfactorias. Pero, en la medida que haya aceptado esta enseñanza, el discípulo no puede sino desear adecuar a ella toda su vida. La tarea es tremenda, pero no imposible. No sólo es teóricamente concebible, sino prácticamente alcanzable, y ha de convertirse en la actividad primordial del discípulo, de donde todas las demás sacan su raíz y su vida.

La búsqueda debe convertirse en el centro de sus pensamientos, y, por ende, de su vida. El deberá ser consciente de la búsqueda y entregarse completamente al ideal filosófico, convirtiéndose de ese modo en quien busca la verdad. Ahora percibe la plenitud interior, y la completa posesión de sí mismo deberá buscarse y hallarse si la vida ha de ser soportable; sabe ahora que, hasta entonces, estuvo andando a tientas, ciegamente, en pos de eso. De allí en adelante, la búsqueda deberá ser consciente y deliberada. Ahora deberá pasar del suelo a la realidad, del deseo de encontrar su alma a la realización de aquél,. Estas verdades deberán

comprobarse dentro de la propia experiencia del discípulo, sin seguir siendo meramente un concepto en su mente. Deberá creer más en su propia actividad en procura de la salvación, y menos en la confianza en algún maestro particular.

La filosofía enseña un sublime código moral que se ha de seguir por el propio bien del discípulo, lo mismo que por el bien de sus semejantes. Cualesquiera que sean las diferencias de actitud metafísica y de prácticas externas entre él y los demás, el filósofo aborrece las disputas y ama la amistad. Observa tolerancia hacia todos los demás. Aunque no existe un código moral que pueda llamarse absoluto, todos los códigos morales deben condenar al odio si han de ser dignos de llevar ese nombre.

Como consecuencia de todos estos esfuerzos y meditaciones, disciplinas y reflexiones, en el discípulo tendrán lugar ciertos cambios. Poco a poco, las imágenes mentales nacidas de su yo más bajo desaparecen de la consciencia, y él puede llegar a ver toda su vida pasada como un sueño. El sentido de la proximidad del alma se vuelve real, y para él será una presencia diaria y una realidad continua.

Al recorrerse este sendero, sobreviene una subordinación de la identidad personal, una disminución de los límites egoístas que al hombre le impiden alcanzar lo mejor de su vida, una abstracción de todo el conjunto de deseos mundanos que normalmente componen la vida.

Al recorrerse este sendero, sobreviene una subordinación de la identidad personal, una disminución de los límites egoístas que al hombre le impiden alcanzar lo mejor de su vida, una abstracción de todo el conjunto de deseos mundanos que normalmente componen la vida.

CAPITULO XIII

LAS PRUEBAS Y EXPERIENCIAS DEL ASPIRANTE

Dominio de los deseos, conquista de las pasiones y ennoblecimiento de las emociones: reformarse y purificarse son los primeros frutos prácticos de la filosofía. Pero, deberá mediar un período de dilatada prueba antes de que los resultados de este esfuerzo se patenticen en el pensamiento y en la acción del aspirante. La tarea que se le presenta es realmente tremenda y será una exigencia para toda su naturaleza y para lo mejor de su mente. Si fuera algo menor, le acercará otro tanto al fracaso. Y su importancia es tan vasta que el fracaso provocará, a su vez una proporción parecida de sufrimiento mental. El aspirante tal vez crea que ya alcanzó ciertas cosas, pero debe recordar: primero, el proverbio francés de que lo mejor es enemigo de lo bueno; segundo, que todavía es preciso determinar si su avance es genuino o si, siéndolo, podrá mantenerse. Su fidelidad a los valores superiores y el alcance de su espiritualidad real o supuesta, con seguridad, han de ser sometidos adecuadamente a-prueba, en intervalos, en su carrera mística. Todas sus anteriores experiencias y luchas, victorias y derrotas fueron una preparación para aquello. De allí que el aspirante pueda esperar que, en un período, le acompañen tentaciones, y, en otro, tribulaciones. El aspirante apenas sabe qué debilidades le aguardan debajo de la superficie de su vida consciente, listas para alzarse sobre ésta cuando se presente la oportunidad.

En algunas grandes Escuelas de Misterios de la antigüedad, la tarea del Gran Maestro consistía en aplicar las pruebas necesarias y ordenar las severísimas experiencias que determinaban la aptitud del candidato para ingresar en alguno de los sucesivos grados de iniciación. Los hierofantes egipcios comprobaban la dignidad de los candidatos antes de concederles la iniciación iluminadora. Aquellas duras experiencias se dividían en cinco grados ascendentes. Cada uno correspondía a un elemento diferente: tierra, agua, aire, fuego y espíritu. Al candidato para ser iniciado en los grados esotéricos, los hierofantes lo hacían entrar en lugares que ponían a prueba su intrepidez, y sufrir recias experiencias que demostraban su valentía. También los ponían ante circunstancias e individuos que los obligaban a vencer tentaciones para sus deseos sensuales. Pero, esas escuelas desaparecieron y, con ellas, también sus métodos. En realidad, no se adaptarían a las condiciones del mundo moderno.

A medida que el aspirante avance, los obstáculos, pruebas y tentaciones que tendrá que vencer serán más formidables y menos reconocibles. Hombres y mujeres, circunstancias y situaciones se usarán como señuelo para tentarle y desviarle de sus ideales morales o fases disciplinarias de búsqueda, de sus metas intelectuales y de sus verdades ideológicas. Uno de los métodos extraños que las fuerzas usarán para ponerle a prueba será ordenar coincidencias en el ciclo extemo de su vida. Así, al poco tiempo (a veces a sólo un día) de renunciar solemnemente a algo en especial, ¡esto le será ofrecido! Tales coincidencias pueden ser buenas o malas. En el momento mismo en que es atraído fuertemente por alguna cosa o persona deseable, ha de renunciar a ella de modo deliberado y heroico. En medio de una situación en la que el ego sólo tiene que extender su mano y tomarla, él ha de practicar la abnegación con discernimiento y firmeza. En tales ocasiones, el aspirante bien puede recordar la advertencia de Awhadi, un místico persa de la Edad Media:

"Cuando en tus manos tengas la copa de la Suerte, ¡al alzarla, piensa en el dolor de cabeza!"

Estas experiencias tienen como propósito hacerle tomar consciencia de las debilidades de su carácter y mostrarle hasta dónde se apartó realmente de la vanidad, la pasión, la ambición y la posesividad. Lo que él es en sus impulsos más profundos se delatará durante su prueba. Estas severas experiencias pondrán finalmente a prueba su carácter y revelarán forzosamente sus debilidades y deficiencias. Los ocultamientos serán imposibles. Aunque las mismas oportunidades, pruebas y tentaciones no pueden repetirse en circunstancias precisamente idénticas, no obstante pueden repetirse en niveles de diferente índole, pues los pecados y defectos desaparecer raras veces por entero, y, a menudo, se recapitulan de modos más sutiles o con formas más depuradas. Las principales debilidades latentes se estimularán hasta evidenciarse. Esto sucede. en gran medida, porque ahora es el destino el que alivia proporcionalmente las circunstancias externas, en las que podrán expresarse con libertad. Si él se muestra demasiado débil como para resistirlas, entonces, en la conciencia, la tragedia de una caída será representada junto con la caída moral.

Algunas de estas oportunidades aparentes presentan los aspectos más atractivos, detrás de los cuales no será fácil discernir cuál es concretamente la realidad. Satán pone trampas a lo largo del sendero a intervalos. Están tan astutamente disfrazadas que, en lugar de trampas, parecen agradables locutorios, y, quienes caen en ellas, pueden pasar años engañados creyendo que están realmente en un locutorio. Si las fuerzas adversas no pueden atraparle con seducciones vocingleras, procurarán hacerlo con seducciones sutiles.

Siempre que tales tentaciones logren alojarse, el aspirante tendrá que recordar la depuración de los sentimientos y la elevación de las ideas que él alcanzó en sus experiencias religiosas y místicas. Las tentaciones asumirán las formas de siempre en el prolongado paso de la humanidad desde la esclavitud de la carne hasta la elevación del alma: las formas del sexo y del dinero, del poder y la posición, de los bienes y las consideraciones personales, etc. Pero, además de esto, hay algunas formas especiales, peculiares de la búsqueda mística: son modos de explotar a esa búsqueda en procura de poder, vanidad o beneficio de índole personal. Mas el resultado de tal acción es una auto-contradicción continua. Si el aspirante usa al alma como una palanca para ganar fines personales, la pierde, pues el alma no se quedará con nadie que la ame menos de lo que ella vale. Si el aspirante invita a las fuerzas superiores a que lo ayuden, no deberá esperar que éstas lo compartan con él con las fuerzas inferiores.

Por ejemplo, para él debe ser inconcebible pensar en vender su ayuda espiritual para procurarse, en cualquier etapa, una ganancia financiera. Si lo hace, entonces perderá, con seguridad el conocimiento junto con el poder siendo lanzado al abismo.

Una vez que haya avanzado bastante, de igual modo le repugnará la idea de aceptar contribuciones que de buen grado le ofrezcan. Al principio, tal vez no sepa por qué experimenta este sentimiento, pues éste se presentará como un vago impulso interior. En realidad, es una indicación de su Yo Superior. Si no llega a obedecer a este estimulo, entonces, durante cierto período, el Yo Superior no llegará a revelarse. El aspirante ha de desear la Divinidad y ha de ayudar a quienes buscan la Verdad misma, sin albergar siquiera las combinadas motivaciones de asegurarse la presencia interior y las recompensas externas de la Divinidad.

Si ha de dar la ayuda espiritual del modo que es debido (como un servicio altruista), no debe recibir pago, ni siquiera en la forma que menos se evidencie y que más lo disfrace. No debe aceptar regalos pecuniarios, como remuneración por la labor realizada ni como contribución por lo que ese trabajo le cueste. En realidad, a los discípulos y a quienes buscan la Verdad él deberá ponerlos no sólo en el renglón de sus deudas espirituales sino también materiales, pues si se empeña en salir a enseñar a los demás, en la medida de lo posible debe costearse sus correspondientes gastos de desplazamiento como resultado de realizar el viaje para llegar a ellos. Es muy indeseable que el discípulo mencione la recompensa o que el maestro piense en ella, permitiendo que eso llegue a mancillar la relación pura que exista entre ambos. Lo único que el maestro bien puede aceptar, ya sea que se lo ofrezcan voluntariamente o deba decidirlo, es la hospitalidad cuando esté lejos de su casa; o sea, techo y comida como huésped temporario.

Estas prohibiciones pueden parecer indebidamente rigurosas, pero si consideramos lo que es probable que con ellas se gane, entonces parecerá que valen la pena. Primero, los discípulos recibirán una demostración vivida y un ejemplo inspirador de un servicio perfectamente desinteresado. Segundo, donde el maestro todavía no aplastó por completo su ego, evitará el riesgo de que su motivación pierda su pureza, de que su corazón pierda su desapego, y de que su vida pierda su independencia. Cualquier servicio que realmente ayude a los demás pero persista en el ego de quien lo preste, puede ser bueno para los demás, pero es malo para éste, pues el segundo objetivo de la

prestación del servicio es disminuir la fuerza del ego.

Dios y el hombre esperan del maestro espiritual, sobre todos los demás, que sea la primera persona en seguir sus propias enseñanzas y practicar la virtud que él mismo inculca. Por ello, es una grave responsabilidad aparecer ante el mundo como maestro espiritual. Su doctrina debe provenir de su propia experiencia, lo mismo que de su propio pensamiento, tanto en sus acciones nobles como en sus creencias elevadas. Sólo el adepto carente de ego tiene derecho a recibir dinero, pues sólo en él puede confiarse en que lo use con fines impersonales. Pero incluso él raras veces querrá hacerlo. De manera que deberán atravesarse dos serias pruebas relacionadas con el dinero.

La fascinación del ocultismo

Es probable que, en alguna etapa, quien practique la meditación tenga experiencias extraordinarias o desarrolle dentro de sí facultades de videncia, mediumnidad o hipnotismo. A medida que su fuerza aumenta, el aspirante debe acrecentar su cuidado respecto a aquéllas. Aquí acecha el peligro para los demás y para consigo mismo, pero también el beneficio. Cualquiera que caiga víctima de la acechanza de las fuerzas ocultas y permita que le obsesione el ansia de que lo posean permanentemente, primero experimenta confusión mental, luego pierde completamente su derrotero y abandona el sendero superior y, finalmente, cae en la magia negra. Si ocurre lo peor, atraerá la ruina ética y el desastre moral sobre sí mismo y sobre quienes se asocien con él. El aspirante serio debe preferir seguir un sendero solitario, a seguir a la muchedumbre que corre neciamente tras lo sensacional, lo ocultista, lo psíquico, lo fanático y lo seudo-místico, o integra cultos esotéricos.

Un modo con que la fuerza contraria trabaja para producir la caída de un discípulo prometedor es influir sobre él para que crea, de manera prematura e incorrecta, que él está en una posición muy avanzada. Para poner a prueba su vanidad, le dice cosas aduladoras acerca de él mismo. Así el discípulo confía en exceso y, en primer lugar, pronto se engaña, y luego engaña a los demás.

Mientras el ego y sus deseos lo dominan, provoca los máximos peligros, en primer lugar, el de entender intelectualmente mal sus experiencias, y, en segundo lugar, el de usar los poderes de modo que no es ético, a fin de alcanzar fines egoístas a costa (o incluso con perjuicio) de otras personas. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el Yo Superior. en su sabiduría, permite que estos poderes ocultos queden en reserva hasta que llegue el tiempo en el que la fuerza del egoísmo se haya aflojado bastante, hasta que la fuerza moral y el conocimiento filosófico se hayan manifestado dentro de él bastante como para hacer que su uso sea seguro tanto para el discípulo como para aquellos con los cuales él tiene trato. Sólo cuando de ningún modo le es posible herir voluntariamente a otra persona por alguna consideración egoísta, el Yo Superior le juzga preparado para poseer permanentemente tales poderes.

Sin embargo, en el modelo de vida humana hay un elemento impredecible que aumenta en vez de disminuir cuando la calidad de esa vida se eleva por encima del término medio. Esto lo vemos notoriamente en el caso de un aspirante que madura, quien tiene que experimentar pruebas y soportar duras experiencias que no tienen origen kármico sino que son puestas a lo largo de su sendero por su Yo Superior con el fin de un más rápido movimiento ascendente. Esas pruebas tienen por finalidad promover y no demorar su crecimiento, acelerar y no impedir su desarrollo. Pero sólo lograrán su propósito si él reconoce el verdadero objetivo de ellas. Tal reconocimiento es imposible si él persiste en aferrarse al punto de vista del ego inferior o si, percibiendo el inmerecido carácter de su sufrimiento, lo trata más bien con resentimiento que con comprensión, con amargura más que con resignación. La vida humana no está totalmente confinada dentro de los rigurosos límites de la ley kármica. El Yo Superior que, después de todo, es su esencia real, es libre. Quien inscribió su nombre en esta elevada empresa de la búsqueda, deberá prepararse para confiar toda su existencia en las sagradas manos del Yo Superior, deberá aprestarse para aceptar y ansiar entender las tribulaciones y aflicciones que la sabiduría superior de aquél considere que sea apropiado imponerle.

Mediante una serie de pérdidas, trastornos o desengaños sucesivos, o de la denominada buena suerte que termina en estas cosas dolorosas, el buscador de la Verdad será apartado sucesivamente de los apegos que él no tuvo la fuerza como para apartar de buena gana. Entró en una etapa en la que se lo pone a prueba desde dentro y desde fuera, en la que sus anhelos y apegos, sus virtudes y sus vicios, serán obligados a mostrar su fuerza real.

Que nadie se comprometa en la búsqueda con las falsas esperanzas de una diversión perpetua, pues también se comprometió en una lucha. Una vez que un aspirante se entrega a su búsqueda, nunca más tendrá paz (en el sentido de holganza interior o de ausencia de acontecimientos externos). La relación entre su naturaleza inferior y su naturaleza superior, será siempre de tensión y, en ciertas crisis, esto será terrible e insoportable. Sus luchas preliminares le negarán todo descanso satisfecho o toda satisfacción complaciente. Una y otra vez sobrevendrán, de modo inevitable, depresiones, a medida que se vuelve agudamente consciente de defectos e imperfecciones, o se llena con recuerdos de deslices y fracasos. Tiene que vencer prejuicios y conquistar pasiones, abandonar las emociones inferiores y disciplinar a la mente inferior.

Las fuerzas hostiles, manifiestas o disfrazadas, le desafiarán o, emboscadas, le aguardarán a lo largo del sendero. Tendrá que abrirse paso entre ellas, pues emplearán señuelos para seducirle y apartarle de la búsqueda, idearán triquiñuelas para tenderle trampas, y usarán a la gente para que lo hiera de diversos modos cumpliendo designios maléficos. Le llegarán sugerencias que, si se las sigue persistentemente hasta su origen, a pesar de su apariencia de corrección, virtud o sabiduría, descubrirá que se originan en tales fuerzas. El peligro de perder su rumbo le asedia en cada etapa hasta que haya emergido tras completar su noviciado. Esta situación existe por igual para el aspirante que camina sin guía y para el que camina con un guía digno de confianza. Ningún maestro le podrá eximir de la necesidad de enfrentar duras experiencias, de soportar tentaciones, de sufrir pruebas, y de ser hostigado por fuerzas adversas.

La última frase que el Buddha agonizante expresó a sus discípulos contenía estas palabras de advertencia: "Estad en guardia". Cuanto más avanza quien busca la verdad, más debe estar en guardia contra los ardides de las fuerzas malignas, cuyas actividades para desviarle se tornan cada

vez más sutiles a medida que él se vuelve más sabio y más fuerte. Cuanto más arduamente trabaja, más provoca la oposición; cuando más rápidamente viaja, más a menudo encuentra tentaciones, acechanzas y trampas. Como novicio, tendrá que combatir, dentro de sí, los impulsos de tales fuerzas. Como adepto, serán desalojadas de su mente y su corazón sólo para alojarse en las mentes y los corazones de otros hombres y mujeres, que de inmediato serán sus antagonistas. En pocos casos, estas personas tal vez pertenezcan a su medio ambiente personal; en algunos casos se hará que se crucen en su sendero, y en otros sólo habrán oído hablar de él. Pero cada una manifestará alguna cualidad negativa en respuesta a sugerencias demoníacas y la dirigirá contra él. En cada sugerencia habrá un carácter hipnótico. Puede ser duda, sugestión, mentira, ira, temor, envidia u odio. Habrá intentos de enconar los sentimientos, inflamar la pasión y despertar el odio. Esta fuerza adversa procura obstaculizar o incluso destruir el avance personal del aspirante, como procura obstaculizar o destruir los esfuerzos altruistas del adepto por promover el avance de la humanidad. Este último, especialmente, puede sufrir críticas, soportar una difamación inmerecida o experimentar también una oposición rencorosa. De manera que cuando, finalmente, sus problemas interiores son vencidos, los problemas externos empiezan a alzar sus cabezas. El puede evitar los primeros evitando la búsqueda. Puede escapar a los segundos renunciando al altruismo y convirtiéndose en un místico centrado en sí mismo. Es por ello que la filosofía es sólo para los fuertes y compasivos no para los cobardes, los egoístas o los holgazanes. No obstante, el estado del adepto tiene sus compensaciones. Si aquí otros tropiezan en la noche o andan a tientas en la oscuridad, el adepto camina con pie seguro bajo la clara luz del mediodía. Y donde ellos deberán luchar solos, él, por lo contrario, es siempre consciente de una bendita presencia a su lado.

Las personas que expresan fuerzas negativas son nada menos que bandoleros mentales y un día sufrirán el castigo kármico por esas malas acciones. Para quien discierne es fácil reconocer las inconfundibles señales de la pretensión falsa o inescrupulosa cuando aparecen como afirmaciones personales extremas o exageradas: como lo diabólico de la explotación comercial, los ingenuos las reconozcan cuando se enmascaran con enseñanzas sublimes y expresiones pulidas.

El peligro de la obsesión

El próximo peligro que el discípulo tiene que prever y evitar o afrontar y vencer, es el de ser influido parcialmente o de ser obsesionado intermitentemente por un espíritu maligno que emergió de las tinieblas de los abismos de la tierra. Este peligro surge de su ignorancia de las fuerzas psíquicas y del modo en que éstas actúan, de las impurezas morales y las indisciplinas emocionales de su carácter, y, sobre todo, de su acrecentada sensibilidad, de su ineludible necesidad de cultivar una actitud pasiva y sometida, y de la meditación equivocada que causa un desarrollo místico para degenerar en un desarrollo meramente mediumnístico. Tal como hay invasiones divinas del ser psicológico interior de un hombre cuando la Gracia derrama su luz sobre él, de igual modo hay también invasiones demoníacas cuando se desvía del sendero. El hecho de que la voluntad de un ser desencarnado pueda controlar al cuerpo de un ser encarnado es una de las posibilidades anormales que debemos admitir dentro de nuestro esquema de las cosas. Por desgracia, es muy cierto que esta voluntad es a menudo más mala que buena. Una advertencia que es necesaria expresar es que la posesión demoníaca es, en suma, un hecho psicológico, y no meramente una superstición explotada.

Es real la posibilidad de que espíritus malignos usurpen el lugar que por derecho pertenece al ego humano. Es una posibilidad reconocida por razas antiguas de todo el mundo, y que aún se reconoce en la mayoría de los países de Oriente. Es satisfactorio saber que, en los reinos de la Naturaleza, a esta raza de demonios invisibles se los mantiene separados de la raza de los seres humanos mediante una fuerte muralla psíquica. Pero es perturbador enterarse de que, en condiciones normales, aquello pueden atravesar esta muralla. La fuerza de voluntad del desdichado sufriente puede ser vencida por completo, sus órganos corporales pueden ser usados por completo, y sus facultades mentales pueden ser dominadas por completo por el ente que, ciertas veces, las suplanta: principalmente, durante las horas de oscuridad. Cuando un ente maligno toma posesión de un hombre, cuando una invisible influencia maligna domina su mente, él percibe que realiza acciones que su propia personalidad no le dicta. La desgraciada víctima puede ser consciente, o no, de lo que está haciendo durante las horas de obsesión. Si es consciente, sus movimientos serán meramente mecánicos. Si no es consciente, esto no impedirá que mantenga conversaciones con otras personas.

Es común ardid entre estos invisibles entes malignos asegurar la fe y la confianza de un hombre mediante halagos astutos, predicciones que se cumplen o elevadas enseñanzas, y, una vez hecho esto, dirigir sus pies, sin que nada sospeche, hacia un precipicio, con el desastre material, la desesperación mental y, a veces, la ruina moral como resultados. Al principio ocultan su real carácter, y tal vez finjan tener los mismos ideales morales y las mismas creencias religiosas que el hombre a quien procuran esclavizar. El quizá sospeche su presencia cuando siente deseos de tomar decisiones vitales con gran precipitación externa y bajo gran presión interna.

Quien haya caído en este peligro de la obsesión se librará mejor de él con la ayuda de un adepto místico o de un verdadero sacerdote. A veces, bastará una sola entrevista para que la liberación se efectúe. Es probable que el exorcista tenga que realizar un rito externo, además de su trabajo mental interno. Donde no puede obtenerse tal ayuda, el que eso sufre puede intentar realizar el

rito del exorcismo por sí mismo. Comienza arrodillándose en humilde plegaria, pidiendo auxilio, protección o salvación a todo poder superior o maestro inspirado en el que tenga más fe. Concluye con esta firme manifestación: "Te ordeno en nombre, por el poder y por la compasión de *X, a* salir de este cuerpo", combinada con la señal de la cruz efectuada positiva y lentamente con el dedo índice derecho. Al efectuar una inhalación profunda, ha de efectuarse la misma señal de la cruz nuevamente, de modo simultáneo con la misma frase repetida sólo, en silencio y de manera mental. *X* representa el nombre de alguuna fuerza superior o de algún personaje en quien exista plena fe. Este rito debe cumplirse cada mañana y cada noche antes de irse a acostar.

Las caídas en el sendero

Su camino no es un movimiento suave e imperturbado de una posición satisfactoria a otra. Es una lucha de aquí para allá un combate incesante, una mezcla de victorias y derrotas. Por ello, no debe asombrar que tantos candidatos no logren aprobar estos intentos y abandonen la búsqueda en sus etapas primeras e intermedias. Pero. incluso luego de aprobarlas con buen resultado, surge el otro peligro de caer de cualquier altura que se haya alcanzado, el cual es otro riesgo del que los novicios, los que es tanto en la etapa intermedia y hasta los expertos deben protegerse: de hecho, deben protegerse todos los que todavía no llegaron al grado final. Hasta que se alcance este grado, siempre es posible que el aspirante se deslice de su posición y caiga hacia atrás. El riesgo es aún mayor para el experto que para el neófito, pues, en el penúltimo grado, la oculta oposición a su avance va en aumento; las tentaciones son más sutiles, más numerosas y complicadas que antes. En este grado, llegó a estar cerca del buen resultado; pero ésa es la razón misma de por qué deberá custodiar sus logros con suma vigilancia, pues por las maquinaciones de las fuerzas malignas él quizá los deseche inconscientemente todos. Luego de llegar a esta penúltima etapa, alcanzó la posición de un hombre que, aunque tenga el puerto a la vista, todavía puede irse a pique. Es entonces, más que antes, que las fuerzas adversas realizarán sus últimos intentos desesperados para detenerle, vencerle o destruirle, para hundirle en una indecible desesperación o en una ruina moral. Deberá estar alerta contra los esfuerzos diabólicamente inspirados para despojarle de todo lo que ganó, y necesitará tener sumo cuidado para protegerlo y conservarlo. Durante esta fase, en cada paso que dé deberá certificar dónde pone su pie. moviéndose con sumo cuidado y asegurándose la más plena salvaguarda. Deberá apelarse a toda esta astucia y esta sinceridad, a todo este discernimiento y esta paciencia para superar triunfalmente esta dura prueba.

Habrá otras pruebas, para quien está en la etapa intermedia y para el experto, mediante las emociones egoístas que despiertan como reacción subsiguiente a la experiencia mística extática o mediante el descubrimiento de que, dentro de él, se están desarrollando fuerzas mentales como fruto de esa experiencia. Su sendero podrá tener la apariencia de logros falsos, que pueden tener algunas, pero no todas las señales del logro verdadero y final. Si la experiencia es de buena índole, no se sentirá henchido de orgullo por haberla tenido; más bien experimentará una mayor humildad que antes, sabiendo cuánto depende de la Gracia del Yo Superior. En realidad, es mejor que no se lo comunique a los demás, sino que guarde silencio sobre lo que le está ocurriendo a su vida interior. Y éste es también un sano consejo por otras razones, pues si por anhelo ardiente o mera vanidad se permite caer en el engaño acerca de su verdadero estado espiritual, y especialmente si utiliza la experiencia como justificación para erigirse en maestro público o en fundador de cultos, entonces también descenderá sobre él la "oscura noche del alma".

Debe aguardar con paciencia hasta que, con claridad v sin errores, sobrevenga la seguridad divina de que a él le compete comprometerse en tal actividad. Hasta entonces debe precaverse, no sea que sus emociones le descarríen, no por el impulso divino sino por su propio egotismo. No debe interferir los senderos espirituales escogidos personalmente por los demás. Empero, lo que tal vez esté mal para él, en su actual etapa, puede, años después, ser permisible si llega a una etapa superior, pues entonces su palabra será sabia y no necia, actuará por impersonalidad y no por el ego limitado.

Permanecer fiel a la enseñanza cuando se atraviesa un ensayo o una dura prueba es más fácil cuando el aspirante comprende que ésta es realmente la experiencia. Se le pondrá a prueba no sólo en cuanto a su sincera lealtad a los ideales sino también en cuanto a la comprensión adecuada de las ideas. Si como resultado él se encuentra confuso y en la oscuridad, esto le señalará un nuevo cauce en su estudio. Si abandona la búsqueda, las circunstancias se modelarán de tal modo, y los arrepentimientos se introducirán con tanta persistencia, que en pocos años o en la mitad de su vida, tendrá que ceder ante ese llamado o sufrir el castigo, que es la muerte prematura o una locura desquiciadora, impuestas por su Yo Superior.

Necesita estar intelectualmente preparado y emocionalmente purificado antes de que el Yo Superior descienda para iluminar al intelecto y ennoblecer a la emoción. De allí que antes de que aquél derrame la luminosidad de la Gracia sobre su camino, pondrá a prueba su perseverancia en su esfuerzo y comprobará su fe hasta una angustia que, a veces, parece mas allá de lo soportable. Cuando sienta la acerba desesperación que sigue inevitablemente a cada fracaso, tal vez abrigue una y otra vez el pensamiento de abandonar por completo la búsqueda. Empero, si se mantiene firme, llegará el final, y con éste una rica recompensa. Si siempre regresa al sendero recto con disposición humilde, pura y arrepentida, recibirá la ayuda necesaria para redimir su pasado y salvaguardar su futuro. La Gracia está siempre lista para extender, protectoramente, su *shekinah,* sobre quien es penitente de verdad.

Todas estas pruebas, y otras, son finalmente, llamados en procura de una auto-purificación cada

vez mayor. Cuando su anhelo por el Espíritu esté cabalmente impregnado de ardor y pasión, y cuando estas cualidades sean profundas y sostenidas, eso ayudará a lograr arduos renunciamientos y a superar tentaciones. Pero al final llega a esto: que todos los amores menores tienen que ser expulsados necesariamente del corazón para dar cabida al amor supremo que el Espíritu le exige inexorablemente. Hay poca virtud en renunciar a lo que nada significa para él, sólo la hay en renunciar a lo que para él significa todo. En consecuencia, la prueba tocará su corazón en sus puntos más tiernos. ¿Saldrá él de su círculo cercado de amores, deseos y apegos personales, para ingresar en el océano infinito e ilimitado del amor impersonal, del bastarse a sí mismo, de la satisfacción y de la libertad cabal?

La elección es difícil únicamente mientras mantenga fija su vista en la primera opción y siga ignorando todo lo que la según da opción significa realmente, pues cualquiera que sea el deleite que la primera pueda posiblemente darle, ese deleite ya está contenido en la segunda. Pero está sólo contenido como una muy desleída consciencia, grandemente inefable, que lo Real le ofrece. Debe ser bastante sabio y experto para comprender ahora que, si cada apego da el goce de la posesión, también da el de dengaño de la limitación. No puede tenerse uno sin el otro. Debe desaparecer todo sentimiento egoísta que obstaculice su entrega personal al Espíritu, todo lazo personal que inhiba su más pleno sometimiento a él. Pero la agonía de su pérdida es supera da pronto por el júbilo de su logro. El sacrificio que se le pide resulta que se compensa, en un nivel superior, con un tesoro inmensamente rico.

Esto no significa que necesite abandonar por entero los amores menores ni destruirlos por completo. Significa que los debe poner en segundo lugar, que han de ser guiados y gobernados por el Alma.

Las pruebas son parte necesaria del crecimiento espiritual de un hombre. Cuando al hombre se lo pueda poner entre bienes, alimentos o mujeres deseables y no sienta la tentación de buscar lo que es inadecuado, incorrecto o inmoderado para él, se lo puede considerar como dueño de sí mismo.

El está buscando la verdad. Lo contrario de la verdad es la falsedad. Por tanto, estas fuerzas procuran desviarle hacia pensamientos, sentimientos y acciones que falsificarán su búsqueda. De allí los preceptos que, a modo de advertencia, Platón formulara a Aristóteles: "Mantente siempre alerta, pues la malignidad trabaja con múltiples disfraces".

Hay señuelos puestos cruelmente para atraparle, engaños forjados con astucia para descarriarle, y trampas cavadas duramente para destruirle. Y no se encontrará con todo esto solamente en sus azares externos. También ocurre dentro de su propio baluarte. Su intelecto, sus emociones, sus impulsos y su carácter pueden traicionarle y ponerle en manos de estas fuerzas adversas. Si un discípulo cae víctima de una tentación, toma una decisión equivocada, es engañado por un falso maestro, o es descarriado por una doctrina falsa, esto sólo podrá ocurrir si existe alguna debilidad interior en su carácter o su inteligencia que responda a estas causas externas. Si le echa la culpa a aquello por el resultado desgraciado, mucha más culpa deberá echarse a sí mismo. La "oscura noche del alma" que puede luego sobrevenir es una advertencia del Yo Superior para que se examine en profundidad, para que busque esta debilidad y la elimine gradualmente.

De esta manera, el aspirante descubrirá que está entablando una guerra contra las fuerzas del mal. Al concederse la existencia metafísica de éstas, también deberá concederse la utilidad práctica de ellas al descubrir y poner en evidencia las debilidades del aspirante. No obstante, todavía surge la necesidad de defenderse contra ellas. De él depende que procure conducirse, de tal modo, en sus pensamientos y acciones que frustre las peligrosas maquinaciones de ellas. Pero la primera protección contra ellas es, como ya se mencionó, considerar siempre el ego inferior como su peor enemigo. Pues aquel es el engreído depósito de todos sus fracasos, debilidades e iniquidades: la puerta no custodiada a través de la cual quienes le disgustan, se oponen a él o le odian pueden realmente perjudicarle. Por ésta y otras varias razones, es muy importante, para todo aquel que estudie filosofía, renunciar al egoísmo y a la autoidolatría que apuntalan estas debilidades y que las defienden contra todas las acusaciones. Mientras él siga aceptando interiormente el derecho de aquéllas a existir, será incapaz de salir de las tinieblas en las que habita con el resto de la humanidad, y, asimismo, de mantener a estas fuerzas invisibles permanentemente derrotadas.

Otros requisitos son las motivaciones puras en su trato con los demás y la elevación del carácter al pensar en ellos. Esto lo protegerá también de algunos peligros a los que está expuesto, pero no de todos.

Si el aspirante ha de escapar de este reino crepuscular de fantasías vacías y realidades deformadas, deberá consagrarse a purificar el cuerpo, las emociones y la mente, a desarrollar la razón y fortalecer la voluntad. Esto le proporcionará los medios necesarios para borrar las vanas ilusiones y corregir las percepciones desordenadas.

Pueden concedérsele manifestaciones psíquicas, pero subsistirá la cuestión del grado de autenticidad que aquéllas tengan. le guste o no mirar esto cara a cara. Hasta que haya alcanzado el terreno firme del conocimiento suficiente de la pureza, del equilibrio y del juicio crítico, él sería más prudente si no buscase ni persiguiese tales manifestaciones.

Son demasiadas las personas que son desviadas por una corriente de experiencias y mensajes psíquicos sensacionales que no empiezan en parte alguna, salvo en las fantasías de su propia mente subconsciente. Aquí, a la imaginación se la deja en libertad y sin control, como en el estado onírico, de modo que puede suceder todo y es posible toparse con cualquiera. Aquí. halla su

concreción imaginativa el deseo de verse honrado personalmente por la asociación y la guía de un Maestro famoso o exótico. De este modo, la alucinación inducida por ellos mismos comienza fácilmente a gobernar sus vidas.

Quienes se preocupan por tales mensajes, aquellos cuya fe en éstos últimos y su importancia son ilimitadas, tienden a descarriarse de la búsqueda real: la cual debe ser en procura del Yo Superior solamente y no es pos de los fenómenos ocultos que son incidentales a aquél. Si los mensajes son imaginados falsamente, corren el peligro de atribuir a un ser superior lo que en realidad es su propia creación subconsciente.

Se lo pondrá en breve contacto o en larga asociación con las personas o las ideas, con los ejemplos o las atmósferas de otros hombres que tal vez, de modo inconsciente, sean usados para que presenten más plenamente los rasgos de su carácter latentes o expresados a medias. Según sean sus naturalezas, provocarán el mal o influirán para que el bien se manifieste. Un hombre, que era humilde, puede empezar a ser arrogante. Otro, que llevaba una vida limpia, puede empezar a ser un disoluto.

Cuando el aspirante está a punto de tomar un rumbo equivocado, cuyo resultado será el sufrimiento, recibirá una advertencia desde dentro, por parte de la intuición, o desde fuera, a través de alguna otra persona. En ambos casos, el origen de aquella advertencia será su Yo Superior.

La vanidad persigue, con sus halagadores susurros, tanto al aspirante novel como al experto maduro. Hasta en el umbral de los logro más divinos, llega la ambición para fundar una nueva religión en la que se le tributará reverencia supersticiosa, pondrá en marcha su propia secta de fieles fácilmente dirigidos, o adquirirá un rebaño de discípulos que lo adorará dentro de una escuela o de un *ashram.* Por supuesto, la tentación se disfraza como un acto de servicio altruista. Pero tal servicio podrá comenzar segura y correctamente sólo cuando haya desaparecido de modo cabal y permanente el predominio del ego y hayan sido remediadas sus inadecuaciones personales. El hecho de ceder prematuramente a esta tentación enmascarada hará caer sobre él la aflicción de una "noche oscura". Las ambiciones personales se revisten muy fácilmente con las plumas de pavo real del servicio a la humanidad. Si desea servir a su generación, deberá equiparse y prepararse para tal servicio; deberá purificar, esclarecer e iluminar a su ser interior. Sólo cuando sea fuerte en sí mismo, podrá inspirar fuerza en quienes lleguen a estar dentro del alcance de su influencia personal. En primer lugar, su ego deberá convertirse en instrumento en sus santas manos, en siervo de sus directivas sagradas.

Hay un valor especial de estas pruebas y duras experiencias que, a menudo, los torna de primordial importancia. Lo que el discípulo no puede lograr instruyéndose mentalmente en un lapso de varios años, él puede lograrlo en pocos días, reaccionando de modo desacostumbrado, pero correcto, ante tales pruebas. Debido a que una decisión o una acción que se le exija puede ser de naturaleza importante y de consecuencias de largo alcance, si él salta valientemente de un punto de vista inferior a otro superior, de un punto de vista egoísta o lleno de deseos a otro altruista o más puro, su avance espiritual puede acelerarse tremendamente.

Sea lo que fuere lo que ocurra durante el largo y variado curso de la búsqueda, al aspirante se le exige siempre que nunca abandone la fe en el poder divino. Aquélla sacó a los hombres del peligro gravísimo hacia la seguridad perfecta, de situaciones desesperadas hacia otras más felices, del estancamiento descorazonador hacia el avance alentador. Se producirán retrocesos. Tal vez debiliten sus esfuerzos para encontrar la realidad, pero nunca debe dejar que debiliten su fe en la realidad. Durante las vicisitudes tremendas, y a veces terribles, de los años consagrados a las investigaciones místicas, las que en su transcurso lo sostendrán, y, al final probablemente lo salvarán de una destrucción cabal serán la fe y la esperanza. Empero, una fe carente de control y de crítica, y una esperanza que sea vana y engañosa, sólo podrán introducirle con facilidad, directamente, en el destino siniestro. ¡No! Una fe más bien en el Espíritu que en los hombres, y una esperanza que valorice a aquél sobre todo lo demás, son las que darán resultados eficaces. El discípulo deberá mantener ante sí su realización como un objetivo maestro que habrá de buscar con paciencia y perseverancia.

Al agudo discernimiento no se lo puede sustituir con eficacia. A medida que él avance en la búsqueda, necesitará desarrollar la capacidad de discernir amigos de enemigos, de escudriñar debajo de las máscaras, y de despojar de sus experiencias a los acontecimientos; de otro modo, las fuerzas del mal le tenderán trampas, la extraviarán o emboscarán, pues el pernicioso oficio de ellas consiste, a menudo, en disfrazar sus actividades maléficas bajo máscaras de virtud. En consecuencia, a él le corresponderá, en parte, estar en guardia para penetrar detrás de las apariencias de aquellas fuerzas. La tarea de éstas consiste en seducirle y apartarle del sendero derecho y angosto, y la tarea de él consiste en descubrir la mano de aquéllas detrás de cada intento, y resistirla. Si ha de vencerlas, no bastará que él dependa de sus propias críticas, de su sinceridad y sus oraciones, de su nobleza y bondad. Necesita estar informado acerca de la existencia de estas fuerzas, acerca de los signos por los que se las pueda reconocer, acerca de la sutileza de su accionar, de lo engañoso de su carácter, y del modo con que atacan y tienden emboscadas. No sólo son la fe y la esperanza las que lo sostienen durante estas duras pruebas, sino también la inteligencia y la voluntad, la astucia, el juicio crítico, la facultad racional y la prudencia en sus tratos con estas pruebas y estas oposiciones malignas.

Cuando Jesús dijo: "A no ser que os volviéreis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos", no invitaba a quienes le oían a que se convirtieran en pueriles, necios ni fantasiosos. En realidad, lo

que aquí se necesita es una advertencia. El místico que olvida la advertencia complementaria: "Sed astutos como serpientes", y quien persiste en interpretar equivocadamente las palabras de Jesús como una instrucción para ser irresponsable, crédulo y totalmente falto de juicio crítico, quien cree que tales cualidades podrán acercarle más a la sabiduría; ¡allá él si lo hace! El hecho mismo de que lo crea le incapacita para que capte la verdad de esta cuestión. Pero quienes pueden sondear el significado filosófico de la cita, saben que lo que expresa es de suprema importancia. El que estudia filosofía y se preparó para mirar debajo de la superficie de las cosas y para entender las palabras tanto con su cabeza como con su corazón, considera que su significado abarca tres niveles. Primero, es una invitación para que se advierta que, tal como un niño deja de confiar en sí mismo para confiar en su madre, a la que considera un ser superior, de igual modo el discípulo, que está ante Dios, deberá renunciar a su egoísmo y adoptar la actitud sumisa que es la humildad verdadera. Segundo, es un llamado para que busque la verdad con una mente lozana, una disposición anímica carente de egoísmos, y una libertad respecto de preconceptos convencionales. Tercero, es una advertencia en el sentido de que, antes de alcanzar la consciencia mística, el discípulo deberá lograr la bondad natural y la pureza que hacen que los niños sean tan diferentes de los adultos. Hay abundantes pruebas para corroborar esta interpretación de lo que Jesús dijo.

CAPITULO XIV

¿QUE PODEMOS HACER EN FAVOR DE LA FILOSOFÍA?

Cada tanto nos cuentan de hombres que cambiaron de religión o pasaron de una actitud psíquica a otra. Asimismo, nos enteramos de quienes cambian una particular creencia sectaria por otra diferente, o de quienes pasan de una grey religiosa a otra. Es fácil entender que esto es seguro que ocurra en esta época, porque las personas, en su mayoría, y en especial las mujeres, tienden a ser arrebatadas por la popularidad de una organización o una institución, por la fascinación de una personalidad romántica o por la fuerza de sus propias emociones. De allí que, por lo común, entren y se queden sólo en los rediles religiosos o místico-religiosos. Regocijémonos, por ello, pues esto evidencia que la religión o la mística realmente las está nutriendo de modo amplio.

Pero el movimiento ascendente de la vida no se detiene ni puede detenerse allí. Un día tendrá que mostrar algo de la elevación intelectual, de la grandeza impersonal y del altruismo compasivo de la meta filosófica. Y aunque este sendero superior incluye la emoción, no depende solamente de ésta. La emoción es mudable y, naturalmente, se inclina hacia lo que llega a complacerla en un momento particular. Cuando la creencia revele poco a poco sus deficiencias y la grey delata sus defectos, los fieles están maduros para el cambio. Pero si una vez depositaron equivocadamente su fe, pueden volver a hacerlo dos y hasta tres veces. Si ayer pensaron que algo era cierto y hoy lo juzgar falso, ¿dónde está la certidumbre de que mañana no rechazarán de nuevo esto y de que no tendrán una idea nueva sobre lo que es verdadero? Y si se pueden acordar con qué fuerza sostuvieron sus opiniones que precisamente ahora rechazan con tanto vigor, ¿cómo podrán continuar confiando en su propio juicio?

El tiempo y la experiencia pueden plantear dudas y recelos de este carácter a los que tienen mentalidad mística, pero no podran plantearlos a los de mentalidad filosófica, pues parte del deber de quien estudia filosofía es aplicar pruebas internas y externas a sus ideas. Este no sólo deberá saber que una cosa es verdadera sino también que la base de su propio conocimiento *es* racional e irrefutable. De allí que la impresión que la verdad filosófica causa en quienes la comprendieron sea tan profunda que no pueda ser sino duradera, mientras que la impresión que cualquier organización religiosa o cualquier creencia mística causa sobre las emociones de quienes son atraídos hacia ella pueda desaparecer y pasar por completo cuando surge una organización diferente, u otra creencia, y la suplanta.

La filosofía no es un diferente concepto de la vida que enfrenta y se opone a otros conceptos. Es demasiado amplia y profunda para ello. Ninguno de los rótulos existentes se le acomoda realmente, ninguna de las clasificaciones prefabricadas le sientan realmente. El intelectual o el místico, el devoto o el contraído a la acción que está exclusivamente sumido en su especial sendero de vida, permitiendo que funcionen sólo las facultades comprometidas en aquél y reprimiendo a las otras, es defectuoso e inadecuado como persona que busca la verdad y, en consecuencia, sólo podrá obtener resultados defectuosos e inadecuados. Sólo la filosofía evita esa unilateralidad y logra los resultados máximos y más depurados. Por su naturaleza misma, no puede reducirse a una facciosa rivalidad con cualquier otra enseñanza o con cualquier otro culto. Lo más recóndito de su corazón es demasiado amoroso, su actitud práctica es demasiado generosa, y su conocimiento intelectual es demasiado grande para que ello ocurra. Mientras cada organización, cada grupo o secta cierra la puerta del cielo a todos los demás, la filosofía la deja abierta para todos.

Si contrastamos la naturaleza de la filosofía verdadera con el carácter de la humanidad actual, comprenderemos que el sendero de la propaganda no es el sendero correcto para nosotros. Al caballo podemos arrastrarlo hasta el abrevadero, pero no podremos hacerle beber lo que él considere desagradable para su gusto. Es natural e inevitable que quienes tienen inteligencia imperfecta, intuición impura, carácter defectuoso y limitaciones egoístas deben poseer una actitud filosófica hacia el mundo que sea imperfecta, defectuosa y limitada. Por tanto, la actitud filosófica hacia el mundo, por ser el resultado de una deliberada disciplina del pensamiento, del sentimiento y de la acción, se niega a oponerse a cualquiera de los demás, tal como el filósofo mismo se abstiene de interferir en el sendero espiritual de los inmaduros. El portal de la religión está abierto para todos los hombres independientemente de sus cualidades, mientras el portal de la filosofía está abierto solamente para quienes poseen cierto grado necesario de cualidades. Cualquiera puede llegar a ser miembro aceptado de una institución religiosa, cualquiera sea la clase de carácter o inteligencia, de los deseos o aspiraciones que posea; pero no hay institución filosófica que lo admita en sus filas. Cualquiera que esté afligido por la más fiera histeria, por la más desequilibrada neurosis, podrá incorporarse a una iglesia convencional, o incluso a una sociedad mística; pero esa persona no podría obtener que un maestro de filosofía le aceptara antes de haber

restablecido suficientemente su equilibrio. Antes de que la filosofía pueda servirle fructíferamente, deberá poner toda su psiquis en un equilibrio más sano o, por lo menos, hacer que sus emociones dejen de correr desbocadamente, hacer que su egotismo deje de tener predominio. No debe pedir la iluminación espiritual cuando lo que realmente necesita es tratamiento psicológico.

En primer lugar, el aspirante a la filosofía tiene que adaptarse con las cualidades necesarias. Tiene que depurar y elevar su carácter, cultivar sus intuiciones, y conducirse de manera digna. Tiene que aprender a estudiar y a pensar por sí mismo. Así, a nadie se le cierran deliberadamente las puertas para que ingrese en la filosofía. Basta que gane las cualidades exigidas y pronto se encontrará dentro; pero como son pocos los que desean pagar ese precio, se descubrirá que la mayoría se limita al punto de vista meramente religioso e ignora el punto de vista filosófico. De allí que nadie pueda convertir a nadie a la filosofía, como no podrá convertir a un niño en adulto de la noche a la mañana. Todo el mundo deberá desarrollar esa actitud por sí solo, haciendo que su carácter evolucione hasta que esté preparado para ello, mediante su propia experiencia de la vida y su propia práctica de la reflexión intuitiva.

En primer lugar, el aspirante a la filosofía tiene que adaptarse con las cualidades necesarias. Tiene que depurar y elevar su carácter, cultivar sus intuiciones, y conducirse de manera digna. Tiene que aprender a estudiar y a pensar por sí mismo. Así, a nadie se le cierran deliberadamente las puertas para que ingrese en la filosofía. Basta que gane las cualidades exigidas y pronto se encontrará dentro; pero como son pocos los que desean pagar ese precio, se descubrirá que la mayoría se limita al punto de vista meramente religioso e ignora el punto de vista filosófico. De allí que nadie pueda convertir a nadie a la filosofía, como no podrá convertir a un niño en adulto de la noche a la mañana. Todo el mundo deberá desarrollar esa actitud por sí solo, haciendo que su carácter evolucione hasta que esté preparado para ello, mediante su propia experiencia de la vida y su propia práctica de la reflexión intuitiva.

Es una gran falacia, prevaleciente en los círculos religiosos y místico-religiosos, creer que los hombres pueden cambiar sus caracteres de la noche a la mañana por algunos medios espirituales que operan milagros. Lo que en tales casos ocurre es que una veta temporaria de tendencias malignas afluye y se agota de repente, al mismo tiempo que se manifiesta una veta más duradera de tendencias buenas. Es ingenua la creencia de que la gente puede cambiar de la noche a la mañana en su carácter moral, sus motivaciones, metas y hábitos. El hecho es que la gente abrazará cualquier "ismo" que apele a su estructura psicológica y a su temperamento, y a su nivel intelectual, y que ofrezca un medio para producir el cambio. Pero si la gente no está preparada, entonces el denominado cambio será en la superficie, o cerca de ésta, pero no será realmente profundo. Será meramente emocional y sujeto a un cambio contrario, tan pronto ingrese una nueva ola de emoción contraria. El método filosófico procura también cambiar a los hombres. Pero, tal objetivo lo presenta como una meta última, no como una meta inmediata, pues se guía por el conocimiento y la sabiduría; camina más bien por lo que ve que por lo que piensa anhelosamente. De allí que se contente con hacer cuanto pueda para ayudar a los hombres a que busquen sus yoes superiores, a que logren entender mejor a éstos, y aspiren a caracteres más nobles que los actuales.

Si se capta todo esto, entonces será fácil captar por qué los cultores corrientes de una religión y de una mística salen ávidamente a hacer conversos mientras la filosofía sale tranquilamente a hacer que su conocimiento esté a disposición de quienes maduraron para apreciarlo: actividades estas dos que son enteramente diferentes. La filosofía reconoce el hecho inexorable de que los hombres sólo pueden salvarse individualmente, uno por uno, un hombre tras otro. Nunca esperó muchos partidarios. ¿Cómo podría ser esto de otro modo, cuando espera tanto de un hombre antes de que ella lo acepte? Pues ella espera de él humildad; la consciencia de su propia ignorancia; el arrepentimiento, la consciencia de su propia imperfección; aspiración profunda, consciencia de su deber para alcanzar los niveles más elevados; duro trabajo intelectual; meditación constante; y rígida conducta moral. Porque la filosofía ofrece lo que es aún más precioso, exige de nosotros un precio superior. Aunque la segunda guerra mundial despertó a muchas mentes dormidas, aún sería una necedad esperar que, en torbellino, se suscitase un creciente interés genuino por la búsqueda de la verdad última. Siempre es posible un desarrollo cuantitativo, de acuerdo con algún giro sensacional o caprichoso de los acontecimientos; pero como estudiosos de la filosofía sabemos que sólo vale la pena un desarrollo cualitativo, porque este solo es bastante profundo como para afectar las vidas de los hombres.

Debemos practicar una sabia reserva en cuestiones como la defensa de la verdad, la conversión de los necios ignorantes en hombres sabios, y la difusión de estas verdades gloriosas en un mundo que nada tiene de glorioso. El deplorable fracaso de la religión en tantos países de hoy para controlar la conducta ética de la humanidad, puede tentamos a ofrecer nuestra filosofía como una panacea universal que logrará restaurar en todos la buena salud ética; tal vez nos guste juguetear con los sueños utópicos de traer el cielo a la tierra de la noche a la mañana; incluso podemos esperar que la raza humana, más instruida y mejor educada que antes en su historia, se levantará ávida ante lo que la filosofía le ofrece y la aceptará como la única fe apta para el siglo XX.

Pero albergar semejantes esperanzas optimistas es sólo engañarse, y actuar basándose en ellas es invitar al fracaso. La filosofía exige una aguda y sutil perspicacia intelectual, muy por encima del promedio incluso antes de que puedan entenderse sus perfiles, y la humanidad tiene que recorrer una inmensa distancia antes de que pueda discernirse tal crecimiento pleno de la inteligencia. Esto exige una decidida búsqueda de la verdad por *la verdad misma,* lo cual se evidencia poco hoy en día en sitio alguno. La filosofía no formula esa vocinglera apelación como los sistemas religiosos y

místicos que procuran sobornar a la gente con ofertas de satisfacción emocional en reemplazo de ganancia material. Por tanto, es y deberá seguir siendo una enseñanza para minorías, no para las masas. Los sueños de transformar repentinamente la estructura social y económica del mundo en una base moral enfrentan el hecho desagradable de que el carácter humano no puede cambiar *masivamente de* modo tan repentino y que, hasta que cambie así, todos los sistemas deberán inevitablemente ser defectuosos e insatisfactorios.

Lo que la filosofía enseña es que no ha de culparse a los hombres porque la rechacen. Una mente superficial, una voluntad debilitada y un cuerpo mimado no pueden permitirse obrar de otro modo. Por tanto, la filosofía anhela que cada hombre esté en libertad para escoger su propio concepto de la verdad; interferirlo con cualquier intento de proselitismo sería interferir su real progreso. Si luego, a través de la prueba de la experiencia más madura, él descubre que su concepto es inadecuado para él o es falso, el desengaño correspondiente le permitirá terminar con ese concepto de una vez por todas y dejarle en libertad para buscar en otra parte. Nuestro deber es hacer que nuestro conocimiento esté a disposición de él para que no necesite andar a tientas ni pasar hambre un día de más una vez que llegue el momento crítico en el que esté bastante maduro para percibir que aquí está realmente su pan de vida.

Una vez que se comprendan estos hechos, también se comprenderá la futilidad de buscar que a estas ideas se las reciba ampliamente. No es menester que nos desanimemos porque tengamos forzosamente que caminar solos o casi solos. ¿Esto significa que no hemos de hacer nada? No. Todavía tenemos un deber. Lo que es posible y practicable, es el mejoramiento gradual. La competencia debe preceder a la conversión, y la educación debe caminar delante de la propagación: en este campo no está abierto otro camino. Es decir, debemos preparar maestros en cada uno de los poblados continentes del mundo. Debemos usar la palabra impresa y disponer de este conocimiento en forma de publicaciones periódicas que, poco a poco, eduquen a sus lectores. También debemos tener un centro de instrucción por correspondencia en cada uno de estos continentes. Incluso podemos tener que usar la radio para pláticas sencillas y elementales sobre nuestra enseñanza, pero aquí tendremos que ser muy cuidadosos para eliminar la nota propagandística y retener la nota educativa. El mejor modo de predicar las doctrinas —significando el método más eficaz y duradero— es, primero, promover las virtudes personales y, segundo, acrecentar el conocimiento personal directo. El ejemplo personal y la enseñanza particular serán, al final, más eficaces que la propaganda pública agresiva. Los hombres son todavía como ovejas y caminan obedientemente detrás de quien los conduce. Nuestro gran privilegio, como precursores, es contemplar hoy los ideales del mañana. Estas enseñanzas aparecieron en el mundo en su forma actual y en la época actual porque corresponden a la genuina necesidad de una porción de la humanidad. Aparecieron porque ciertos buscadores de Occidente deberán entrar ahora en una nueva fase de su evolución. El objetivo de la filosofía será dar tal guía sobre temas vitales como no podrá obtenerse en ninguna otra parte. No es que a los religiosos o a los místicos se les pida que se vuelvan filosóficos, sino que los potencial o realmente filosóficos no deben limitarse a la religión o a la mística. De allí que aunque la filosofía para nada se interesa por convertir a nadie, se interesa concienzudamente por estimular a aquellos cuya actitud moral, su intuición mística y su capacidad mental podrían extenderse más ampliamente sin mucha dificultad. Sólo que esto lo hace tranquilamente y sin obstáculos.

Tanto el novicio como el sabio pueden ofrecerle a un hombre las mismas verdades con la intención de ayudarlo. Pero mientras el primero anhelará emocionalmente convertir la mente del otro para que acepte, el segundo será calmosamente indiferente respecto del resultado. Y mientras el novicio delatará todo su ávido fervor misionero, el sabio no. Este sirve al evangelio de una manera tranquila y contenida, oculta y sumisa, de modo que sólo los que estén maduros para su influencia podrán descubrirla. Su esfuerzo será, primordialmente, más bien exponer la verdad que diseminarla, pues esta actitud es la de Confucio, quien confesó: "No expongo mi enseñanza a nadie que no tenga avidez de aprenderla". El sabe que la propagación debe hacerse con sabiduría. Para algunos, eso no debe ser evidente, incluso, debe ser casi indescubrible; para otros puede ser muy patente y franco. Considera bien de antemano su propia posición y capacidad, lo mismo que las de las personas a las que desea influir, y luego hace solamente lo que las circunstancias reclaman y permiten. La propaganda ruidosa y ostentosa no es para él, pero sí lo es la educación silenciosa y oportuna. Sigue el curso mas sabio en la difusión de esas ideas abstrusas, y trabaja intensa, no extensamente, en profundidad, entre los pocos que son lealmente "dueños de la verdad" y no superficialmente dueños de ella entre los muchos que tibiamente están aquí y mañana se marcharán. Sus discípulos viven sus propias vidas autónomas. Surgen espontáneamente, y acuden a él o a sus escritos por su desesperada necesidad de guía interior. Así, las energías se canalizan en líneas puramente espirituales, en vez de desperdiciarse en líneas meramente físicas. Indirectamente, él impartirá este conocimiento a través de escritos a algunos, y directamente, instruirá a otros para que continúen el trabajo una vez que él haya desaparecido. Si él puede crear un grupo no compacto, disperso y no organizado de discípulos separados y esparcidos a lo largo y a lo ancho, en quienes los más depurados valores éticos, el más elevado nivel intelectual y las más sanas experiencias místicas sigan viviendo después que él haya desaparecido de la escena, aunque cada uno de sus miembros se esfuerce y trabaje aisladamente, al final él no habrá hecho menos por la humanidad que si hubiera creado una organización formal. Y ante la vista de quienes puedan mirar a la vida desde dentro, tal vez haya hecho más.

Si es cierto que al mundo no se lo puede convertir para que acepte tales valores superiores,

tales elevados principios religiosos, místicos y filosóficos, y si, de modo parecido, es cierto que al mundo un día se lo deberá redimir, ¿qué deber tendrán, en este asunto, los discípulos que hoy son los portadores de estos principios y valores? ¿Han de permanecer impotentes y dejar que el ímpetu de la evolución lo haga todo? ¿O han de propagar sus ideas frenéticamente y por doquier? La verdad es que complacerse en un pesimismo excesivo es tan falaz como complacerse en un optimismo excesivo. Aquéllos no tienen que aceptar ninguna de estas opciones. Se elevarán hasta el nivel de sus obligaciones haciendo un gesto a sus compañeros que no sólo combinará lo mejor en ambas opciones sino que también rechazará lo que en ambas sea una necedad. Y esto para poner a disposición de la humanidad las ideas que los ayudaron, para dejar que se conozca amplia pero tranquilamente que existen, para vivir fielmente según ellas en la práctica real para ponerlas de ejemplo en su mejor expresión posible, recordando que, en su conducta personal, la gente descubrirá la mejor explicación de sus creencias y el mejor eco de su conocimiento.

Una vez hecho esto, deberá concernir a los demás si desean aceptar o no. Los discípulos no han de desperdiciar sus vidas forzando comida desagradable dentro de las bocas renuentes de millones que se contentan con existir meramente en la apatía mental y la indiferencia emocional, despojados de una vida interior. No obstante, debe ofrecerse la oportunidad de obtener esta comida, y en eso consiste nuestro deber compasivo. Es cierto que la verdad no necesita que se la impulse. Puede vivir por sus propios méritos. No obstante, es necesario que al hecho de que existe se lo haga conocer. Necesita su Juan el Bautista, pues está lejos y apartada, silenciosa y sin voz. No basta que los sufrimientos del mundo hayan despertado las mentes de muchas personas, y que la guerra, que sacudió malamente los sentimientos de los hombres, haya aguzado tan rápidamente su juicio. Este despertar deberá ser dirigido también dentro de los cauces apropiados. En su plenitud filosófica, es un hecho que la enseñanza superior supera a la capacidad del vulgo en su actual estado de evolución. La mayoría de la gente no se siente inclinada a lidiar con doctrinas que afirman dar un conocimiento de los misterios del hombre, de Dios y de la naturaleza si estas doctrinas son demasiado profundas, Pero no supera la capacidad de los pocos inteligentes o intuitivos que hay entre esa gente, mientras que su porción religiosa está muy al alcance intelectual de todos, y su porción mística al alcance de la mayoría.

Hay una nueva esperanza. En el pasado, la filosofía no podía llegar directamente a la mente del vulgo. Al camino lo bloqueaba la falta de preparación del vulgo. Pero actualmente ha habido tal evolución que algo de la filosofía puede filtrarse directamente dentro del pueblo. La inexorable presión de esta crisis y la desgarradora tensión de la guerra reciente despertaron abruptamente a numerosas personas de su sueño espiritual. La mística, a la que —en común con la mayoría de las personas modernas— ignoraran como una abstracción vacía, empezó a adquirir un vivido significado y a asumir una referencia personal. Empezaron a interesarse por ella, a buscar información y leer libros acerca de ella, a formular preguntas respecto de ella o a discutirla con sus amigos. Las verdades y las prácticas místicas aportaron ciertamente alguna serenidad donde más se la necesitaba: a países y hogares que habían soportado el ruido *y* el tumulto, los horrores y temores de una guerra científicamente entablada. Ahora hay algo que no existía en el período pre-bélico: un público enteramente nuevo para estas enseñanzas extraídas de clases a las que las experiencias del período bélico las pusieron dentro de las filas de quienes buscan la Verdad.

A un mundo enfermo y en condiciones normales, la verdad filosófica debe administrarse en pequeñas dosis si al paciente, por un lado, hay que persuadirlo que la ingiera y, por el otro, hay que administrársela con buenos resultados. Pero, actualmente, vivimos en condiciones muy anormales. Si antes era pecaminoso revelar la enseñanza filosófica al vulgo sencillo y sin instrucción y, de esta manera, destruir su fe en el único apoyo espiritual que aquél podía comprender, es igualmente pecaminoso no revelarla hoy, cuando los sufrimientos inherentes y los cambios educativos democráticos hicieron que ese vulgo madurase para que se consolase e instruyese. En consecuencia, llegó el momento en el que el deber sagrado de los discípulos avanzados es revelar cautamente lo que ayudará a sus semejantes en la crisis actual, y, tranquilamente, sin ostentaciones, hacer que estas enseñanzas estén a disposición de todos los que buscan la Verdad; pues las eras pasadas, de secreteo y aislamiento, sirvieron para lo que se propusieron, y tocaron a su fin. No es necesario que esperaran iluminar a toda la humanidad, y sería una locura que lo hubieran hecho. Pero, razonablemente, los discípulos avanzados pueden esperar iluminar a un pequeño núcleo alrededor del cual el futuro formará, con. firmeza, acumulaciones que se expandirán bajo la presión evolutiva.

Los discípulos que están vivos en estos tiempos dramáticos —que constituyen una época— deben tener mejor criterio que el de considerar este hecho como si fuera accidental. El *karma* los puso en este planeta, lo cual significa que la sabiduría superior de su Yo Superior los puso precisamente aquí, en el momento actual, porque éste está cargado con una significación tremenda. Es cierto que estas ideas religiosas, místicas y filosóficas más nobles se afirmarán de modo inevitable y, a su tiempo, para influir suficientemente sobre el ulterior desarrollo de la historia mental de la humanidad. El sagrado deber de aquellos discípulos consiste en hacer cuanto puedan, dentro de sus diferentes aptitudes y variadas oportunidades, para acelerar tal proceso.

¡Paz a todos los que lean estas líneas!

ÍNDICE

Nota del Autor 8
Introducción 9

Cap. I. El misterio del mal 11
Los dos puntos de vista 12
¿Quién es Satán? 16
Cap. II. La aventura de la meditación 29
Cap. III. Karma: La ley de las consecuencias 62
El karma y el libre albedrío 64
El karma y el renacimiento 69
El karma y las enseñanzas religiosas 73
El karma y las relaciones humanas 77
El karma nacional 79
El karma y la no-violencia 83
El karma y la reacción del hombre 85
El karma y la oportunidad 90
El karma y el medio ambiente 91
El karma y el sufrimiento 92
El karma y la predicción 100
Cap. IV. ¿El alma está en el corazón? 103
Cap. V. La palabra interior 108
Cap. VI. ¿El mundo es una ilusión? 114
Cap. VII. Una reconsideración de la mística ascética 124
Cap. VIII. La intuición 143
Cap. IX. ¿Confianza en uno mismo o discipulado? 155
El método de los grupos organizados 159
El camino del discipulado 163
La opción que se plantea a quien busca la verdad 170
Cap. X. La purificación de las emociones 189
El significado verdadero de la ausencia de deseos 198
Cap. XI. Las cualidades éticas de quien busca la verdad 208
Cap. XII. La renuncia al ego 213
Cap. XIII. Las pruebas y experiencias del aspirante 225

La fascinación del ocultismo 229
El peligro de la obsesión 233
Las caldas en el sendero 235
Cap. XIV. ¿Qué podemos hacer en favor de la filosofía? 243